

ISIDORA
AGUIRRE

DOY
POR VIVIDO
TODO
LO SOÑADO



PLAZA & JANES

P & J

LITERARIA

Isidora Aguirre



Isidora Aguirre nace en 1919 en Santiago de Chile, ciudad donde sigue viviendo actualmente. En 1960, el estreno de la comedia musical *La pérgola de las flores* le vale el reconocimiento unánime no sólo en Chile, sino también en todos los países de Iberoamérica. De ella se hicieron representaciones en varias ciudades de América y al poco tiempo se llevó también al cine. Durante los años setenta estrenó *Los papeleros*, *La dama del canasto*, *Los que van quedando en el camino* y, en 1981, *Lautaro*, obra que atrajo en los meses que estuvo en cartel a más de 100.000 espectadores. Su última pieza, *Retablo de Yumbel*, acaba de obtener el Premio Casa de las Américas.

57048

Doy por vivido
todo lo que he
Isidora Aguirre



Plaza & Janés Editores, S.A.

94072



Doy por vivido todo lo soñado

Isidora Aguirre



Plaza & Janés Editores, S.A.

Portada de
JORDI SANCHEZ

Primera edición: Junio, 1987

© 1987, Isidora Aguirre
Editado por PLAZA & JANES EDITORES, S. A.
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-38100-2 — Depósito Legal: B. 20.912 - 1987

Impreso por HUROPE, S. A. — Recaredo, 2 — Barcelona

*Doy por ganado todo lo perdido
y por recibido todo lo esperado
y por vivido todo lo soñado
y por soñado todo lo vivido.*

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA

ENTREPARENTESIS

(Abreparentesis):

—Conviene adentrarse con cautela en los laberintos de la memoria, tanteando huellas y buscando la puerta precisa. De otro modo corres el riesgo de convertirte en asesina de recuerdos.

Es mi hermana Palmira la que habla.

Aunque mi hermana Palmira fue inscrita en los registros al nacer —como los demás hijos de Laura Cupper—, hoy parece tener carta de ciudadanía en regiones menos accesibles. Seguramente perdió pie en la realidad cuando partió en búsqueda de sus tiempos míticos. O quizá sea la última descendiente de una casta de rumiantes —casta ya perdida—, de los que rechazan el diario acontecer para refugiarse en las reminiscencias.

—Mi porvenir son los recuerdos —me dice.

—Cuidado —le advierto—, las aguas estancadas no calman la sed.

—Es mejor que nada —me responde—. ¡Date prisa en rescatar lo que puedas! Están fusilando afuera, no sea que nos fusilen también la magia: ¡podríamos acostumbrarnos a vivir sin la poesía! —Y antes de regresar al espejo donde dice que habita, me ruega—: Y no dejes de mencionar en tus escritos mi amor por Lorenzo.

—Tendrás que aguardar —le digo.

En la mariposa de luz que revolotea en torno a mi lámpara adivino la presencia de Laura Cupper, nuestra madre, animándonos en esta empresa y recomendando que no se nos olvide contar esto y aquello, que hablemos del Coronel, de doña Isolda, de sus maestros de pintura, en fin, que no importa si se mezcla lo vivido y lo soñado, pero que cuenten...

—¡Cuenten lo más posible...! —dice su voz lejana.

Mi madre, el día que cumplió los setenta y cinco años, se levantó más tarde que de costumbre —no porque recordara su aniversario sino porque había trasnochado remendando unas fundas de sillón, rehaciéndolas como un rompecabezas—, y emprendió su diario peregrinar por los innumerables cuartos, por los tres patios —pequeñas provincias con sus características y destinos— pensando en las refacciones que tendría que hacer. «Se acumulan las decrepitudes», se quejaba, hablando con las paredes. Pero no perdía la fe en sus milagros: podía presentarse un amigo robusto que la ayudara a retocar los muros y los altísimos cielos rasos, alguien que se atreviera a subir hasta el último peldaño de su incierta escalera ajustada con cuerdas. Alguien, en fin, que le diera en lo posible ánimo y conversación. (Como aquel pope ruso que había venido el año anterior, empujado por unas voces secretas. Después del tecito en el salón, se arremangaba los faldones y trepaba a los árboles del tercer patio, y se los podaba a serrucho mientras continuaban su charla —a gritos entre cielo y tierra— sobre la unión de las Iglesias.)

El caserón de los Cupper había desafiado temblores y terremotos por más de un siglo, sin necesitar otras refacciones que las que exigía el progreso: los cuartos de baño lucían anacrónicos con los artefactos modernos perdidos en las dimensiones antiguas, y sus lámparas en forma de llamarada parecían desprenderse a disgusto de los candelabros de la luz de vela. El tercer patio conservó su aire campestre cuando la abuela Teresa cambió las hortalizas por parterres de rosales finos. Pero la huerta desapareció con la venta del terreno del fondo, ahí

donde estaba, en la niñez de Laura, el portón por el que entraban las carretas de Mallermo —la hacienda de las tías Cupper—, cargadas de jugosos frutos de la tierra.

«Mallermo...» El nombre del fundo vibró en el aire, y Laura se llenó de paisaje. Se le vino a la memoria el verdor del estero lamido por los sauces, la claridad de esas lomas del mediodía donde se movían las ovejitas, ovillos de luz buscando la sombra de los espinos. Las mismas que llegaban luego en las carretas, lana para los colchones, asado para la mesa. Al vaciarse de gente, el caserón se le llenó de presencias. Iba y venía recogiendo en los rincones sus deshilvanados recuerdos. No supo si fue ella la que pronunció «Mallermo», o aquella niña de faldas transparentes que avanzaba por los corredores brincando en su cuerda de saltar. La niña que fue y que ya sólo existía en las fugaces estampas de su memoria. Porque esta Laura cargada de años que iba pisándoles las huellas, ¿qué tenía que ver con ella? O con la adolescente embriagada de sueños que batía el merengue, o la jovencita talle de avispa que bordaba su ajuar de novia: «Es como si nunca hubiera existido. Se mueren sin dejar rastros.» Deambulaba por los cuartos recogiendo basuritas del costureo nocturno, cambiando un mueble de lugar, descubriendo alguno de sus objetos perdidos. Mirando sin ver, naufragaba en los cristales de las vitrinas, preguntándose qué habría sido de los aguamaneles de plaqué y del juego de copas de bacará de doña Teresa. ¡Y qué habría sido de ella misma y sus fenecidas edades! ¿Cuál era el hilito que unía a todas esas Lauras Cupper que flotaban en la atmósfera enrarecida del caserón? Y su madre, doña Teresa Blum de Cupper, ¿cuál de todas era? La joven madre que destetaba un crío para continuar con el próximo, la enlutada de viudez que siguió animosa vigilándolo todo, ¿o aquel montoncito de persona que apenas alzaba las sábanas del lecho cuando se ausentó de este mundo?

—¡Déjenme en paz! —gritó a sus fantasmas, ahuyentándolos con las manos, como a esos gatos que se descolgaban por las tuberías del desagüe y la acosaban con los ojos fijos—. ¡No se van a ir de esta casa hasta que la demuelan, pero eso no ocurrirá mientras esté con vida! —suspiró. Porque cuando las familias de apellido emigraron a los nuevos barrios residenciales dejando que sus mansiones se cayeran a pedazos, o se transformaran en conventillos de alquilar por cuartos, la ca-

sona de los Cupper siguió cobijando a su tribu y mantuvo, al menos hasta que la abuela voló a su bien ganado cielo, un aire digno y señorial. A Laura se le empezaron a desmoronar las dependencias del fondo, se le revolvieron los estilos de en medio, y se le amontonaron por doquier muebles viejos y cachivaches. Pero los recibos del primer patio no perdieron el sello victoriano.

«Cuánto hará que no ventilo el salón grande», murmuró. Y abriendo de par en par las puertas, entró seguida de un sople de aire tibio. Ante el piano de cola, sonrió a su bisabuela, doña Isolda Zeder, pintada por el francés Monvoisin. Reclinaba en su manita enjoyada el rostro de óvalo perfecto, y Laura, al igual que su enamorado John Cupper, podía naufragar en ese par de lagunas azules que tenía por ojos. Desde su atalaya florida —el mantón de Manila que cubría las negruras del piano— parecía vigilar los destinos de su prole, y quizás era ella la que lanzaba desde allí un DETENTE al transcurrir de los años entre los muros del caserón. En el centro, la enorme lámpara de colgajos seguía anunciando los temblores con alborotos cristalinos. De vez en cuando lloraba sobre la alfombra una de sus lágrimas filudas. Laura la recogía con ternura «¡cuánto más aguantará la pobre...!» y las guardaba en una fuente de laca entre otros restos, ya indescifrables, del antiguo esplendor de los Cupper. Los muebles de asiento con sus rasos empalidecidos, seguían charlando de eventos sociales, del baile de Fulanita, de la boda de Zutanita y de «increíble cómo cambia la gente», al ver circular a Laura con el moño caído y su bata de caballero heredada de mi padre. Sólo los bules de arrimo, negríssimos, con sus filigranas de oro y sus cubiertas de mármol, parecían inmunes al pasar de los años, los vientres repletos de cuadernos pautados: trinos para doña Isolda, polkas para los bisabuelos y una que otra pieza moderna que doña Teresa ejecutó al piano para el debut en sociedad de la tía Ada, su hija menor. «Como una gracia nada más...», se disculpaba, que ya estaba allí la victrola ortofónica con sus charlestones y sus foxtrots. Mi madre vio desfilar esos locos bailarines de los años treinta zapateando entre los naranjos enanos que rodeaban la pileta allí donde, un siglo antes, la pequeña Isolda Zeder aguardaba temblando de amor el regreso de su esposo guerrero. Laura vio plasmarse en el zaguán la altísima figura del bisabuelo Cupper. Esperó que avanzara con

sus trancos de espantar palomas y alzara a Isolda en sus brazos para mezclarse con los zapateadores de charleston en un juego de quebradas transparencias. Con todos ellos pegados a los talones, entró en la salita, el más pequeño de los recibos, el que la abuela destinaba a sus visitas de confianza. Ahí quedó su estampa en un óleo que la mostraba de niña, vestidito de tul celeste, botines altos de gamuza y el rostro serio de hija mayor del señor Blum, ministro de esto y lo otro. Y Laura podía escuchar, en los días «trémulos», los: «No te olvides, Teresa, que ahora tú nos debes a nosotras la visita...» de Misia Clemencia y Misia Corina, dos ratitas de negro que empequeñecían de visita en visita. Aquellas de dar parte de matrimonio, de anunciar viajes, de dar el pésame y pagar el pésame, y del pago del pago de visitas, ese de nunca acabar. Cruzaron el patio con sus zapatos de «Perrín» y su olor a guantes finos, el sombrerito con velo bajo sobre la frente, ponderando en las jardineras de fierro de tres corridas la begonia rex y los dondiego de noche color azafrán, únicos fragantes en su especie. La abuela las escoltó con su sonrisa de resolana en las sienes, achicando el paso para sus trotecitos menudos, y la despedida: «Te hemos encontrado espléndido, Teresita...» se les ahogó en el estruendo de fierros sueltos de un tranvía que pasó rompiendo el sosiego de la calle de las Monjas Rosas. Y Laura que iba de atrás en su despojado presente, llevando el tacho de basuras, se disculpó con la abuela Teresa —por esa dulce costumbre suya de hablarle a sus muertos: «Lo peor de no tener servidumbre, ¡es esta lata de tener que sacar cada día la basura!» Y oculta detrás de un batiente del portón, clausurado primero por los medios lutos y luego por el orín en sus goznes, espío la vereda: ahí estaban los tachos, frente a las puertas, aún no pasaba el camión municipal. Volvió a atravesar el patio y entró por la salita al que había sido el comedor de los Cupper, una larguísima habitación que recibía la luz por una ventana esquinada llena de macetas floridas. Un corredor, cubierto separaba este comedor del dormitorio de los abuelos, y por el otro extremo se comunicaba con la galería vidriada y un pequeño repostero. Por ser la única habitación con chimenea, Laura la convirtió en su cuarto de estar. Cuarto de vivir, de trasnochar y remendar, de recibir gente y de sentirse sola. Allí la aguardaban sus hermanos en la diáfana silueta de la infancia perdida, lanzándose los platos por el aire y ella, la mayor

de las niñas, tratando de poner orden y recibiendo una costilla de cordero en sus faldas almidonadas.

—¡Dios mío! —murmuró, los ojos borrachos ya de visiones—. ¿Le ocurrirá lo mismo a todos los que pasan los setenta? ¿O serán ideas mías?

A modo de respuesta, la caracola de nácar anclada en arabescos de bronce se deslizó suavemente del soporte, y vino a posarse junto a su mano, sobre el cojín bordado por doña Isolda.

—¡Se aprovechan de mis recuerdos para no morirse nunca! —dijo.

Cuando Laura, viuda ya y con los hijos dispersos, heredó el caserón al morir la abuela, declaró que no le tenía miedo a la soledad. Lo dijo y tuvo un estremecimiento de temor: anduvo quejándose de lo sola que la habían dejado, pero que se viera más de uno en apuros —no lo deseaba, pero podía suceder— entonces recurrirían a ella, así es que se alegraba de tener cuartos de sobra.

Se instaló medio a medio de su territorio, frente al níspero y el caño de gotear cansino del segundo patio, en el que fuera su cuarto de niña. Y arregló el dormitorio grande, entre el primer patio y la galería vidriada, como su taller de pintora. El estallido de color de sus flores y las carnes luminosas de sus desnudos contrastaron con el morado severo de los cortinajes. Entre la *chaise-longue* de las lecturas piadosas de la abuela y el ropero de tres cuerpos —imposible de mover— se apilaron telas, caballetes, libros y revistas de arte, iconos y crucifijos, la vieja radio de mi padre, candelabros de plata y terciopelos en promiscuidad con sillas de totora y cacharros de greda, fotografías de sus seres queridos que se le iban destiñendo de ausencia y, en fin, aquella profusión de objetos reliquia que la seguían en su peregrinar de casa en casa, de taller en taller.

Alguien se había llevado de la galería vidriada el sillón del abuelo Felipe, pero su presencia continuaba allí imborrable. Quieto, las piernas cubiertas con un chal escocés, miraba la agitación del mundo con sus grandes ojos claros: uno era verde, el otro ambarino. Cuando perdió la fluidez de la palabra, toda su capacidad expresiva se le refugió en aquel mirar de dos colores. Ya no salía a la caza de cucarachas con el bas-

tón de punta de goma para los frenazos, o a ensayar sus pasos inseguros por los corredores. Pasos que se le iban acelerando más y más hasta que tenía que abrazarse a una pilastra, con una sonrisa de «así son las cosas...» hacia los críos de su semilla que practicaban los primeros trotecitos por ese mundo. También las palabras se le escapaban sin control, por mucho que masticara galletas para absorber la saliva donde, según él, se le ahogaban los balbuceos. Apenas lograba comunicarse con la abuela que ensordecía sin remedio: «En tantísimos años de vivir juntos, lo más importante ya estará dicho», sonreía ella. Y lo que quedaba, bien podían decírselo por interpósita persona. Así es que la abuela detenía a los que cruzaban la galería con un tímido: «¿Qué dice tu papá? ¿Qué quiere tu abuelito?» (La abuela que, más que caminar, corría por la casa, con el manojo de llaves tintineándole en la cintura; alta y erguida, el trasero abultado que fueron modelando los tiránicos corsés, vestida invierno y verano de seda negra hasta los tobillos, cambiando en los fríos la enagua de percal por los refajos de lana; la abuela con su moñito gris bien firme en la nuca y la placa dental vacilante en la pícara sonrisa; la abuela, reina de las despensas y las plantas finas, trotando por los corredores libres de adulterio y de pecados mortales, tolerante con el hijo descarriado que tuvo un desliz, acogiéndolo con severas amonestaciones de «cuidado la próxima vez»; la abuela con sus misas de siete y sus pobres haciendo cola en la parroquia; la abuela, en fin, preguntando «¿qué dice tu papá, qué quiere tu abuelito?».)

—Dice que se le terminaron las galletas, que sigue goteando el caño, que se estrelló un pájaro contra uno de los vidrios de la galería, que para qué los limpian tanto...

—Que, ¿qué? —preguntaba ella, con la mano en corneta sobre la oreja.

—Que no limpien tanto los vidrios, que se estrellan los pajaritos —le gritaban.

Y el abuelo se estremecía en una risa silenciosa. Se había quedado nuevo en su sillón, con la melena bien cuidada, la piel saludable, la dentadura intacta, y la mirada perdida en el infinito del vidrio.

Y Laura, siempre en busca de modelos quietos para sus retratos, se instalaba frente a él con su caballete y sus pinceles.

—Me di cuenta que recién lo conocía —nos comentaba más tarde al enseñarnos la tela.

Entre silencios y balbuceos, el abuelo le había estado hablando de sus años mozos, de sus logros y fracasos. Y era tan intensa su mirada en la tela, que Laura aseguraba que, con paciencia y con suerte, era posible rescatar en ella sus pensamientos de entonces.

—Mirada muy semejante a la que le conocimos a Fermín en su época de arreglar el mundo —decía Laura, contemplando el retrato de su esposo meditante.

Vivíamos entonces en un caserón de tres patios que comunicaba por dentro con el de los abuelos, y ella iba y venía de una galería a otra con sus pinturas aprovechando la inmovilidad del padre y la quietud del esposo. Fermín redactaba mentalmente un folleto en el que proponía formar algo como un estanco regulador o cuenta de ahorros para los metales, cuyas alzas y bajas súbitas provocaban descabros a escala mundial, desde la trombosis de los jugadores de la Bolsa neoyorquina hasta los desastres del salitre en nuestras pampas nortinas. Era el tiempo de los albergues, las ollas comunes y la invasión de cesantes pampinos en la capital. Sentados en la vereda entretenían el ocio lanzando sus piojos del tifus exantemático a los transeúntes, con un papirote y un alegre «ándate en primera, ándate en segunda», según la condición social del destinatario. Mientras las damas de la alta organizaban espectáculos en la Quinta Vergara y banquetes en el Palacio Cousiño, donde se hartaban de exquisiteces a beneficio de los hambrientos de los años treinta. Pero el proyecto de Fermín no logró convencer a los afebrados manipuladores de las finanzas, y los folletos que había hecho imprimir se apilaron en los guarderos de Laura, provocando su ternura y su indignación cada vez que surgían entre los cachureos al mudarnos de casa: «¡Tardaron cuarenta años en darse cuenta en Inglaterra de lo genial del proyecto!», exclamaba, sin estar muy segura de qué se trataba, por una información que le había dado su primogénito. «Es terrible tener que esperar que la gente se muera para reconocerle los méritos», añadía, melancólica. Y juraba que lo mismo le iba a ocurrir a ella con sus cuadros, mientras se desplazaba con las rumas de folletos en los brazos, buscándoles un nuevo lugar de reposo.

—Hemos sorteado bien la crisis —solía decir en esa épo-

ca— gracias a lo ordenado que es usted, hijito, y a ese premio de lotería que nos cayó del cielo.

—No tan del cielo, hijita —replicaba Fermín, que se había pasado años jugando a los números de lotería terminados en uno.

El premio de Fermín se celebró a lo grande, con una farándula de la tribu y servidumbres de las dos casas y pasando de una a otra recorriendo los seis patios tomados de polleras y chaquetas gritando «que viva Fermín..., que viva el uno...». Mi padre vendió el pequeño «Citroën» dos puertas con un «por-ahí-te-pudras» atrás, el de sacar a los niños a tomar aire como pedía Laura, que siempre tuvo una fe inquebrantable en el oxígeno, y compró un «Chevrolet» último modelo. La abuela Teresa instaló la mesa de las cenas navideñas en el tercer patio y hubo pavo, torta y champaña bajo el parrón.

El buen precio del estaño, del que dependía Fermín y su sentido de previsión, le habían permitido comprar esa casa larga de tres patios colindante con la de los abuelos. Y como la puertecita de comunicación daba al repostero, nos gustaba cruzar a la hora de la sobremesa para que la abuela nos hiciera una seña desde el comedor invitándonos a probar sus postres: sagú con merengue, bravarois de lúcuma, jaleas temblorosas, hojuelas en almíbar y otras indescifrables delicias al caramelo, cuyas recetas debieron volar al cielo con ella.

La tía Ada, su regalona, que le decía «mamacita» como quien nombra a la Virgen María, consiguió que sus suegros compraran la otra casa de tres patios del costado oriente. En verdad, la abuela Teresa había fraguado este matrimonio en secreto conciliábulo con su amiga de toda una vida, misia Edwigis. De algún modo, convenció a la tía Ada que debía poner fin a su idilio con un rubio galán, bello como un príncipe —le cantaba al oído el «Júrame, que aunque pase mucho tiempo no olvidarás el momento en que yo te conocí...» en memoria del primer baile— para aceptar los requerimientos del hijo único de doña Edwigis, un abogado de grandes méritos que amenazaba con entrar en un convento si la tía lo rechazaba. Entre las dudas y las añoranzas, la tía Ada caminaba enmudecida por el caserón. A ratos se encerraba en su cuarto para desahogar su pena de amor en el cuaderno de Diario, y entraba a las tertulias de las tardes con la nariz roja de llorar.

Pero pronto se conformó diciéndose que los amores primeros carecían de futuro. Y esta vez la puertecita de comunicación se abrió entre el dormitorio de los abuelos y el de los recién desposados. Y cada tarde cruzaba doña Edwigis con sus pasitos silenciados en las zapatillas de felpa y se instalaba con el eterno tejido a ganchillo ante la mesa de jugar al besique. Reanudaban entonces con la abuela una charla de más de medio siglo, la que se reducía ya a sonrisas, asentimientos de cabeza y monosílabos. La abuela premiaba sus ajetreos del día permaneciendo con las manos ociosas. Pero, como no sabía estarse quieta, se levantaba una y otra vez para ofrecer a sus visitantes el vinito dulce de Cauquenes, los dátiles africanos envueltos en fino papel de seda, las castañas confitadas y otras golosinas con las que endulzaba su vida sin pecados. Las tomaba con muchas alabanzas y recomendaciones de su ropero de tres cuerpos de fino enchapado y con un espejo de luna memoriosa, en el que Laura creyó ver los ojos espantados de doña Isolda, cuando le anunciaron una de las muertes falsas del coronel Cupper.

—Ideas tuyas —rezongaba la abuela—. Nadie se mira al espejo cuando le anuncian que ha muerto su esposo. Además, este ropero lo compró Felipe mucho más tarde, cuando la mamá Isolda ya no era de este mundo.

—Los espejos recogen las miradas de angustia de las paredes —porfiaba ella, defendiendo a sus espíritus de los datos precisos de la abuela.

—En lugar de hablar leseras, concéntrate en la esterilla: estás poniendo mal los colores —la reconvenía doña Teresa.

Es que después de cenar llegaban al dormitorio, atraídos por la abeja reina, los hijos, las hijas, los cónyuges y los nietos mayores a tejer en común una gran alfombra que imitaba en el diseño los complicados dibujos persas.

De la casa de altos bajaba el tío Miguel envuelto en su luto de viudo. Su rostro patilludo, sus ojos bondadosos y mejillas colgantes le daban un aire de perro triste. Su esposa, la tía Isaura Blum, hermana de la abuela, había muerto joven y sin dejar descendencia. Nada más la conocimos por un da-guerrotipo, uno de esos rostros melancólicos en las cartulinas sepia orilladas de oro del álbum de familia. «Es bonita —se decía de alguna muchacha—, pero ¡nunca tanto como la Isaura

Blum!» Lucía fantástica con su gorrito de piel adornado con un pájaro de largo cuello que emergía entre plumas y moños de cinta. Pero lo insólito del atuendo pasaba inadvertido ante la belleza sobrecogedora de aquel rostro puro de ojos claros, grandes, almendrados, ni tristes ni alegres, que hacían pensar en la eternidad.

Cuando el tío Miguel bajaba a las tertulias de la alfombra para aliviar sus noches de hombre solo, una carraspera lo anunciaba al cruzar el primer patio. Sabíamos entonces que se detendría en la puerta del dormitorio con un aletear de las manos, como diciendo «no se incomoden por mí». Luego entraría, inclinándose para saludar, y pronto iba a introducir dos dedos en el bolsillo del chaleco para ofrecer, de su bombo-nerita de plata, unas pastillas diminutas que se nos deshacían en la lengua, antes de que nos enteráramos si sabían a lima o si no eran más que un dulce acertijo. El tío era macizo, algo cargado de hombros y tenía la piel oscura, pecosa, de sus andanzas a la intemperie. Llevaba con dignidad un terno brillante de uso, una camisa blanca y un corbatín de mariposa con el nudo torcido de no tener quién se lo corrigiera. Permanecía de pie «vengo de pasadita», observaba los progresos de la alfombra, se informaba de la salud de la familia, y se retiraba con el mismo aletear de manos del «no se incomoden por mí». Su carraspera nos llegaba entonces desde la escala de acceso a la casa de altos, luego de la galería vidriada que se abría sobre el primer patio de los abuelos. El tío llevaba el luto como un trofeo, como el testimonio de haber sido el dueño de tanta hermosura. Aunque para nosotros, los niños, era más bien un personaje de fábula, pues, tan pronto aparecía en las tertulias de la alfombra como podía reinar entre los húmedos verdores de Quilquilco, su hacienda del sur, en los faldeos cordilleranos.

Se llegaba a Quilquilco en un tren que se internaba en la noche con su tracatraca y sus aullidos, y con la abuela Teresa estremecida de vaivenes en los pasillos, ofreciendo el sabroso consomé de ave que salía humeante de sus termos de viaje. El tío Miguel era dueño de aquellos parajes, únicos en el mundo porque se nos fijaron en la retina asombrada de la primera infancia. Un campo donde la zarzamora era un monte espinudo que saltaba sobre las quebradas abismales. Donde los bosques umbrosos con su chillar de pájaros estaban poblados de per-

sonajes míticos. Donde el río era una cosa helada y aterradora que tronaba abajo, brincando entre peñascos y lanzando al cielo regueros de espuma, o se sosegaba en un remanso para que nos bañáramos con la vieja María Amalia —que entraba en el agua vestida y dando alaridos, antes de que el hielo empezara a morderle las carnes. Donde mi madre se perdía con su caja de pinturas entre los árboles altos, y donde sus hermanos, cabalgando yeguas chúscaras, saltaban los troncos caídos durante las tormentas nocturnas. Donde la silueta de la abuela, golosa de frutillas, temblaba en la atmósfera de agua que subía del huerto, y donde el olor a bosque recién llovido y a madera de alerce sangrando en el aserradero, se podía palpar con las manos. Ese Quilquilco de nuestros primeros veraneos desapareció junto con el tío Miguel una mañana en que bajó santiguándose la María Amalia, diciendo que Dios sabrá, que amaneció el santo caballero dormido para siempre, que se fue sin bulla, lo mismo que había vivido.

Cuando se completaba la tertulia de la alfombra, la abuela Teresa se instalaba en su *chaise-longue*, y extendía sobre sus faldas la esterilla a medio urdir. El abuelo reclinado en sus almohadones, continuaba desde su cama aquel diálogo por terceras personas, dejando que sus palabras pasaran de uno a otro hasta entrar en los oídos tardos de su esposa. O bien conversaba bajito y a tastabillones con alguno de esos hijos suyos de hablar pausado y de grandes párpados siempre en lucha contra el sueño. Hasta que uno de los dos se dormía en mitad de una frase con una sonrisa de labios entreabiertos. Los tejedores, armados de ganchillos con mango de madera especiales para hacer alfombras, introducían en su cuadradito de esterilla las lanas de color según el modelo. Los niños enrollábamos lana en unas tablillas con ranura al centro para cortar las hebras del mismo largo. Se comentaban las noticias del día, las novedades de las tres casas, y si los tíos querían contar algún chiste, la abuela rogaba: «Cuidado ¡que no sea muy gracioso! Ya saben lo que le pasa a Felipe cuando ríe...» Y él, como si la frase fuera un chiste más, empezaba a sacudirse en una de esas fatales risas que le desorbitaban los ojos y amenazaban con asfixiarlo. La abuela corría a buscar el frasco de valeriana, despertaban los dormidos y le sujetaban al padre las anchas espaldas estremecidas, mientras la nuera

de más sangre fría le introducía entre los dientes la cucharita de remedio. No sabíamos entonces si reír o afligirnos. Se recogían la alfombra, lanas y tablillas, y todos daban las buenas noches con los sonoros besos de los Cupper. Y el abuelo se dormía sobre sus almohadones, contento como un niño por haber vivido tanto sin otro peligro que el de la risa.

Un sonoro tictac arrancó a Laura de sus evocaciones. Se quedó muda contemplando el reloj sobre el bul del salón: el engranaje a la vista había echado a andar desperezándose de años, poniendo en movimiento un sinnúmero de ruedecillas que hacían balancearse el péndulo en sus dominios de oro y cristal. Empezó a darle cuerda con infinitas precauciones. Escuchó un chasquido, giraron los engranajes a destiempo, y el péndulo —perturbado quizá por la intromisión de la lógica en su milagro— se detuvo. «Vaya —suspiró— tendré que llevarselo al anticuario.» El olor a flores rancias la hizo pasar a la salita.

—¿Qué vine a hacer aquí al primer patio? —se preguntó, mientras vaciaba bajo el caño las aguas espesas de un florero.

Y recordó el hambre de sus palomas. Es que cada mañana, luego de saborear el desayuno, guardaba las migas de pan en el bolsillo de la bata para ir a alimentar a sus palomitas. Pero, yendo hacia el primer patio, se enredaba en mil quehaceres: tropezaba con una guía de enredadera que le cerraba el paso, se preguntaba por sus tijeras de podar perdidas, iba al taller con la esperanza de encontrarlas y se quedaba entonces inmóvil ante el caballete, inclinando la cabeza, cerrando un ojo, el otro; hasta que empuñaba el pincel y, con una certera estocada de azul ultramar, amarraba la gama de los grises que la había desvelado la noche anterior. Pero ya corría, estremecidas las redondeces en el trotecito, solicitada de urgencia por el olor de la leche subida y derramada en la cocina, allá en el tercer patio: «La tengo presente todo el tiempo y la olvido justo cuando debería acordarme.» Y el aroma dulzón de la leche quemándose le traía a la memoria las pailas de manjar blanco de su mama, la Margarita Cádiz, apodada *la Pequeña* de cuando llegó —al cumplir los quince—, en las carretas de Mallermo, entre las uvas y los zapallos, a cuidar críos ajenos. Apodo que conservó cuando la vejez le hinchó los tobillos, y los cabellos retintos se le volvieron grises.

—Cuando murió *la Pequeña* se me fue la infancia —nos decía—. ¡Ya nunca nadie me volvió a llamar su niñita Laurita!

La Pequeña a quien nadie le sujetó la infancia, siguió nombrando a sus críos de cincuenta años el niño tal, la niñita cual, hasta que hubo que visitarla en un cuartito estrecho lleno de miniaturas y santos de yeso, recordatorios de bautismos y muertes de la tribu, a la que estuvo sirviendo por más de medio siglo a cambio de mucho amor. Ahí, entre sus bibelotes y santos, se apagó dulcemente de un mal campesino que sólo ella sabía nombrar, rodeada del entristecido rebaño de sus niñitos Cupper.

—Aunque nunca se me ausentó del todo —nos decía Laura. Venía a menudo a sentársele a los pies de la cama, con las greñas cubiertas con su pañuelo floreado —el rostro moreno y rubicundo como si la muerte la conservara en espléndida salud— para seguir hablándole de las pequeñas cosas de este mundo:

—La gata otra vez tuvo gatitos, seguro que anduvo esa diabla por los tejados. El niño Joaquincito se volvió a dormir manejando el automóvil de su papá. ¡Tendrá un ángel que lo cuide, el pobrecito, que todo lo sabe hacer dormido!

Y de rodillas, frotando las baldosas de la cocina, divisaba en un rincón las tijeras de podar:

—*La Pequeña* me subió la leche de intento para que las encontrara.

Y cuando partía a reparar sus invasiones verdes, palpaba las migas de pan en el bolsillo y volvía a enmendar rumbos hacia el primer patio. Ahí estaban sus palomas, rectas en los aleros como heraldos en las almenas de un castillo. Y mientras les hablaba amorosamente disculpando su tardanza, solazándose con los grises de las plumas y el blanco níveo de las pechugas, ellas batían a una las alas y posaban sus lomos tornasolados entre los naranjos y la pileta, cuando el sol marcaba ya el mediodía en la sombra de las pilastras.

—¡Qué barbaridad, cómo se me fue la mañana! —suspiraba.

Y volvía, tijera en ristre, hacia el fondo, podando al pasar las plantas rastreras, esas magnesias con sus oleajes verde oscuro que amenazaban cubrir los prados floridos del segundo patio. Se detenía asombrada ante las enredaderas que habían

extendido sus guías sobre las baldosas del corredor, como si quisieran seguirle a ella los pasos. Las más atrevidas se enrollaban en las tuberías del desagüe de las lluvias, y arriba, entre las tejas, buscaban algún intersticio para asomar de pronto en uno de los cuartos, colgando invertidas del cielo raso como un verde signo de interrogación. (Ahí se quedaba Laura, quieta, preguntándose quién le estaba hablando desde el más allá.) Las raíces de los árboles destrozaban las cañerías bajo tierra pero, ¡qué podía hacer ella!, inmóvil ahí, deleitándose con la copa del jacarandá de la abuela Teresa que en el mes de octubre se volvía enteramente azul. Y la iba recordando en las flores pálidas y turgentes del magnolio, en las hortensias y los rosales finos —ahora una maraña de rosas empequeñecidas, los pétalos moteados por los antiguos injertos. En vida de doña Teresa, el jardín había respetado sus estrictos reglamentos, pero con Laura vagando por ahí con su pulgar verde y su manguera de regar había perdido toda compostura: los geranios, invadidos por los rústicos cardenales, mezclaban sus delicados rosas y magentas con el impúdico rojo anaranjado, y crecían ya hasta en las cacerolas y bacenicas desfondadas que escupían los cuartos de guardar.

Frente a la cocina y sus dependencias, había una hilera de habitaciones vacías, las que cobijaron generaciones de servidumbre, protegidos de la abuela, campesinos de Mallermo que llegaban a medicinarse a la capital. Había uno, largo y estrecho, que la abuela destinaba a la oración: de rodillas en su reclinatorio de iglesia decía de prisa sus rezos, coreada por las tías y las empleadas domésticas. Para la Navidad, disponían allí el pesebre con la Sagrada Familia sobre un monte de papel arrugado: el Niño Dios en su cuna de bebedero le tendía sus bracitos al buey y al asno; los reyes magos, con sus vistosos atuendos, ofrecían la mirra y el incienso y un pastorcillo indicaba la estrella de mostacillas que la tía Ada colgaba del cielo raso. *La Pequeña*, entonces, vaciaba sus vitrinas para adornar el Nacimiento con las parejas bailando minuet, Blanca Nieves y los enanitos, gallinas echadas sobre bomboneras de vidrio, perros, gatos y toda su fauna rococó, y nosotros llevábamos nuestros patitos de carey comprados en la «Casa Hombo», que nadaban tan bellamente en su laguna de espejo.

El largo corredor de baldosas que atravesaba el caserón

se adornaba en el tercer patio con una coqueta balaustrada de madera. Sobre ella la pasionaria, la flor de la pluma y unos colgajos de raíz aérea —esas «mala madre» que Laura nombraba, equivocadamente, clavel del aire—, formaban una cortina de verdura que dejaban semioculta la cocina. La más amplia de las despensas, reino de la abuela Teresa, conservaba en su aire detenido en penumbra el aroma del té de la India y las especias ultramarinas, mezclado con las exhalaciones acres que subían de su bodega subterránea. Bodega que quedó clausurada cuando, al morir la abuela, a Laura se le confundieron todas las llaves.

En los primeros días de setiembre —como si no pudiese aguardar el estallido de la primavera— su jardín era una mañana verde salpicada de florecimientos.

—No hay nada que hacer —se rendía ella—. ¡Mientras más podo mis plantitas más tupen! Será porque las quiero... —les decía, y para cada una tenía una palabra de ternura.

El jazmín había enlazado a la frágil clemátida y empezaba a desmoronarse en cascadas vaporosas sobre las palmeras enanas, donde se retrataban las tías al cumplir los quince; la madre selva había cubierto por completo las rejas del gallinero, ahí donde la abuela criaba sus pollitos finos, sacándolos con sus dedos del cascarón ante nuestros ojos deslumbrados. Las malvas locas y las amapolas invadieron los rosales y por doquier aparecían aquellas plantas que Laura llamaba carne de perro: espuelas de galán de campo adentro, cardos azules y dedales de oro de los caminos. Hasta un girasol alto como un arbusto que toleró en memoria de Van Gogh, abría desorientado sus pétalos amarillos creyendo anunciar un campito de sandías maduras. Laura se aprontaba para comer sus semillas oleaginosas, o bien para tostarlas y fabricar café sin cafeína. Con la semilla de espuela de galán hacía alcaparras falsas que le servía a su yerno inglés en un frasco con etiqueta *ad hoc*, jurándole que eran importadas. Gustaba con fruición de todo tipo de alquimias vegetales, las que usaba como condimento o para embadurnarse el rostro. Hasta llegó a guardar frutas podridas para aprovecharlas —en caso de apuro, decía— como penicilina.

Y así Laura pintora, la perseguida por las enredaderas, vagaba por el caserón admirando los verdes y enredándose en sus recuerdos: cuando regaba los naranjos del primer patio

podía oír aquel *me voilà, mon amour*, aquí me tienes, amor, del gallardo Cupper de regreso de sus guerras. Frase que quizá nunca pronunció, pero que la pequeña Isolda deseaba escuchar con tal vehemencia que se había quedado prendida en el florecimiento de los azahares. Las hortensias celestes, pálidas y erguidas como damas «compuestas» —al decir de *la Pequeña*— le recordaban el hastío de las visitas dominicales a las que la arrastró la abuela, años de su adolescencia. Hastío que empezaba con el «apúrese-niñita» mientras trataba de hermanar dos medias en el desorden de su guardarropa y que continuaba con el bambolearse en carruaje tirado por yeguas trotonas al esquivar los adoquines sueltos «del lado de acá, y del lado de allá» de la Alameda de las Delicias. Si la abuela no regresaba de prisa a escribir un «sintiendo muchísimo no haberlas encontrado...» (mientras ellas quizás escribían lo mismo ante el portón de las Monjas Rosas), para seguir con el itinerario de visitas, el aburrimiento se le prolongaba a Laura en esos salones largos y sombríos, con dos hileras de sillas adosadas a los muros, y en ellas, las damas cotorreando frente a frente. Condoliéndose con los lutos de Dios-lo-tengan-su-gloria, pero aunque «no hay muerto malo» yo digo, hijita, Dios me perdone ¡qué descanso para su viuda!; celebrando lo donosa que se había puesto la Merceditas con lo feúcha que era, ¡creció el membrillo y botó el pelillo!; criticando al hijo tarambana de la pobre Jovita, no es por chismorrear, hijita ¡le botó una fortuna en los hipódromos de Biarritz! En seguida intercambiaban las recetas de merengue duro y manjar blanco amoldado, y finalmente ponderaban los milagrosos papelillos del tío Carlos Ibar que sanaban las pestes infantiles. A esas alturas, los ojos de Laura vagaban con tal ausencia por las paredes —por si había una tela interesante que estudiar—, que la abuela se apresuraba a explicar la afición de su niña por la pintura, para que no la tomaran por retrasada mental.

Y entonces el agua de la manguera que anegaba las hortensias al empaparle los zapatos la trajo de vuelta a su tercer patio:

—¿Tan vacía estará mi vida de hoy, que el pasado me rebalsa así sobre el presente? —se preguntó afligida con la avalancha de recuerdos y los pies encharcados—. ¡Cuántos despojos! —rezongó, añorando hasta el aburrimiento de las vi-

sitas dominicales. Luego se consoló, pensando que aún le quedaba salud para cumplir su anhelo de viajar (no me voy a ahogar en estos espejismos que relucen en la memoria, debo mirar hacia adelante...). Soñaba con ir a Grecia, saber de su luz especial que da realce a las estatuas, conocer la India, el Himalaya con sus monjes milenarios, capaces de detener un tren en marcha con su fuerza mental. —Aunque a mi edad no creo que pueda trepar tan alto —se burló. Pero a Europa tenía que volver—. ¡Y con calma esta vez, hijito! —le gritó al cielo a su Fermín.

El la había arrastrado en la década de los treinta, en un viaje relámpago visitando infinidad de ciudades, rodando en un «Hispano Suiza» de las agencias «Waggons-Lits Cook». Todo planificado de antemano, con horarios imposibles y un chófer maniático que Laura odió desde el primer día. Del museo de retrospectivas de Munich sólo recordaba el cansancio en los zapatos, recorriendo salas y salas con la historia completa de los ferrocarriles, de la imprenta, de las máquinas de vapor, de los relojes de... «¡Qué lata!», dijo y se trasladó a Italia. Bogó complacida por los canales de Venecia, sintiendo en las narices el olor sospechoso de las aguas de verano, pasó con emoción bajo el Puente de los Suspiros, escuchó los insultos italianos de los gondoleros, admiró la suntuosidad del palacio de los Dogos, se afligió con esos muros húmedos y deteriorados que no presagiaban nada bueno y se preguntó por los maestros del escorzo que no figuraban en el programa de «Waggons-Lits». Terminó posando en la Plaza de San Marcos entre una cantidad de turistas nórdicos que aguardaban las campanadas de la catedral y el revuelo súbito de palomas para la fotografía. Y ahí se quedó quieta, sonrisa fija, la cabeza cubierta con los brazos, para la instantánea de Fermín («no se tape la cara, no frunza la boca...»):

—¡Ay, hijito! ¡Cientos de esas plaquitas de vidrio de ver en relieve con nuestra existencia archivada y fechada con su letra perfecta de ingeniero!

Y se disculpó de no mirarlas nunca para no morir de pena. Del «Lido» no supo nada porque se durmió en el viaje de ida y vuelta en la lancha. Sintió esa pesadez en los párpados del sueño que la derribaba en el automóvil saliendo de las interminables visitas de los museos, con Fermín reme-ciéndola:

—Llegamos al hotel, hijita. ¿Que vino a dormir a Europa?

En Milán se indignó con los monjes incultos que habían abierto un orificio en el fresco de *La Última Cena* para que les llegara la comida caliente desde el refectorio. Saltándose la torre inclinada de Pisa, partió a Florencia. La vio perfilarse en un recodo de la cuesta, antigua y fantasmagórica como debió aparecérselo a Leonardo da Vinci al paso de su caballo, sin más iluminación que una luna inmensa reflejada en el Arno. Las tinieblas del medioevo se las debía a Mussolini que había dispuesto tres noches de maniobras antiaéreas. Laura se lo agradeció de corazón, sin inquietarse por la razón de su milagro: recorrían una Europa a punto de estallar sin otra referencia de la guerra próxima que los uniformes pardos y los saludos a lo fñhrer cruzando Alemania, a los que respondían con otro similar, siguiendo el refrán del ecuanime Fermín: «A donde fueres, haz como vieres.»

Era en los museos y galerías de pintura donde Laura más sufría con los horarios: «No coinciden en absoluto con mi tiempo interior», se quejaba. Fermín cruzaba las salas sin detenerse, girando la cabeza de derecha a izquierda, de izquierda a derecha con unos alegres «lo doy por visto, lo doy por visto»; y regresaba de tanto en tanto a rescatar a Laura de sus madonas: «No se me pegue, hijita...» Así es que en Florencia pidió tregua, dijo que le regalaba a él y a su maniático chófer todos los monumentos y los museos históricos, que ella se iba a «sacar las ganas» con los maestros del *Cuatrocento*. Anduvo pletórica de emoción por las callejuelas antiguas esperando ver asomar a la vuelta de una esquina la gorra y las tupidas barbas de Leonardo, dándose empachos de Beato Angelico y Boticelli, o contemplando el Arno desde la ventana del hotel, un viejo palacio con mármoles y espejos a medio modernizar para el turismo.

—Pero, hijito —le gritaba a Fermín—, ¿no estamos veraneando en Cartagena! Asómese a mirar los puentes del Arno: en ése se encontraron Dante y Beatrice...

Y él se acercaba a «darlo por visto», antes de volver a los mapas ruterios donde medía las distancias con su infalible regla de cálculo. La misma con que trazaba unos burros octogonales, puras líneas quebradas, para la tarea de dibujo de los hijos, porque los de Laura eran o demasiado perfectos, o demasiado deformes para disimular su pericia. En este punto

del recuerdo, sintió gran cariño por esos burros octogonales que trazaba su esposo y lo imaginó ahí en el hotel de Florencia sentado sobre la cama con su terno gris de gerente, correcto pero sencillo como era su persona. Y vio triplicarse en los espejos «su rostro limpio, hijito, de los rictus de mezquindad y de amargura que le van asomando a las personas con la edad...». Recordó sus burlas de cuando regresaba ella al hotel bañada en llanto, después de deleitarse en las galerías de pintura:

—Parece regadera cuando llora, hijita —le decía—. ¿Por qué es siempre tan exagerada?

—Es que esto, ¡es más de lo que una artista puede soportar! —exclamaba ella, siempre orgullosa de su capacidad de llanto—. Usted con su mentalidad de ingeniero, ¡jamás lo entendería!

Y acto seguido, la de allá y la que vagaba ahora por el caserón le pidieron a coro disculpas al esposo: después de todo, gracias a su profesión y a su generosidad, había podido gozar mirando las telas originales de sus queridos maestros. «¡Florencia!», dijo en sordina, pero con tal pasión, que se le terminó de deshacer el moño, lo que le recordó que era viernes y que tenía que lavarse el pelo, y también «alcanzar de una carrerita» el Banco a cambiar un cheque para comprar el menudo, la leche y el pan, ¡si es que aún estaba a tiempo! Entró al taller a conectar la radio: entre dos pitidos le dio una hora que no le servía. Juraba que siempre le estaban robando un par de horas al día. «Al menos puedo llegar al Banco», se resignó.

Se vistió tan a prisa como sus gestos pausados se lo permitían y salió a la calle de las Monjas Rosas, cuando el camión municipal pasaba recogiendo la basura con el atraso de costumbre: los peonetas se lanzaban los tachos por el aire derramando inmundicias en las veredas. «Lo bueno de este barrio tan sucio y venido a menos, es su proximidad del centro», se consoló, arreglándose el sombrerito en la vitrina del almacén de abarrotes de don Atilio, el italiano de la esquina.

Y se me perdió mi madre en las calles atestadas del mediodía con su andar calmoso de velero entrando a puerto. Pero puedo imaginarla hurgando en su bolso, ojos trágicos: «Dios mío, olvidé en casa la chequera y es demasiado tarde para volver a por ella.» (No importa: aprovecharé la arregla-

da y la salida para «alcanzar» donde las hermanas Lamor, sus amigas diáfanas que parecen tener un pie tocando apenas este mundo y el otro firme en el más allá, para consultar el significado de un sueño que tuvo: se vio tomando el té con la Zarina de Todas las Rusias en la mansión de los Cupper, en la isla de Guernsey, perdida en las brumas del Canal de La Mancha.)

Palmira y Lorenzo llegaron al caserón de las Monjas Rosas en una época tardía, cuando su estructura descarnada parecía flotar sin peso desde el zaguán de la mampara hasta los muros deteriorados del fondo. La mirada del que allí entraba podía deslizarse sin obstáculos, atravesando el vacío de los cuartos o embarcándose en las líneas de fuga de los corredores, de pilastra en pilastra hasta la última, pequeñita en la distancia, con su colgajo de jazmines.

No hacía mucho que Laura había emprendido su postrer viaje sideral, de aquellos que solía ensayar dormida. Partió en lustroso cohete negro, una sonrisa burlona en los labios y en sus manos una rosa encarnada y un pincel, rumbo a sus siete cielos. Debía cumplir secretos itinerarios hasta perderse en el infinito. Palmira y Lorenzo habitaron el caserón en compañía de los fantasmas que ella les dejó, quizás un tiempo largo o un tiempo breve: difícil saberlo porque los calendarios empezaron a girar en banda: «Del acontecer perdimos la brújula», comenta mi hermana. Y cuando es ella la que dicta no es posible responsabilizarse por nada. Es probable que nuestra madre al ausentarse dejara trastocadas las leyes del acontecer, de la ubicuidad, de todo.

—Mi trayectoria empieza donde termina, esto es, en mi amor por Lorenzo —me dice Palmira.

Su Lorenzo el brujo, el nombrador de las cosas; el que la dejó anclada en el caserón (del lado de acá del tiempo); el que dictaminó su destino de viajera sonámbula de las cornisas (aquellas cornisas de latón pintadas de blanco y simulando vuelos de tirabordada), donde se posaban las palomas de Laura.

Y mi hermana Palmira, viajera de esas alturas, destila tanta pasión que los transeúntes de las Monjas Rosas que alzan los ojos —no importa si ya no están las cornisas ni existe el caserón— sienten un dolor agudo en el pecho y reviven en el instante sus más bellas horas de amor. De aquel gran, gran amor que se les fue ahogando en los diarios ajetreos y los horarios obligatorios.

Es posible que Lorenzo, temeroso de naufragar en las aguas detenidas de Palmira, la enredara en sus frases reversibles, esas de nunca-se-pierde-lo-que-nunca-se-tuvo, nunca-termina-lo-que-nunca-empieza... O por esquivar las ataduras, le prohibiera nombrar los sentimientos, soslayando así los te quiero, te amo, no puedo vivir sin ti.

Y también es posible que se quedara él mismo prisionero de su maleficio, porque cuando se fue del caserón, Palmira apenas notó su ausencia.

—Está aquí, y él lo sabe —me dice—. Los tiempos míticos siempre permanecen.

A poco de habitar el caserón, Palmira y Lorenzo se volvieron lánguidos, pálidos, como si los fantasmas les hubieran sorbido la linfa para nutrir su propia transparencia. Heridos por el desgano, apenas hablaban, temiendo que los murmullos de aquellos seres invisibles pesaran más que lo que ellos pudieran decirse.

Sin embargo, habían llegado al caserón llenos de energía, dispuestos a compartir un porvenir floreciente de artesanía: construir un horno de cocer la greda, pulir y engastar joyas, esmaltar metales y «ya veremos qué más...», decía Lorenzo. (El mismo «veremos» de Laura, tan lleno de promesas.) Amanecían animosos, alentados por el ruido de alitas que hacía mi madre en los umbrales, como si sus manos incorpóreas se impacientaran por mezclarse a las de ellos para amasar la greda.

Partían sin rumbo fijo en la citroen correccaminos color «lengua de perro» de Lorenzo, con el pretexto de comprar materiales y hallar un maestro que les construyera el horno. Pero se iban enredando en los senderos olorosos del verano, señalándose en silencio el milagro azuloso de la cordillera, el oro de las espigas, los nácares en el lecho del río. Bajaban entonces a la playita de arena tierrosa y se tendían a contemplar

los «guerreros», aquellos cactus gigantes que según Lorenzo descendían armados de los cerros. Espiaban la ventruda araña que tejía su baba en la sombra esperando el instante en que un fulgor hiriera la red y se dibujara el aire con sus hilos de luz. Mientras Lorenzo copiaba esos laberintos buscando formas para sus telas de galaxias, Palmira leía a Rimbaud en voz alta, enseñándole francés por si les resultaba un viaje a París cuando los enriqueciera la artesanía.

Y tanto hablaban de lo que harían, de lo que podrían hacer, barajando proyecto sobre proyecto, que iban quedando en paz, saciados de tanto quehacer.

—Demos por cumplido todo lo soñado —reía Lorenzo, levantándose para regresar cuando el sol empezaba a hundirse entre los cerros.

Y como ya era tarde para emprender un trabajo en el caserón, se atardaban en los puentes del Maipo para ver perderse en lejanía los meandros del río, y asistir a las mutaciones de la cordillera en el crepúsculo. Lorenzo, que había venido de un país sin nieves, protestaba cuando los calores fundían los hielos de las cumbres:

—Así blanca parece flotar sin peso sobre las nubes —decía—. Pero esa mole inmensa y pelona al final del camino ¡quién la aguanta!

Y se admiraba en seguida de los verde-negros y los azul-grises que jugueteaban en sus flancos: «La perdono por eso, señora», le decía, hablándole al paisaje como Laura a sus muertos.

Luego, los sorprendía la noche y los demoraban los reflejos lunares, las fragancias del aire y la frescura del escurrir del agua en las acequias. Y si Palmira miraba su reloj, Lorenzo la reprendía:

—Deja que el tiempo te transcurra. Ya tendrás el resto de tus días para agitarte. Entonces, me darás las gracias por esto...

En la época en que Laura creyó en la reencarnación, solía pasear en sueños por las playas de Guernsey, en el canal de la Mancha, donde había nacido su bisabuelo John Cupper. En esos días trémulos suyos (días en que lo invisible se manifiesta), podía escuchar el eco suave de castañuelas de sus pasos sobre la playa de guijarros, y el estruendo del mar golpeando los acantilados. Ahí donde se estrellaban los barcos confundidos por las fosforescencias nocturnas y las «tinieblas de luz» de las que hablaba Victor Hugo en su novela *Los trabajadores del mar*, escrita, decía Laura, siendo huésped en la mansión de los Cupper allá en la isla. Decía que las nieblas eran tan espesas que en ellas más que en las aguas, zozobraban las embarcaciones.

Y Laura, perdida en sus propias nieblas, no sabía si John Cupper se había reencarnado en su persona, o si más bien lo llevaba en ella como se lleva un niño por nacer. Miraba sus manos de pintora preguntándose cuántos dedos eran suyos y cuántos del Coronel. ¿No era el bisabuelo el que le amarraba las ganas de los grises con estocadas guerreras de azul ultramar?

Al ver a Fermín ensimismado en sus radios de galena le decía:

—Cuando inventen un aparatito de éstos, pero que sea capaz de rescatar las voces de los que han muerto, resolveremos muchos misterios. Porque lo tendrán que inventar, ¿no?

—Con usted no se puede hablar —se quejaba él—. No tiene mente científica. Nada más cree en milagros. —Y como ella insistía en saber cómo funcionaban sus radios, empezaba con paciencia: «Las ondas electromagnéticas...»

—¿Qué es eso? —interrumpía Laura.

—Algo que usted jamás va a entender. Las ondas electromagnéticas —insistía—, recogen la información de sonido en el receptor, y ahí son amplificadas para ser oídas.

—Pero ¡eso es más prodigioso que las comunicaciones con los espíritus! —exclamaba ella, alejándose concentrada en la disyuntiva de si acaso la ciencia no era más milagrosa que los mismos milagros, mientras el esposo seguía explicándole «a nadie» sus radios de galena.

Y como también tenía por milagrera la biología, aseguraba que agudizando las neuronas de la memoria, era posible rescatar en ellas los afanes de los abuelos:

—Estoy segura de que los recuerdos son hereditarios —solía decirnos—. ¡Sólo que no es fácil rescatarlos! —Y se consolaba pensando que cosas más difíciles ya se habían logrado—: Los gurús de la India se trasladan de un punto a otro desintegrándose y volviéndose a integrar. Pero —se quejaba— para eso tendría que «pasarme la punta de años» meditando en esa incomodísima posición de la flor de loto, ayunando, «yo, con mi apetito...» y ajena a todo lo que ocurre en el mundo.

—Pero cuando los científicos inventen ese aparato de captar las voces antiguas ¡se acordarán de mis predicciones! —le gritaba a su esposo para traspasar los audífonos de la radio de galena—. ¡En el aire han de estar, viajando en eso que usted llama las ondas sonoras! Y creo que sería mucho más sencillo recoger las voces de los que habitaron este caserón que esas otras tan distantes de sus amigos radioaficionados con los que se lo lleva: aquí ce e jota llamando, ce e ka contestando...

Mi padre la miraba con cara de estar chupando un limón:

—Yo no me meto en su pintura, hijita. Así es que no me venga con ideas estrafalarias sobre lo que usted no entiende.

—Le apuesto que también a Cristóbal Colón le hubieran tachado de estrafalario —le volvía a gritar ella— si lo descubren en su carabela transmitiendo en una caja llena de alambritos un mensaje a la reina Isabel. ¡Todo es cuestión de tiempo!

Y se alejaba digna, dejando al esposo callado y meditabundo.

El hecho es que mientras Laura aguardaba la pronta vulgarización de sus milagros, el Coronel empezó a materializarse

en nuestro comedor, de tanto como lo nombraba ella a la hora de almorzar:

—Póngale un puesto en la mesa —se burlaba Fermín— mire que yo, sin ser gurú de la India empiezo a verlo de pie, aquí a mi lado.

John Cupper, el bisabuelo de Laura, había nacido en Guernsey en 1800, lo que a ella le parecía extraordinario ya que cumplía años junto con el siglo. A los catorce años —de acuerdo con unas crónicas inglesas— aparece viajando a París, y medía ya más de dos metros «lo que asombró a los guardias fronterizos al mirar sus documentos». Para alejarlo de las guerras de Napoleón, el padre lo envió a Cataluña «por negocios», al cumplir los diecinueve. Allí asombró a todos con sus hazañas y a las catalanas en especial: «Su vanidad se veía constantemente exaltada por las expresiones callejeras que suscitaba su viril belleza.» Pero lo que callaban las crónicas y que Laura nos contaba con voz perdonadora, era que el joven de la vanidad exaltada había embarazado a una condesa, lo que le valió ser desafiado a duelo por el marido:

—John mató a duelo al conde, el esposo ofendido, lo que en aquellos tiempos no era un crimen, sino asunto de honor —decía Laura, sin alzar los ojos del plato, temiendo las burlas de Fermín—. Y tuvo que huir lo más lejos posible con la condesa y el niño. ¡De lo que debemos estar agradecidos, porque de no venir él a este país, ni ustedes mis hijos ni yo, existiríamos!

—No veo el favor que les hizo el bisabuelo ¡con lo que le cuesta a uno vivir! —decía Fermín por contradecirla. Y repetía su dicho: «La vida es como la camisa de un bebé, corta y caída...»

Laura, luego de reñirlo por contagiarnos su pesimismo, continuaba con la vida del Coronel:

Para alejarlo de esos líos de condesa, el padre lo mandó nuevamente por negocios a las costas del Brasil, donde otro de sus hijos comerciaba con el café. Pero John no se terminó de sosegar. Dejó con el hermano a la condesa y al crío, y siguió rumbo al sur del Continente.

—Era la época —explicaba Laura—, en que los oficiales europeos, ya ociosos de las guerras de Napoleón, venían a ofrecer sus servicios en nuestras guerras de independencia. John soñaba con alistarse en las filas de Bolívar, pero no pudo hacerlo por carecer de grado militar. Sólo contaba con uno

de «guardia nacional inglés» y un deseo vehemente de luchar por la libertad—. «¡Cualquier tipo de libertad!», comentaba Laura, enfática, y nos leía unos versos—: «Yo no sé / lo que deseo es que todos los hombres sean libres / tanto de la plebe como de los reyes / ¡tanto de ti, como de mí!» Versos del malogrado Lord Byron que había ido a morir de fiebres en los pantanos de Missolonghi, guerreando contra los turcos y a favor de los griegos, «rodeado de ingratitud, lo mismo que el bisabuelo», concluía Laura con melancolía. Y apartaba su plato diciendo que así, fría, se notaba más la grasa, y que esa nueva cocinera que había contratado Fermín, terminaría por enfermarnos a todos del hígado.

—La próxima vez contrate usted a sus sirvientas —rezonaba él—. No crea que me hace gracia tener que preocuparme de estos asuntos domésticos.

Y Laura, ignorándolo, proseguía con su historia. Nos contaba cómo John, inspirado en aquellos hermosos aunque vagos conceptos de libertad, vino a Chile sabiendo que dábamos las últimas batallas por nuestra independencia.

—Escogió este país —decía— porque abominaba los conflictos raciales. Y nos explicaba que aquí ya no quedaban indios, porque los habían exterminado los españoles.

—Los ingleses sí que terminaron con los pieles rojas —le discutía Fermín—. Bueno, los sajones y otros que llegaron a Norteamérica —se corregía al ver indignarse la sangre Cupper en los ojos de Laura.

—Está sumamente equivocado —respondía ella—. Aquí jamás se ven indios con trajes típicos como en Bolivia.

—Sepa que los españoles mataron muchísimos araucanos, pero engendraron nuestra raza en sus viudas —decía él— y si no se divisan por las calles con trajes típicos, es porque los que no están escondidos en sus reductos del Sur, «los llevamos puestos». Quiero decir, en la sangre.

—¡Ése será usted con su sangre vasca, hijito! Mis ancestros llegaron todos de Europa en el siglo pasado.

Y como Fermín la miraba escéptico, «que no estuviera tan segura», ella lo llamaba vasco porfiado. Y él preguntaba si su temperamento exaltado y esa tendencia a exagerarlo todo le venía acaso del bisabuelo inglés, que por qué no heredó un poco su flema. La discusión se iba acalorando y salían a luz las pullas de costumbre: lo maniático de Fermín con el orden

y la puntualidad, el desprecio de Laura por los relojes ya que sus atrasos no eran de hora ¡sino de días!

—Y lo pesimista y lo incrédulo que es usted, hijito...

—¡Y las pesadillas que le provoca a los niños con sus historias de espiritismo, hijita!

—Por el contrario —alegaba ella— ¡los niños son los que más gozan viendo moverse las mesas!

—En lo que yo no creo —puntualizaba él—. Pero se muevan o no, les está deformando el criterio con sus tonterías: es capaz de convencerlos de que los muertos conversan con usted.

Ya al borde del llanto, ella lo acusaba de no creer en nada, lo que resultaba mucho más negativo para los hijos, y volvía a repetir que sus amigas Lamor eran unas santas y que cómo iban a ser tan ociosas de mover la mesa con las rodillas como él las acusaba, cuando los espíritus eran los que venían por su cuenta y las asediaban a veces, tanto, que ellas tenían que echarlos por cargosos. Que, en fin, si era ella distraída con la hora era por ser artista, y que no por tener una familia iba a dejar de lado su vocación. Y tampoco tenía que quejarse, ya veía cómo siempre le zurcía los calcetines, le cosía toda la ropa a los niños, y tenía que tratar con las sirvientas y hacer cuentas, a pesar de la tremenda lata que era eso.

—¡Antes me retaba mi mamá y ahora me reta usted, nadie me comprende! —exclamaba, con sus ojos inundados de lágrimas.

—¿Y por qué no me comprende a mí, hijita? La plata no me la regalan. Con su derroche terminaremos arruinados. Y no llore que está mojando el guiso de arvejas.

—No importa, ¡me cargan las lentejas! —decía ella, secándose las lágrimas con la servilleta y derramando el vino con el codo—: ¡Qué barbaridad, el mantel recién puesto! —Y vaciando la sal sobre la mancha del vino para que no se pegara, preguntaba con voz tranquila—: ¿Y a propósito de qué surgió esta discusión tan tonta? —Y recordaba el bisabuelo escogiendo Chile porque creía que aquí ya no quedaban indios—. Con tan mala suerte, el pobrecito —decía— que murió sableado por unos mapuches mercenarios, contratados por los conservadores del general Prieto.

Se refería al asesinato del coronel Cupper que, contra todas las reglas del honor, fue sableado siendo prisionero de los

conservadores en la guerra civil. Guerra entre pipiolos y pelucones que no le concernía, ya que había venido a este país a defendernos de los españoles.

Y así, entre la sopa y el postre, nos íbamos enterando a trocitos de las andanzas de este joven bisabuelo de Laura, el de la bella estampa, que vino a morir a Chile —de muerte trágica— por embarazar a una condesa, equivocarse con los indios y mezclarse, como Lord Byron, en las guerras ajenas.

Para apoyarse ante el incrédulo de Fermín en estas historias de su bisabuelo, Laura disponía de un volumen con las memorias de Beauchef que había desenterrado en una de sus librerías de viejo de la calle San Diego.

Beauchef era uno de sus «oficiales ociosos de las guerras de Napoleón» que, luego de recorrer muchos países exóticos y vivir sinnúmero de aventuras, llegó a Chile a tiempo para tomar parte en las batallas decisivas de nuestra independencia.

Contaba en sus Memorias que le presentaron a Cupper —tenía John apenas veinte años—, en un café en boga de Santiago, en vísperas de emprender él una expedición punitiva. Se trataba de la sublevación de unos oficiales patriotas que se habían pasado al enemigo, esto es a los españoles en fuga, allá en el Sur, en el fuerte de Valdivia.

«Le representé —escribió Beauchef—, que sin tener grado militar no sacaría de aquella acción ni gloria ni provecho. Acción que era, además, de peligrosidad suma. Pero esto último no hizo sino enardecer al joven, y volvió a insistir en acompañarme.» En vista de lo cual, Beauchef le consiguió un grado con el Director O'Higgins, un grado tan incierto como el que ya poseía John, pero con el que podía llevarlo a Valdivia en calidad de ayudante suyo. «Quedé impresionado —agrega Beauchef— por su fina educación, la que se echaba de ver en su perfecto dominio de cuatro lenguas.» Y confesaba más adelante que también lo había impresionado su contextura atlética y su magnífica estatura, la que daba en pies de altura. Y cuando mi padre la tradujo con ayuda de su regla de cálculo, resultó ser apenas un metro ochenta. Y con ello empezaba otra controversia. Laura culpaba el mal ojo de Beauchef o la regla de cálculo de Fermín porque estaba absolutamente segura —decía— que John medía «dos metros y algo».

—¿Y por qué no le transmitió a los hijos esos dos metros y algo de la sangre Cupper? —preguntaba Fermín, que se lo pasaba comprándonos tónicos para el crecimiento.

Y Laura acusaba de petiza a la abuela Errázuriz, madre de Fermín, o se conformaba con que no fueran altos ya que su mamá Isolda, la esposa del Coronel, apenas alcanzaba el metro y medio.

—Lo que importa no es la estatura, sino el talento —decía—y ojalá en eso salgan a ella.

Y se enredaban en una nueva polémica:

—El arte no da para vivir, hijita, así es que prefiero que la baja estatura les venga por mi mamá, aunque no todos los Errázuriz son petizos, como usted cree.

—No se sienta tan ufano de su apellido Errázuriz —replicaba ella—. Sabido es que llegaron a Chile con alpargatas. Y según cuentan «una mano por delante y otra por detrás...»

—Así y todo, hijita, dos de ellos fueron presidentes de la República..., entre otras cosas...

—Lo que le deseo a mis hijos es que sean creadores —porfiaba Laura.

—¿Aunque se mueran de hambre? —se burlaba Fermín.

Y ella alegaba, ofendida, que si no vendía sus telas era precisamente por carecer de aquel espíritu mercachifle que tenían algunos pintores. Y recordaba al francés, amigo de su maestro ruso, que se vino pintando en detalle nuestras costas pensando que quizás uno de esos maremotos —de los que había oído hablar— iba a destruir totalmente el país, lo que le permitiría vender sus telas a precio de oro.

—Mercachifle, porque ganan dinero, como yo —rezongaba Fermín— que me arruino comprando sus tubos de óleo importado.

Y nosotros:

—¿Qué pasó al fin con el coronel Cupper?

El hecho es que John había asombrado a sus jefes en aquella expedición punitiva, capturando al cabecilla con la sola fuerza de sus brazos y llevándolo en una lancha encadenado a la fragata para entregarlo a Beauchef. Y en este largo país de puertos casi todas las hazañas de John tuvieron que ver con el mar. La favorita de Laura era su toma al abordaje de un barco frente a la bahía de Talcahuano.

—Más heroica que la bullada acción de Arturo Prat en la guerra del Pacífico —decía Laura, y hasta llegó a pensar que su bisabuelo había sido el precursor de Prat, ignorando lo socorridos que eran entonces los saltos al abordaje.

Quizá por simpatía hacia su bisabuelo, cuyas acciones no suelen ser mencionadas en los textos de Historia, Laura le tenía inquina a nuestro héroe Arturo Prat. Se quejaba de «la estúpida costumbre de obligar a los escolares a escribir la misma composición de estilo cada 21 de Mayo, conmemorando su hazaña, desde 1879».

—¿Se imagina, hijito? Miles y miles de composiciones contando la misma lata. ¡Ya están aquí los niños pidiéndome ayuda!

—¿Y cómo sabe si algún día esos escritos no nos van a proporcionar una nueva visión de nuestras glorias patrias? —se burlaba Fermín.

Laura se acordó de la frase de mi padre, mucho más tarde, estando él «en el cielo de los ingenieros» como solía decir. Su nieta que se iniciaba en los primeros años escolares, escribió cumpliendo con esta obligación del 21 de Mayo: «Arturo Prat fue el primer presidente de Chile y era dueño de un bote, pero como Grau tenía uno más grande, se lo hundió.» Tan escueta, su composición, como inexacta.

Ya en los cursos superiores, su misma nieta volvió a sorprenderla con la composición del 21 de Mayo: «En la rada de Iquique ondeaba la bandera de la *Esmeralda*. Cuando el capitán Arturo Prat vio acercarse al monitor *Huáscar*, comandado por el almirante Grau, se lanzó contra él para clavarle el espolón. Alzando el sable, ya incrustado en el *Huáscar*, preguntó: ¿Ha almorzado la gente? y después gritó: ¡Muchachos, la contienda es desigual!, nunca se ha arriado nuestra bandera, etc., etc., y saltó sobre la cubierta del barco enemigo, donde murió de un fuerte balazo. La viuda subió a bordo a recoger sus documentos.» A Laura le deleitó aquel «surrealismo» como lo llamaba, del «fuerte balazo» y el detalle final, de la viuda subiendo en pleno combate naval a recoger los documentos de su esposo. En cuanto al «etc. etc.» de Prat, que parecía denotar cierto desprecio por las frases célebres, Laura se atenía a lo que opinaba Fermín: que no había que mostrarse exigente en esas citas, ya que era probable que en mitad de una refriega cualquiera gritara cualquier cosa y nadie lo oyera,

o si lo oían se lo atribuyeran al héroe que no era.

Y en cuanto a la famosa pregunta de Prat que repiten miles de escolares, «¿ha almorzado la gente?», nunca se supo la respuesta, pero Laura la atribuía al hambre de nuestra marina de guerra. Medio siglo antes, cuando se embarcó en la Expedición Libertadora del Perú —tiempos, nos recordaba Laura, en que peleábamos a favor y no en contra de los peruanos— Cupper escribió en su diario de campaña: «Regresamos desde el puerto de Callao en el Perú, hasta Valparaíso, sin haber dividido un solo enemigo español, y habiéndonos tenido que comer algunos caballos del ejército por falta de víveres.» Y en otra ocasión, cuenta cómo asistió a un moribundo en el barco, víctima de la anemia del mal comer.

La hazaña del bisabuelo, Laura la contaba más o menos así: Decidió tomarse él solo un barco frente a la bahía de Talcahuano, a la altura de la isla Quiriquina. Al subir a cubierta recibió un golpe que lo lanzó de cabeza al mar pero como buen atleta que era, aturdido y todo, logró salvarse nadando desde la Quiriquina hasta Talcahuano. Lo que en cuestión de millas no era posible. Tampoco sabía Laura contra quién había saltado y en qué guerra. Mucho más tarde apareció una carta, que John había escrito a su esposa contándole su frustrada hazaña. «Lo que lo salvó —acotaba Fermín— de las composiciones de estilo de los escolares.» Se trataba en realidad, del *Aquiles*, un bergantín que había caído en manos de los conservadores, los enemigos de John durante la guerra civil, estando él contratado por el gobierno liberal. «Acercándose al bergantín —escribe— nos dan el quién vive. Grita el centinela: ¡el enemigo! Un capitán inglés que nos acompañaba sube al abordaje desde nuestra lancha, siguiéndole yo de inmediato. Apunté a un marinero con la pistola que llevaba en mi mano izquierda, pero él me hirió, tirando la pistola; otro disparó y la bala traspasó mi manga izquierda sin herirme. Aquel a quien yo apuntara me tiró al pecho un furioso golpe con el desatascador de un cañón que me arrojó de cabeza al mar. Nadé y encontré al fin una lancha a la que pude agarrarme. Me era imposible subir yo solo por lo del golpe en el pecho, y nadie me ayudó. Tal era la confusión, que en esa desagradable posición veía las balas que caían sobre nosotros como granizo, y los cañonazos que hundieron una de nuestras lanchas. Entonces, supe que era ya perdida la empresa. Por último uno de

mis soldados me ayudó a subir. Intenté hacerlos volver al bergantín en busca del capitán inglés, pero se resistieron. Me determiné a levantarle a uno de ellos la tapa de los sesos con mi pistolita de faltriquera, pero ésta no dio fuego; otro me iba a dar un sablazo, pero lo estorbé con un puñetazo tan fuerte que lo derribó sin sentido en el fondo de la lancha. Me apoderé al instante de un remo, y traté de virar hacia el bergantín, pero estaba sumamente débil. Me quitaron el remo y me llevaron a tierra.»

Aunque en otras cartas John se refiere con orgullo a sus soldados, al parecer tuvo con ellos algunas dificultades, debido a veces a la apatía, otras a la indisciplina, o a ambas. En su diario de campaña, cuando la Expedición Auxiliadora del Perú, a poco de llegar al país, anota: «Se dispuso una compañía de dragones para que saliese de Concepción a reunírseles, pero en el camino desertó casi por completo, quedando reducida a cuatro hombres.» En otra ocasión escribe, refiriéndose a la misma expedición: «Llegamos a Valparaíso con una pérdida estimada de cuarenta desertores.» Y como explicación, agrega: «Aborrecen el clima del Perú.»

Lo que en cierta forma venía a apoyar un dicho de la tribu de los Cupper: «En este país no cunden las guerras o las revoluciones, porque los «rotitos» se devuelven en cuanto les duelen los pies...»

Las hazañas del bisabuelo «tan mentadas» como decía *la Pequeña* en nuestra familia, terminaron por incorporarse a los juegos de la infancia. De modo que en el vasto dominio de las tres casas comunicadas por dentro, solíamos alternar las aventuras de John Cupper con los episodios de la Segunda Guerra Mundial en la que el enemigo era la Froilan, una institutriz alemana —capricho pasajero de Laura— que nos tuvo un tiempo llamando *brot* al pan y a las papas *Kartofeln*. En el recipiente grande de cemento que Fermín hizo construir para los baticks de Laura, podíamos representar la escalada de un promontorio en la Isla Grande de Chiloé, cuando Cupper, siendo mayor del Ejército, combatía contra el último reducto de españoles.

—Fue en esas batallas contra los españoles, donde quedaron rezagados de las luchas de independencias, y donde mi bisabuelo ganó sus grados por su increíble valentía —sentenciaba Laura.

Dislodge the enemy at once, the glory is reserved for you..., le había ordenado a Cupper el coronel Aldunate, su superior. Frase que sólo conocimos en inglés como nos la decía Laura —y como seguramente la había pronunciado Aldunate, por aquella cortesía tan criolla de hablarle siempre a los extranjeros en su propio idioma—. Orden que había enviado a John en loca carrera hasta lo alto del promontorio, el sable en una mano, en la otra la bandera, rogándole a sus hombres que lo siguieran sin disparar. Arriba se enfrentó con el gallardo teniente español López, y lo desafió a «combate singular». Pero antes que él tuviera tiempo de responder sí o no —aunque, aseguran las crónicas, John no era en absoluto sanguinario—, de un certero sablazo le partió la cabeza en dos.

—Es probable —comentaba Fermín— que el teniente López, al divisar a aquel gigante abanderado que ascendía la cuesta, encomendara su alma a la Virgencita del Pilar tomando a Cupper por el Ángel Exterminador y olvidara dar la orden de fuego. Y en seguida, quizá por el mal castellano de John —aquí se indignaba Laura recordándole su dominio perfecto de cuatro lenguas— no captara del todo lo de «combate singular» y pasara perplejo a mejor vida, con el cerebro dividido en dos partes iguales.

Mi madre descubrió, además de la carta de John a Isolda relatando su frustrada toma del *Aquiles*, unos recortes de un diario de la época, en los que se describía con detalles su desembarco en la rada de Talcahuano. Saliendo de aquella lancha a la que tanto trabajo le había costado subir, oyó el tañido fúnebre de las campanas y alguien le informó que por él doblaban. Se preocupó muchísimo, pensando que la noticia de esta falsa muerte podía llegar a la capital hasta los oídos de su esposa antes que alcanzara él a desmentirla. Y, en efecto, según lo cuentan indignados los liberales, así ocurrió: «Cuando el intrépido inglés tocó tierra en la bahía, aún chorreando agua, encontró a sus hombres apenadísimos y a sus esposas lamentándose ruidosamente. Pero, al verlo, llenaron el aire con sus aclamaciones. Sólo que la noticia de su muerte viajó rápidamente a Santiago, donde los del partido conservador fueron tan salvajes como para gritarla bajo el balcón de su desolada esposa.»

Isolda, que amaba a John con locura —nos contaba Laura—, sorteó ésta, la primera de sus muertes falsas, así como

la segunda, cuando la batalla de Ochagavía, con larguísimos desmayos. Pero la última, esto es la verdadera, se negó a creerla. Según mi madre, doña Isolda prolongó tanto el tiempo de la duda que su John no se le acabó de morir, ni siquiera cuando el rubio y alemán señor Blum (el que iba a ser su segundo esposo), la acompañó hasta el campo de Lircay para rescatar su cuerpo y darle sepultura cristiana.

Laura afirmaba que el cuerpo de su bisabuelo se conservaba milagrosamente intacto. Los diarios de la época decían: «en regular estado de conservación». Pero mi hermana Molly, la más sensata de los hijos de Laura y la que heredó de la abuela Teresa aquello del dato exacto, asegura que lo único que se logró salvar de aquel destrozo fue el dedo índice del Coronel, el que aún se conserva en un vaso funerario en el panteón de la familia.

A medida que lo extraordinario le fue rebasando sobre lo cotidiano, Laura dejó de hablar con asombro de la Atlántida, de los Continentes sumergidos y a medio emerger, de los túneles secretos que comunicaron a los egipcios con los mayas. Hablaba de éstas y de otras fantasías geográficas con el tono natural de un guía de turismo especializado en prodigios. No le extrañaban ya los vuelos en astral, las transhumancias de los muertos por el mundo de los vivos, quienes para ella debieron circular en el mismo territorio y con iguales derechos, porque a menudo asustaba a sus visitas mezclándolos en sus charlas: «Esto lo sé de buena fuente, me lo dijo hace unos días la Zarina de Todas las Rusias», le decía a alguno, ofreciéndole un bocadillo. O bien: «Anoche conversé de esto con don Ramón del Valle-Inclán...», lo que hacía dudar al interlocutor de su estar al día en cuestión de muertos ilustres.

En verdad nos fascinaba con sus historias de la corte del Zar: grandes duques perseguidos, palacios saqueados por los siervos, princesas huyendo y a punto de ser acuchilladas por los feroces bolcheviques, y salvadas justo a tiempo por un fiel servidor que la ocultaba en su cabaña de los bosques. Las mismas princesas que reaparecían enfermas de tisis en un barrio de París, o gordas y prósperas en un país sudamericano manejando una Maison de «Haute Couture»:

Su Grupo Siete, el de sus amigas espiritistas, tenía por misión rescatar a estos naufragos de la Revolución de Octubre, o a las víctimas de cualquier tipo de catástrofe, que pedían auxilio desde un cuarto de hospital o desde una misera

buhardilla. Personas, todas ellas, muy dejadas de la mano de Dios, como decía *la Pequeña*. Las hermanas Lamor recibían los mensajes, con golpecitos en los vidrios —algo como un tenue morse que interpretaban ya sin códigos— o bien a medio dormir, en trance, con un lápiz en la mano, se escribían a sí mismas los recados. Laura las acompañaba a rescatar estos naufragos y las más de las veces acarreaba con alguno para la mansión, ignorando las miradas torvas de Fermín: «No tiene gracia, hijita, hacer la caridad con mano ajena. ¿Por qué nos impone a los demás estos huéspedes desconocidos?» Y los rusos blancos venían a enriquecer sus relatos de pobreza y armiño, de amor y muerte que escuchábamos ocultos detrás de un sofá, cuando charlaba con sus amigas. Hasta que sin interrumpir el relato, Laura nos echaba de allí con gestos vagos como quien espanta las moscas, por si surgía de pronto algún detalle escabroso.

Aunque estábamos ya familiarizados con la Zarina y los feroces bolcheviques, nada sabíamos de Lenin y de la Revolución de octubre. Del «hambre en Rusia» teníamos nociones vagas por el maestro de pintura de Laura que había vivido aquel desastre. Describía escenas como ésta: Una isba entre abetos nevados, una familia numerosa reunida en torno a un samovar de té aguado, lamiendo por turno el único terrón de azúcar que colgaba del techo. Laura quedó tan impresionada con esta escena que con ocasión de una avería de automóvil sufrida con Fermín, a la hora de almorzar y en un lugar despoblado, escribió en su Diario: «Con sólo imaginar la rica cazuela de ave y los choclos cocidos con mantequilla que nos aguardaban en casa, ¡pude comprender lo horrible que debió ser el hambre en Rusia!»

Ya fuera por el estilo de vida tribal de las casas comunicadas por dentro, o por el desprecio que sentía Laura hacia la realidad, fuimos de aquellos niños privilegiados a quienes se les brinda una infancia feliz.

De un modo u otro se ingeniaron nuestros padres para mantenernos al margen de las catástrofes que asolaban la Humanidad. A excepción de unos terremotos imposibles de disimular, cuando Laura nos hacía salir corriendo en la oscuridad de la noche y quedarnos bajo el dintel de una puerta aguardando, con un piar de pollos asustados, que la tierra se sosegara, mientras las sirvientes gritaban en los patios —gol-

peándose el pecho— eso de «aplaca, Señor, tu ira y tu furor, y si es porque hemos pecado, atrácale más temblor...»

A los maremotos que nos destruían de tiempo en tiempo ciudades enteras en el Sur, Laura les atribuía un carácter apocalíptico de fin de mundo, de modo que pasaban más bien al capítulo de las fabulaciones. Durante su viaje «Waggons-Lits Cook», enseñándoles a unos franceses la delgadez de nuestro país en el mapa, predijo que si continuaban las marejadas devorándonos la costa, en un futuro no muy lejano tendríamos que caminar de a uno y de perfil, como en los frisos egipcios, entre la cordillera y el mar. Y si Fermín la acusaba de exagerar las cosas, se defendía:

—Capaz que nos quedemos sin país, hijito. Porque a lo que nos comen los maremotos, hay que sumar lo que nos quitan los argentinos por la cordillera, y especialmente ¡por abajo!

Se refería al conflicto del Beagle, enterada de nuestros descalabros geopolíticos —entrega de la Patagonia y demás— por el abuelo Felipe: con la inquina que éste le tenía a los presidentes conservadores, los «pelucones» asesinos del Coronel, les acusaba de ceder con desparpajo nuestro territorio.

—No sólo se «atornillaron» en el poder por tres decenios después de Lircay —rezongaba Laura—, sino que además le regalaron tajadas de Chile a los argentinos, toda vez que ellos tocaron un trozo de mapa bastante más grande que el nuestro.

Y nos mostraba a menudo en los parques los bustos de esos «regaladores del país», comentando que era el colmo que además les levantaran estatuas, como si aquello fuera una gracia tan grande.

Y el ecuánime Fermín le reprochaba su frivolidad, recordándole que los chilenos también nos habíamos empinado no poco en el mapa durante el siglo pasado. Se refería a la mal llamada «Guerra del Pacífico» contra Perú y Bolivia, cuando los soldaditos nuestros, esos «rotitos» que, según los Cupper, se devolvían con el dolor de pies, demostraron más que valor patriótico, verdadero salvajismo.

—No se olvide, hijita, que les comimos a los vecinos del Norte un par de provincias. Y que la tropa arrasó con todo, hasta con las estatuas de los parques de Lima, quedando los chilenos designados como el «coco» para asustar a los niños desobedientes: «Duérmete pues, hijito, ¡o llamo al chileno!»

Lo que de seguro hacía dormir a los críos peruanos con pesadillas espantosas.

—Y sobre todo, no digan que los bolivianos son unos cobardes, como les suelen enseñar en el colegio, porque a su estaño les deben ustedes el buen vivir —agregaba mi padre.

Y criticaba a nuestros gobernantes por haber dejado a Bolivia literalmente «en seco» al apropiarse de sus costas. Afirmaba que en sus viajes a ese país sin mar había visto a los almirantes ejercitar con nostalgia su escuadra en el lago Titicaca:

—Un lago muy lindo, muy azul —explicaba—, pero que no lleva a ninguna parte. Al menos que sea a una ciudad sumergida... ¡En la que yo no creo! —añadía, temiendo verse envuelto en las fábulas de Laura.

En fin que, de algún modo, nos dieron una visión amable de la Historia patria. Esto, a pesar de los textos escolares con ilustraciones a todo color mostrando a Galvarino y los chorros de sangre brotándole de los brazos cortados, y el fornido cacique Caupolicán sentado estoicamente en una pica que le atravesaba las entrañas. O bien eran los próceres criollos de la independencia, taciturnos en un calabozo ante un fraile con un crucifijo, o frente al pelotón de fusilamiento, cuando no morían a traición en un descampado. Muerte ordenada por otros próceres de la independencia, los que luego perecían del mismo modo unas páginas más adelante.

—¿Y por qué a todos siempre los matan? —preguntaba la pequeña Molly hojeando nuestro libro de Historia.

—En verdad, no resulta muy edificante para los niños —opinaba Fermín—. Nacen, realizan sus hazañas, pronuncian un par de frases célebres, luego los fusilan, y todo eso en un par de páginas.

En cuanto a las noticias de la Segunda Guerra Mundial, más que conmover, asombraban. A los que estaban tan marginados del conflicto, aquellas cifras sobre los muertos por bombardeos y el número de ciudades destruidas les «resultaban difíciles de mentalizar», según la expresión de *la Pequeña*. Aunque Laura tomó como agravio personal la destrucción del Puente Viejo en su querida Florencia y derramó un mar de lágrimas, tachando aquel bombardeo de «lo más horrendo de esta guerra». Fermín la acusó de ser poco ecuánime con el resto de los horrores, y de carecer de sentido de las proporciones.

En cuanto a aquellos hornos crematorios de los nazis que aparecían en los noticieros del cine, Laura nos exhortaba a dar gracias a Dios por haber nacido en un país inmune a tales catástrofes.

—*Il ne faut jurer de rien...*, esto es, nunca se sabe... —se burlaba Fermín.

Y ella lo fulminaba con los ojos por transmitirnos su pesimismo, y volvía a asegurar que los chilenos éramos muy sosegados. En verdad, el salvajismo de la guerra del setenta y nueve se ejerció en territorio ajeno, así es que sólo nos llegaron relatos noveleros y heroicos, marchas militares y aniversarios que celebrar: «Especialmente celebramos nuestras derrotas», acotaba nuestro padre. Y para nosotros, lo único tangible que de aquella contienda pasó del otro siglo a éste, eran los veteranos del setenta y nueve, unos viejitos reliquia que se iban encogiendo en su uniforme verde gris con una sonrisa lejana. Debíamos cederles el asiento en el tranvía y ayudarles a cruzar la calle como a los cieguitos.

Para probar su teoría sobre la prudencia y la moderación de los chilenos, Laura le recordaba a Fermín que solían designarnos como los «ingleses de Sudamérica».

—Entonces estamos mal —decía él—, porque nadie ignora que, bajo su aparente flema, los ingleses son unos salvajes.

—Está sumamente equivocado, hijito —insistía Laura.

—Si no me cree —replicaba él—, pregunte a los nativos de la India sobre las atrocidades que cometían los ingleses en sus colonias. Y dudo mucho —agregaba con una sonrisa pícar— que allá los llamen a ellos los chilenos de Europa —lo que dejaba a Laura «sumamente» desconcertada.

Pero en lo que tenía razón era en asegurar que los golpes y dictaduras militares que sufrimos en aquellos años parecían suaves comparados con los del resto del Continente. Hubo épocas en las que la población de las tres casas se reunía en la galería de la de en medio, y bajo la mirada atenta del abuelo Felipe, todos ayudaban a pegar papelitos en los libros de registros electorales mientras la radio vociferaba los cómputos. Los tíos abrían entonces los grandes ojos —siempre cargados de sueño— y gritaban que viva tal, que se vaya a la mierda cual.

En esos días de agitación, la familia se olvidaba del bezi que y de las tertulias de la alfombra. Los presidentes se suce-

dían con celeridad y hasta hubo un bebé Cupper que se apodó Marmaduque, porque nació en los breves días de la república socialista formada por el comodoro del Aire, Marmaduque Grove. Bajó del cielo con grandes ímpetus, pero no tardó en ser derrocado. En las tres semanas de su reinado, alcanzó a dictar una ley de Reforma Agraria, a decretar educación laica y a ordenar que las Casas de Crédito Prendario, «la tía rica» como las apodaba el pueblo, devolviesen todo lo dejado en garantía sin costo alguno. Decreto que favoreció al sector más modesto de la población, y que dio lugar a un pintoresco desfile de viejitas agradecidas aclamando al comodoro a los gritos de «¿quién manda el buque? ¡Marmaduque!» Aunque nada de eso alcanzó a alterar la vida apacible de la tribu. Descontando algún entierro solemne, las revueltas callejeras recordaban, por su aire festivo, los carnavales de la primavera. Las tías salían con sus amigas a dar una vuelta por el centro gritando las consignas de rigor, a «armar boche» como decían ellas, celebrando la caída del dictador Ibáñez o la vuelta al país del León, del desterrado Alessandri Palma. Tampoco se escuchaban discusiones políticas en las tertulias Cupper, ya que todos estaban de acuerdo. La moderación y el espíritu progresista de la familia se expresaba entonces en la fidelidad al partido liberal —los pipiolo del coronel Cupper—, más moderno que el conservador y menos teñido que el radical o los partidos populares. Y nos parecía que los muertos en estas revueltas de nuestra infancia se contaban de a uno, como en las guerras del bisabuelo de Laura. Escribía Supper en su Diario durante la campaña de Chiloé: «Nos dispararon dos tiros de a 24, que pasaron junto al coronel Beauchef y a mí. Los otros fueron a dar considerablemente más lejos. Y pudimos tomar sin obstáculo el fuerte de Ancud, al hallarse allí un hermano del sargento González de nuestro regimiento, a quien enviamos a parlamentar.»

—Si en esas salidas en astral que usted cree hacer dormida, hijita, en lugar de visitar el Oriente, aterrizara en los pobreríos de la periferia —le estaba diciendo Fermín a Laura— se daría cuenta que es un privilegio vivir como vivimos, y quizá no miraría el dinero con tanto desprecio.

Se lo decía en una de esas discusiones de la hora de almorzar cuando, después de sumar y restar y multiplicar en su regla de cálculo, no lograba entender la frase de Laura: «No me alcanzó el dinero que me dio para este mes...»

—No es seguro que salga en astral —respondía ella, tratando de eludir el tema de fondo.

Y en verdad siguió dudándolo, después de que las hermanas Lamor la divisaron una noche: «Te vimos pasar en astral, Laura, y te lo advertimos para que te cuides, hija: tenías la camisa de dormir descosida de arriba abajo...» Y aunque ellas lo echaban a la broma, aquello afligió tanto el pudor de Laura, que olvidó darle importancia a lo de salir volando sin darse cuenta. Ella tomaba esos viajes a la India por un sueño, lo mismo que sus paseos por las playas de guijarros de Guernsey. O bien, si eran ciertas las teorías de Vera Lamor, que atribuía todo lo inexplicable a la intervención de seres extra-terrestres —quienes, decía, nos visitaban en secreto para que no los mataran— también era posible que ellos la hubieran llevado por los aires, ya fuera para conocerla o para darle un buen consejo.

—Las hermanas Lamor carecen de sindéresis —alegaba Fermín.

La primera vez que lo dijo, Laura preguntó si eso de sindéresis era una regla gramatical. Fermín fue por un dicciona-

rio y le leyó, burlón: «Sindéresis, capacidad y discreción de juicio para juzgar rectamente y con acierto.» Laura puso el grito en el cielo, y anunció qué pronto verían que la gente iniciada, esto es, la que recibe comunicaciones del más allá, a la larga probarían tener muchísima sindéresis. Y haciendo expresivos gestos con sus manos, de aquellos que tiraban los vasos derramando el contenido en el mantel recién puesto, explicó que las verdades de sus amigas Lamor eran hiperbólicas. Esto es, decía, verdades curvas, que contenían en su seno el secreto más recóndito de la verdad, visible nada más para los iniciados. Y Fermín volvió a frustrarla con el diccionario. Se lo puso delante y le pidió: «Lea, hijita.» Y ella leyó: «Hipérbole. Ret. Figura que consiste en aumentar o disminuir excesivamente la verdad de aquello de que se habla.» Y cuando uno de sus hijos preguntó si la mamá entonces era hiperbólica, ella exclamó:

—Los diccionarios mienten. Son chatos. Nunca han sido escritos por los iniciados, en todo caso. —Y enrollando sabiamente los tallarines en el tenedor, regañando de paso a los niños que los sorbían de a uno y con un silbido, hizo su habitual comentario: ¿Y a propósito de qué empezamos esta discusión tan tonta?

Y Fermín explicó, retrocediendo de tema en tema:

—Diccionario, hiperbólico, verdad secreta, Lamor, extraterrestres robando humanos, vuelos impúdicos con la camisa de noche descosida, dudar si es en astral o un simple sueño, si a la India o a las poblaciones pobres de la ciudad, falta dinero para terminar el mes... —Y antes de que Laura saliera en defensa de los gastos del mes, dijo—: Y en mi ejemplo reciente creo que caí en un ligero error: de haber aterrizado usted en los barrios pobres, no creo que se volviera más ahorrativa. Lo más probable es que les hubiera entregado a ellos todo el dinero que le di este mes. Reconozco que tiene muy buen corazón, pero insisto en que carece... de sentido de las proporciones —concluyó, evitando mencionar nuevamente lo de la falta de sindéresis.

En efecto, Laura tenía un corazón tan blando que cuando veía a alguien apuros, era capaz de darle todo lo suyo y también lo del esposo.

—¿Cómo no ayudar a los artistas que no tienen ni para comer? —decía.

Y Fermín le explicaba que también él debía atender a personas en apuros, que iban a hacer cola a fines de mes en la puerta de su oficina y que no las podía defraudar, de modo que no le sobraba dinero para dar de comer, además, a sus amigos pintores. Que bastante gasto tenía ya con sus óleos importados. Así es que, cuando le mandaba el maestro ruso algunas telas con una tierna misiva: *Soyez gentille, chère Laura, et vendez-moi mes tableaux, toutes mes amitiés a votre formidable mari...* ella, segura de no hallar compradores y enamorada de sus telas, si no podía vender una joya o algo de valor, trataba de convencer a Fermín que no era una ayuda comprarlos, sino una estupenda inversión para el futuro.

—Para inversiones —alegaba él—, el sueldo entero se está invirtiendo en mantener esta familia.

Entonces, Laura pedía dinero prestado y colgaba las telas en su living.

—Me las envió de regalo —le mentía a su esposo.

Laura era tan vital y tenaz, que hubiera pasado por encima de su propio cadáver con tal de cumplir la meta que se había propuesto. Era, al decir de sus amigas, como «una fuerza desatada de la Naturaleza, pero exhibida en un calmoso envoltorio, bondadosa y de adorable trato.»

—Y quizá de haberse acercado, en persona o en astral, a los pobreríos de la periferia —comentaba Fermín— hubiera cambiado los pinceles por la toca azul del Ejército de Salvación, lo que de paso le hubiese permitido decir los pecados a gritos por las calles, sin que nadie la hiciera callar.

Laura tenía una voz temblorosa y tan desafinada, que no había vuelto a cantar delante de nadie después de sufrir la mayor humillación: su bebé, Chumita, heredero del oído absoluto del padre, le había rogado desde la cuna:

—Mamita, pol favol no me cante ná, ¿quiele?

Pero, sin duda, el gran mérito de nuestra madre fue su lucha por la emancipación femenina en el arte. Por el derecho a entregarse de lleno a la vocación. Lucha que ella y sus colegas pintoras dieron por años y sin bulla, sin salir a vocearlo, y sin remontarse en globos cautivos como las sufragistas inglesas.

La abuela Teresa le hacía llorar como a una niña pequeña, acusándola de pésima dueña de casa, de descuidar a sus hijos y a su marido con lo bueno que era Fermín, de no saber tra-

tar con firmeza a las servidumbres que hacían con ella lo que les daba la gana, de no tener idea de llevar cuentas, derrochar el dinero de las compras y todo eso, por pasárselo «pinta que pinta», y con el agravante de que no le quedaban ya paredes donde colgar sus cuadros, lo que era hartó decir tratándose de este caserón, lleno de habitaciones, que le había comprado el «santo» de su marido. Y que como si eso no fuera suficiente, era escandaloso ir a una Escuela a pintar mujeres sin ropas, ahí entre toda esa gente, hombres también.

—Los desnudos son obligatorios para aprender a dibujar —se disculpaba Laura—. Todos los pintores empezamos por ahí.

—No me digas —rezongaba la abuela— que no puedes pintar a una persona vestida, ¡si antes no la has dibujado desnuda!

—¿Para qué me reta, mamá —lloraba Laura—, por una cosa que usted no entiende, y que no tiene nada de escandaloso? Además, mis «desnudos» los cuelgo todos en los cuartos de baño.

—¡Ahí los pueden ver los niños y las sirvientes! —insistía la abuela.

—Y también me ven a mí —decía Laura—. Nunca hemos hecho misterio con el cuerpo humano.

—Mirando los desnudos se siente uno más en confianza al tomar la ducha —se burlaba Fermín.

—Cuando yo era muchacha —explicaba Laura para que disculpáramos las ideas retrógradas de doña Teresa—, allá por el año del Centenario, los padres consideraban la vocación artística de una hija como un adorno más. El que convenía barajar con el bordado y la repostería.

Hablaba de 1910. Si bien es cierto que hubo mujeres pintoras desde mediados del siglo anterior, en la tribu no había precedentes para la vocación de Laura. Y la abuela caía en negras depresiones con sólo imaginar a su tierna niña perdida en estos bosques de mármol del Palacio de Bellas Artes, entre los Adonis «como Dios los echó al mundo, las vergüenzas apenas cubiertas con hojas de parra», o frecuentando esos pintores bohemios. Los de los años veinte que regresaban de París a languidecer en sus talleres, suspirando por Montmartre. Laura juraba que aunque fuese de a pie, iría ella también a admirar los originales de los impresionistas, a deleitar-

se con Cézanne y Van Gogh. Tener una hija que frecuentaba a esos melenudos que pintaban monas desnudas era demasiado para la abuela y sus misas de siete. Casi peor que ver perderse al primogénito entre el juego y los vapores del alcohol. Y doña Teresa no se libró de sufrir por las excentricidades de su primogénito, el tío José. Al comienzo, pareció seguir dócilmente la tradición de remplazar al padre en una carrera prestigiosa. Lo primero que indicó su desequilibrio, fue el abandono de sus estudios de abogacía. Dejó de vestir como un dandy y de asistir a la hípica los domingos, como todos los primogénitos de familias rancias. Le dio luego por disertar sobre filosofía Rosacruz («secta a la que ingresé como mero aficionado», confesaba con modestia) y por pintar una rosa encarnada. Poco después empezó a hablar mal del Papa que vive en Roma. Aunque lo hacía con dulzura. «Nunca se supo que el niño Josecito le subiera la voz a nadie», decía *la Pequeña*. En seguida, fue cayendo en el vicio del desprendimiento. Una mañana se quitó su abrigo de *tweed* inglés y se lo puso a un mendigo friolento.

—Yo camino de prisa —se justificaba— y eso acalora mucho.

Parecía sentir agrado en regalar sus pertenencias, tanto que los pobres se pasaron el dato y pronto hicieron cola ante la puerta de las Monjas Rosas. El día en que, luego de vaciar su guardarropas, regaló unos zapatos nuevos del abuelo Felipe, *la Pequeña* dio la voz de alarma.

—Algo le sucede al pobrecito...

También se envició con el aseo: se bañaba dos o tres veces al día con abundante espuma de jabón, restregándose hasta el alma con una escobilla. Y el tío se nos empezó a descascarar como un muro viejo. El médico que le curó la afección de la piel, aseguró que no estaba como para encerrarlo, pero que escondieran los objetos cortantes o las armas de fuego. Es que el tío José sufría entonces por un amor imposible. Su bella se había casado con otro y había partido de luna de miel a Norteamérica. De atrás se fue el tío José y tan de a pie como Laura pretendía llegar a Europa. Allí logró sobrevivir gracias a sus habilidades de miniaturista y de carpintería fina: «Lo que es muy bien pagado en un país que todo se hace a máquina y al por mayor», escribía. Y no precisaba mucho para sobrevivir, ya había empezado a prac-

ticar con las lechugas: aseguraba que una persona podía vivir en perfecta salud y hasta una avanzada edad, consumiendo sólo una lechuga diaria.

El tiempo le daría la razón: pasado los setenta, viudo ya y a punto de ser bisabuelo, se casó con su amor de juventud, viuda ella también, y abuela. El tío caminaba sin pisar el suelo, ágil y delgadito de cintura, el rostro de niño surcado por la maraña delicada de las arrugas Blum, la mirada celeste siempre limpia y asombrada, proclamando a todos los vientos que su «novia» era seguramente muy corta de vista para aceptar casarse con un vejestorio como él, olvidando que su dama había ido cumpliendo exactamente los mismos años que él.

Para complacerla, el tío vuelve a vestir como un dandy: con su barbita gris bien cuidada y su traje correcto recuerda a los embajadores Blum de comienzos de siglo. A la vuelta de una esquina suele surgir, etéreo, caminando de prisa y no porque tenga horarios que cumplir: declara que conviene consumir el mínimo, a fin de trabajar el mínimo para mantenerse y disponer así de mucho tiempo libre para el solaz del espíritu. Y no es que sea un ocioso —asegura—; por el contrario, no hay cosa que no sepa hacer, pero lo que hace, lo hace disfrutándolo y no por obligación. Ya no se expresa mal del Papa, y explica que no es que él haya cambiado, sino que los que han cambiado mucho son los Papas. Parece cruzar la existencia intocado por el estrés, siempre con una sonrisa de resolana en las sienes, la misma que le conocimos a la abuela Teresa, mirando burlón a sus semejantes, que tanto se afanan ¡no sabe él por qué!

El que transite a eso de las ocho de la mañana por la Plaza de los Leones —la que una alcaldesa enamorada de azul llenó de jacarandás floridos— puede ver al tío José en pulcra tenida de entrecasa barriendo las hojas y las basuritas de su vereda.

—No hay Blum que pase los ochenta, sea cuerdo o no —solía decir *la Pequeña*—, al que no le dé por barrer su vereda en bata de levantarse y pantuflas.

Cuando Palmira y Lorenzo trajeron a un maestro para que les construyera el horno de cocer cerámica, decidieron instalar el taller en la amplia habitación que daba al primer patio, la que fuera dormitorio de los abuelos y luego taller de pintura de Laura. Sólo quedaba allí la *chaise-longue* de doña Teresa, náufraga de otro siglo, despojada de su tapiz morado y con algunos crines al aire.

—Cúbrole las desnudeces con unos cortinajes —proponía Lorenzo—. No quiero que tu abuela nos venga a penar.

Temía que Pedro, el maestro, la escandalizara con sus malas palabras o con sus boleros de amor burlado. Se instaló ahí como quien acampa: llenó el cuarto con los materiales del horno, fierros y cemento, desparramó sus herramientas y trajo anafre y cacharros para guisar sus comidas.

Pero su trabajo avanzaba con extrema lentitud, como si maese Pedro se hubiera contagiado del tiempo roto del caerón.

—Aquí el tiempo transcurre con el mismo ritmo de los comejenes devorando puertas —rezongaba Lorenzo, que llamaba comejenes a todos los bichos invisibles que destruyen las viviendas.

Pedro tampoco entendía la razón del estancamiento del horno. Entrampado seguramente en esos calendarios girando en banda de Palmira, *equivocaba* los días:

—Ayer no vine porque era sábado —les decía un martes. A veces se quedaba absorto, el oído atento, un fierro a medio colocar y la vista extraviada—. Me parece que hay ratas —dijo al principio. Luego pensó que con tantísimos gatos co-

riendo por los tejados aquello no era posible—. Son ánimas que andan penando —concluyó. Y desde que lo supo, dejó de cantar boleros y empezó a poner los fierros donde no correspondía—. Algo anda mal con los planos del horno —se disculpaba.

Y, dejando el trabajo, partía a tomarse una cerveza. Pronto descubrieron que maese Pedro desarmaba por las tardes lo que armaba por las mañanas, antes de su «cervecita donde don Atilio». Y no que no se percatara de lo que hacía, sino porque no quedaba conforme con el resultado. «Sería bueno que hicieran exorcismo en esta casa», dijo una noche al despedirse. Y al día siguiente un niño vino por sus cosas:

—Está enfermo, y no sabe cuándo se va a mejorar —les dijo.

Así es que el horno quedó ahí, inservible. Y Palmira y Lorenzo se acordaron de los caminos. Reanudaron sus vagancias por los campos, con el pretexto de hallar otro maestro o de comprar material para ir avanzando algo. Los pasos de Lorenzo cargando la greda tenían la misma resonancia de espantar palomas que los trancos del Coronel:

—Cómprales un pan y se lo desmigajas —le gritaba a Palmira, y se iba a echar con un suspiro de placer en la única cama que había dejado la familia en un cuarto del segundo patio.

Y cuando ella se acercaba a pedirle dinero para el pan, estiraba un brazo y riendo la derribaba sobre el lecho: «Después compras, más tarde...», decía, quitándose las ropas de un solo envión, con la misma destreza con que el Coronel se despojaba de su uniforme asombrando a la pequeña señora Cupper. Y abrazados se hundían en el silencio. Luego, él se dormía enlazándole la cintura como si el sueño lo sorprendiera de golpe.

—Quedaba —me decía Palmira— tan cercano como distante, vagando quizá por dónde, primero en el rito y después en el sueño. «Detrás de la ausencia, es largo el camino del recordar, y ahora tengo que desandar...», me dice ahora. ¡Cuántas veces no estuve saboreando en la penumbra del cuarto el privilegio de amar y ser amada, o al menos de estar en los brazos del ser amado, flotando «en el globo de aire en el que te guardo», como decía Lorenzo. Me quedaba despierta mirándole dormir, repitiendo como jaculatorias para el ham-

bre futura: una vez más me abraza, una vez más lo tengo conmigo, una vez más, una vez más... Así podía ir tiñendo el aire con su presencia, y anclando en los tiempos mágicos que nos regalaba el caserón, para que el pasado fuera siempre presente. «Así quedé entrampada en el amor de Lorenzo», me dice.

Aunque fue doña Isolda la que ganó justa fama con sus salones musicales y literarios, era el apellido Cupper el que fascinaba a Laura. Un Cupper que la hacía sentirse tan inglesa, que vivía aguardando el llamado desde Londres para ir a retratar a la reina madre y a sus princesas. «Con quienes tengo un parecido extraordinario», decía.

El Cupper de John iba precedido por un De Vic de antiguo origen, ganado en una batalla por un antepasado suyo que le salvó la vida a un rey de Francia. Del dónde y el cómo, no estaba ella muy enterada. A la cabecera de su cama había fijado con corchetes el escudo de armas otorgado en premio, o lo que de él quedaba: un trozo de terciopelo granate, ya muy desflecado. En lo alto exhibía un galgo, «un animal heráldico» según ella, y bajo él, un escudo dividido en tres franjas horizontales: En la primera, bordado en campo celeste, un jabalí ocre completo y otro perdido a medias, no sabía Laura si en una gruta o en el deterioro de los hilos de seda. En la franja siguiente, se veían tres ostiones bordados en rojo sobre un campo ocre, y en la tercera franja que correspondía a la base del escudo, en campo celeste, un jabalí en el centro. Pero el orgullo de Laura era la leyenda en francés: «L'ESPOIR EST MA FORCE» ya casi ilegible, bordada en hilos de oro. Por lo que acostumbraba a referirse en esa lengua a la esperanza, y con un aire posesivo como si el «espoir» fuese atributo privativo de los Cupper. John perdió el De Vic al llegar a Chile, pero su nombre se perpetuó en una avenida.

—Sus enemigos, los pelucones, terminaron por reconocer sus méritos —decía Laura—. Si el padre de la patria Manuel

Rodríguez tenía su estatua y la tenían los otros padres de la patria que lo mandaron fusilar, bronce sosegado ya y frente a frente, ¿por qué no Cupper?

Y hablando de estatuas, Laura contaba cómo había perdido el tiempo escupiendo la del general Baquedano, héroe de la Guerra del Pacífico que cabalgaba en la plaza del mismo nombre, creyendo que se trataba de un comandante Baquedano, que había dado la orden de «sableen al perro hereje», orden que terminó con su querido bisabuelo prisionero en Lircay. Un día, cotejando fechas, descubrió que ese general Baquedano debía estar recién nacido cuando el infame comandante del mismo nombre dio aquella orden.

—Pero no tan perdido mi tiempo —reía—, porque en verdad no conozco estatua más fea y más sin gracia que la de ese general.

Según los *family records* que había estado hojeando Laura, los Cupper se establecieron en Guernsey allá por mil setecientos y habían sido todos «decididamente protestantes». De ahí el apodo de perro hereje con que los beatos conservadores designaban a John. Pero él se vengaba —al decir de unos descendientes Cupper— espantando a las viejitas de las procesiones religiosas, mostrándose desnudo en su balcón. Mi madre negaba este hecho, o se lo atribuía más bien a un hermano del abuelo Felipe, el mismo que inventó las boquillas largas para fumar bajo la ducha y que tenía en su puerta una placa anunciando: «Raúl Cupper, Loco Recibido.»

Más que por sus excentricidades, los Cupper brillaban por su espíritu aventurero. Ninguno de los hermanos de John logró morir en su lecho.

—Expertos —decía Fermín— en salvar vidas ajenas a costa de la propia.

Rivalizaban en hazañas heroicas y, cuando no perecían en los naufragios, iban a hacerse matar defendiendo causas perdidas en tierras lejanas como el bisabuelo de Laura.

—En Canadá, y no me acuerdo bien en qué otro país, hay un Cupper que tiene una plaza con su nombre y con su estatua en el centro, y no una pura calle extramuros como el Coronel... —se quejaba.

Pero su consuelo era el reconocimiento que se hizo de los méritos de la bisabuela Isolda. No sólo por su labor en el campo musical, sino también por aquellas tertulias literarias,

donde se codeaban artistas e intelectuales chilenos y extranjeros. Entre ellos, nombraba con despecho al ilustre venezolano don Andrés Bello que había venido, según ella, a revolverle la ortografía a toda una generación de chilenos, cambiando la ge por la jota, y la y griega por la i latina, para dejar luego todo aquello sin efecto. O sea «por no dejar». «Por joder», decía Fermín, atrapado como ella en el doble cambio. Nombraba a doña Mercedes Marín, famosa por su ininterrumpida charla, a don Carlos Bello, hijo de don Andrés, poeta y dramaturgo que deslumbró a las jovencitas de su tiempo con su romanticismo. Un romanticismo tan extremo que lo llevó a morir de tisis, languideciendo en una anticipada tumba, rodeado de mármoles, según rezan las crónicas. Y por supuesto, el pintor flamenco, Rugendas, a quien doña Isolda le servía de enlace en sus secretos amores con una dama de Talca. Por agradecimiento, al decir de Laura, Rugendas pintó al señor Blum y a todos sus hijos, dejando gran cantidad de dibujos y grabados que los descendientes de doña Isolda se venden unos a otros en los apuros de dinero.

Pero esta pequeña si bien augusta matrona, que deleitó a la sociedad santiaguina del siglo pasado con sus tertulias y sus gorjeos, nada tenía que ver con la joven esposa, «la hurí del paraíso», como la llamaba el Coronel, la que dejaba sus miradas de angustia en los espejos, y los suspiros de amor entre los azahares.

La pequeña señora Cupper, al saber que su esposo seguía con vida, luego de aquel frustrado abordaje del *Aquiles*, tomó la primera carreta a Valparaíso, mientras el Coronel navegaba desde Talcahuano para reunírsele.

Bamboleada, salpicada de barro, rasguñada por las zarzas que bordeaban el camino agreste, sólo se incomodaba por la lentitud de los bueyes que demoraban el instante en que se vería en brazos de su adorado. El lugar de la cita era una casa-quinta en el barrio El Almendral, ahí donde habían pasado una brevísima luna de miel entre dos campañas guerreras.

En cuanto divisó al esposo, echó a correr calle arriba y se le colgó del cuello:

—¡Júrame que no volverás a saltar así, a tontas y a locas, sabiendo que nadie te agradecerá tu sacrificio! —le dijo, bañada en llanto, perdiendo un zapatito de raso y enredando sus tules en las charreteras del Coronel—. ¡Ay, amor querido...

sólo tú puedes consolarme de tu muerte!

—Ella tuvo esa suerte inmensa —le dijo Laura a un huésped, que había llegado hacía poco a aliviarle las soledades del caserón—. ¡Dos veces pudo llorar la muerte de su adorado estando en sus brazos! Me refiero a sus dos muertes falsas —explicó con un suspiro. Y oyendo una leve tembladera de cristales en el aparador, le preguntó, con una sonrisa misteriosa—: ¿Escuchó? Es él, mi bisabuelo Cupper. Ellos vivían en esta misma casa, y este cuarto era entonces el comedor.

El huésped asintió. Ya empezaba a acostumbrarse a las presencias que rodeaban a Laura, a aquella farándula de seres invisibles que la seguían de cuarto en cuarto. Y el Coronel, envuelto a pesar suyo en este diálogo de un siglo a otro, les dijo a las dos, a la hurí del Almendral y a su bisnieta Laura, que comprendía, en efecto, que su salto al abordaje había sido gratuito. Había llegado al país a combatir por la libertad, y ya veían ellas en lo que se hallaba envuelto: una estúpida guerra civil, en la que pipiols y pelucones se disputaban el poder, desperdiciando las preciosas energías que se necesitaban para organizar una república naciente.

—Es lo que decía en sus cartas a Guernsey —le explicó Laura a su huésped— viendo con perspectiva nuestros problemas, por ser un extranjero. Un inglés —subrayó con orgullo.

Y dejándose arrastrar por los imaginados recuerdos —como los llamaba— o quizá sumergiéndose en las neuronas de la memoria, sintiendo que algo diáfano flotaba en la atmósfera de su cuarto de estar, le habló de las complicadas circunstancias históricas que le tocó en suerte vivir a John.

—Al cumplir los veinte —cumplía con el siglo, le comentó—, el joven Cupper había desembarcado en Valparaíso justo a tiempo para escuchar la frase, entre modesta y rimbombante, con que el Director O'Higgins había despedido a su famosa «Escuadra Libertadora del Perú»: «¡De estas cuatro tablas pende el destino de las Américas!»

—Frase muy poco premonitoria —dijo Laura—, ya que a juzgar por los textos de Historia de mis hijos, esas cuatro tablas no lograron cambiar ningún destino...

«El intrépido Lord Cochranne, que iba al mando de la escuadra, capturó un barco español, tomándolo al abordaje en el puerto peruano de El Callao», narraba el texto. Pero a raíz de un disgusto con el general argentino José de San Martín

que comandaba el Ejército, Cochranne renunció al servicio de los chilenos y partió a guerrear al Brasil. Poco después, el mismo San Martín, «anulado» por el Libertador Bolívar —en una entrevista secreta que sostuvo con él en Guayaquil—, se retiró de la campaña, perdiéndose así los chilenos las glorias de Ayacucho y Junín, batalla éstas que afianzaron la libertad del Continente.

—Muy lamentable —comentó el huésped.

Y Laura, debilitada por las angustias que le estaba causando un paraguas del abuelo Felipe que se empeñaba en remendar, y el que una vez remendado no se abría, o se abría al revés estallando y esparciendo las varillitas por el piso, exclamó:

—¡Qué barbaridad! ¡Cochranne anulado por San Martín, San Martín anulado por Bolívar, y los chilenos perdiéndose las glorias de Ayacucho, y esas cuatro tablas de don Bernardo O'Higgins arruinando al país!

Y le explicó al huésped cómo don Bernardo había tenido que abdicar, desprestigiado por los impuestos con los que agobió a la ciudadanía, impuestos que el Tesoro público debía recaudar para servir la deuda inglesa, contraída justamente por esas «cuatro tablas» con las que pretendía liberar el Perú. Y con exagerada mímica describió el gesto de O'Higgins en el Congreso, abriendo su casaca con aquel histórico desparramo de botones diciendo: «Aquí está mi pecho...»

—Y no sé qué más —sonrió—, para irse a morir en el destierro.

Y mientras recogía de rodillas las varillitas del paraguas, exclamó:

—¡Puros desparramos! —refiriéndose a los próceres—. ¡Ni el paraguas de mi papacito, ni estos países nuestros, tienen arreglo!

Pero, tenaz como era, seguía con sus intentos de remiendo y sus prédicas de panamericanismo, influenciada quizá por Anatolio, como se llamaba su huésped.

Anatolio era un joven —en verdad no tan joven, que ya había perdido parte del cabello— que por sus bien pronunciadas «eses» y sus arranques antiimperialistas, podía ser un líder deportado de las sierras quiteñas o del altiplano de Bolivia. Le pagaba a mi madre su hospitalidad posándole, torso desnudo y con un peluquín de cuando había sido actor, en

actitud heroica de cónsul romano. Le sacaba el tacho de basuras, hacía parte del aseo, y por las tardes le recitaba a García Lorca o le leía la Biblia, mientras predicaba a sus espaldas el internacionalismo proletario. Ella lo encontraba «sumamente interesante», quizá por el interés con que escuchaba sus historias del Coronel.

—Su bisabuelo fue un visionario —le decía—. Sus cartas recuerdan las de Bolívar. En verdad desperdiciamos ese momento crucial de la independencia. Él debió sufrir en carne propia ese no ponerse de acuerdo entre caudillos, y esas anarquías que terminaban en guerras civiles.

—Mi bisabuelo culpaba a los españoles por haber mantenido a sus colonias en la ignorancia durante siglos, para impedir que se rebelaran —decía Laura—. ¡Nos tuvieron en verdad muy dejados de la mano de Dios! De haber hecho caso a Bolívar —continuaba—, quizás hoy nos llamaríamos Estados Unidos de América del Sur... Y no nos afrentarían con esos nombres tan feos, de subdesarrollados.

—O de «patio trasero de los Estados Unidos del Norte» —acotaba él.

El huésped de Laura sufría de un hambre antigua. Mientras devoraba sus ricos pescados al horno comiéndose hasta los ojos y el esqueleto, le aseguraba que las actuales desgracias de estos países tenían origen, casi exclusivamente, en los errores cometidos en esos años de la independencia de España.

—¿Se da cuenta, mamacha? —le decía—. Parece que nos independizamos, ¡sólo para escoger libremente una nueva dependencia! Vivimos disputándonos un trozo de pampa arenosa, o de montaña pelona y estas superficies áridas cubiertas de hielo, habiendo en nuestros países tantísima tierra fértil aún sin cultivar. Y gastamos lo que no tenemos en comprarle armamento a los yanquis para defendernos de nuestros vecinos, ¡cuando en verdad nuestros reales enemigos son los yanquis, y son ellos los que provocan estas guerras fratricidas! ¿Le queda un pedacito más de queso, mamacha? Está muy sabroso...

—Guerras absurdas —se indignaba ella, pasándole las cortezas del queso-sabroso, y preguntándole si no le hallaba un «dejo de sabor a aguarrás».

—Un poquito —decía él, sonriéndole. Y continuaba con su

perorata—: Guerras como las del Chaco, por ejemplo, o como la de ustedes de la Pampa Salitrera. Los empresarios de esas compañías con siglas en inglés, se gozan luego observando con sus catalejos en la distancia, cómo se matan entre ellos esos hombres bajitos de piel morena, que se ven tan *interesting* con sus trajes típicos y ¡tan disminuidos en sus uniformes!

—¿De veras los miraban de lejos? —preguntaba ella, atrapada en las metáforas.

Y escuchando caer una lluvia fina sobre las tejas, Laura le decía a su huésped:

—Aquí, en esta misma habitación, mi bisabuelo tuvo que vivir aquellos tiempos tan revueltos entre los años veinte y los años treinta del siglo pasado. Y a pesar de su clara visión, ¡no podía hacer absolutamente nada! ¡Nada para ayudar a su país de adopción, ni para salvarse él mismo de morir asesinado!

Quizá Laura amaba a su manera a estos huéspedes que pasaban por el caserón. Aunque ella solía clasificar aquellas relaciones en el rubro de *les grandes amitiés*, así, dicho en francés. Amistad, porque ¡más no se podía permitir! Primero por estar casada, y cuando enviudó, porque «ya no estaba en edad». Y ellos, atraídos por su fuerte personalidad y su trato cariñoso, la acompañaban y la servían, llamándola madrecita, mamacha, o querida señora Laura. Y le iban vaciando la despensa y a veces también el bolso, con mil excusas, de que era nada más un préstamo, porque pronto recibirían una carta con dinero de un pariente. Ocupaban alguno de los cuartos del segundo patio, y se hacían querer prestándole pequeños servicios y escuchando su charla. Laura era culta y buena conversadora. Le gustaba investigar sobre cualquier hecho que despertaba su curiosidad. Partiendo de una novela en boga, como le ocurrió con *El tercer ojo*, despegaba hacia mundos fantásticos. Disertaba sobre los monjes del Himalaya, de sus misteriosas mutaciones, de aquellos hombres gigantes que dejaron las huellas de sus pisadas en la roca. Historias que sus huéspedes escuchaban saboreando los guisos «creativos» de Laura, como ella los llamaba por la imaginación que ponía al combinar los ingredientes, y en los que solía confundir la harina con el yeso, con peligro para las dentaduras, «porque dígame usted si no se ven exactamente igual».

les», reía para disculpar su distracción, y que, por favor, le escondieran la sosa cáustica, porque había estado varias veces a punto de confundirla con la sal.

Huéspedes estos que se marchaban un día agitando pañuelos desde un autobús internacional, para luego escribirle cartas de agradecer eternamente su cariño y de no olvidarla nunca.

Mientras tanto el John —cuya imagen Laura plasmó en la casita del Almendral—, alzando en brazos a Isolda, la había llevado hasta el salón donde en aquel tiempo se instalaba el tálamo nupcial con sus colchas y cojines de seda.

La despojó con delicadeza de sus ropas desenredando los tules de sus charreteras y quitándose luego, sin ayuda de sus manos, las botas guerreras.

Y ella, con la voz ahogada por la dicha, le suplicaba que corriera de una vez las cortinas de la ventana, que había visto circular al jardinero entre los almendros en flor.

—¡Mi toma al abordaje carece absolutamente de sentido histórico! —exclamó el Coronel, como si fuera aquélla una de las frases de vencer o morir.

Y, echándose sobre la pequeña señora Cupper, la amó con el frenesí que se apodera de los amantes cuando los ha rozado el aletazo de la muerte.

Era, al menos, lo que se iba imaginando el huésped de Laura al escuchar su púdico relato entrecortado de silencios. Y sin mencionar aquello de «hacer el amor», le dijo que suponía que en esa ocasión habían engendrado al tercer hijo, el que fue varón y que se llamó Felipe Póstumo.

—Vino al mundo con los ojos tristes y tuvo un destino cauteloso de minero en el Norte —dijo Laura—, porque estaba por nacer cuando asesinaron a su padre. —Guardó silencio y añadió—: En ese parto, lo que ella sentía eran las desgarraduras de la muerte del Coronel...

—¿Y por qué lo del destino de minero en el Norte? —preguntó el huésped.

—Era lo que doña Isolda deseaba para su esposo y había estado a punto de lograrlo: un compatriota suyo, el señor Edwards, lo había invitado a trabajar con él en sus minas de cobre. Pero estando en Valparaíso a punto de embarcar, había recibido un mensaje del general Ramón Freire suplicándole que por última vez se le uniera al mando de su regimiento.

El general Prieto, líder de los pelucones, se había levantado en armas. —Y fijando sus ojos húmedos de lágrimas en el paraguas del abuelo Felipe, murmuró—: Ese Felipe Póstumo fue el padre de mi papacito, que se llamaba Felipe como él. —Y le explicó que la imagen de su padre había quedado fija en el sitio que ocupaba en la galería vidriada, que por eso ella daba un rodeo cuando pasaba por ahí.

Porque la estampa del abuelo con su mirar de dos colores, reinó en la galería hasta mucho después que murió la abuela Teresa, cuando ya nadie volvió a limpiar los vidrios donde se estrellaban los pájaros engañados del segundo patio.

Y en el lecho del Almendral, o en el silencio del comedor, la pequeña Isolda, con los ojos ensombrecidos de pasión hasta el negro azulado de las alas de cuervo, pareció murmurar: «Mi amor, ¿por qué no tomaste aquel barco de prisa, en lugar de acudir al llamado del general Freire, sabiendo que ibas a tu muerte?»

Y el Coronel, desconcertado con estos descabros temporales, volvió a trazar con su pluma aquellas frases suyas que Isolda leería entre sollozos, después de su muerte: «Me quedaba, en fin, ese compromiso con Freire. Sé que llevo demasiado lejos mi delicadeza, pero por ello no seré sino más digno de ti...» Laura podía escuchar ese *plus digne de toi* en francés, como lo había escrito, y sentir el dolor de Isolda, su grito animal cuando se revolcaba en la tierra entre los naranjos, sufriendo una intolerable angustia, al imaginar a su John enterrado bajo un ulmo, sin una caricia postrera, sin nadie que le cerrara los ojos, sin el eco del llanto que se llevan los muertos de este mundo.

—Porque ella lo amó hasta la locura —le estaba diciendo Laura, con los ojos fijos en una gouache: el autorretrato de Boris Grigoriev.

Y se embarcó en una de aquellas peligrosas navegaciones que la hacían anclar allí, en la sonrisa tierna del maestro ruso, sobre la chimenea, como presidiendo su cuarto de estar. El ruso que, según las sospechas de Palmira, había sido para nuestra madre algo más que una de sus *grandes amitiés*. A juzgar, decía, por los gritos de Laura de «corten eso» cuando transmitían por la radio el concierto en Mi Menor de Mendelsohn, con esos violines nostálgicos hiriéndola en sus centros, por haberlo escuchado mano en la mano, ojos en los

ojos de su maestro de pintura, en el sofá de junco dorado de la salita, la noche en que él se le ausentó para siempre.

—¡Qué paraguas tan atacante! —exclamó, para ahuyentar su melancolía, y se lo tendió al huésped a ver si él podía arreglarlo.

Guardó silencio largo rato, y después dejó que se le fuera escurriendo la nostalgia en frases breves, llenas de emoción contenida:

—Nunca conocí a un ser tan sensible. A un artista de alma tan grande. Era capaz de una generosidad sin límites, enamorado de su pueblo... ¡Qué privilegio el mío haberlo tenido como maestro!

(«Nadie como Laura para extraer de sus recuerdos sólo la parte alada», me avisa Palmira.)

Estuvo hablándole de su maestro, con los ojos fijos en los del ruso, y parecía escapársele a torrentes aquel amor no vivido, que mantuvo por años en secreto. Y sin transición, presa de un súbito apetito, se levantó a buscar un frasco de mermelada de moras.

—Las coseché en la zarza del cerro, en mi casita de la costa —le explicó, saboreándose anticipadamente—. Pero hay que removerle esta capa verdosa que se le forma, como nata, a los dulces hechos en casa. Porque todo lo verde es veneno.

Y mordiéndose la lengua como cuando se concentraba en algo, le quitó lo verde y sirvió dos platillos. Ya de madrugada, le confidenció al huésped que, «a pesar de todo» —sin especificar qué «todo»—, siempre le había sido fiel a su Fermín, porque...

—¡Era el hombre más bueno y más inteligente del mundo! —exclamó.

—Qué lástima, mamacha, que el paraguas no se pueda comer —suspiró Anatolio—. Así no se puede ni siquiera regalar, y da no sé qué tirarlo a la basura.

Y ella estalló en una de sus risas lloradas:

—¿Por qué siempre me tienen que pasar estos chascos?

Y borradas ya por completo las añoranzas rusas, a los ruegos de Anatolio le explicó con más detalles esos acontecimientos que había tenido que vivir y sufrir su bisabuelo entre 1820 y 1830. Tomando el texto escolar de sus hijos, le leyó un párrafo del capítulo: «Época de anarquía y caudillismo.»

«Desde que O'Higgins abdicó, el país entró en un período

de franco desorden: el general Freire tomó el mando, y lo entregó en 1826, y en el lapso de cuatro años diez gobernantes se suceden en el poder. Dos partidos se disputaban la supremacía: el liberal o pipiolo, y el conservador o pelucón. Blanco sucedió a Freire, pero dimitió al cabo de dos meses. Le sucede Eyzaguirre, y luego Infante ensaya el federalismo. Para afianzar el orden alterado por un motín militar, vuelve a asumir Freire. Pero no tardó en renunciar de nuevo, y esta vez tomó el mando el general Pinto. Pero ya las rivalidades habían estallado en franca guerra civil. Pinto presenta su renuncia en 1829, pero *reasume* a los dos meses. Vuelve a renunciar en...»

—¡Basta, mamacha! —la interrumpió, agobiado, Anatolio—. ¡Parece un partido de fútbol: Freire le pasa la pelota a Blanco, Blanco se la entrega a Eyzaguirre ¡gol de Infante! Vuelve a tomar la pelota Freire, se la pasa a Pinto... ¡me dejé mareado y no entendí absolutamente nada!

—Mis hijos tampoco lograron memorizar ese capítulo para el examen —dijo ella sin alterarse—. ¡Imáginese lo que fue para mi pobre bisabuelo tener que vivirlo!

Y mientras el John del Almendral, saciado de amores, paseaba por el huerto con su pequeña hurí esforzándose también por entender aquel capítulo, el sol se sumergía en el océano bañando la rada con su finísimo polvo de oro. El Coronel, contemplando aquel magnífico atardecer austral se dijo que, aunque hubiese muerto sin conocerlo, debió quedarse en sus playas brumosas de Guernsey. Allá, al menos, se hubiera envuelto en asuntos que le concernían y no en esa sucesión de hechos ajenos que iban a desconcertar luego a varias generaciones de escolares. «Urge regresar a Santiago», dijo, tratando de calmar sus inquietudes. Aunque, en verdad, al cerrar aquel delicioso paréntesis de amor sólo iba a conseguir angustiarse más con los peligros que lo acechaban.

Y ahí en el birlocho, de regreso a la capital, con la hurí dormida sobre su pecho, recordó las dudas del poeta Lord Byron cuando se preguntaba, muriéndose de fiebres en los pantanos de Missolonghi: «Luchar contra los turcos por la libertad de Grecia, pero ¿de cuál Grecia? ¿La del caudillo Colcotronis, la de Botzaris o la de Odisseus?» Con igual amargura se preguntaba John por cuál Chile arriesgaba su vida y la seguridad de su pequeña familia: «¿Por el de los liberales que están en

el poder, gente honesta, progresista, pero totalmente caótica? ¿Por el de los federalistas de Infante que piensan que copiando lo que se hace en Norteamérica enderezarán este desquiciado país? ¿O por los pelucones (*those bastards...*), ambiciosos y retrógrados, carentes de principios, que desean prolongar el régimen colonial, remplazando a los españoles en los altos cargos?»

Y a medida que la noche caía sobre el campo, más negro se le presentaba el porvenir.

—Si los pelucones logran restablecer el orden —dijo al fin despertando a la pequeña señora Cupper— será ¡tomando las armas!

Y pronunció aquella hermosa frase, la que dejó estampada luego en sus cartas para que, remontando los años, llegara hasta el presente de Laura: «¡Jamás el sable ha de ser puesto en la balanza de la justicia!»

—La pronunció para la posteridad —le dijo Laura a su huésped, que vivía quejándose del ruido de sables que cundía por el Continente.

—¡Ay, mamacha..., parece que Dios no lo escuchó! —suspiró él.

—Porque debes entender, mi amor —seguía quejándose John en su birlocho—, que la violencia sólo logra engendrar más violencia. Y para terminar con ella se recurre a la tiranía, ¡que es la forma más cabrona de violencia!

—No dijo «cabrona» —explicó Laura—, dijo *bloody*.

—Cuantos oficiales extranjeros que perdieron brazos y piernas luchando por la libertad, se ven ahora en total dependencia de este ingrato país —dijo John—. Y aun así, la suerte de esos oficiales es mejor que la mía: llevo el uniforme para defender un Gobierno liberal contra esos caudillos conservadores (*those bastards...*) que, aunque no tienen la razón, tienen la fuerza militar y la astucia. Esto es, defiende a unos ilusos bien intencionados, que si salen victoriosos en este conflicto ¡no se van a cuidar de premiar mis sacrificios! Y si vence Prieto (*the bastard...*), sus secuaces me asesinarán.

Lo dijo, y se arrepintió al ver los ojos espantados de su hurí.

—Sólo trato de prepararte, mi amor, para algún desastre. Porque mi posición aquí, como oficial extranjero, resulta más riesgosa en una guerra civil que luchando por la independen-

cia —dijo, creyendo calmar a su esposa y doblando sus temores.

Isolda le besó las manos amorosamente, y disimulando su propio miedo, le dijo que tuviera fe, que la suerte lo iba a favorecer, porque méritos tenía de sobra como para que premiaran su lealtad hacia el general Freire.

—Es que por ser leal al general Freire —no pudo dejar de comentar el Coronel— estoy perdido: su ineptitud como gobernante y su desconocimiento de las tácticas militares, ¡nos llevarán al total desastre!

—¡Ay, mi amor querido! —susurró ella, refugiándose llorosa en su pecho.

—Porque, siempre que el Coronel mencionaba su lealtad hacia Freire, ella veía planear sobre su cabeza un pájaro fatídico —explicó Laura a su huésped—: el pájaro de la muerte del Coronel.

—Mi amor querido —repetía Isolda, por espantar sus funebres presentimientos—. ¡No es posible que en este país empiencen a matarse unos a otros! Mi padre asegura que la gente de aquí es muy sosegada.

—*Nonsense*, tonterías, *en voilà une idée* —rezongó él en tres de las lenguas cuyo dominio impresionaba a Beauchef—. Tu padre lo dice porque luchó en las filas de Napoleón, y nada es comparable a los estragos que causó aquel hombre. Pero los nativos, por sosegados que parezcan, ¡pueden volverse feroces!

—Pero, mi amor, tú mismo te quejas a menudo del desgano de tus soldados...

—Es verdad que inician con desgano las campañas, y se muestran proclives a la desertión —comentó el Coronel—. Pero más por indisciplina, que por falta de ardor bélico. Una vez en la lucha son fieros. —Y luego de reflexionar un instante, agregó—: Y los pelucones, en cuanto vean que fallan sus argucias para tomar el poder, desatarán la guerra civil. Bueno, en verdad, creo que ya está desatada.

Y entre los turbos del birlocho que los lanzaban uno en brazos del otro, le estuvo hablando sin ambages. Interrumpido por sus *pardon, excuse-me darling* le explicó que los pelucones, por tener en sus manos el comercio y la tierra, esto es, el dinero, podían reclutar esas levas de soldados ociosos que deambulaban por las calles: soldados impagados y hambrien-

tos con el cese de la guerra de la independencia y la pobreza de las arcas fiscales. Sabía él que los pelucones los reclutarían en cualquier momento para derrocar al Gobierno con la sola promesa de una buena comida. Le confesó que temía que los trucos y las mentiras de Prieto pudieran engañar al ingenuo de Freire, y que él, en cierto modo, estaba entre dos fuegos si trataba de impedirlo, porque podía perder la confianza de su amigo y jefe. Y remató su perorata con un *hells, bells and buckets of blood* —grosería inglesa que la señora Cupper nunca comprendió del todo—, ya fuera por su rabia hacia los bastardos pelucones, o porque en ese instante se golpeó la cabeza contra el cielorraso del birlocho.

—Llegaron a esta casa el día siguiente por la tarde —calculó Laura, tan metida ya en su historia, que entró con ellos por el zaguán y cruzó el patio oliendo los azahares y escuchando los trancos de espantar palomas del Coronel.

Isolda pidió a gritos el baño de su esposo. Cuando Laura era niña, había en el primer patio dos negritos de madera con turbantes y galas doradas sosteniendo un par de farolas. Ahora, a los gritos de Isolda, asomaron dos de carne y hueso y corrieron a calentar el agua para el baño. Hasta bien entrado el siglo las señoras tenían sus negritos. Eran los encargados de llevarles la alfombra para arrodillarse en las misas mañaneras, o los tenían a sus pies durante las tertulias, sobre la tarima donde tomaban el mate, para que cargaran con sus flatulencias y otros vientos ruidosos que se les escapaban de entre las faldas.

—Había que pellizcarlos ostensiblemente y reprocharles su indecencia —reía la abuela Teresa.

Ante la tinaja del baño, John se quitó la ropa con esa celeridad que dejaba atónita a su esposa cuando hacían el amor: veía a John desnudo entre las sábanas mientras otro, al pie del lecho, se iba desinflando con las ropas que conservaban un instante la forma de su cuerpo atlético.

—Todavía siguen aquí estos pobres niños —comentó, por los negritos—. Te rogué que los devolvieras a su país.

—¡Cómo, mi amor! —se extrañó ella—. ¡Si son un obsequio de Navidad de tu cónsul inglés! ¿Está temperada el agua?

—Devuélvelos —le ordenó él, a quien más que la tibieza del agua le preocupaba la injusticia de la esclavitud—. Por muy cónsul inglés que sea, ¡me parece repugnante esa costumbre

de regalar personas! Menos aún en este país.

Y mientras ella le enjuagaba amorosamente los bucles castaños, él le habló de su amigo don Manuel de Salas, hombre de gran espíritu cívico, que se había preocupado tanto de la abolición de la esclavitud.

—Aunque hay que reconocer que la medida trajo no pocos descalabros —sonrió John, recordando lo que le habían contado—. Suele ocurrir que en cuanto el amo le abre las puertas a sus esclavos con un «idos, sois libres» —continuó él, mientras salía de la tinaja chorreando agua—, *this poor things*, que aún no saben valerse solos, vagabundean sufriendo mil penurias, hasta que regresan al hogar, a pedir que por caridad los vuelvan a esclavizar por un tiempito...

A la hora de cenar, el Coronel miró con recelo la fuente humeante de choclos cocidos, y añoró nostálgico aquel rosbif y el *Yorkshire pudding* que le preparaba su madre en Guernsey. Se dijo con melancolía que en Inglaterra el maíz se lo daban a los cerdos, y que sospechaba que también los cerdos ingleses preferían el *Yorkshire pudding*.

Pero en verdad, más que los guisos criollos lo inquietaba el porvenir de su pequeña familia. Al oír los berridos de sus dos bebitas, se preguntaba qué sería de ellas si lo llegaban a matar los pelucones. Isolda intuyó sus temores, y se levantó de la mesa para regañar a la nodriza.

—Esas dos niñas eran Florita y Eloísa, mis dos tías abuelas —comentó Laura, y fue por el álbum de terciopelo con broche dorado para mostrarle a dos matronas ya entradas en años, de cuando sus antepasados coincidieron con el auge de la fotografía.

—Muy hermosas —dijo el huésped—. Las dos tienen sus mismos ojos verdes, y lucen muy atractivas con esas curvas tan acentuadas.

—Eran los corsés de la época —rió Laura—, y los rellenos, seguramente.

—¿Aún no había nacido el que iba a ser su abuelo paterno? —preguntó el huésped, interiorizado ya en la complicada parentela de Laura.

—No —dijo ella—. Mi abuelo, ese Felipe Póstumo del que le hablé, nació después de que mataran al Coronel, tal como él lo estaba presintiendo esa noche, mientras oía llorar a sus dos niñas.

Y se quedó quieta, asombrada de escuchar en lo que supuso era un cuarto del segundo patio, el llanto de las bebitas.

—Son los gatos —dijo el huésped, cuando ella lo comentó.

—Ayer bajó una gata del tejado a parir sus cuchitos —dijo ella—. Tengo que llevarles un poco de leche, porque esa mala madre los dejó solos.

—¿Qué será de ti y de las niñas? —seguía preguntándose el Coronel en encarnizada lucha contra los choclos cocidos, con un pequeño trinchante de plata en cada mano, mientras Isolda lo observaba, ensombrecidos sus bellos ojos marinos.

Y a Laura le pareció escuchar las blasfemias inglesas de su bisabuelo en el crepitar violento de la chimenea. Y los temores de doña Isolda en el golpetear de la lluvia sobre las tejas. Porque en aquella velada de dos siglos superpuestos, estaban los cuatro, John y su hurí del paraíso, Laura y su huésped, oyendo caer una de esas lluvias rezagadas del invierno, en un mes de octubre, aquellas que los campesinos nombran lluvias-matapajaritos.

Y el Coronel y mi madre estuvieron de acuerdo en que el peor enemigo que él tenía entonces, no se llamaba general Prieto, sino general Freire. Era peligroso estar a las órdenes de un militar que carecía de intuición en las tácticas y estrategias en víspera de desatarse una guerra civil.

—Sin embargo —le dijo al huésped—, ya supondrá que mis simpatías están con Freire. Era un iniciado.

Y le contó un hecho que ella tachaba de milagroso, protagonizado por don Ramón Freire en su juventud: siendo capitán de navío, en medio de una tormenta en las aguas del cabo de Hornos, una ola gigantesca lo sacó en vilo del puente. Y luego, otra ola, volviendo con la resaca, lo depositó exactamente donde se hallaba.

—Cuénteme más de ese general Freire —le pidió su huésped.

—Cuando O'Higgins abdicó, a él le correspondió tomar el mando —dijo Laura—. Era un soldado genuino y hombre honesto, y, como ocurría en esa época, llegó al poder gracias al prestigio ganado en las guerras de Independencia. Pero dicen que renunciaba a cada rato —prosiguió con una risa clara— para irse a criar ganado a su hacienda. Si se quedaba, era porque su esposa, Manuelita, mujer de mucho carácter, lo convencía.

—Freire está cometiendo demasiados errores —siguió rezongando el Coronel, mientras perseguía por el plato un segundo choclo cocido, tratando inútilmente de ensartarlo en los trinchantes—. Lo primero que hizo al asumir la presidencia fue pedirle al viejito don Juan Egaña, que redactara una Constitución.

—¿Una Constitución? —preguntó Isolda, mordiendo el choclo con sus dientecitos menudos y adoptando un aire de interés, a pesar de la inquietud que le causaba el hambre de sus bebitas berreando en demanda de sus pechos, e indicándole a la niñera que las podía traer.

—Todas las repúblicas nacientes precisan una —explicó él— para fijar leyes, normas cívicas, etc. Pero la de Egaña, por ilustre que sea, fue desastrosa. No sólo lo pienso yo: Freire tuvo que vetarla a los pocos meses de promulgada, ¡por inservible!

—¡No me digas! —comentó ella, con aire ausente, recibiendo con disimulo la más pequeña de sus criaturas que se le pegó al pecho con avidez—. ¿Cómo así, querido?

—En lugar de reglamentar lo que es propio de esos documentos —respondió él—, su Constitución se explayaba en normas de «compórtese usted bien», y hasta creaba órdenes de benemérito para los que mostraran una conducta ejemplar. ¡Sólo le faltó reglamentar la hora en que tendríamos que hacer nuestras necesidades! Pero, ¡nada útil para organizar este caótico país! —agregó, jurando bajito en inglés, en parte por lo de la Constitución, y en parte porque no lograba ensartar el choclo por ambos lados, tarea a la que se entregó con suma concentración.

Isolda llamó a la nodriza para que se llevara a su niña, y le indicó por señas que no deseaba ser interrumpida.

—Cierto es que los militares, los generales, son los únicos líderes que tienen aquí, prestigiados por sus hazañas recientes en la guerra de la Independencia —dijo John—. Pero nadie los adiestró para gobernar. Las leyes que quieren aplicar son justas y progresistas, pero el país, al dejar de ser colonia, no estaba preparado para convertirse en una república. Hay mucha ignorancia y mucha anarquía, ¡organizar este pueblo es tarea de titanes! —Y golpeando la mesa con su puño, exclamó al borde de la cólera—: Y esos pelucones, sean militares o civiles, que se llaman a sí mismos «Los Ilustrados», no son

capaces de ayudar a los pipiolos que están en el Gobierno con su pretendida ilustración. En lugar de colaborar con ellos, se dedican a criticarlos y a tenderles trampas para que caigan lo antes posible. En el fondo, ¡lo hacen por rivalidad!

—¿Rivalidad? —se extrañó la pequeña Isolda, sirviéndose un postre de merengue.

—Por supuesto. Tratan de derrocarlos y adueñarse del mando: de ese modo, ¡de los Ilustrados será el mérito de salvar al país! No desean que los salven otros que consideran de mentalidad inferior. ¡Disfrazan su ambición... de patriotismo! —concluyó, pateando en el suelo el choclo que había rodado bajo la mesa.

—Te vendrá acidez, querido, si sigues torturándote con los pelucones a la hora de comer —dijo ella, luego de mirarlo en silencio.

El Coronel se levantó para servirse una copa de jerez. La etiqueta de la botella lo hizo trasladarse a España.

—¿Sabías que esos señores de la Santa Alianza, no satisfechos con volver a sentar en sus tronos a los príncipes derrocados por Napoleón, ahora le están ofreciendo ayuda al rey de España para recuperar sus colonias?

—Tanto mejor —se le escapó a Isolda—. Si nos invaden los españoles, ¡al menos sabrás contra quién pelear! —Y arrepintiéndose al ver la mirada negra del Coronel por tanta frivolidad, agregó, digna—: No creas que no sé de qué hablo. Mi padre piensa que no hay para qué preocuparse de la Santa Alianza, pues el presidente Monroe proclamó ya su doctrina, ésa de «América para los americanos». Dice que ya está bien de considerarla terreno de colonización europea.

—Lo que probablemente quiso decir el señor Monroe —acotó mordaz el Coronel— es «América del Sur y del Centro para los americanos del Norte...». Su flota ya está desplazando en el comercio de estos países, a la flota inglesa.

(En este punto, el huésped felicitó a Laura por la visión del Coronel. Le contó cómo, a mediados del siglo pasado, un ministro chileno quiso liberarse de aquella dependencia de la Marina yanqui. Decidió escribirle al general que mandaba en el Perú proponiéndole hacer un intercambio directo: trigo chileno por azúcar peruana, sin que los yanquis se llevaran la parte del león. El general estuvo de acuerdo, pero fue derrocado en el acto por otro. El ministro insistió con el nuevo

mandatario, y también éste aceptó el trato. ¿No se imagina lo que pasó, mamacha? Los yanquis, que eran los que ponían y sacaban generalitos peruanos en el mando, volvieron a colocar al antiguo, y cuando el ministro una vez más le hizo su genial proposición, éste protestó, que cómo iba a comerciar con un traidor que se había atrevido a hacer tratos con quien lo derrocó. ¡Y los yanquis siguieron cobrando tributo con su flota mercante!)

Mientras tanto, John le anunciaba a Isolda que el general Pinto, el nuevo Presidente, lo había nombrado su edecán.

—¡Qué bien! —dijo ella—. Eso prueba lo mucho que te estima.

—¡Qué mal! —dijo él—. Eso me compromete más y más en este caos de los liberales. Tampoco él sabrá defenderse de las astucias de Prieto. Pero lo que me resulta imposible de admitir —continuó— es la traición de un hombre de armas como Prieto, ¡que hizo su juramento de lealtad a la patria!

Luego, calmándose con el ir y venir de Isolda despejando la mesa, se sumergió en sus senos redondos. De rodillas a sus pies, recogía granitos de maíz.

—¡De cuántas delicias me ha privado mi carrera militar...! —dijo John, acariciando su mostacho.

Y recorrió con ojos de dueño y señor las caderas llenas de su hurí, el talle flexible, la gracia de sus hombros y la blancura de porcelana de su cuello, para terminar espiondo entre los revuelos de la enagua esos tobillos perfectos de su Venus en miniatura.

Así es que, cuando ella le preguntó con voz desmayada, temiendo que ese lío de generales terminara con su Coronel:

—Y ahora, ¿en qué piensas, mi amor?

—En el tiempo que he perdido —respondió él.

Y alzándola en brazos, cruzó con ella el comedor, la galería vidriada del abuelo Felipe y, entrando en el dormitorio, escaló como quien asciende promontorios en la isla de Chiloé, el enorme catre de bronce que habían recibido desde Guernsey como regalo de bodas.

El enorme catre del coronel Cupper le causó a Laura grandes trastornos, cuando sus mudanzas de casa. Lo había desenterrado de un desván donde reposaba, seguramente, desde las segundas nupcias de Isolda. Quizá no había querido ella mancharlo con los tardíos amores del rubio y alemán señor Blum, su segundo esposo, con quien no debió contemplar el infinito como con su John, el que se le seguía paseando por los sueños con su porte de arcángel y su imperecedera juventud.

Laura podía arrebujaarse por las noches con los suspiros de amor que quedaron enredados en los barrotes y perillas de bronce. Por esta y otras razones, Laura, viuda, peregrinó con el catre a cuestras, cada vez que cambiaba de residencia. Poseía, además del caserón heredado de los abuelos, una casita de veraneo en la costa. Muerto Fermín, construyó en el garaje de la planta baja un pequeño departamento de arriendo y arriba, le brotó poco a poco, junto con los árboles y arbustos del cerro, una casita taller con un gracioso balcón de tablas que miraba hacia el mar por encima de las altas copas de los pinos y eucaliptos.

Cuando llegaban los calores de diciembre, Laura se iba a instalar en el departamento de los bajos para refaccionar la casa grande, luchar contra las roñas de la humedad y los defectos de artefactos y cañerías: «Ese gremio de los gáster, tan atacantes —se quejaba— que siempre se les llama, arreglan una cosa y descomponen otra para asegurarse el trabajo... Y lo peor es que desaparecen cada vez que uno los necesita con urgencia.»

Eran días afiebrados de hacer todo de prisa: parchar, carpintrear, revisar goteras, pintar y hacer aseo a fondo. Días de

los clamores de Laura: «¿Quién me mandó comprometer la casa para tan luego?» Lo peor para nosotros eran sus trajines nocturnos, lavando, martilleando, planchando y cosiendo con estruendo en la máquina «Singer» a manivela de *la Pequeña*. Esperaba el último día para rehacer sus famosas fundas de mueble, remendaba cortinas, hacía dos cubrecamas de una, convertía en mantel una sábana de hilo desflecada. Disfrutaba tal vez salvando a las cosas de perecer, así lo veía ella. Esos cojines habían sido faldas de terciopelo del tiempo del Centenario, estas servilletas finas habían sido un mantel enorme de hilo de Holanda, y aquella carpetita tan primorosamente bordada había salido —sufriendo varias mutaciones— del vestido de la tía abuela que asistió con él a la inauguración del «Teatro Municipal», cuando se había representado nada menos que *Hernani*, de Víctor Hugo.

Laura, a medida que cumplía años, iba reduciendo las horas de sus noches. Se contentaba con un «sueñito» —decía—, regalándonos una tregua de silencio antes del amanecer. De madrugada reiniciaba sus ajetreos. Iba a la cocina a colar el yogurt de «pajaritos» y su agua de cochayuyo para el reuma; subía a los dormitorios, y en equilibrio sobre un escaño cojo, entre ayes de miedo colgaba una cortina. Bajaba luego al departamento, donde tenía que confeccionar un mueble con los restos de una estantería y se perdía un instante en la calle, mirando las gaviotas en la playa solitaria, para subir de prisa al cerro a buscar los cojines que estuvo escarmenando y que debían estar mojados con el rocío. Pero allí la deslumbraba su jardín y el aire puro, y pasaba frente a la puerta de los dormitorios de sus hijos, hablando en sordina como si fuera posible, sin despertarlos, introducirse en el sueño de sus dormilones: «¿Que no se dan cuenta que es un crimen perder el aire tan limpio de la mañana...?, asómense, ¡hay un sol esplendoroso! Da gusto ver a las gaviotas correr con la ola como si se mojaran las patitas.» En fin, decía que era estúpido perder un tiempo precioso en la cama, cuando bastaban unas cuatro horas de sueño para reponer el organismo. Y ante el silencio de los durmientes, alzaba la voz rezongando que nadie le ayudaba a regar sus plantas, lo que era además un ejercicio tan saludable..., y que no le agradecían sus trabajos, sin pensar que gracias a sus afanes en el cerro podíamos aislarnos arriba y ver la playa en lontananza, como si su taller estuviera en

pleno campo, «¡y no en un lugar tan atacante por la cantidad de gente que llegaba en el verano, cada año era peor!». »

Ya tarde en la mañana, bajábamos a tomar el desayuno en el *living*, todo revuelto de sillas volcadas y fundas a medio coser y la saludábamos cariñosamente, como si de nada nos hubiésemos enterado. Aparecía bajando del cerro vestida de harapos con la vieja ropa fina «para el trabajo», el cabello revuelto y salpicado de motas de lana y hojitas secas, cara y manos sucias, trayendo una bellísima rosa encarnada recién abierta, húmeda de rocío y una sonrisa muy dulce en los labios para preguntar:

—A ver..., ¿cuál de mis hijos se ofrece para pintar paredes? ¿Cuál para reparar sillas? ¿Alguno me puede ayudar a bajar el colchón de lana que acabo de escarmenar?

Y llegaba el día fatal de la entrega de casas. Y Laura se acordaba del catre del Coronel. Tenía que trasladarlo del dormitorio de la casa grande, en el segundo piso, hasta el taller del cerro donde se quedaba viviendo en esos meses de verano, cuando alquilaba las dos casas principales. Entonces clamaba a todos los vientos, quejándose de la ingratitud de los hijos que se «hacían humo» cuando iba a empezar la mudanza. Alguno de los yernos se comedía entonces para ayudarla a descolgar el catre, separado en dos o tres partes, desde la ventana del dormitorio a la terraza, porque nunca cupo por las puertas. Ella se afanaba como una entendida, veterana ya en mudanzas «horribles», dejando escapar suspiros y ayes dramáticos por la rotura de un vidrio o un «qué barbaridad» cuando aquel armatoste le aplastaba un pie a su yerno. Y subía por entre los árboles con su catre a cuestras, curvada como Cristo llevando la cruz. Y sus quejidos llegaban hasta el mar —no tanto por el peso de aquellos fierros, era bastante fuerte para sus años— sino porque, a pesar de sus precauciones, iba destrozando a su paso los macizos floridos. Con sus esmeros y la humedad del aire de la costa, las plantas le crecían allí con más empuje que en «la selva del tercer patio», su jardín de las Monjas Rosas. Los rosales silvestres que plantó a cada lado del senderito de tierra y arena apisonada, al tupir se habían entrelazado en lo alto formando un túnel sombrío y espinado imposible de cruzar. Así es que con o sin catre a cuestras, tenía que dar largos rodeos, trepando por la arena suelta buscando sus inciertas gradas de piedra. En invierno los desliza-

mientos y las exuberancias de los matorrales le borraban los senderos y le cubrían las graderías, y cada verano volvía ella a trazar el camino, cada vez más serpenteante, y no dejaba de plantar más arbolitos «para detener la erosión». Cuando Fermín le compró casa y terreno, aquello era un peladero invadido por las docas, esas plantas hinchadas de agua que cubren las dunas. Laura estaba orgullosa de su cerro, de cada árbol que había ido plantando, y sobre cada uno contaba una historia de enternecerse: éste se lo plantó un amigo que quiso mucho justo antes de partir para siempre, aquel otro brotó allí misteriosamente y creció tan frondoso, ése lo trajo de un bosque su querido Jaimito del Valle Inclán y fue el primero de todos, y este otro lo trajo de Pirque su yerno español, el capitán de tanques que en cuanto llegó al país, refugiado, cogió una gripe terrible por aceptar un trabajo de jefe de estación en el trencito a Pirque, y vino a su casita de la costa a reponerse del resfrío y de la humillación de tener que andar tocando un pito después de manejar un tanque.

Pero los árboles crecieron tanto, que se convirtieron en una amenaza, para ella y para las casas vecinas. Con los vendavales podían desplomarse, ya que la tierra tenía poca firmeza y las raíces, al introducirse en el pozo séptico y romper desagües, le provocaban inundaciones malolientes: «¡Justo, Dios mío, cuando están por llegar los arrendatarios! Y esos gásfiter cargantes sin aparecer.» Entonces, riendo hasta las lágrimas, nos contaba cómo, en una ocasión, un maestro plomero de esos le había propuesto matrimonio: «Señora Laurita, de no ser por el abismo que nos separa, me atrevería a solicitar su blanca mano...» Y concluía, seria: «¡Cuántos problemas me hubiese evitado, el tener un marido gásfiter!» Y bajaba del cerro por la otra parte del catre, deteniéndose ante cada arbolito, saboreando sus damascos imperiales relajantes de dulces, o brindándole a su higuera homenaje de recién parida al descubrir los primeros higos.

Pero fue en la última de sus mudanzas cuando el catre del Coronel le causó mayores problemas.

Los cambios de fortuna nos habían llevado primero, de la casa comunicada con la de los abuelos, a una especie de mansión de dos pisos y subterráneo rodeada de un enorme jardín; una casa vieja, pero impresionante por su tamaño, que compró Fermín en su época de opulencia. Y Laura que no sopor-

taba la vista de un espacio vacío, se dedicó a comprar muebles de estilo en los remates: aparadores, vitrinas, estanterías, muebles de asientos para llenar los amplios recibos de la planta baja. Compras precipitadas, que le valieron un chasco «pero que fue el inicio de una gran amistad», contaba Laura. Invitó a la actriz Margarita Xirgu, cuando su primera visita a nuestro país, junto con toda su compañía. Remató entonces sillón y sillas de caoba con rasos verdes, que se veían «estupendas» considerando lo baratas, le decía a Fermín. Luego de los brindis de recepción, Margarita que presidía la mesa, al ir a tomar asiento pasó de largo hasta el suelo. Después de un silencio de expectación, un estallido de risa general unió a toda la compañía, borró el hielo de esos primeros encuentros y terminó con la etiqueta. Se cantó, se recitó, y Laura se disfrazó de Beethoven para hacer su número favorito, imitando al gran compositor tocando el piano.

—En fin —decía, ella contenta—, nos despedimos de madrugada jurando que nos habíamos conocido de toda la vida...

Tanto fue llenando aquella mansión —quizá más grande que la casa de tres patios— que cuando los infartos de Fermín y la crisis del estaño nos obligaron a dejarla para reducirnos a un departamento pequeño, los clamores de Laura se oyeron a varias cuadras de distancia, junto con los sermones de su esposo; «Dios mío, hijito, qué vamos a hacer con tantísimo mueble... sin contar ese rimero de cachivaches que se han ido acumulando en los cuartos del subterráneo...»

—¿Cuántas veces le he dicho que hay que deshacerse de lo que está en desuso, y que es más barato comprar algo si se le necesita, y no tener que pagar un cuarto para guardar trastos inútiles?

Aquellas cosas del por-si-sirve, o me-da-no-sé-qué-tirarlas de Laura, le acarreaban verdaderas pesadillas en sus mudanzas de casa. Se encariñaba con cada objeto, siempre con sus historias de cómo llegó a sus manos, y también se había encariñado muchísimo con la mansión.

—Llore todo lo que quiera, hijita —le dijo Fermín—, pero no puedo seguir manteniendo esta casa. Y como es lo que llaman un elefante blanco, va a ser bien difícil de vender. Así es que usted, con su imaginación, tendrá que convencer a los que pidan datos por teléfono. Ya puse el aviso: pondérela lo más que pueda.

Y Laura, al teléfono, empezaba a describir cada cuarto, el jardín, las ventajas de los baños, la amplitud de la cocina, la buena distribución, lo acogedor que era el *living*, y tan soleado... el garaje para dos coches, y... el taller con altillo lleno de luz, por si había entre los compradores algún artista... Y en este punto soltaba el llanto, dejaba caer el teléfono, murmurando:

—Qué barbaridad, qué casa tan maravillosa, y tan lo que nos hace falta, hijito, cómo me pide que la venda, si lo que quiero ¡es comprarla!

Finalmente la casa fue vendida y nos trasladamos a un departamento amueblado, lo que obligó a Laura guardar por ahí sus pertenencias y sacar unos cuantos muebles a remate. Pero al morir Fermín, la abuela Teresa convenció a mi madre que se fuera a vivir a la casa de altos de las Monjas Rosas, en la que había vivido el tío Miguel tiempos de la tertulia de la alfombra.

Del tío Miguel heredamos un trono, así lo llamamos, un fantástico retrete-mirador en un extremo de la galería. Era uno de esos excusados de cajón como los que usaron los reyes de Francia, al que se subía por dos gradas con forro de terciopelo rojo. Se disfrutaba en el trono de una vista espléndida: la cordillera en lejanía sobre la planicie gris de los vetustos tejados del barrio, y la intimidad de las casas por las ventanas abiertas. Durante los meses del verano, sin dinero para ir a la costa, salíamos con mis hermanas a tomar el sol sobre el tejado, pasando por el ventanuco del cuartito del trono. Tendíamos toallas playeras sobre las tejas y nos dorábamos con el cuerpo untado de aceite de freír. Con malla de baño y lentes oscuros, charlábamos sobre lo fría que debía estar el agua del mar, y de la suerte de ver la playa tan sin gente. Chumita nos ahuyentaba a los mirones del hospital traumatológico en la terraza de enfrente: simulaba hacer la puntería a los quebrados con el trabuco del Coronel. Huían en desbandada, corriendo a saltitos entre el desplazarse de sillas de ruedas y el revuelo de muletas.

Además del trono, había un cuarto de baño en malas condiciones: de los grifos apenas salía un hilo de agua y al tirar la cadena del estanque alto del wáter, luego de un estruendo y un sospechoso silencio, veíamos con asombro vaciarse el contenido de la taza por el desagüe de la tina de baño. Laura

atribuía este milagro al revés, como lo llamaba, a los rencores del tío Miguel, molesto porque nos burlábamos de su trono.

Laura atravesaba entonces uno de sus más negros períodos. Se paseaba por la galería en penumbra —para ahorrar en la cuenta de la luz— rezando el rosario a media voz y rezonando por nuestro desorden, gastadero, y lo que fuera, acusando a sus hijos de desconsiderados y de todo lo que —por años— la había acusado a ella Fermín. Si nos oía reír, o cantar, surgía de las sombras y nos reconvenía con voz dramática: «Niños ¡no están los tiempos...!» transformada de pronto en una doliente matrona, creyendo ser la única viuda en el mundo. Sin embargo, comíamos sin protestar sus guisos de charquicán y cochayuyo, sus magras carbonadas, nos lavábamos con unas barras color café —el jabón «gringo» de las lavanderas— y en el retrete, las viejas revistas de tiras cómicas hacían las veces de papel higiénico.

Cuando heredó la casa de los bajos al morir la abuela Teresa, decidió instalarse allí con la esperanza de reagrupar su pequeña tribu dispersa. Iniciaba un lento retorno hacia los orígenes, como predestinada a seguir de largo hasta el mismísimo Guernsey de las brumas. Pero ancló en su dormitorio de la infancia, y clausurando el ciclo, voló desde allí a sus siete cielos donde, de seguro, la aguardaba esa alegre farándula de sus antepasados.

—Sería estúpido pagarle a unos mudanceros para cambiarme de la casa de altos a la casa de los bajos —declaró, tentada por los grandes ventanales que se abrían sobre el primer patio.

Empezó por lanzar desde ahí todo lo irrompible, pensando descolgar el resto con ayuda de unas cuerdas.

Lo primero que lanzó por el ventanal fue el colchón del Coronel. Se estrelló contra las baldosas con tal estruendo, que las palomas se ausentaron varios días de los aleros. Entre los nubarrones de polvo que ascendían en espiral, mi madre creyó ver las siluetas entrelazadas de John Cupper y su hurí del paraíso.

Luego descolgó con las cuerdas el más inútil de sus muebles, el paraguero de la abuela Errázuriz, uno de esos muebles sin estilo:

—Horrible —decía Laura— y para lo único que sirve es para llenarse en invierno de sombreros de playa, y en verano,

de paraguas viejos y de chalecos de lana de quién sabe quién...

Lo hizo salir con algo de saña, porque las cuerdas se cortaron y su mueble «horrible» quedó reducido a un montoncito de tablas.

—Vaya. Tendremos leña para la chimenea del comedor... —fue su comentario.

Y con esa afición que tenía a sacar siempre provecho de lo que fuera, iba lanzando alegremente las cortinas, alfombras, cojines y frazadas, «para sacudirlas que harta falta les hace...» disfrutando con la cantidad insospechada de polvo que se desprendía de sus pertenencias. Pero, cuando le llegó el turno al catre del Coronel, empezaron sus problemas.

Los largueros de hierro se habían ensamblado en la armazón como las piezas de un puzzle, y no había forma de separarlos. Buscó algo pesado que pudiera aguantar el catre, y se acordó del «robot». Era casi un miembro de la familia: la primera nevera eléctrica comprada por Fermín —quizá la primera en llegar al país— marca «General Electric», y que no dejó nunca de funcionar. Se apodaba el «robot» debido a su enorme cabeza, una bola blanca en la que se ocultaba el motor. Tenía un cuello estrecho en el que Laura enrolló firmemente las cuerdas, y aseguró así medio catre en los extremos para descolgarlo por el ventanal. Con suspiros apocalípticos y sus lamentos de «Dios mío, nadie se comide a ayudar... todos desaparecen siempre que tengo que trasladar el catre del coronel Cupper...», trepada en un sillón, acomodó como pudo los largueros sobre el alféizar. Dejó que las cuerdas enrolladas en sus manos, entre el «robot» y el catre, se fueran deslizando lentamente. Pero en cuanto el catre se desprendió de su apoyo del ventanal, inició un vertiginoso descenso que tensó las cuerdas. Laura las soltó de sus manos con un grito de dolor. Luego vio con espanto que el «robot» levitaba como si se dispusiera a salir volando a la siga del catre, mientras éste se balanceaba abajo destrozando los naranjos. Luego, giró el «robot» y empezó a desenrollarse la cuerda. Laura se lanzó sobre el «robot» con todo el peso de su cuerpo para hacerlo bajar al piso, mientras gritaba a todo pulmón hacia el fondo de la casa de los bajos, por si la oía su cuñado, el que a esa hora de la siesta solía lustrar en el tercer patio sus botas de montar en el Peperchase:

—¡Artuuuuro... auxilio, Artuuuuro...!

Luego, enmudeció con el estampido. Las perillas rodaban por las baldosas, los barrotes yacían torcidos, uno de los largueros, desprendido al fin, había desnucado a uno de los angelotes de piedra que había sobre la pileta, ahí donde Isolda suspiraba de amor entre los azahares.

—Bueno. Era harto incómodo —suspiró.

—Vamos a seguir trabajando con la greda —dijo Lorenzo, lanzándole al horno una mirada torva—. Ya veremos dónde cocer los cacharros.

Se habían terminado las vagancias por los caminos y el tiempo en el caserón se volvió más y más confuso.

—Da vuelta en círculos —decía Palmira.

Al caer la noche empezaban los rumores. Agazapados en un rincón del tercer patio, escuchaban las voces de los que allí habitaron: «Se están secando las rosas, es porque cunden mucho los dengues.» No podía ser la voz de la abuela Teresa porque siempre llamó a los dengues los dondiego de noche. «Abren sus corolas al ponerse el sol, son flores noctámbulas», le explicaba al abuelo Felipe. «Ocurre lo contrario con los dedales de oro», susurraba él sin los tastabillones. *Les cinq pétales du bouton d'or, les six pattes du hanneton, les sept groseille rouges...* recitaba su niña muerta en la primera infancia repasando su lección de francés. O era mi madre y sus objetos perdidos: «¿Dónde puse el azul ultramar?» O se oía algún chato lugar común entre los rosales: «Hay que estar siempre preparados para bien morir», y entre el eco de coros seráficos que desataba la frase, surgía la voz temblorosa de *la Pequeña* dando su receta para hacer bollitos de maíz. Y cuando se deslizaba Laura con su bata de levantarse de tirabordada llena de remiendos por sobre el verde oscuro de las magnesias, o cuando entraba a los cuartos cabalgando en un rayo de luna, Lorenzo reprimía a duras penas sus impulsos de huir despavorido. Y Palmira se asombraba de sus temores:

—¿Cómo puedes asustarte con la presencia de mi madre, tú que a nada le temes?

—Sólo me asusta lo que no se puede tocar —se disculpaba él.

Y entre risas y ternezas le rogaba a Laura que «no se le manifestara, que por algo la había querido y respetado tanto cuando estaba viva y había estado toda la noche en su velorio, ahí en el salón, bajo la lámpara de lágrimas, oyendo a Palmira tocar al piano los estudios de Mozart que tanto le gustaban, entre sus hijos y sus hermanos que se dormían en el sofá de junco dorado, y luego en el cementerio riendo con su última broma, cuando a los varones más fuertes de la tribu se les resbalaba el cajón y se les enredaban las cuerdas mientras lo bajaban a la cripta... Y que también pensara que eran colegas pintores. Y que el mejor regalo que podía hacerle, era el de NO aparecérselo, NO apagarle las luces ni hacer estruendos inexplicables por las noches, cuando él se quedaba solo trabajando, porque a los espíritus era a lo único que tenía, no miedo, sino ¡pánico...!».

Y Palmira comprendía entonces que nuestra madre, desde la primera infancia, nos había hecho perderle el medio a lo intangible, así como la suya le había enseñado a golpes a Lorenzo a no temer los vagabundos o los perrazos de la noche.

—A los vagabundos, los desarmas llamándoles «hermano» —explicaba él— y a los perros bravos basta con encenderles un fósforo ante los ojos.

Y cuando, para esquivar los calores, Lorenzo se refugiaba en el cuarto que había sido escritorio del abuelo Felipe, salía en seguida agitando los brazos: «¡Aquí tampoco se puede trabajar... ¡ÉSE me está mirando!», decía señalando una pequeña tela apaisada, lo único que quedó en una pared del cuarto vacío. Era un retrato pintado *post-mortem* de algún abuelo Cupper, o Blum. O más bien la cabeza de este abuelo recostada sobre un cojín de terciopelo granate sombrío, que hacía resaltar la palidez del rostro. Sus ojos cerrados mal podían mirar a Lorenzo, aunque sus párpados hubieran sido transparentes, porque el cuadro tenía un par de cortinitas negras de corredera, que permanecían cerradas en señal de duelo.

—Va navegando ingrátido hacia las galaxias —dijo Lorenzo, la única vez que se atrevió a mirar aquel perfil sin peso, que parecía resbalar hacia los abismos.

Las cortinitas negras daban al retrato un aire tan lamentablemente fúnebre que ningún pariente se atrevió a cargar con él, cuando sobrevino el remate y luego el desmantelamiento del caserón.

Quizá porque era el coronel Cupper el muerto de quien más se hablaba en la familia, Palmira le atribuía a él ese retrato. Juraba que al descorrer las cortinitas volaban, como murciélagos perturbados en su sueño, las frases heroicas, la del *dislodge the enemy at once, the glory is reserved for you* de nuestros juegos de infancia, sin pensar que Cupper no alcanzó a tener esa barba blanca, y que alguien que murió combatiendo como fiera acorralada no podía conservar aquella serena placidez en el rostro.

—Le queda apenas la piel y los huesos —opinaba Lorenzo— y parece tan recién muerto, que puedo imaginar a los nietos yendo de prisa a buscar al pintor *post-mortem*, antes de que al abuelo termine de afilársele la nariz.

Mi hermana Molly —la del dato exacto— les aclaró al fin que el difunto no podía ser el Coronel que murió joven y lejos de su cama, sino un Blum, y averiguó al fin que se trataba del padre de la abuela Teresa. El mismo que había inaugurado aquella rubia estirpe de embajadores y ministros plenipotenciarios a fines del siglo pasado. Laura contaba que ese abuelo Blum era ministro de la Guerra, cuando murió tan gloriosamente nuestro Arturo Prat saltando al abordaje desde la fragata *Esmeralda* que se hundió con la bandera al tope. Y por esa razón, el ministro Blum bautizó a la menor de sus hijas que nació aquel 21 de mayo, con el nombre de Victoria Esmeralda Dolora. Lo último por el luto que afligió a la patria en aquella mañana de gloria.

Laura contaba que todos los Blum, con excepción de su madre, eran llamativos y excéntricos —incluyendo en estos dos términos las más variadas características— pero que «lejos la más pintoresca era su tía Esmeralda». Alta, ancha de huesos y de piel muy frágil como los Blum, tenía el paso seguro y con algo de imponente y ese tono de voz que no admite réplica. Un hablar acelerado y con algo de perentorio en toda su persona, tanto que su presencia podía llegar a ser avasalladora. A la tía Victoria Esmeralda le gustaban con fruición las joyas, verdaderas o de imitación, los grandes sombreros y aquellas prendas de vestir, en fin, que la hacían verse «regia» según

su propia expresión. Al parecer, había heredado el espíritu comercial del primer Blum, el importador de porcelana fina que consoló a doña Isolda de la muerte del Coronel desposándose con ella, pues la tía andaba siempre visitando a la parentela tratando de venderles mercadería de primera y segunda mano que iban desde los collares de perlas hasta los mausoleos. Y proclamando sus ventas con mil ponderaciones como si fueran «gangas» —decía— y con una voz urgida de morir de hambre si no la compraban. Bien decía *la Pequeña* por haber conocido a un Albino de tez oscura y a un Caupolicán petizo:

—Conviene esperar que crezca la criatura, para saber cuál de sus tres nombres de bautizo debería usar. Aunque a Misia Victorita Esmeralda Dolora ni uno le sirve, con esa afición que sacó la pobrecita de andar vendiendo igual que los turcos de la calle San Pablo.

Como Palmira insistía en que el abuelo de las cortinitas era el Coronel, Molly le hizo notar el reflejo celeste que traslucían sus párpados:

—Es un Blum —aseguró—. Los Cupper tienen los ojos verdes o ambarinos, cuando no, uno verde y el otro ambarino como el abuelo Felipe. Aunque tengan en común la tatarabuela Isolda Zeder —decía— los descendientes de cada uno de sus matrimonios son bien diferentes. Tal es el caso de la abuela Teresa y del abuelo Felipe que eran medios primos hermanos, y en nada se asemejan.

Y aquí le volvía a explicar a Lorenzo lo que jamás logró entender: que el abuelo Felipe Cupper era nieto del Coronel y de doña Isolda, y su esposa, la abuela, Teresa, nieta de la misma doña Isolda y de su segundo esposo Blum. De modo que Laura era prima en segundo grado de sí misma, y además de Cupper y Blum, era doblemente Zeder.

Después de sus indagaciones, Molly descubrió que el pintor del abuelo en cuestión era nada menos que el famoso retratista Pedro Lira.

—Pero por famoso que sea —suspiraba—, ¡quién colgaría algo tan deprimente en el salón de su casa!

Recurrieron entonces a la tía Mumú, para ver qué se hacía con el retrato de las cortinitas. Nadie como la tía Mumú para manejar lo relacionado con la muerte. Si alguien fallece, ella es la primera en enterarse y la que se encarga —como si el

difunto le perteneciera— no sólo de dar parte a la parentela, sino de dictar cátedra sobre los ritos fúnebres. Conoce perfectamente el oficio de vestir muertos y de ajustar la mortaja para conseguir aquella expresión reconfortante de: «pobrecito, parece dormir...». Tiene un tono de voz muy especial para anunciar que se nos ha muerto alguien y otro, aún más consolador, para referirse a él en el velorio. Sabe disipar todas las dudas que surgen respecto a los servicios, las funerarias que son correctas «sin aprovecharse del dolor para saltar como ladrones en los precios». Es también ella la que se ofrece para indagar si queda lugar en la cripta que correspondería y a cuál se puede recurrir de estar ésta ya repleta, y para hacer las averiguaciones, algo engorrosas, de «quién se quedó con la llave de la cripta la última vez...». Porque esa última vez, fue para el entierro del «pobre tal...», y habría que usar mucho tacto con la hija o el hijo que aún no se han consolado. Indagaciones, asegura, odiosas, pero que de algún modo sirven para distraer ese dolor primero, el más difícil de soportar.

—Al comienzo —dice la tía Mumú— uno está aturdido, no cree en la muerte del pariente, sobre todo si es muy cercano. Ese es el momento que hay que aprovechar para los trámites, que parecen siempre tan inoportunos en medio del dolor familiar. Pero es bueno hacerlo sirviendo un cafecito, hablando de muchas cosas ajenas al deceso, o recordándoles que está mejor muerto que con esos dolores terribles, o la invalidez que no «le sienta a persona tan llena de vida», etc. Otra recomendación de la tía Mumú, es la de no usar el verbo en pretérito sino hasta un tiempo prudencial después del fallecimiento, de manera que los deudos acepten su ausencia casi sin notarlo.

Aunque cuando se trata de muertos antiguos, a la tía Mumú se le suelta la lengua y puede escandalizar a cualquiera con sus expresiones: que la cripta está hecha un asco, más que un asco, una mierda, que la cochambre no se entiende y que, para más remate, a la tía Josefina se le aflojaron los remaches y le cuelga una mano repugnante de momia, y que nadie «se come» a reparar los daños del último terremoto; que aquello huele a podrido, y que es muy «curuso», palabra suya por curioso, que sea ella la única que se come de cuando en cuando para baldear el mausoleo, que qué diría su mamacita —doña Teresa— tan fijada en la limpieza de las tumbas.

Además, la tía Mumú es la única capaz de aclarar ciertas incógnitas: el porqué un Alemparte yace junto a una Cupper —aquí, velando los grandes ojos verdes y con la voz vuelta hacia adentro con ese hablar suyo de enredar las palabras con el aire que respira, cuenta un añejo *affaire* de amantes, hijos naturales no reconocidos y adoptados, y finalmente, reconocidos para el entierro; porque ya, total, ¡qué puede importar decirlo si no hay quien no lo sepa! O bien, con su voz entera explica que aquella señora danesa nada-que-ver-con-nosotros que reposa en el mausoleo, tiene todo el derecho ya que la abuela Teresa la invitó en vida en vista de que la pobre no tenía, lo que se dice, «dónde caerse muerta».

Pero cuando la tía Mumú se ofreció para llevar el cuadro de las cortinitas al mausoleo donde descansa el dedo índice del Coronel, Molly le hizo ver que este abuelo Blum venía siendo algo como el hijastro de John Cupper, lo que no era un parentesco, dado que tuvo su propio padre, el señor Blum que se había casado con su viuda. Después de una discusión sobre la validez de tener ambos, Cupper y Blum, nietos unidos en matrimonio, para disponer de un mausoleo en común, la tía Mumú decidió averiguar dónde estaban sepultados los restos del ministro Blum, para llevar allí su retrato. «No sé cómo no se me ocurrió antes», dijo. Pero tropezó con un nuevo escollo: muerta doña Teresa que todo lo anotaba en sus libros piadosos, ¿quién más podía decir en qué cementerio y en qué tumba o mausoleo estaba el querido ministro Blum? Y debido a las discusiones, «esas tan sin asunto que se producen entre las dos ramas de la descendencia de doña Isolda», decía, no logró enterarse dónde lo habían sepultado.

Así es que ahí donde estaba, quedó el retrato del abuelo escalador de galaxias. Y Lorenzo terminó por sacar las gredas y clausurar el cuarto, inquieto por una abeja que se detenía a menudo en el rayo de luz que filtraban los postigos del balcón:

—Es el abejorro de la muerte del señor Blum —rezongaba, sin comprender que era Laura, la que trataba de animarlo con el trabajo de artesanía.

Las gredas sin cocer se apilaban en los corredores. Se cuarteaban al secarse y se deshacían en un polvo rojizo, que se adhería a los trancos de Lorenzo para ir a confundirse con los húmedos verdores del tercer patio.

—Son las mutaciones que le gustaban a mi madre —decía Palmira.

—Se nos mueren antes de nacer —se dolía Lorenzo.

Y repitiendo su proverbio al revés: «Deja para mañana LO QUE PUEDES HACER HOY», se sumergía en sus baños de dos horas, de los que salía reconfortado y oliendo a jabón de lavanda.

Para no perder el baño y la afeitada, se iba con su guitarra a una *soirée-chantante* —según los celos de Palmira—, a cantarle milongas a sus enamoradas, aquellas que nada sabían del caserón y de sus tiempos rotos.

—Vas a seducirlas como me sedujiste a mí —se quejaba ella—, cantando con la misma voz de Yupanqui esas sambas de «sacarse los gritos de adentro...». ¡Cómo eres tú, Lorenzo!

Y él, para consolarla, la abrazaba fuerte, y con esa risa que le ponía tan tiernos los ojos malditos, le decía:

—Lo que doy a otras, no te lo quito a ti, Palmira...

—Los pueblos primitivos tienen la tradición oral, los egipcios los jeroglíficos, y nosotros, ¡los diarios de la vida de los antepasados! —decía Laura, siempre escarbando en los papeles de otros tiempos y maravillada con cada uno de sus descubrimientos. A veces era un abuelo lejano que había escrito en una de sus cartas la misma idéntica frase que ella solía pronunciar. Otras, se enriquecía con alguna hazaña o una aventura de un pariente que vivió dos siglos antes—. Porque así como se heredan sus joyas o sus muebles —decía—, también heredamos las cosas buenas que ellos realizaron. —Y se explayaba en su teoría de la reencarnación, y de las neuronas que van transmitiendo la vida pasada de los abuelos—. No sé bien cómo, pero, de algún modo, las existencias de quienes nos precedieron nos enriquecen, o quizá son ellos mismos que continúan en nosotros lo que dejaron a medio hacer en su vida...

Y en seguida nos contaba que sus anhelos constantes de viajar le venían por una antepasada Cupper, nacida en Alemania, por lo que su apellido sufrió una pequeña modificación, doña Úrsula Kopfer.

Sus diarios de viaje habían sido incluidos en una publicación francesa: *Viajeras Ilustres del Siglo 18*, el libro que los Cupper recomendaban leer antes de dormir, para asegurarse los sueños placenteros. Sumergirse en las exóticas aventuras de doña Úrsula era como un baño de paz que borraba los problemas cotidianos. Laura atesoraba su ejemplar porque lo había traído a Chile el Coronel: estaba deshecho, con las páginas colgando, el lomo pelado, y las letras que habían sido de oro viejo estaban deslucidas a fuerza de servir de somnífero a varias generaciones de Cupper.

—¡Pensar que sobre estos renglones se posaron los ojos de mi bisabuelo el Coronel! —exclamaba Laura acariciando las páginas amarillentas—. ¡Capaz que por las noches esté yo soñando sus mismos sueños!

Si llegaba al lecho con problemas que no podía borrar de la mente, Laura prefería un baño de inocencia en la lectura de los diarios más recientes de unas tías, parientes indirectas, las Salas. Habían publicado sus diarios de viaje, como doña Úrsula con el seudónimo de Violeta Quevedo. «Violeta por modestia, Quevedo, por lo mucho que veo», decía doña Rita, la escritora de las dos hermanas. Así como la Kopfer contaba lo más peligroso como cosa de nada, Violeta Quevedo le daba categoría de milagro a las nimiedades. Las Salas eran dos señoritas cincuentonas de buena familia, piadosas y viajeras empedernidas. Mi madre, lo que más les celebraba era que viajaran con su máquina de coser portátil. En una ocasión bajaron con ella a tomar el sol en las playas de Biarritz, y la gran aventura de aquel capítulo es la búsqueda de un dedal perdido en la arena y las alabanzas a la Virgen por haberles permitido encontrarlo. O iban a dar gracias al arcángel San Gabriel en una iglesita de un pueblo de Italia, porque creyeron verlo en la persona de un joven que les ayudó a cargar las maletas. El hermano de la abuela Teresa, cuñado de Violeta Quevedo, se arruinó comprando las ediciones de sus diarios en cuanto aparecían, queriendo salvar la honra de la familia. Pero ellas editaban un nuevo libro, dando gracias a la Virgen por este milagro de una venta completa, que las animaba a seguir escribiendo y seguir publicando.

Distinto era el caso de la Kopfer: había venido al mundo en Frankfurt, durante el siglo XVIII, cuando no era frecuente que una niña demostrara desde la infancia una vocación de exploradora. Si consintió en vestir faldas y batir merengues, fue sólo porque se enamoró perdidamente de su profesor de esgrima. Se casó con él y tuvo hijos, pero se terminó aquel sosiego cuando doña Úrsula enviudó al bordear los cincuenta. Entonces volvió a vestir de hombre y se embarcó en una carabela dispuesta a repetir los viajes de Colón. Sólo le dolía que aquellos lugares, donde él hizo escala, estuvieran ya tan civilizados, así es que partió a las costas del Amazonas. Más que la exuberancia de la selva y el caudal del río le encantó el trato cariñoso que recibió de los reductores de cabezas. En su segundo viaje arribó a Tahití: el rey Omoté, enteramente vestido de plumas de ca-

nario, le brindó honores de princesa. «Pero luego me vi envuelta en sus guerras tribales —nos cuenta Úrsula—. Prisionera y condenada a morir, me salvó un clavicordio que había llegado a la isla por cosa de piratería. En cuanto lo hice sonar se apaciguaron aquellos salvajes y no sólo me perdonaron la vida, sino que me despidieron con lágrimas en los ojos.» El tercer viaje la llevó a la China, «donde fui atacada por las operarias de una fábrica de té: pero logré salir ilesa saltando por una ventana.» En Singapur, sorteó la caza del tigre sin un rasguño. Dobló el Cabo de Hornos y el de Buena Esperanza en un barco cruzante que flotaba por pura casualidad. Cambiando al fin la fragata averiada por una canoa de negros que la auxilió, fue a dar a unas islas tan remotas que aún no tenían nombre. «Allí —nos cuenta— salvé a dos nativos de una condena a muerte por pecado de adulterio. O mejor diré, que con mi mano ultimé a esos infelices atendiendo a sus ruegos, para evitarles un horrible martirio: es costumbre en aquellos parajes, atar a un árbol colgando de los pies a quienes pecan de adulterio, para que los parientes ofendidos se los coman vivos, miembro por miembro, tajada a tajada. Y no lo hacen por crueldad —son todos caníbales— sino para que se conserve la carne al seguir el suplicio con vida, en aquellos calores de trópico.»

Recogida en una barca de naufragos, regresó al continente y al poco tiempo partió a la India. Éste era el viaje que más le envidiaba Laura, ya que ella sólo pudo visitarla en astral. La Kopfer se bañó de veras en el Ganges, habló con los santones más enmudecidos, recorrió aquel inmenso país conociendo las grandezas del más allá y las miserias del más acá, y —se vanagloriaba—, habiendo contratado un solo servidor para que la acompañara. «Debido a la pobreza y a la sobrepoblación —escribe—, pocos viajeros logran hacer el viaje con menos de cinco servidores: uno para espantarle las moscas, otro para lustrarle las botas, un tercero para ir adelante y dar aviso si asoman bandidos, un cuarto para defender al viajero de los eventuales bandidos y un quinto para cargarlo en sus brazos, si se fatiga.»

Y como no hay Cupper que logre morir en su lecho, doña Úrsula, ya octogenaria, se esfumó con embarcación y todo en las espesas nieblas del Canal de la Mancha, cuando iba a visitar a sus primos de Guernsey.

Nadie se explicó nunca la pasión de Laura por todo lo ruso (salvo Palmira, que lo atribuía a su amor secreto por uno de ellos). Solía estudiar ruso a gritos paseando en deshabillé por el jardín que rodeaba nuestra casa, tiempos de la mansión, la de las opulencias de Fermín. Tanto que él se vio obligado a rodearla de un alto muro blanco que le daba un aspecto de fortaleza, para ocultar esa y otras excentricidades de la familia, como la de filmar películas con traje de época, batirse a duelo, ahorcarse en los árboles. La de Laura no duró mucho porque en cuanto se topó con las declinaciones, esto es —explicaba— lo que hace que uno tenga que decir la chaqueta de Andresita, por ser femenina la chaqueta convirtiendo a Andresito en marica, declaró que sus neuronas ya no estaban para esos trotes.

Andresito era un joven ruso aristócrata, hermoso y tímido, que hablaba con continuas reverencias como disculpándose. Dominaba un sinnúmero de lenguas, y nos enseñó a decir *te amo* en seis de ellas (lo que en conocimientos musicales equivaldría —decía mi padre— a tocar al piano con dos dedos «la polca de los perros»).

Laura se refería con familiaridad a Iván el Terrible, a Pedro el Grande y a la última zarina de quien se había hecho amiga a través de sus comunicaciones con gente del más allá. Sabía mucho de Rasputín, el monje loco que dominaba a la zarina, y aseguraba haber conocido al que lo mató. Luego, dudaba de si más bien le habían presentado en París al que escribió aquel libro titulado: *Yo conocí al que mató a Rasputín*, lo que venía a ser lo mismo. Devoró a Tolstoy y a Dostoievsky, y amaba a Gorki, por haber sido este último amigo de su maestro de pintura. Escuchó

a Chaliapin en *Boris Godunov*, en aquel mismo viaje, en París, y no se perdió ballet de puntas, auténtico o falso, en nuestro Teatro Municipal. También alentó a mi padre a comprar todos los discos 78, que llegaban al país con la obra de los rusos modernos, Stravinsky, Mussorsky, Korsakov; y hasta se atrevió a decir que, exceptuando a Bach y Mozart, el resto de los músicos clásicos eran una lata.

De lleno en su época ruso-blanca, invitó a las tertulias de los viernes a cuanto refugiado de la Revolución de Octubre llegaba a Chile, luego del paso obligado por París como chóferes de taxi o violinistas del *Ochichornia* en restaurantes exóticos. La condesa abuela de Andresito la informaba sobre los avatares sufridos por los aristócratas, mientras le posaba en su taller: le caía de los labios un rosario de nostalgias de sus antiguas opulencias, y otro de lamentaciones por las actuales estrecheces. Sus ojos de un celeste acuoso se volvían feroces al contar que la princesa tal hoy día era cocinera en su propia casa. *Cuisinierrrrre chez elle*, decía en su francés de erres arrastradas. O que el barón de Kutusov, al ver acercarse a los bolcheviques, se dio la muerte de horror, y en seguida mató a su esposa. *Se tua d'abord et tua sa femme ensuite...*, repetía, sin que Laura se inmutara, perdida en sus gamas de colores. Y tampoco le preocupaba eso de convertirse en cocinera siendo princesa, ya que ella, como aseguraba, era tan buena pobre.

—En verdad soy una víctima de las empleadas domésticas —solía decir—. En esta casa con tantas escaleras no duran, primero porque se ponen enfermas de los ovarios, y segundo porque se pelean unas con otras.

Y le decía a la condesa rusa que tenía mucha suerte aquella princesa al poder prescindir de la servidumbre, y le contaba la serie de chascos que se llevaba por ir a contratarlas a las agencias. Lo de las escaleras y los ovarios lo resolvió encontrando un mozo. «No sirve de mucho —reía— pero es sumamente pintoresco.» Don Luis de Valladares era un viejecito de nacionalidad incierta que hablaba el español con acento alemán, y que, cuando cantaba, lo hacía en italiano. Amanecía a eso de las once de la mañana vestido de frac, y navegaba por los recibos del primer piso empujando la enceradora eléctrica y cantando a todo pulmón *La donna e movile cual piuma al vento*. Luego desaparecía en su cuarto, en el semi subterráneo que tenía la mansión «para el servicio», donde tenía encerrada a su esposa

que no estaba bien de la cabeza. Ya no se mostraba hasta la hora de servir la cena. Obligó a Laura a sacar todos los accesorios reliquia que adornaban sus vitrinas, y nos humillaba con su sonrisa al ver que jamás nos habían iniciado en el lenguaje de cuchillería, vasos y aguamaniles. Si Laura contaba una intimidación en francés, aquellas que empezaban *pas devant le domestique...*, don Luis nos servía el guiso en inglés y el postre en alemán. En cambio a la cocinera sólo le daba indicaciones por señas, considerándola «*une sauvage*, Madame». En verdad, la gorda Agustina San Martín a la menor contrariedad blandía el cuchillo de cortar carnes. Y sudaba tan a chorros en su cocina sumergida, que mi padre dejó de tomar sopa temiendo ingerir sus efluvios faciales. Laura la disculpaba, diciendo que las cocineras gordas y de mal genio eran las únicas sabrosas para guisar. La Agustina nos impuso toda una dinastía de San Martín, traídas de Chillán, gente —decía— honrada y de «tranco largo». Aunque su sobrina, la lerda Tomasa, era tan lenta que, cuando anunciaba la comida, se quejaba Fermín, ya estaba fría en los platos. La otra, la bellísima Ramona sufría de rubores, daba los recados al revés por vergüenza a tener que hablar, y cuando tenía que anunciar a nuestros visitantes dé entonces, «don Negro, don Mono, don Burro», se echaba escaleras abajo cubriéndose la boca, como si hubiera blasfemado. Lidia, la retórica, hablaba en metáforas como las Preciosas Ridículas:

—Señora Laura —le decía a mi madre pasándole un lápiz— encontré este adminículo de escribir en combinación con el suelo.

A los rollos de papel toilette los nombraba «los pliegos». El bidé nunca se atrevió a nombrarlo, o llena de aflicción lo designa «como aquella fuente que usted sabe». En cambio, el maestro Santa Ana, el decano de los plomeros de Laura, le preguntaba a gritos delante de sus visitas: ¿Cómo le fue esta mañana con el bidé, misia Laurita? El maestro Labra, pintor de brocha gorda, que tenía la cabeza recostada sobre el hombro de tanto pintar cielos rasos, nos comía sistemáticamente los gatos regalones, estofados y con arvejitas.

A menudo las discusiones de la hora de almorzar —en la época de la mansión— versaban sobre el gastadero que significaba mantenerla, pero, por encima de todo, sobre si nosotros los hijos no nos estábamos malcriando con tanta regalía, desayuno en cama, auto a la puerta, tecito con mermelada y ninguna

colaboración en la casa. En un punto estaban de acuerdo: en que la opulencia no iba a durar. Pero diferían en cuanto a la catástrofe que terminaría con ella. Laura recomendaba estudiar el ruso, ya que los bolcheviques pronto invadirían el mundo, y era probable que termináramos todos lamiento un terrón de azúcar colgado de la lámpara, como en el hambre-en-Rusia. Y era seguro que desaparecerían los sirvientes. Mi padre, más al corriente de la política del momento, aconsejaba entrenarse con el alemán, porque ya el Führer andaba vociferando en los noticieros. Tampoco estaba de acuerdo en la forma de afrontar la catástrofe. Fermín aprovechaba la ocasión para insistir en el ahorro, despedir alguno de los empleados, suprimir tanto convite a almorzar y a quedarse a dormir.

En suma, acostumbarnos desde ya a una vida sobria. Mi madre en cambio, opinaba que había que disfrutar mientras se pudiera, para que así, llegado el momento, tomáramos la pobreza como una «novedad». Y esta vez Laura tuvo la razón. Fue esa «novedad» tan criolla la que nos permitió, en las estrecheces de la casa de altos, aceptar el jabón gringo, el charquicán y los veraneos secos en la playa del tejado.

Entre el abigarrado desfile de condesas amargadas, tocadores de balalaika y bailarines en cuclillas, apareció también un ingeniero, Popov, que divertía mucho a Fermín con sus historias. Antes de venir a Chile había sido consejero del Negus en Abisinia. Explicaba cómo sorteaba éste la carencia de maquinarias y de divisas para comprarlas: había que construir un puente, un camino, una represa, allá salía el papacito Negus con su paraguas llamando a los súbditos. Ellos acudían por millares, y le construían lo que fuera, a pie, a mano y en un santiamén. En una ocasión llamó a Popov, para consultar sobre lo que creyó una pequeña bomba asesina que le habían enviado desde Norteamérica. Popov le explicó que era sólo una bomba de echar «DDT» a los insectos, regalo de algún huésped que constató lo insistentes que eran las moscas abisinias. Y el Negus, en cuanto se quedaba solo en su palacio, salía contento como un niño a cazar moscas, como antes el abuelo Felipe salía a matar cucarachas con la punta de su bastón.

—Lo que demuestra —decía Fermín— que cuando el progreso llega en pequeñas dosis a un país subdesarrollado, causa más placer que descalabros.

Y disertaban sobre la coexistencia pacífica de dos civilizaciones no coetáneas, que traía tantísimos problemas, y traducía para sus hijos: «Hay naciones poderosas tan abusadoras que cuando un país pobre necesita comprar artículos de primera necesidad, le colocan una superproducción de máquinas de cortar pasto, aunque se trate de un país lleno de desiertos de arena.»

Los que más brillaban en las tertulias de los viernes eran el trío de Vadim, Pietra y la Tatiana. Pietra arrancaba a su balalaika unos trémolos en los que desaparecían sus dedos regordetes, acompañando las nostálgicas canciones de su esposa, la Tatiana de la Chaise, como la solíamos llamar. La silla era nuestra, pero se la adjudicamos a ella porque, antes de cantar, la pedía tímidamente y en francés. Apoyaba las manos en el respaldo de la silla y se transformaba en un volcán de pasión, atacando los Ochichornia, Kalinka Mayá y el Ata troika. La silla era de junco dorado y tan antigua y frágil que nosotros hacíamos apuestas de a centavo que aquella vez no resistiría. Pero terminadas las canciones, se sosegaban la silla y la Tatiana. Y la enorme rusa de piel lechosa y de ojos mansos volvía a su sitio junto al esposo donde cumplía, para el resto de la velada, una función puramente decorativa. Entonces Vadim lanzaba al aire sus piernas en un endiablado ejercicio —entre los trémolos de Pietra y los gritos rusos— que hacía dudar sobre la ley de gravedad. Pero Laura decía que eso era común entre ellos, que los saltos prodigiosos de Nijinsky —saltos en los que tardaba más tiempo en bajar que en subir— asombraron tanto a los franceses en la época de Diaguilev, que durante años en París no se habló de otra cosa.

Para la Gran Pascua Rusa de Resurrección, Laura nos llevaba a la iglesia ortodoxa, donde la colonia celebraba sus ritos entre profusión de luces, adornos dorados y monjes con bellísimos atuendos. Escuchábamos sus coros y a los solistas, que alcanzaban las notas más bajas del piano. Luego, venía el banquete en el que se comía y bebía hasta más no poder entre las bendiciones de un pope barbudo, quizás el mismo que, ya venido a menos, le podaba a Laura sus árboles del tercer patio. Cuando empezaban los cantos populares de bateleros del Volga, de amor pasional y de alegría campesina —de cartas extraviadas en ese país inmenso con problemas de correo— ya estaban todos borrachos, excepto Laura. Entonces, ella le

pedía a sus hijos el numerito del «Ej Tiberiosa», que consistía en Fermín Segundo bailando en cucullas y Palmira acompañándolo en el acordeón. La fiesta terminaba a altas horas de la madrugada, con los bailes desatados de georgianos desplazándose como pájaros en la punta de sus botas, de fustas y cuchillos, y saltos desde el alféizar de las ventanas o de arriba de las mesas, para girar como trompos; mientras las mujeres, todas gordas, se desplazaban con la dignidad y la lentitud de muñeconas con cuerda. No faltaba el baile de gitanos con el violinista que cantaba con voz aguardentosa, y la joven que hacía resbalar de sus hombros la blusa con sus tembladeras. Y en medio del barullo, algún ex general del zar, tieso como si se hubiese tragado su propio sable al ver acercarse a los bolcheviques, invitaba a Laura a bailar un vals imperial. Se hacía un espacio para la pareja, y atacaba solemne la orquesta. Laura parecía navegar entre sus brazos, llena de orgullo por su gracia etérea y su silueta que parecía delicada y esbelta en medio de tanta rusa descomunal. Durante dos semanas si nos encontrábamos en la calle con alguno de los asistentes, debíamos dar y recibir tres besos alternando las mejillas y repitiendo: *Cristus Veniat, Cristus Veniat...*

Pasada la época ruso-blanca, Laura cayó en su época española. Acogió primero a unos franquistas despistados que huyeron creyéndose derrotados, y luego a los otros, los que llegaron a bordo del *Winnipeg*, sin abrigar ya ninguna esperanza.

El primero de estos refugiados republicanos lo trajo Fermín Segundo. Había entrado a la universidad y era el único en la familia que vibraba con los acontecimientos políticos. Y ese refugiado trajo a otro, y luego a otro, hasta que se llenó la mansión de gente alegre, dicharachera y de reír estrepitoso. Nuestro castellano deshuesado contrastó con las silbantes eses, las zetas y esa jota violenta que parece rasguñar la garganta. Laura contaba con un guerrillero asturiano y un capitán de tanques andaluz. El resto de sus refugiados eran artistas o intelectuales, que de algún modo habían participado en la guerra y tenían que sufrir los avatares del exilio. Fermín se divertía ahora con las historias del tío que murió de un jamonazo, cuando les lanzaban a los vascos los víveres desde los aviones, de los italianos que enviaba el Duce a las filas franquistas y que bajaban trotando de los camiones, manos en alto y gritando «forzados, forzados...» y en lugar de combatir a los rojos, abrazándolos, cantaban con ellos eso de «la mujer de Mussolini ya no guisa con carbón / porque guisa con los cuernos / de su marido el cabrón / bumbarabumbara-bumbambá... ay Carmela...».

Muchos dijeron que eran lo que no eran, novelistas, músicos, conservadores del Museo del Prado: «Porque si no dice usted que es alguien, doña Laura, no le da trabajo ni

Dios.» Auténticos o no, Laura les brindó a todos su generosa hospitalidad. Aquella que, sin mediar catástrofes, terminaría con los ahorros de Fermín. Pero él tomaba con su habitual buen humor estas pequeñas invasiones, y no se incomodaba si al entrar de mañanita a su escritorio veía levantarse del sofá un refugiado en paños menores: «Excúseme usted, don Fermín...» Quizá ya había decidido morirse antes de los achaques de vejez, y dejar que su familia se las arreglara luego tomando la pobreza como «novedad».

Nuestro mozo políglota, don Luis de Valladares, disfrutaba con los que amanecían en los recibos. Como carecía ya de auditorio entre los de la familia, se desquitaba charlando con ellos especulando sobre quién haría estallar la guerra mundial, y que cuándo y por qué:

—Para esa mugre de desayuno frío que nos sirve —nos decían—, tiene usted que aguantarle una conferencia sobre política internacional.

Les molestaba también que los despertara con su encera-dora y su ópera italiana a las once de la mañana, lo que consideraban «hora de madrugada», como buenos trasnochadores que eran. Y solían rezongar por esa «bárbara» costumbre santiaguina de disparar un cañonazo al mediodía, desde el Cerro Santa Lucía: «Que se cree usted en la guerra, no es modo de despertarle a uno.»

Poco a poco nos acostumbramos a su bullicio, a ese hablar de todos y no escuchar de ninguno, a sus opiniones tan seguras y enfáticas, se hablara de Dios o de cómo freír un huevo. Sus piropos largos y con mucho salero deleitaban a las muchachas y las hacían acusar de sin gracia a los galanes criollos. Los pasionales ochichornias de la Tatiana fueron remplazados por las canciones de la guerra civil, y romanzas antiguas con letras revolucionarias. Pero entre todos sobresalía Manolín, el guerrillero asturiano. Llenaba el aire de resonancias mágicas, que hacían brotar la sierra dentro del salón. Las melodías eran tan bellas que Laura perdonaba la irreverencia de algunas letras: «A los curas los capen este año, quiera Dios que no capen a mi amo, que me tiene ofrecido unas *medies*, que si me lo capan me quedo sin *elles*. Tanto cura, tantu cura, tantu fraile, tantu fraile, tanta mujer sin maridu, tanto rapazo sin padre...»

Cuando Manolín echaba hacia atrás la cabeza alzando la

botija del vino para hacer deslizarse un hilito rojo por su frente y su nariz antes de entrarle por la boca, mientras su manzana de Adán subía y bajaba al beber, podíamos imaginarlo rompiendo corazones en su pueblo de Asturias. No por la pericia con el vino, sino porque así quieto había tiempo para observarlo y darse cuenta que era poseedor de esa «viril belleza» que le atribuían los cronistas al coronel Cupper. Otra de sus habilidades consistía en fabricar sidra dentro de la manzana: la golpeaba rítmicamente contra su brazo, subiendo y bajando, hasta que se volvía líquida y fermentada. Entonces, abría en ella un agujerito y nos la presentaba con un escueto: «bebed». Porque Manolín a pesar de su hermosa apostura era tímido y parco en palabras. Había dejado novia en Asturias, y juraba enviar por ella en cuanto se estableciera, ¡si es que se establecía! O bien se aprontaba para regresar a su pueblo, ahí donde dejó deudas por saldar cuando la guerrilla en la sierra. Y repetía los nombres de los traidores para no olvidarlos en caso de que Franco tardara, como tardó, en morir.

Recién llegados al país, llenaron los cafés discutiendo hasta la madrugada sobre el sitio de Teruel, el cruce del Ebro, que la Casa de Campo, que si los curas cabrones, que no todos, porque muchos se arremangaron la sotana para luchar junto a ellos, que joder con los franceses que metieron al capitán de tanques y a todos sus hombres en un campo de concentración, del que escapó el primer día al ver que había alambres de púas y unos enormes senegaleses, y atravesó la campiña, ¡mecachis con el endiablado sistema de regadío!, sin otro alimento que leche en polvo sin agua. ¿Sabéis lo que es eso? En fin, que Vicente Rojo, que los anarquistas, que la quinta columna, y ¡coño!, que los nazis no escatimaron los aviones, en cambio los rusos ¡sí que escatimaron los tanques! Que el avance del día tal fue de cojones, pero que para cojones, Julito, que esperó que la bomba le estallara en la mano y la perdió, joder ¡la bomba, no!, ¡la mano...!

A medida que se hacían a su condición de refugiados el tono de las discusiones era menos perentorio.

—Lo que ocurre, chico, es que se nos está yendo el odio, ¡menudo favor le hacemos al cabrón!

Algunos no soportaron el exilio y regresaron a riesgo de que el cabrón los fusilara, pero como no ocurrió y Franco siguió tantísimos años en el poder, iniciaron un lento y disi-

mulado éxodo hacia el terruño, diciendo que iban nada más «por ver» y se fueron quedando.

No satisfechos con nuestros cafés, muy tranquilos para ellos, abrieron uno, el «Miraflores», donde se les podía encontrar a cualquier hora del día o de la noche, charlando, manifestando su nostalgia, jugando al ajedrez y contando sus anécdotas, mientras saboreaban los calamares en su tinta y el arroz a la valenciana del excelso cocinero vasco don Joaquín Berasaluce, y atendidos por Manolín que ofició un tiempo de mayordomo, haciendo sus trucos del vino y de la manzana.

Muchos de los que llegaron en el *Winnipeg* se perdieron pescando a lo largo de nuestras costas, o fueron absorbidos por las barracas, almacenes de madera, y las panaderías de aquellos españoles que habían llegado antes a «hacer la América» y que aceptaban la España franquista. Al igual que los mapuches, que, en cuanto emigran a la capital se hacen fotografiar abrazados de una pata del caballo de don Pedro de Valdivia en la plaza de Armas, el conquistador que tanto martirizó a sus antepasados, o que se emplean en las panaderías de los españoles, sus enemigos seculares.

—El odio no os sirve como arma política en este país de desmemoriados —nos decían—. Por los dos ancestros, ¡estáis jodidos!

Y si bien es acertado aquel dicho «el huésped y el pescado, al tercer día huelen a pasado», ninguno de los refugiados de Laura vino a confirmarlo. Sólo se producían rencillas internas que los dividían en dos bandos, como cuando el capitán de tanques se casó con mi hermana y lo acusaron de «aburguesarse». Pero no hubo consecuencias fatales. Muchos siguieron su ejemplo, y se integraron a las familias chilenas, dejando aquí semillas de Trinis, Pílares y Dolores, para quienes el sitio de Teruel, Vicente Rojo o la huida del capitán de tanques por la campaña francesa, les resulta tan distante como la carga a la bayoneta de Cupper en las ciénagas de Mocopulli.

La carga a la bayoneta en Mocopulli era una de las historias del bisabuelo de Laura, de la que nos enteramos a la hora de almorzar.

—Esa carga le valió el grado de coronel siendo muy joven —nos decía— cuando combatió contra los españoles de Quintanilla, que se habían «atornillado» en la isla de Chiloé.

Y enamorada de la toponimia de esos parajes, nos explicaba que Chiloé quería decir, isla de pájaros, que Dalcahue, donde se había apostado Beauchef, el jefe de Cupper, «lugar de balsas», y que quedaba cerca de un pueblito cuyo nombre quería decir «lugar donde se reúnen los brujos a deliberar». Y olvidada de la carga a la bayoneta del bisabuelo se iba enredando en la toponimia nombrando sus villorrios: Agoni, Cucao, Chonchi, Quellen, que traducían como «Cara de amigo, Agua de gaviotas, Ser otro y transformarse, Torcido, Gente flaca, Estar ladeado...»

—Basta —suplicaba Fermín.

—Es que falta el nombre más interesante: «Reunión para aprender a consultar...» y «Huilidad», un pueblo que traducido, quiere decir, me parece: «Una bolsa tejida de piedra quiscal...»

Luego, recordaba sus leyendas: el millalobo y sus espejismos dentro de un pozo, el Trauco embarazando doncellas, el *Caleuche*, barco fantasma que navegaba sin gentes entre las islas, y la famosa gruta de Salamanca donde se reunían todos los brujos del mundo. Y de ahí pasaba al clima, esas lluvias

copiosas que mantenían la isla tan verde, y obligaba a los isleños a trotar siempre descalzos para no mojarse los zapatos. En seguida se entusiasmaba con el paisaje para terminar rogándole a Fermín que aquel verano «sin falta» fuéramos a dar una vueltecita por Chiloé.

—¿Tiene idea de lo que costaría esa vueltecita? —preguntaba Fermín, sacando su regla de cálculo para barajar en costos los kilómetros que nos separaban de la bella isla austral.

Pero ya estaba Laura asombrándose, con el tenedor en el aire, de que se discutiera sobre nuestro veraneo cuando recién empezaba el otoño. Entonces todos le pedían a gritos que contara de una vez la carga a la bayoneta de John Cupper.

—No sé por qué milagro —decía ella con voz calmada, abriendo un viejo texto de Historia— hablan aquí de mi bisabuelo y dejándolo tan bien puesto. Seguramente, lo escribió un liberal—. E iniciaba el relato con tono de profesora, y le iba dando poco a poco el suspenso: «Al amanecer de un sábado de abril, con lluvia intensa, Beauchef dio la orden de avanzar. Los soldados se hundían hasta la rodilla en el barro pegajoso, y apenas lograban arrastrar las pesadas cureñas. Para abrirse paso en el tupido matorral del bosque, debían usar sus machetes. Entonces, para animarlos, Beauchef concibió una idea genial, pero que iba a tener trágicas consecuencias.»

Y nos observaba de reojo, para ver el efecto de sus palabras. Guardaba silencio, hasta que alguno preguntaba cuál había sido la idea genial.

—Beauchef mandó ejecutar por las bandas de dos de sus regimientos una pieza de música, para hacer más leve la lucha de sus soldaditos contra los elementos. Supongo que escogió *La Vestale* de Gasparini —acotaba dejando de leer— porque era la ópera favorita de Napoleón, y debió escuchar la obertura más de una vez en los campos de batalla cuando era uno de sus oficiales...

Y como se desviaba a contarnos alguna anécdota de Beauchef, Fermín comentaba:

—A usted, hijita, le hace falta un arriero para que le endilgue las ideas hacia el corral... No hable tan desparramado.

Y ella, que no la interrumpían a cada rato, y que eso de que la música era sumamente importante, ya veríamos por qué. El hecho es que las notas de *La Vestale* habían conseguido su mágico efecto. De pronto los soldados avanzaron animada-

mente, tatarcando la melodía, olvidando la lluvia, el barro, el frío y el peso de las cureñas.

—¡También olvidando que estaban en guerra! —reía Laura—. Los pájaros les acompañaban con un increíble alboroto, haciéndoles sentirse más bien en un paseo campestre...

—¿El detalle de los pájaros, figura en ese libro? —preguntó el escéptico de Fermín.

—¡Lea, hijito! —exclamó ella triunfante, colocándole el libro sobre su plato de estofado.

Y mi padre, limpiando el libro, nos leyó en voz alta:

—Entre la algarabía de pájaros cantores que abundan en aquellos parajes boscosos, etc., etc.

El hecho es que, con la música, se olvidaron del peligro.

—Y esas fueron las trágicas consecuencias —nos explicó— porque los españoles y sus chilotos mercenarios les habían preparado una emboscada. Súbitamente, partió un violento fuego cruzado. Era imposible escapar: por uno de los flancos, rocas escarpadas; por el otro, el mar. Así es que en medio del encantamiento de Gasparini, caían los soldaditos de Beauchef sin saber de dónde les llegaba la muerte. Los que no quedaban tendidos en el barro, corrían, chocando unos contra otros y para mayor confusión... —aquí Laura le enseñaba la página abierta a Fermín— también los pájaros enloquecidos por la pólvora volaban en bandadas, rozándoles las cabezas y chillando tanto, que nadie escuchaba las voces de mando—. Respiró hondo, bebió un trago de vino y dijo: Fue entonces cuando mi bisabuelo salvó la situación. Gritó: ¡a la carga!, y embistió a ciegas con su bayoneta calada.

—«A la carga» —repitió Fermín—, que vendría a ser la única frase célebre que nos quedó del coronel Cupper.

Mi madre continuó su historia, ignorándolo.

John había hundido la bayoneta entre los matorrales, y todos siguieron su ejemplo, fascinados por el empuje. Los soldados enemigos salían de los matorrales ensartados en la punta de las bayonetas, o escapaban «con tres chillidos, lo mismo que las perdices...» acotaba Laura, «y esto no se dice en el libro, lo imagino yo». Así es que, cuando el enemigo quiso retirarse, se encontró cogido en su propia emboscada, y la batalla se prolongó hasta la noche cerrada, cuando ya nadie distinguía amigo de enemigo, lo que terminó por calmar los ardores bélicos de ambos bandos. La historia de Laura terminaba

con una segunda carga a la bayoneta de Cupper, y la herida que una bayoneta española le hizo en una pierna. Herida que lo atormentaba mucho en los cambios de tiempo, dijo Laura a la altura de los postres.

—¿Isolda y John ya estaban casados? —preguntó Palmira.

Tratando de ensamblar una fecha con otra, la carga a la bayoneta y la boda, Laura se quedó quieta, con la mirada ausente, y su postre de leche nevada aguándosele en el platillo. Cayó en una especie de trance —o quizá las neuronas de su memoria hicieron un supremo esfuerzo— lo que la hizo retroceder y retroceder, cruzando las nieblas del pasado, hasta aterrizar en el comedor de la casa vecina, la de los abuelos, ahí mismo donde almorzaba Isolda con sus padres, mientras su adorado guerreaba en Chiloé. Y Laura pudo sentir en sus neuronas viajeras los sobresaltos de Isolda por su John, y creyó verla entrar con una carta en la mano gritándole a su padre, don Luis Zeder:

—*Blessé*, ¡papacito! ¡Hirieron a mi John en la pierna derecha, y dice en su carta que quedará cojo para el resto de su existencia.

Y de atrás entró John cojeando —la carta la había traído él mismo, no se fiaba de correos en un país tan largo y despoblado, decía— y riendo abrazó a Isolda y aseguró que lo de la cojera era sólo momentáneo. Bebiendo un bajativo con don Luis, estuvo hablando de Mocopulli sin referirse a su hazaña de la carga a la bayoneta: «Aunque fue una victoria nuestra —dijo— no la considero importante, tuvimos trescientas bajas entre muertos y heridos, lo que es demasiado para una acción sin mayores consecuencias. Tuvimos que retirarnos con una lluvia incesante, chorreando agua, y las ropas empapadas. El paisaje es bellissimo por los verdes, creo que llueve más que en Inglaterra, ¡sólo que no hay donde guarecerse! —se quejó.

Isolda, sentada en las rodillas de su padre, preguntó si hacía mucho frío.

—Los soldados —dijo él— se apilan en torno a un fuego de troncos húmedos que dan muy poco calor y mucho humo. Ahí colocan unos palos cruzados para colgar la olleta de hierro donde cocinan su magra comida. Sólo se oían toses, estornudos y maldiciones de la tropa que no pudo disfrutar de su reciente victoria. Yo mismo sufrí bastante con la herida en la pierna. Dalcahue es muy pintoresco, pero ¡tampoco hay nada

de nada! —concluyó, taciturno.

—Ay, mi John querido —suspiró Isolda—. ¡Te matarán antes que podamos casarnos!

Volviendo de sus nebulosas, Laura dijo:

—No. Aún no estaban casados.

Y paseó una mirada de desconcierto por los puestos de la mesa ovalada del comedor de nuestra infancia: el de Fermín estaba vacío; seguramente se preparaba en su cuarto para ir a la oficina. Molly en su silla alta, terminaba de embadurnarse el rostro hasta las orejas con el merengue de leche nevada. Fermín Segundo entró atropelladamente con sus cuadernos a darle el beso de despedida. Lola, con la cabeza casi al ras de la mesa, la miraba con sus ojazos negros como pidiendo gracia por el resto de estofado que le quedaba en el plato. Palmira, de pie en la puerta, se trenzaba el cabello aguardando la respuesta con paciencia infinita. Laura se levantó para bajar a Molly de su silla alta:

—Qué raro —dijo— parece que me desdoblé.

—¿Y qué «pachó» con los «pajaritosh»? —preguntó Molly.

«Si alguna vez llego a realizar algo en la vida se lo deberé a mi maestro, don Juan Francisco González», escribió Laura en su diario poco después que entró a la Escuela de Bellas Artes como alumna suya. Ya tenía su pequeña familia formada y se había aquietado de sus viajes de gitana, siguiendo a mi padre y sus trabajos de ingeniero a lo largo del país. «Don Juan me ha guiado con sus consejos y sus maravillosas enseñanzas. Más que eso, ¡me ha hecho amar apasionadamente mi vocación de pintora!»

Quizá por la veneración que Laura le tenía, a nosotros don Juan se nos quedó flotando en el recuerdo con la estampa de un personaje legendario, como escapado de una de sus telas: recio, sombrío, lleno de calor humano. El chambergo alón cubriéndole las medias tintas del rostro, el traje mal planchado con esa coquetería de los artistas. Su silueta alta y desgarrada contrastaba con la de Laura, pequeña y con marcadas curvas femeninas, cuando salían juntos a paisajear. Además del caballete y el material de pintura, llevaban un piso plegable con asiento de cuero, que Laura atesoraba, «porque había sido de don Juan». El piso, con una de sus patas colgando, seguía emergiendo en las mudanzas hasta mucho después de que don Juan subiera a los cielos a pintar paisajes alados de su querido pueblo de Melipilla, el que tenía siempre a flor de labios.

Tal vez por aquella falta de continuidad en los recuerdos, o porque nos ocultaron su trágico suicidio, para nosotros don Juan subió directamente al paraíso en una de esas salidas a pintar con nuestra madre en los puentes del Mapocho, o a las campiñas de esos años —que nos parecían tan apartadas— Apoquindo, los Guindos, o a los barrios más populosos del oc-

cidente y del sur de Santiago. Se viajaba entonces en unos tranvías con acoplado descubierto, lentos y bulliciosos, atendidos por una cobradora de uniforme, gorda y con cara de bulldog. Un día no llegó don Juan al almuerzo de los miércoles, y Laura anduvo toda la mañana llorosa, hablando bajito por teléfono con sus amigas pintoras.

Aquellos almuerzos con don Juan eran para ella algo como un rito de homenaje a su maestro. Una vez a la semana se presentaba antes que nadie en el comedor y se esmeraba aderezando fuentes con ensaladas multicolores. Escuchaba con admiración y respeto la charla de don Juan, sus disertaciones —con la voz velada y la picardía en los ojos del buen vividor, del hombre sencillo, pero seguro de sus conocimientos— ya fuera sobre el «natural pictórico» o sobre lo saludable que debía ser la ensalada de repollo. Y Laura nos fulminaba con sus ojos verdes, si sorprendía alguna risa disimulada cuando un fideo de la sopa subía y bajaba, inadvertido por el maestro, en sus grandes mostachos grises.

«Desde cuando está usted tan desconfiada de sus fuerzas como pintora, querida amiga —le escribía don Juan en sus cartas— cuando yo tengo en su persona tantas esperanzas, desde que usted no le tiene miedo a nada, lo que es la más gran condición de los que van hacia el natural bravío y desconcertante. Y aún más, cuando ha dado muestras de ser tan alentada y de tener una comprensión tan audaz del natural pictórico. Pinte por pintar lo más que pueda sin volver a insistir en nada, todo de primera intención. Eso sí, con la expresión más enérgica de lo que siente.»

Mucho más tarde, leyendo sus cartas, Laura derramaba gruesos lagrimones esforzándose por recuperar sus enseñanzas, por debajo o por encima de aquella fuerza desatada en el trazo y aquella euforia de colores que aprendió de su segundo maestro, el ruso que pintaba con la pasión de un mujik.

Estas cartas de aliento de don Juan, mi madre las recibía en sus largas temporadas veraniegas, de diciembre a marzo, perdida en el Quilquilco cordillerano del tío Miguel:

Mi distinguida discípula. Acabo de recibir una segunda carta suya, a la primera ya había respondido con una que adjunté a su marido, rogándole que se la enviara, porque su dirección no está averiguada. ¿Por dónde queda ese Quilquilco? ¿En qué provincia o departamento de nuestra cartogra-

fía? Tengo un mapa, y en él he buscado inútilmente ese pintoresco y fantástico rincón escondido (supongo que de Chile). Esta segunda se la dirijo por el mismo camino que la primera, y puede ser que ambas se encuentren y se pongan a comentar el fracaso del viaje y de algo no muy favorable para los destinantes o destinatarios, que las envían como palomas mensajeras a comarcas de las que sólo saben el nombre, y todavía en el áspero lenguaje mapuchi. Pero, sigamos en este asunto, que es como el laberinto de Creta en el que no cuento ni con el hilo de Ariadna.

Bueno, lo que quería decir es que eso que me dice usted en su primera, no es consecuente ni razonable con lo ya establecido entre nosotros. Y es, a saber, que usted, una persona fuertemente dotada de facultades pictóricas, y de lo que también vale para el caso, de una voluntad poderosa y un valor de torero, para no temer nada ni a nadie del natural temible, con todo lo cual es fama y muy fundada, que se LLEGA a donde se quiere. Y si así no lo creyera, yo sería muy indigno, si se lo dijera a una dama a la que distingo y aprecio tanto. Todo lo cual lo digo por aquello de la incertidumbre suya de no confiar en sí misma. No me viene ánimo de repetirle todo lo que ya le había escrito, pero insisto en decirle que se vuelva loca pintando.

Tal vez el excesivo pintoresquismo que hay en esta privilegiada comarca es lo contrario al deseo pictórico. Muchas veces, lo pintoresco nos impulsa de manera más eficaz. Para el primer caso, se debe dejar pasar el desaliento o el cansancio, y continuar con nuevos bríos.

Y en otra le decía:

No ponga usted mucho empeño en terminar lo que pinta. Pinte a tontas y a locas, sin examinar el sujeto ni la obra, hasta sin comentar. Pinte porque sí y sin más propósito que el de consumir colores. Pero, pinte siempre que tenga ganas. Embístale a la figura lo que más pueda: por allá ha de haber indios, pues ¡duro con los indios, cabezas y figuras, completas, ricas, grandes! Mire, señora, no me gusta pontificar tanto, Dios me libre de esto. Y usted es bastante avispadita, como para entenderme CIENTO POR CIENTO. Bueno, pues, mi noble discípula, yo la creo muy capaz de muchas cosas. Y sé que acertará. Lo sé bien. Y con esa confianza la saludo cariñosamente...

Cuando teníamos que trasladarnos a ese «escondido rincón», que el maestro González había extraviado en la cartografía, Laura empezaba con bastante tiempo a hacer bultos y a retobarlos: envolvía en arpillera gruesa los colchones y almohadas, colocando entre medio frazadas, sábanas y algo de ropa, además de sus telas vírgenes ya preparadas. Luego, cosía el bulto mordién dose la lengua como siempre que ejecutaba alguna tarea difícil, con pitilla enhebrada en agujas curvas de retobar. Entonces le gritaba a sus niños que bajaran de sus colinas de fantasía, y cortaba unos trozos de sábana vieja que fijaba sobre el bulto con punto cruzado. Y Fermín trazaba a tinta china con su letra clara: «DE MAPOCHO A QUILQUILCO, CON TRANSBORDO EN LA CIUDAD DE VICTORIA.»

Era, más que un veraneo, un irse a vivir a un lugar remoto que quedaba muchísimo más allá de los trenes nocturnos y del camino de tierra bordeado de altos carrizales. Las casas del fundo estaban al final de un senderito ascendente que se recorría en coche «de posta» tirado por caballos. Una carreta de bueyes, con el campesino que iba delante con su larga picana, acompañaba el coche llevando los bultos de los viajeros, y también gente a caballo para colaborar con la carreta, si quedábamos empantanados en uno de esos desbordes de los ríos que cruzaban el sendero.

Es probable que Laura tuviera que enfrentarse a solas con aquel paisaje —donde «lo pintoresco» en nada le podía ayudar— y que añorara aquellos recorridos por los barrios, cuando iba a pintar bajo la tutela de su don Juan. Debió quedarse muda contemplando los bosques llovidos y las altas cumbres con sus nieves perennes, embriagada por la luz cambiante, preguntándose cómo podía «pintar a tontas y a locas» en tan solemne lugar, cómo llevar a la tela la belleza sobrecogedora de aquel paisaje sin restarle fuerza y sin caer tampoco en lo que tachaba la «cursilería de tarjeta postal», esto es el realismo casi fotográfico que se estilaba entonces.

—Me sobrepasa la claridad de los verdes —le confesaba a don Juan—, me paraliza la luz del sur, quizás única en el planeta. Me quedo inmóvil sin atreverme a dar la primera pincelada. Es esta atmósfera la que me aturde, esta atmósfera en la que siempre tiembla algo de húmedo y de estremecedor...

Trataba en vano de hallar en sus alquimias de colores el tono justo para el sombrío de los bosques, o la transparencia luminosa de las aguas, el gris claro, azulado de las piedras del río. Las cartas de don Juan le devolvían el aliento por la fe que él había puesto en ella, y tomando sus pinturas se internaba una vez más por los senderos boscosos, decidida a «pintar sin miedo, yendo al natural bravío...».

Es inútil —le escribía luego—. En cuanto termino de preparar la tela con los bosquejos al carboncillo, me dejo caer sobre la hierba como si me hiriera a traición el desánimo, y maldigo la hora en que escogí esta vocación tan tiránica.

Aunque don Juan le decía que la vocación la había escogido a ella, y que tenía que afrontarla con mucha valentía, o se iría llenando más tarde de amargura. Pero, en verdad, le dolía no ser como las demás mujeres de su familia: se quedaban así quietas en el porche de las casas, disfrutando del fresco de la tarde, escuchando trinar los pájaros, bordando, jugando a las cartas, tocando el piano, contentas de tomar un descanso luego de haber cumplido con los quehaceres domésticos. Ni siquiera había participado aquel verano en esos largos paseos a caballo, yendo a visitar a los del fundo vecino donde los recibían con grandes comilonas y mil cariños. Y se daba cuenta que a su Fermín no le estaba gustando ya esa inclinación suya por la pintura, que de ser un sueño por realizar en los tiempos del noviazgo y luego unas primeras incursiones que él celebraba más que ninguno, se estaba convirtiendo ahora en algo obsesivo. Como en el fundo no tenía que distraerse de la pintura con los quehaceres domésticos, decidió avanzar lo más posible, pintando mañana y tarde, como le había aconsejado don Juan. Pero el resto del tiempo, cuando no tenía los pinceles en la mano, andaba sufriendo porque algo no salió bien, o gozando por haber al fin encontrado trazo o color, y todos pidiéndole «que bajara de la luna». Entonces, echada sobre la hierba junto con caballete y caja de pintura, tomaba la decisión heroica de renunciar para siempre a su vocación. Se lo debía a su esposo tan bueno, que la apoyaba en todo aunque no estuviera de acuerdo «con esa manera suya, hijita, tan exagerada de tomar las cosas...». Se lo debía a sus niños que pasaban a manos de las sirvientas y de las mamás viejas, añorando quizá su presencia. Así es que, libre de su tiránica vocación por la renuncia, regresaba a la casa con paso ligero, tarareando una

melodía, para aturdirse y no pensar, por si le venía el arrepentimiento. Y se reintegraba a la vida hogareña, que de pronto le había parecido llena de encanto. Pero a los dos o tres días estallaba en llanto con sólo divisar en un rincón de su cuarto la caja de pinturas cerrada. Rompía entonces la carta que le acababa de escribir a don Juan, contándole los motivos de su desertión, y le escribía otra, jurándole volver con más bríos a la lucha, y seguir su consejo de pintar y pintar lo que fuera, un tronco, una hoja con sus nervaduras, un rincón de la galería, el portón de la entrada. Ejercitar la mano antes de lanzarse otra vez al medio de esta naturaleza soberbia que la amedrentaba. Después de estos ejercicios conseguía al fin algo que la dejaba satisfecha. Era uno de estos días en los que regresaba a la casa de buen humor, saboreando anticipadamente la cazuela que la aguardaba en este inmenso comedor de campo que olía siempre a pan recién salido del horno.

—¡Tío Miguel! ¡No me diga que ésta era la ovejita blanca con la mancha negra en el lomo! —exclamaba compadecida, aunque sin dejar de saborear la carne tierna de su regalona—. Ayer vi que la apartaban del rebaño.

—Haces mal, hijita, en andar por los corrales encariñándote con mis corderos. Son para comerlos —reía él.

Y venía entonces la pregunta, mitad en serio, mitad en broma, como si el tío intuyera los problemas de Laura:

—¿Y cómo le fue hoy a nuestra señora «da Vinci»?

—No estoy muy segura, tío Miguel. Recién empiezo a soltar la mano. —Y después de un silencio cargado de dudas, se exhibía con él—: ¡Su paisaje se niega a entrar en mis telas! ¡No puedo con tanta belleza!

Y él le aseguraba con su voz entrecortada de carrasperas, que eso era pura modestia de su parte, que se maravillaba de ver con qué facilidad copiaba lo que tuviera delante, en circunstancias en que él ni con un compás lograba trazar el contorno de una manzana.

—Deja la pintura entonces, y ocúpate más de los niños —intervenía la abuela Teresa.

Y la miraba seria, como diciéndole que iba mal por ese camino, que en balde se lo había estado advirtiéndole, pero que no conocía otra más testaruda que doña Laura Cupper, que si no le bastaba con la otra chifladura esa de los espíritus, que además era pecado mortal.

Y Laura, entre las frutillas con crema que le debía a doña Teresa y la agüita de yerba para disolver las grasas del cordero, se tragaba sus lágrimas para que no dijeran también que no había otra más llorona que ella.

Por la noche, más serena, escribía en su diario:

«Después de todo, soy una esposa y una madre feliz, no me puedo quejar. Adoro a mis hijos, y por mí seguiría teniendo críos, ¡son maravillosos!, sobre todo en su primera época cuando son puro amor, cuando sus penitas se calman con un dulce o con una promesa que no vamos a cumplir, en fin, ¡no me cabe duda que mi primera vocación es la de ser madre! Pero, ¿cómo olvidarme de esta compulsión que siento de recrear todo lo que miro? No puedo mirar un rostro interesante o un paisaje, sin dibujarlo en mi mente. Hay algo que me obliga a tomar los pinceles, a mezclar los colores y a preparar las telas... ¡Qué momento tan lindo es ése, en que tenemos la tela en blanco, esperando el primer trazo, cuando soñamos perfecta la obra de arte por realizar! Supongo que si recibimos un don, el de crear, debemos asumirlo y soportar con paciencia las penurias que nos acarrea. De otro modo, viviríamos siempre insatisfechos. ¿Estarán todos los seres tan llenos de contradicciones? Si me dedico por entero a mis hijos, ¿qué pasará cuando ellos se casen? ¿Qué compensación tienen las madres que dedican cada momento de su vida a su familia, cuando en la edad más crítica se quedan solas? Probablemente, quienes no están apasionadas por la creación, ni siquiera se dan cuenta de lo que se han perdido... ¿o debería decir, de lo que han ganado al no estar divididas en su conciencia? Y lo peor es que aquí en Quilquilco, no tengo quién me aliente o me ayude a sobreponerme de mis angustias. Mi madre jamás entenderá lo que significa ser artista, y, como es natural, nunca ha sentido lo que yo siento. Su vida, además de la familia, es la religión, y baraja admirablemente ambas cosas: Dios y su hogar. No tiene otras ambiciones. Las compensaciones las encuentra en el amor de su esposo y de sus hijos, y las que le faltan, espera recibirlas, con fe inquebrantable, en el cielo. Mis niños son muy pequeños para entender lo que me ocurre, y el pobre Fermín llega agotado los fines de semana con el largo viaje. ¿Cómo inquietarlo con mis problemas, si sospecho además que le preocupa esta obsesión mía, y hasta quizá siente celos de la pintura? Sólo el tío Miguel parece adivinar mis

tormentos. Intuye con su gran bondad mis temores de no ser capaz de realizar lo que anhele. Porque, de otro modo, ¿de qué valen tantos sufrimientos? Ayer me dijo: "Laurita, si la pintura es lo que realmente te atrae ¡nunca la dejes!" Y cuando le pregunté cómo podía dedicarme a estudiar seriamente para realizar algo que valiera la pena, me dijo, cariñoso: "Suplico que si quieres ser una buena esposa y una buena madre, además de una gran pintora, ¡tendrás que trabajar el doble que el resto de las mujeres!" Y tomando mi mano entre las suyas, agregó sonriendo: "¡Y te aseguro que te sobra vitalidad para hacerlo, hijita!"

»Sólo me resta decir: ¡Gracias, querido tío Miguel!«

Los diarios quemados y reconstruidos de la tía Flora Cupper vinieron a cambiar la imagen que tenía Laura de su tatarabuelo, don Luis Zeder. Antes de conocerlo, se refería a él con gran respeto. Salvo cuando, bajando la voz, aludía a su bigamia para declarar que le asombraba la inteligencia de los «Zeder de la mano izquierda».

Esta tía Flora, hija de doña Isolda y del Coronel, «no tenía pelos en la lengua para escribir», según su encantadora nieta Rosalía Fiori. De ahí que hiciera tambalearse el prestigio de nuestros antepasados. O vino, al menos, a demostrar que no eran aquel dechado de perfecciones que la familia decía que eran.

—No le faltaron razones para amargarse —la disculpaba Laura, si alguien la acusaba de chismosa.

Tenía apenas tres años cuando su padre fue asesinado en Lircay contra todas las leyes del honor. Sufrió la persecución de su familia por esos pelucones que lo odiaban. Vio a su madre, la mamá-Isolda de Laura, sumirse en el más gran dolor, y al poco tiempo, la vio caer, prematuramente consolada, en los brazos de un extraño: el rubio y alemán señor Blum, un fino comerciante en porcelanas.

—Pero, ni qué comparar —decía Laura— con aquel gallardo guerrero, cuyo recuerdo debió atesorar la pobre niña en su corazón...

Así es que, según Laura, debió sentirse como «pollo en corral ajeno» en estos salones tan llenos de luminarias de doña Isolda. Salones de mediados del otro siglo, donde aquella gente ilustre desfilaba aplaudiendo los trinos de su madre. Y quizás

acariciando las cabecitas rubias, los hermanastros Blum Zeder de su nueva camada, que tanto dibujó Rugendas.

—La tía Florita escribía con mucha sencillez y llamando a las cosas por su nombre, al pan, pan, y al vino, vino —explicaba Laura—. En eso se adelantó a su época y desafió estas convenciones tan estrictas como estúpidas, basadas en la hipocresía. Se ve que era una mujer valiosa, amplia de criterio, honrada en sus juicios y con un gran corazón —concluía—. Y si criticaba a sus parientes, ¡estoy segura de que lo hacía con toda la razón del mundo!

«Me censuran por las cosas más inocentes —leía Laura en esos diarios, escogiendo las páginas que quedaron intactas—. El otro día, por ejemplo, estando en la Plaza de Armas, me quité el refajo de lana, para dárselo a una mendiga que andaba con sus carnes al aire. Y aunque lo hice con toda discreción, sin que nadie me viera, hicieron el mayor escándalo en mi familia. Y lo más curioso es que, a no ser por los comentarios para alabar mi buen corazón que hizo la sirvienta que me acompañaba, jamás se hubieran ellos enterado.»

La tía Flora acostumbraba visitar a sus nietos. Entonces se cuidaba de ir primero donde los más ricos para tomar «algunas inocentes cosillas», que luego le llevaba a los nietos pobres. Se había mandado hacer unas enaguas con grandes bolsillos —que podía llenar sin cuidado bajo las faldas— para realizar con disimulo esos traslados.

«Me da mucha ternura —escribía— cuando me reciben mis pequeños alzándome las faldas y preguntando, ¿qué me trajiste hoy, abuela? Por desgracia a menudo me delata mi distracción: más de una vez he dejado trunco un juguete o un puzzle para armar, y ¡hay que ver lo que se espantan por ese pecadillo de abuela querendona! No obstante, nadie dice nada cuando cierta persona —que me cuidaría mucho de nombrar— coquetea con descaro con el marido de mi hermana. Tampoco critican a un pariente nuestro, bastante cercano debo decirlo, por haber arruinado con operaciones bancarias al pobre Narciso. El mismo que todavía no le paga al Fiori los retratos de sus hijas, sabiendo nuestras estrecheces. ¡No vamos a comparar las rentas de un banquero y lo que recibe un artista por sus pinturas! Bien dicen que el que tiene fortuna es porque ahorra hasta el último centavo, a costa de los generosos y manirroto.»

El Fiori, como lo llama en sus diarios, era su segundo marido, un pintor italiano, bohemio y jugador, que no le daba un buen pasar. En sus escritos, se refiere con frecuencia a los embargos, las deudas, lo funesto de entregar juicios a estos abogados que toman los casos por amistad o parentesco. Se duele también de tener que alquilar cuartos para ayudarse en los gastos, con lo que le incomoda ver en su casa gente extraña que la priva de su intimidad. Pero lo que más le molesta es la falsedad de las convenciones: «Me indignó ver llorar a mares a la Edelmira en el entierro de su esposo, cuando nadie en Santiago ignora que aquel que la consolaba sosteniendo su manita, es nada menos que su querido, el que mantiene ya por diez años...»

No es pues de extrañar que dos veces le quemaran sus diarios de vida. A poco de iniciarlos, como ella misma lo cuenta al empezar el segundo lote de cuadernos, se los quemó el hijo que tuvo de su primer matrimonio:

«Vuelvo a escribir en mi diario con gran dolor: mi hijo, en un raptó de furia o de vanidad ¡despedazó mis pobres recuerdos y los hizo arder! Ay, recuerdos de tantos años, ¿volveré a encontrarlos? Me amenazó con repetir mis juicios sobre la parentela. Juicios erróneos, quizás, alguno de ellos, ¡no soy infalible! Pero sinceros. Y creo que muy justos: todos me conceden el ser honrada y verídica. Mis pobres ideas, ¡único consuelo de mis años tristes! Ante los criados y los huéspedes, ese mal hijo me tomó de un brazo y me arrojó al suelo, cuando quise arrebatárle mis cuadernos de diario. Me descompuso la mano derecha, motivo por el cual sólo hoy puedo volver a escribir. Dios me perdone por lo que voy a decir, pero ¡mi hijo ha muerto para mí!»

Si este segundo lote de cuadernos logró salvarse de dos generaciones de Fiori, se debió, seguramente, a la letra indecifrable de la tía Florita. Finalmente, uno de sus nietos aprovechando el ocio de su jubilación, se dio el trabajo de transcribirlos con toda claridad.

Los Fiori mantuvieron siempre los lazos tribales y gustan de las tertulias tribales, al estilo antiguo, con mucho canto, vino, guitarrero y coplas alusivas al evento que celebran. Así es que, terminada la transcripción, se reunieron tres generaciones, nietos, bisnietos y tataranietos de doña Florita, para leer los diarios como número de fondo.

La fiesta se transformó pronto en una batalla campal. Se dividieron en dos bandos: el de los escandalizados y el de los muertos de la risa con los chismes de doña Flora. Uno de los escandalizados lanzó unos cuadernos al fuego de la chimenea, dos del otro bando le vaciaron el agua de los floreros para apagar las llamas. Y entre insultos y loas para la escritora, fueron rescatando los diarios a medio quemar. En cuanto a los originales, exhibidos en la fiesta como reliquia, un Fiori hipócrita los pidió prestados para volver a transcribirlos, según dijo, y procedió a quemarlos del todo.

La reconstitución de estos diarios quemados les dio a los Fiori nuevos pretextos para reunirse. Y entre cantos y comilonas, y los frívolos «aquí seguramente decía esto», o «me acuerdo que en esta página se refería a tal cosa...», y «sería muy gracioso que esta anécdota terminara de este modo», fueron cundiendo las invenciones, aquellas que asombraban a nuestra madre.

—Estos diarios no son muy de fiar —reía Laura—. Pero resultan sumamente entretenidos. Y total, ¡las cosas siempre terminan siendo así como la gente dice que fueron!

—Cuando escriba la historia de nuestros antesapados, cuente cómo recibimos el mandato en ese veraneo en «Zapallar» —dijo Laura a Palmira, la más rebelde de sus hijas, el día en que ella declaró que sería bailarina de puntas como la Pavlova, y que no le hablaran de escribir libros—. Se puede ser bailarina y escribir memorias —insistió Laura.

Y Fermín, recordando el asedio de espíritus de aquel veraneo en «Zapallar», opinó:

—Nada de lo que pasó durante esta temporada debe ser tomado en cuenta.

—Porque usted no crea en las cosas, no dejan ellas de ser verdad —discutía Laura.

Pero cuando Fermín propuso que fuéramos un fin de semana al hotel de este balneario de nombre «Zapallar», y sin las hermanas Lamor, para entender que todo lo que había sucedido el año anterior era sólo un espejismo, un engaño colectivo y contagioso, Laura, presa de inexplicable temor, empezó a negar con la cabeza.

—Sería como violar un recuerdo —dijo al fin.

Tal vez Laura tenía razón al pensar que ese Zapallar —al que, sin aguardar que transcurriera el tiempo, había sometido al largo y dulce proceso de las nostalgias— fuera inexistente. «Flota un poco al lado de la geografía», trataba de explicar. Quizá porque el Zapallar de ese veraneo era algo como el feudo de las hermanas Lamor, a nosotros tampoco nos parecía del todo real.

—Hay gente tan estúpida —decía Laura— que asegura

que las Lamor no son más que visiones mías...

En todo caso, no quiso regresar allá y no volvió a mencionar aquello del mandato. Tanto que Palmira lo olvidó por completo, lo mismo que su afición por el baile de puntas.

—Lo decía —me advierte Palmira— por complacer a Vera que me hablaba tanto de «Madame». Era así como Vera llamaba a su amiga la Pavlova. Amiga en vida, cuando se habían conocido en Londres, y en astral, más tarde, cuando le servía de enlace con las presencias invisibles.

En verdad, la casita que arrendó nuestro padre por poco levitó aquel verano. Los espíritus habían abandonado la clásica mesilla de tres patas para desparramarse por los senderos: circulaban por los jardines, por el bosque y las playas del mediodía, inquietando a las bañistas que atribuían sus voces a las caracolas marinas. Nos llenaron la casa de murmullos, golpeaban en las cañerías con ecos inexplicables y transmitían mensajes —a los que nadie atendía— en un loco picotear de pájaros en las ventanas. El día en que se atrevieron a tocar «la polka de los perros» en el piano del salón, mi padre decidió desarmarlo, para probarnos a todos que estos fenómenos tenían siempre una explicación lógica. Descubrió, luego de agotarse trabajando, que era una pianola, uno de esos simpáticos autopianos que se tocan a sí mismos con desparpajo, siguiendo unos rollos perforados y mediante el accionar de unos pedales de fuelle. Después de comprobar que sus mecanismos estaban estropeados, Fermín no se dio por vencido:

—Es la costumbre que tiene de tocarse solo —se burló—. O pudo ser el aire que se coló por los pedales del fuelle.

Y Laura opinó que era mucho más admirable la gracia que había hecho el aire al tocar una melodía, aunque fuera con dos dedos, que la de los espíritus, habituados como estaban a transmitir mensajes con golpecitos.

Pero, las más excitadas con la afluencia de espíritus fueron las damas zapallarinas. Hacían cola ante nuestra puerta, rogando que las dejaran asistir a una de las sesiones. Muchas lo hacían de buena fe, deseosas de comunicarse con algún muerto querido, pero otras más frívolas llegaban atraídas «por la novedad», como decía mi madre, y también para ver si era cierto que las hermanas Lamor eran brujas o si se valían de algún truco para levantar la mesa. Y ellas, resignadas, dejaban vagar sus manos etéreas sobre la cubierta, y lo hacían a plena luz del

día, sin el menor misterio. Atendían a las señoras como se atiende la clientela en el mesón de una oficina pública: «Con quién desea comunicarse, espera usted algo especial o tiene algo importante que preguntar, porque hay muchas personas aguardando fuera.» Y cuando la mesa empezaba a cobrar vida, urgían también a los espíritus a que fueran claros y precisos, y que en lo posible no hicieran perder el tiempo diciendo cosas triviales y que todos ya sabían. La mesa, obediente, levantaba lentamente una patita, la dejaba caer y se embarcaba en su morse de tantos golpecitos, tal letra, uno, sí, dos, no, y así hasta completar su dictado.

Pero —como Laura temía— las damas zapallarinas atrajeran espíritus «lateros y muy poco interesantes»: políticos del siglo anterior que transmitían mensajes trasnochados o anunciaban catástrofes que ya habían ocurrido. Parientes de muerte antigua que solicitaban unas cuantas misas para el descanso de su alma, espíritus alarmistas que predecían el fin del mundo para una fecha cercana. Otros, anémicos decía Vera, que no lograban formar una frase coherente, y los «pocos comedidos» de Laura, que dictaban en lenguas indescifrables como «si uno saliera a veranear llevando los diccionarios». Algunos, más modestos, prevenían a una dama sobre la fulanita que le iba a conquistar el marido, o le anunciaban cartas con malas noticias y viaje al extranjero como las adivinas de a veinte pesos de la calle San Diego.

Y así, hasta que Vera le rogaba a esas señoras y a sus espíritus que se fueran, porque la tarde se mostraba esplendorosa.

Entonces, nos llevaban a los roqueríos del Mar Bravo a ver reventar las olas:

—Espectáculo tan bonito como gratuito —comentaba, satisfecho, Fermín.

Cada tarde se formaban hileras de veraneantes con los ojos fijos en la terracita sobre el acantilado. Las olas se alzaban como si quisieran tocar el cielo, imitando en su base el verde sombrío de los botellones, y al empinarse degradaban sus verdes, adelgazándose más y más hasta alcanzar una transparencia luminosa. Se dejaban caer entonces con estruendos de cataclismo. Y sus estallidos de espuma nos salpicaban deliciosamente. Una y otra vez, una y otra vez, como sorbiéndonos el alma, para devolvérnosla luego, lavada y perpleja.

Palmira amaba a Vera con la pureza y la entrega total de la adolescencia. No se cansaba de seguirle los pasos sendero arriba, sendero abajo, aplaudiendo cuando ella admiraba los jardines exuberantes, las dalias despeinadas al viento y las cianias que fascinaban a Laura con sus tonos pastel que iban del rosa al fucsia y del amarillo al ocre, que ella nombraba: *terre de Sienne*.

—No las pinto —nos decía— ¡porque ya están pintadas!

—Pintadas por Dios —acotaba la prima beata de las Lamor.

Con suerte, Palmira podía acompañar a Vera en sus trajines de la mañana: a un rancho de pobres a llevar alimentos o a plantar azucenas rosadas en la gruta de la Virgen, en lo alto de la colina. En los paseos de las tardes, la iba siguiendo en silencio, atenta a sus deseos, pendiente de sus labios y dispuesta a convertir sus palabras en oráculos. Hasta que Laura, incómoda por la falta de privacidad o quizá celosa de esta relación tan íntima entre Vera y su hija, decretaba con voz autoritaria:

—Los niños con los niños, y los grandes con los grandes.

Pero las más de las veces, Laura apenas se percataba de la presencia de Palmira. Caminaba delante, borracha con la belleza del paisaje bañado en la luz del atardecer y respirando a todo pulmón el aire del mar, gritándole a sus hijos que hicieran como ella para tener reservas de oxígeno para prevenir las gripes invernales. Aseguraba que aquellas lomititas en lontananza, coronadas de pinares sombríos entre el verde y el azul luminoso del cielo, eran calcadas de las miniaturas del Cuatrocento, y más exactamente de las del Libro de Horas del duque de Berry, esas que el cuidador del museo de Chantilly le había permitido examinar con una lupa.

Pero, la reina de aquellos parajes era Misia Luisa, la madre de las Lamor. Misia Luisa reinaba en su lecho, ancha ella y ancho el lecho, reclinada sobre cojines forrados en percal celeste. La colcha floreada parecía prolongarse más allá de los ventanales en una estela de petunias multicolores. Su rostro de piel lisa, que enmarcaba una melena alba, y sus ojos apacibles y risueños hacían aparecer envidiable la ancianidad.

Se llegaba hasta Misia Luisa por un senderito que cortaba en dos el prado de petunias, siguiendo a nuestra distraída madre que la visitaba a diario. «Ya se me pegaron...» se quejaba al divisarnos, cuando se inclinaba para aspirar el aroma

de una mata de heliotropo. Del jardín que bajaba en pendiente hacia la calle, partía un rebaño de fragancias que se iba derramando por los senderos hasta perderse entre el olor picante de los pinares. Había un bosquecillo umbroso, que bajaba en pendiente hasta el mar: a la hora del crepúsculo nos deslizábamos de tronco en tronco para no resbalar en la alfombra espesa de agujas secas. Desde aquella oscuridad, lucían aún más deslumbrantes los anaranjados y violetas sobre el horizonte marino. Cuando los primeros fulgores anunciaban el antiguo rito, veíamos al sol hincharse, mientras descendía con extrema lentitud sobre las aguas y luego se achataba como un farol chinitesco antes de iniciar majestuosamente la inmersión, como si aguardara nuestro aplauso. Cada tarde, las damas zapallariñas buscaban frases nuevas para definir su emoción, y Laura declaraba riendo:

—Sería precioso, si no me recordara tanto las postales cursis...

Era el Zapallar de comienzos de otoño con sus álamos amarilleando, o encendidos como antorchas entre el verde sombrío de los árboles de hoja perenne. El verano se atardaba en los rosales, cuando ya el óxido teñía las cercas. Tiempos de Semana Santa y del tañer de campanas, de las procesiones que encabezaba un curita con sus atuendos dorados, llevando el crucifijo en alto, y los monaguillos —hijos de campesinos y pescadores— iban delante sacudiendo el incensario. Los seguían las mujeres con sus velos, las mismas que habían oficiado de sirvientas y lavanderas a los veraneantes. Un grupo de viejos cabeza gacha cerraba el cortejo. Entonaban a gritos sus cánticos de dolerse o de alabar al Señor. «Desafinan con todo fervor», comentaba Fermín y su oído absoluto.

Por la noche del Jueves Santo, veíamos la procesión subir por la colina con antorchas de coronta de maíz empapadas en petróleo, y ensartadas en varillas de junco. Llevaban en andas al Cristo crucificado —tomado del altar de la iglesia— para darle sepultura en una improvisada tumba de ramas y bambúes. Allí se arrodillaban todos para rezar la oración terrible de la agonía. Entre el piar de pollos y el gruñir de cerdos, mezclados a los gritos de «espanten al ternero, correeten los patos» el curita iba leyendo: «Cuando se me nublen los ojos y me retuerza en el dolor, cuando todos se alejen de mí en la hora de mi muerte...» «¡Ayúdame Señor!» coreaban ellos, «correetea

ese gallo, niño...» «Cuando las tinieblas me envuelvan y ni una sola mano amiga me sostenga...» «Ayúdame Señor, encierra los chanchos, chiquillo de moledera, ayúdame Señor, no te arrodilles en el barro, te dicen...»

El día de la Resurrección bajaban del cerro con las primeras luces de la mañana trayendo a otro Cristo, el del corazón resplandeciente a la vista, y el rostro dulce y sereno. Y desde la capilla salían las mujeres al encuentro de Jesús resucitado, llevando a la Virgen entre nardos y azucenas. Ambos grupos se mezclaban a medio camino, dando unas cuantas vueltas rituales hasta formar una sola fila, y partían hacia la iglesia entonando cantos de gloria y alabanza. Laura se unía a la procesión campestre llena de mística exaltación, convencida de que podía subir al cielo sin tener que aguardar la muerte. Y todo aquello, los pinares, el crepúsculo con el sol hundiéndose en el mar, las fragancias, las procesiones, las hermanas Lamor y su corte de espíritus pertenecía de algún modo a Misia Luisa en su breve reinado de petunias. Aunque no parecía existir fuera de aquel lecho y aquella edad precisa, por los relatos de Laura podíamos imaginarla balanceándose en un baldaquín llevado por chinitos de coleta, atravesando un paisaje de arrozales y cielos purpurinos, tras su delirante esposo diplomático, (el que había cambiado su apellido Vicuña por el de Lamor, al ser, decía, hijo natural, esto es, verdaderamente hijo del amor), y recibiendo del Micado «en persona» —como acotaba Laura— bellos obsequios. Muchos de los cuales fueron a adornar sus salones cuando Misia Luisa se ausentó de esta vida y del Zapallar de los espíritus. Entonces, su nombre empezó a aflorar con frecuencia a los labios de nuestra madre, como prolongado allí su reinado. Perdía ella un libro, una estatuilla, un tapiz, un grabado, se dolía doblemente porque había pertenecido a su Misia Luisa. Pronunciaba las cinco y cinco letras del Misia Luisa, con la misma veneración con que nombraba a su maestro don Juan Francisco.

—Ya que arriaste hasta el presente aquel Zapallar olvidado —murmura Palmira— trata de recordar lo del mandato: el que recibimos por medio de los sueños compartidos...

Aquel verano, las hermanas y Laura mantuvieron siempre «el corredor astral abierto» según su expresión, de modo que no era extraño que compartieran sus sueños nocturnos, que luego se divertían ensamblando en la playa a la hora de tomar el

sol. Uno de estos sueños en común contenía el mandato de los antepasados. Laura divisó una goleta tripulada por gente antigua: «Se echaba de ver en los trajes y también en el cansancio de siglos que parecían sufrir por la travesía», explicó. Pudo reconocer a doña Isolda, pequeña y enlutada, al Coronel —«lo vi transparente, como fantasmal» dijo, es decir ya estaba muerto—, y al bisabuelo Blum, segundo esposo de Isolda que la consolaba tomando su mano. «Era como un salón flotante, con personajes de otra época, seguramente todos parientes nuestros», concluyó. Sin pensar que podía ser un sueño en común, Vera dijo que ella había visto a Palmira desplazarse con un cuaderno en el que escribía sin cesar. Entonces Palmira, contenta de haber entrado en el sueño de Vera, contó el suyo, sin sospechar tampoco el compromiso que adquiriría: se había visto rondando el embarcadero de la caleta en medio de intensa niebla. Iba sola y muy asustada, y no entendía por qué tenía que caminar por esa avanzada de tablones viejos sobre el mar. De pronto, vio que atracaba una balsa. Y también cómo, a pesar suyo, tuvo que tenderle la mano a los pasajeros, aunque no recordaba sus rostros, para que bajaran a tierra.

—¡Son ellos, sus antepasados! —exclamó Laura—. Mis abuelos quieren ser rescatados del olvido, y usted Palmira fue la que escogieron. Ya ve que los tres sueños calzan perfectamente. Así es que, ¡acuérdesse de este mandato, cuando sea mayor!

En la familia se decía que don Luis Zeder había llegado a Chile como embajador flamenco. Aunque Laura no sabía cómo aquel incierto país de Flandes podía preocuparse de enviarnos una embajada.

—Lo cierto es —aseguraba— que el apellido de Zeheder que acá perdió el de y algunas de sus letras, era de origen flamenco, y que él tenía derecho a usar el título de barón. Y su esposa, doña Ana Montes y Feijóo, estaba emparentada con el famoso hombre de letras, el padre Benito Feijóo.

Laura se dio el trabajo de buscar las obras de este padre Feijóo en sus librerías de viejo de la calle San Diego. Al fin encontró sus obras completas, las que jamás tuvo el valor de leer, pero las tenía bien a la vista en la estantería del living y solía indicarlás con un dedo displicente, cuando se refería al origen de su tatarabuela española, madre de doña Isolda.

Pero, según los diarios de doña Florita, este don Luis Zeder resultó ser un atrevido capitán francés, que entró a invadir España en las filas de Napoleón.

—Un enamorado al estilo de los primos Fiori —reía Laura— que aprovechó la invasión para raptar a doña Ana Montes con alcurnia y todo. Y no me pregunten a mí cómo fue lo del rapto —agregaba— porque lo cuentan mucho mejor los primos Fiori.

Y ellos, buenos tejedores de intrigas, glosando el diario a medio reconstituir lo contaban más o menos así: Doña Ana Montes, zarandeada a la grupa de su capitán francés, lo estuvo golpeando tanto y tan sin piedad invocando a los santos o enviándolo a los infiernos que, temiendo la escandalera de su

regimiento, don Luis detuvo a un cura huido frente a su iglesia y lo conminó —pistola al pecho— a que los casara: «que no me mencione usted más lo de su honra, bella fiera» le dijo a la niña de quince años con busto y caderas de mujer. Y ella, desconcertada, no supo si negarse o asentir, y mientras lo pensaba ya estaban desposados. Se santiguó de prisa y, con los ojos en blanco, se dejó arrastrar hacia el olivar que colindaba con la iglesia. Y allí, sobre la hierba crecida y las aceitunas maduras, y luego sobre una lápida disimulada de hiedra, su capitán la poseyó con tal furia, que le hizo un par de robustas mellizas y la envió a parirlas a Francia donde él tenía su residencia.

—¡Que le parta un rayo, Luis! —le gritó su esposa desde el balcón, cuando lo vio venir por la calle empedrada. Y, alzando una melliza en cada brazo, exclamó—: ¡Míralas! fueron dos, por andar repitiendo aquello sobre las tumbas. ¡Que si se contenta usted con lo del olivar...!

Él la besó en la boca para hacerla callar por pudor del vecindario, y no disimuló un estremecimiento de temor supersticioso al recordar dónde había engendrado a sus bebitas.

—¡Y vea qué feas le salieron! Y tan enormes, que por poco me desgarran... las partes por donde venís al mundo. ¡Castigo por lo del cura-pistola-al-pecho!

Y aquel mismo día obligó al esposo a que se casaran como Dios manda, pues ella no era quién para vivir en contubernio, esto es, sin papeles que acrediten. Y por la noche, también como Dios manda, sin prisas ni excesos, don Luis le engendró una tercera niña: una diminuta ochomesina, que no le dio a su madre ningún trabajo al ver la luz.

—Se me cayó ésta del vientre —decía— mientras compraba en una tienda de flores, como se le cae a usted el ceñidor de la crinolina.

Por la afición que le tenía don Luis al caballero Tristán, héroe de las Leyendas del Rey Arturo, le había rogado a su esposa que le diera ese nombre a la criatura. Sólo cuando regresó de la tienda de flores con el bebé en brazos, doña Ana atinó a mirarle el sexo:

—Me has decepcionado —le dijo a su ochomesina—. Dos niñas, bien. Pero tres, ¡son demasiadas!

Y como Tristana no le acabó de gustar, la llamó Isolda.

Quizá por mera coincidencia, o por aquella secreta relación que Laura veía entre las cosas, la pequeña creció tan linda

como aquella Isolda de Tristán que iluminaba los recintos con su presencia.

Así es que la primera visión que doña Ana le brindó del mundo, fue un racimo de rostros boquiabiertos y deformados por el asombro, el de las vecinas que llamaba para que vieran, entre los velos de la cuna, la preciosidad que había parido.

—Y eso no es todo —les decía—. Mira como una persona adulta, como si nos juzgara, y en lugar de gorjear como todos los bebés, entona de comienzo al fin una romanza. Cierto que no se entienden las palabras, pero así la canta su nodriza.

—No sé si en los primos Fiori se realiza el milagro de las neuronas, rescatando intactas las cosas del pasado cuando esas neuronas estaban en la memoria de los abuelos y bisabuelos —decía Laura— o si son unos buenos mentirosos, porque cuentan escenas tan antiguas como si hubieran estado ahí, espiondo detrás de las puertas.

Pero, concluía, después de todo quién era ella para negar estos milagros, acostumbrada como estaba a inmiscuirse en los diálogos del Coronel y su pequeña hurí a un siglo de distancia. Y seguía especulando sobre la fuente de información de sus primos: Quizá doña Ana Montes, ya viejita, anduvo por los patios del caserón desparramando recuerdos de juventud. O la misma doña Florita sufría de esa «incontinencia» de recuerdos, como la llamaba Laura, al igual que la tía Yaya de los Fiori. Tenía ésta más de noventa años, y era como una crónica viva y ambulante de los hechos del pasado. Cruzaba las habitaciones en diagonal, doblada en dos, ciega, pero no tanto como para no divisar su brújula —la punta de sus botines— sorda, lo suficiente como para no escuchar ese hilito de voz que se le escapaba de los labios. Los primos Fiori, entonces, se quedaban mudos para enterarse de que el paseo más elegante de su juventud era la Alameda de las Delicias, que el general Baquedano se veía muy apuesto cuando entró en la capital al mando de sus tropas, luego de derrotar a los cholos peruanos. Y que era un lunes, porque su madre no pudo comprar en la plaza de abastos debido al gentío. Y que el que había actuado en *Los amores de un poeta*, que escribió este hijo tísico de don Andrés Bello, no era, como decían, el tío Ruperto, sino un tal Máximo y algo, pero que lo que sí era verdad, es que él había conocido a la actriz francesa Sarah Bernhardt, siendo boletero en el «Teatro Santiago», pero que

no llegaron a tener relaciones íntimas ni mucho menos, esos eran chismes. Y salpicaba sus recuerdos de jaculatorias, frases de ganar indulgencias, o las adivinanzas que coleccionaba en un librito, esas de «oro no es, plata no es, alza la cortina y verás lo que es», y con los versos de amor que le envió su novio con ramitos de no-me-olvides, desde Iquique, el que había sido oficial de marina, y que vino a morir en tierra de muerte estúpida, atropellado por un «victoria», esos coches de entonces, lo que era absurdo, porque había participado sin que lo alcanzaran las balas en la revolución del 91, siendo partidario del presidente Balmaceda, que era muy frentón y de ojos bondadosos.

Como llegaba al otro extremo del cuarto dejando las historias truncas, los Fiori corrían a preguntarle el final, o a que les aclarara si el frentón de ojos bondadosos era su novio o el presidente Balmaceda y que quién tuvo al fin relaciones íntimas con Sarah Bernhardt. Y ella luego del «no me grite, niño, si tan sorda no estoy», lo quedaba mirando con la doble ausencia de sus ojos cegatones y el no saber de qué le hablaban, pues los recuerdos junto con acudir a su mente se le perdían sin dejar rastro.

El día en que la tía Yayita cumplió ciento un años, tuvo aviso de su muerte. Para la fiesta, miró a su parentela con ojos alejados de este mundo, y murmuró los agradecimientos de siempre, por la lámpara votiva hecha en cerámica por una sobrina bisnieta, las zapatillas de felpa, un rosario más, candelabros, chales de lana: «Para qué se molestaron —dijo— si ya no los voy a ocupar.» Y los Fiori lo tomaron por uno de sus rezongos habituales, esos de quejarse «para qué vivir cuando ya ni se ve ni se oye». Pero esa noche pidió que la vistieran con un traje nuevo —el que reservaba para entrar al paraíso—. Y que la dejaran dormir así, por si había temblor —dijo como excusa—, porque veía las gatas muy inquietas, no quería que la sacaran como otras veces a la calle en camisón. Por la mañana, la hallaron fría y plácida, con el misal entre las manos y los zapatos puestos. Era una costumbre en el pueblito del sur de Italia donde nació el primer Fiori. «Y así se marchó la tía Yaya con sus recuerdos», decía Laura. Y ya nadie podía desmentir las historias que contaban los pícaros de sus primos, llenando los vacíos, lo mismo que seguramente hicieron con los diarios quemados, sembrándolos de invenciones.

Según ellos, la romanza que cantó Isolda en la cuna, la aprendió de una muchacha bretona que trajo don Luis: «Una huérfana de guerra, dale de comer y te ayudará en la casa», le había dicho don Luis, retorciéndose el mostacho con una mirada tan libidinosa que ella en seguida le tomó ojeriza: «Una desvergonzada que vino a parir aquí un hijo sin padre...» decía. Y echaba cuentas, «que parió de término, y yo a los ocho meses, y los críos nacieron el mismo día. De modo que llegó trayéndolo en el vientre». Y que bastaba verle a ese niño los ojos, y descubrir el mismo ligero estrabismo que le daba a su esposo aquel aire irresistible para, en fin..., que en la duda abstente.

Laura, golosa de coincidencias, contaba que Palmira también había sido ochomesina y precoz. Viajando desde el Norte a parirla a la capital, tiempos de su vida errante siguiendo al ingeniero —de los ferrocarriles a los puentes, de los puentes a los altos hornos— se mareó tanto en el barco, que siguió mareada en el tren y llegó a la casa de la abuela «muriéndose» y tomando los dolores del parto por «la resaca del mareo». Así es que, por poco se le cae su bebita en el zaguán, lo mismo que a doña Ana se le cayó la suya en la tienda. Y si bien Palmira no cantó en la cuna, asombró a todos hablando a los cinco meses. «Y si no me creen que lo diga Fermín que no miente ni exagera», decía. Y él contaba cómo estuvo al borde del síncope, cuando al subir a bordo a recibir a su cría, ella señalándolo con un dedo diminuto preguntó: «Y eze quién ez.» Y si aún dudaban, Laura llamaba a la Pequeña, para que contara cómo antes de volver al Norte, tocaban el timbre preguntando: «¿Es aquí donde hay una guagua que habla?»

Isolda en su cuna de París no tuvo tiempo de preguntar por su padre, pues lo perdió muy pronto, por la cantinela de doña Ana del cura pistola al pecho, de que le digas a tu Napoleón que te aumente la paga, que perdí la herencia pues mis padres dicen «raptada, ¡la que se deja raptar!» que la nodriza bretona no trabaja ni a la de tres... Cantinela que alternaba con sus ruegos «no te me vayas mi Luis, que no se casa una para dormir sola, que en cuanto me engendras una criatura te marchas». Y tanto lo culpó y rogó que don Luis se fue un día, retrocediendo sonriente por la callejuela empedrada, saludando la mano en alto y diciendo que volvía pronto, para no regresar jamás. Y desde aquel día, pasó a llamarse «el sinvergüenza de

vuestro padre». Doña Ana vendió lo que pudo, alquiló cuartos, despidió a la bretona y, como aún no le daba aquello para alimentar a sus hijas, optó por cantar zarzuelas en los salones decentes de París. Primero, sola; luego con las mellizas, que a los once años lucían hermosas curvas de hembras.

Aquí es donde Laura no estaba de acuerdo:

—La que brilló en los salones parisinos fue mi mamá Isolda —decía—, y se cuenta que Rossini, deslumbrado por sus trinos, le dedicó el *Barbero de Sevilla*.

Los Fiori alegaban que era demasiado niña para cantar ópera, ya que no tenía más de once o doce años al llegar a Chile. Y ella con aires misteriosos decía que tenía los datos de muy buena fuente, que sería estúpido que mintieran los espíritus. Entonces, contaba la memorable sesión a la que vino doña Isolda, así de improvisó, sin ser llamada.

—Yo, de puro ociosa —reía Laura— le pregunté que con cuál de sus maridos estaba en el cielo.

La mesilla, luego de una pausa de desconcierto, repuso que «con ninguno de los dos». La desconcertada fue Laura.

—¿Con quién anda, entonces? —preguntó, temiendo que el cielo fuese un lugar de desencuentros.

La mesa se llenó de haches, se equivocó, dijo «no vale», y formó al fin el nombre del poeta francés Théophile Gautier. Mi madre cayó en trance en su sillón, avanzó un pie en diagonal recogiendo el otro, echó la cabeza hacia atrás y con aires de poeta romántico, ojos entrecerrados, hizo el gesto de escribir sobre la mesa. Vera le puso un lápiz en la mano y una hoja de papel, pero sólo atinó a trazar garabatos ilegibles. Y estuvo ahí, sonriendo, tratando de escribir tanto rato, que algunos se despidieron, otros llegaron al salón, y mi padre asomó dos veces la nariz para avisar que se enfriaba la sopa. Vera le rogó que aguardara porque las personas en trance han de despertar solas para no sufrir de taquicardia, y le aseguró que no había de qué preocuparse, por el contrario, sentiría luego un gran bienestar. En efecto, Laura despertó contenta preguntando si estaría lista la comida, porque el sueñito le había abierto el apetito.

Después de cenar fue Vera la que se durmió en trance. Escribió dormida un bello poema en francés, que al parecer le dedicó Théophile Gautier a doña Isolda. Poema que vino a probar que Isolda cantó en los salones de París, que Théophile

prendado de su voz le envió unas flores. En seguida, la reconoció en el bosque de Boulogne, donde ella le agradeció las flores con una sonrisa. Y si era bella en la tierra, la señorita de Zeder, ¡cuánto más bella le había parecido en el cielo, bajo sus alas...! Laura nos obligó a todos a memorizar el poema, por si ella lo olvidaba y perdía el papel donde lo anotó. Decía así:

*Sous la grande allée
des bois dorés
je l'ai rencontrée ce matin.
Elle tendit vers moi la main
et, souriant,
sous l'ombre de son ombrelle
de dentelle:
«merci pour les fleurs»
me dit-elle
et mon coeur eut un effroi
car je reconnus la voix
la voix légère
de la belle demoiselle de Zeeder.
Plus tard je la rencontre
sous l'aurore du ciel.
Elle se mit a sourire,
elle venait de mourir.
Qu'elle était belle sur la terre
sous l'ombre de son ombrelle
la belle demoiselle de Zeeder!
Mais, que son âme était encore plus belle,
sous ses ailes!*

Con el tiempo, Laura llegó a pensar que su bisabuela se había casado en terceras nupcias con Gautier, y lo incluyó en la tribu. Al recordar el primer poema de su primogénito, que decía «jugar al emboque es un placer / sin él nada se puede hacer / ya sea de bola o de campana / siempre salta como una rana / desde el suelo hasta el palito / que suele ser muy delgadito...» comentaba que había salido a Théophile.

Y en cuanto a las fallas cronológicas del encuentro terrenal de Isolda y su poeta francés, Laura se lo sacaba con el sabio Einstein, el que había descubierto «que todo es relativo...» Y le explicaba a Fermín y su cara de estar chupando limón,

que tenía que haber algo como una «apretada bola de atmósfera», que giraba en órbita, lo mismo que un satélite, donde estaban encerradas estas ondas sonoras, las mismas que él recibía en su radio, sólo que muchísimo más antiguas. Que de existir un aparato adecuado para captarlas —aparato que esperaba ella descubrieran los científicos, antes de que su propia voz se embarcara en esa bola de atmósfera— escucharíamos con toda nitidez las prédicas de Jesucristo, o las palabras de amor de John Cupper a doña Isolda.

—No siga, hijita, no siga —le suplicaba mi padre, con las manos en alto pidiendo tregua— mire que me va a dar urticaria. Además no veo la relación entre esa bola de atmósfera y el idilio de su bisabuela con Théophile Gautier. Lo cual, no esperará que yo crea.

—Tiene mucho que ver —decía ella— porque los versos prueban que mi mamá Isolda cantó en París, aunque digan que no coinciden las fechas, porque según las teorías de Einstein, los calendarios resultan inexactos.

—¡Qué! —exclamaba atónito Fermín—. ¿Cómo es eso de los calendarios inexactos?

—Según lo que me explicó usted mismo: eso de que el tiempo se aprieta y se expande, y entonces todo se deforma.

—¡Me rindo, me rindo! —suspiraba mi padre.

—Y en cuanto a lo que acaba de decir, que no cree en el idilio póstumo de doña Isolda y Théophile, ¡no puede negar que me vio tomar su personalidad en trance, y que también pudo comprobar que Vera estaba completamente dormida cuando escribió el poema que él le dictó!

—Sí, sí —se resignaba él—. Es cierto que lo vi, ¡pero no me exija, además, que lo crea!

Las historias de Laura partían de cualquier punto o de cualquier objeto, de una vieja fotografía, de un fragmento de música o de un zapato con plantilla de plomo como el que balanceaba ahora, melancólica, en su mano:

—Emergen como los naufragos en las mudanzas de casa —le decía a su huésped—. Éste era uno de los zapatos que le mandamos hacer a Palmira para que se colgara de una barra con ellos puestos: una manera de estirarle los huesos para crecer... —Y la melancolía de sentir que esa niña suya, lo mismo que sus otros críos, se le había esfumado de las ternuras de la primera infancia, se le borró en un estallido de risa—: Imagínese..., la estuvimos torturando, haciendo que se colgara en los umbrales con plomo en los pies, ¡como si no alcanzar el metro y medio fuera un pecado! —Y del recuerdo pasaba a las coincidencias—: Son tantas las que hay entre Palmira y su tatarabuela Isolda, que no me extrañaría que fueran la misma persona, es decir, su reencarnación —le explicaba al huésped. Y le contó que en el París del otro siglo, también la ochome-sina de doña Ana mostró gran desgano para crecer.

—¡Eso te ocurre, Isolda, por tus prisas en venir al mundo! —la reconvenía su madre—. Debiste aguardar los nueve meses para nacer, niña, pues sabido es que aquel mes de crecimiento nunca se recupera —decía, sin estar muy segura de que así fuera.

Otras veces, atribuía su detención en el desarrollo a su precocidad: «Piensas demasiado, Isolda.» O culpaba a sus vecinas de haberle echado mal de ojo cuando la miraban fijo entre los velos de su cuna.

—Y para que no digas luego, cuando seas mayor, que me

descuidé contigo, agotaremos los medios de hacerte crecer, Isolda —le hizo saber doña Ana.

Después de terminar con las recetas caseras de tónicos, cocimientos de yerba y secretos de naturaleza, se decidió a colocar una barra en el dintel de una puerta. Debía colgarse varias veces al día, mientras las mellizas le tiraban con fuerza de los pies:

—Y tirad parejo, niñas —les decía al pasar—, no quiero que ésta, además de enana me quede patizamba.

Le había oído contar a don Luis que de ese modo hacían crecer a los soldados prusianos, a fin de humillar en las guerras a los franceses, más bien bajos de estatura.

—Y yo, sin tener idea de esto —reía Laura—, ¡hice lo mismo por consejo de un dentista alemán! Lo único que consiguió Palmira fue llenarse las manos de ampollas.

Y como Isolda conservó su aire de bebita, doña Ana descubrió que quitándole años podía sacar partido de su precocidad: como broche de oro de su espectáculo de zarzuelas, la hacía cantar su romanza ante los asombrados parisienses. Las bolsas se abrieron con mayor generosidad y ella, contenta de ver que la gente «gusta de los fenómenos», cambió su dicho de culpado al sinvergüenza de vuestro padre..., por el de «agradece al sinvergüenza de vuestro padre por haberme engendrado esta liliputiense. Ya veis que hoy tenemos pollo y pastel para la cena».

Lo que Laura no le dijo a su huésped, por pudor, es que también ella había arrastrado a Palmira, quitándole años, a las funciones de beneficio en las parroquias de la abuela Teresa: su niña —que aparentaba no más de cuatro años— tocaba a Bach en el piano y bailaba, con tutú, la muerte del cisne.

Doña Ana había dejado ya de esperar que don Luis volviera al hogar, pero no dejaba de preguntarse dónde andaría aquel sinvergüenza. Según los diarios de doña Flora, el huido capitán de Napoleón, después del desastre de Waterloo se dijo: «no más guerras», y vagó por Europa, hasta que decidió radicarse en Londres. Gracias a su conocimiento de lenguas extranjeras, «lo único positivo de las invasiones» —decían los primos Fiori— obtuvo un puesto de traductor en las misiones diplomáticas. Y con este oficio incierto, vino a dar a Chile. De ahí las confusiones de Laura con su embajador flamenco. Llegó con la primera misión inglesa que llamó, a poco de pro-

clamada la independencia, el Director Supremo, don Bernardo O'Higgins.

Y seguro ya de haber extraviado a doña Ana, contrajo aquí matrimonio con una dulce criolla de nombre Genoveva. Alquiló la casona recién construida de la calle de las Monjas Rosas, cuya planta baja pronto compraría, y se dispuso a rehacer su familia. A poco de nacer su primogénito, una viajera indiscreta puso fin a su sosegada existencia: Era ésta una de las vecinas de doña Ana y, habiéndolo reconocido en una tertulia santiaguina, llegó contando a su regreso que el capitán Zeder estaba dándose regalada vida en un país de indios. Pobretón, pero en el que se divertía la gente entre tertulias y saraos.

—Aquí se acaba tu regalía, Luis —dijo doña Ana. Y se quejó toda una noche, hablándole a las paredes como si pudiera escucharla aquel sinvergüenza: que estaba bueno de vivir ella como una fregona, siendo una Montes y Feijóo, mientras él se solazaba en esas tertulias de indios. Pero que se le terminaría pronto el jolgorio porque le iba a escribir al jefe de su misión inglesa, pidiéndole que las trasladara cuanto antes a ese país, cuya flacura en el mapa no dejaba de inquietarla, allá en los confines australes de las Américas.

El cónsul inglés quedó perplejo al enterarse que su funcionario era bígamo. Pero, siendo un hombre justo y liberal, ordenó que embarcaran a su familia en Liverpool, en una de aquellas goletas que arribaban a Valparaíso y doblaban el Cabo de Hornos trayendo mercancía. Y más perplejo quedó don Luis, cuando el cónsul le anunció escuetamente:

—Su esposa e hijas vienen ya en camino.

—¡Quiera Dios que se trate de un país civilizado! —se santiguaba doña Ana—, pues eso de tertulia de indios no es nada tranquilizador.

Para algunos, lo de indios evocaba turbantes, gente del país de las especias, de los errores de Colón. Para otros, hombres de piel oscura que viven desnudos en los bosques. Pero los más aseguraban que en Chile, como en toda la América hispana, había salvajes de piel rojiza que andaban disparando flechas por las calles.

Doña Ana, decidida a afrontar cualquier peligro, juntó sus bártulos y acarreó con el clavicordio, para seguir viviendo de las zarzuelas si volvía a escabullírsele el marido. En las páginas mejor conservadas de los diarios quemados, se lee que doña

Ana y las niñas, agradecidas por el viaje gratuito, cantaban y bailaban para entretener a los marineros, lo que causó no pocos escándalos —según Laura— entre los Fiori mal pensados. Pero, consta también que doña Ana pasó la mayor parte de su viaje confinada en su litera, presa de horribles mareos. Quizá fue aquello consecuencia del temor a la travesía: «¡No me diga usted que pasaremos por debajo del mundo!», había exclamado con espanto cuando el capitán le enseñó la ruta por el Cabo de Hornos, y la «quebrazón» de islas en la región austral. A los primeros tumbos de la goleta en el Mar del Norte, se encerró a sufrir en su camarote diciendo que se quería morir. Y si el capitán, compadecido, venía a reconfortarla con aquella frase tan manida: «pero señora, de un mareo nadie se muere...», ella lo echaba furiosa, diciéndole que no le quitara la esperanza de morir.

A medida que navegaban rumbo al Sur, los marineros —para distraer quizá sus propios temores— se divertían amedrentando a las niñas Zeder con historias de naufragio, de tempestades en las que los vientos arrojaban las embarcaciones contra los arrecifes. Y asegurando que el Cabo de Hornos era un cementerio marino, pues al encontrarse dos océanos bravíos, las olas se tragaban las goletas y las arrastraban hacia el fondo del mar, donde rugían los monstruos infernales y los pulpos que se enredaban en las quillas y devoraban a los tripulantes.

Al escucharlo, doña Ana tuvo el valor de alzar la cabeza en medio de su mareo para maldecir al esposo:

—Niñas, he ahí otra jugarreta del sinvergüenza de vuestro padre, que espera convertirnos en alimento de peces.

La romanza que cantaba Isolda asombró a los marineros: tanto la extraña melodía como las intraducibles palabras los hizo pensar en los cantos de sirena, o más bien, en el canto que a éstas atribuían. Les describieron entonces a aquellas mujeres con voz de tiple y medio cuerpo de pez, que cantaban acompañándose de un violín entre las nieblas de los roqueríos. Solían mezclar sus voces —les decían— con las del viento para perturbar las brújulas y enloquecer a los capitanes, hasta que perdían ellos el control del timón y se iban a astillar en los acantilados. Uno de los marineros propuso que Isolda contrarrestara el peligro de las sirenas, cantando a voz en cuello su romanza, en cuanto entraran a las aguas de mayor peligro.

Y ella, aterrada por sus relatos, terminó por acceder. Así es que al internarse en los parajes malditos, aquellos rudos lobos de mar sostuvieron con toda delicadeza a la niña, asomada a la borda como un vivo mascarón de proa. Mientras el capitán, ignorante de tales afanes, guiaba a tientas la embarcación por una niebla lechosa, Isolda lanzó los primeros agudos de la romanza. Luego siguió un desgranarse cristalino que hizo blasfemar al capitán contra las sirenas, en las que jamás había creído. Y como, al decir de Laura, los milagros no son sino coincidencias, ocurrió que junto con cantar Isolda, se calmaron los elementos: sopló un viento suave, benigno, que disipó la bruma y se mantuvo así, sin alzar las olas, deshilachando la niebla hasta que pudieron ver el azul diáfano del cielo. Los marineros viejos lloraron, entonando sus himnos ingleses.

Doña Ana ya había perdido la noción del tiempo, cuando divisó —una mañana de octubre— la rada de Valparaíso. Dejó escapar un gran suspiro, no tanto por el alivio de sus mareos, como porque «aquello lucía bastante civilizado, aunque pobreton...»

Más tarde se enteraría que muchos de los infundios eran cosa de los españoles que querían desacreditar sus perdidas colonias, para que otros no vinieran a disfrutar de sus riquezas.

Como don Luis no fue habido, el cónsul inglés envió a su emisario con un birlocho para llevar a la familia desde el puerto a la capital, evitándoles la incomodidad de esos viajes en carreta de bueyes. El camino agreste maravilló a las viajeras: subía y bajaba cuevas o cortaba en dos los valles floridos y olorosos, con sus sauces bordeando acequias y las hileras de álamos con hojitas nuevas, y en lejanía los perfiles altos de la cordillera de los Andes con restos de nieve.

Doña Ana trató de sondear al emisario inglés sobre la vida que llevaba su esposo, pero se estrelló contra la proverbial discreción sajona. Las mellizas, medio cuerpo fuera del birlocho, competían con las caturritas del campo en su parlotear bilingüe y coqueteaban con los mocetones que cabalgaban escoltando el coche:

Regarde celui de la derecha, vaya que es guapo, oh qu'il est gentil... mira la vache, oh, la cordillera, tu penses qu'il va temblar? Tais-toi idiote...

Y la pequeña Isolda, hecha un ovillo en el asiento, se preguntaba con melancolía: «¿A cuánto estamos ya de París?»

como la putita de Blaise Cendrars en su poema del Transiberiano. ¡Adiós a su sueño de convertirse en cantante de ópera, como se lo había anunciado su profesor de canto!

El viaje se hacía en dos jornadas con un alto en el villorrio de Casablanca. Allí en la rústica posada se quemaron la lengua chupando la bombilla del mate, que hervía en la calabaza. «Famosa infusión de una hierba del Paraguay que se bebe en los campos chilenos, y en las tertulias santiaguinas para entrar en confianza», explicó el emisario.

Y a pesar de la advertencia de una morenita de trenzas, ¡cuidado, mister...!, soltó un *bloody thing*, cuando se quemó hasta el alma. Doña Ana declaró que ella no se iba a poner ese ridículo fierro entre los dientes, y que no permitiría que sus hijas lo hicieran. Luego opinó que el pan francés era más sano que esas tortas, como se llamasen, que calientan al rescoldo, sucias de cenizas, y que la chicha esa sabía a orines de gato, o a como huelen los mismos, que Dios la guardase a ella de probar orines de gato... Y le dio al inglés una de aquellas larguísimas disertaciones sobre un asunto breve y sin trascendencia, a la que él respondía con sus *Oh... isn't it, oh, of course...*, mientras compadecía en su fuero interno a su colega Mister Zeder (*poor thing...*). Y en cuanto empezaron a rodar por las calles adoquinadas de la ciudad, le explicó al cochero la dirección de don Luis y se bajó pretextando una súbita *migraine*.

Doña Ana empezó a temblar de angustia, o quizá de un oculto resabio de amor por su huido capitán, y cuando el birlocho se detuvo ante la fachada de las Monjas Rosas, sacó de sus ropas un frasco de sales y aspiró profundamente. Los dos cuartos que daban a la calle tenían balcones con pequeñas balaustradas de madera, y el portón tenía una coqueta manita de bronce. Cerró los ojos, se llevó la mano al corazón, se encomendó a Dios y ordenó a sus hijas:

—Componeos vestido y cabello, sacudíos el polvo y bajad del coche... ¡qué hacéis ahí, rígidas como estatuas!

Era ella, en verdad, la que no lograba mover sus piernas para bajar del coche. Por fin se decidió y simulando indiferencia, sacudió la manita de bronce y aguardó. Un campesino de pelo hirsuto le abrió y al verlas ahí a las cuatro, tan blancas, tan bellas, con sus sedas y sombreros de Francia, sólo atinó a abrir la boca. Doña Ana, apartándolo, avanzó con paso firme

por el zaguán. Se detuvo junto a la pileta de los naranjos, escuchó el revolotear de palomas y por poco desfallece al mirar por la ventana del dormitorio, abierta de par en par: sobre un lujoso camastro de baldaquines con cenefas y angelotes y colcha de moaré, una joven madre amamantaba a su hijo. Se acercó como una sonámbula temiendo lo peor. La oyó decir con voz muy queda: «Cuidado, Luisito, que me muerdes los pezones...» Ella también, al divisar a doña Ana comprendió que algo grave empezaba a ocurrirle. Cubriéndose el pecho con un rebozo, se acercó a preguntarle con voz cantadita que «qué se le ofrecía a su merced».

Y ella le soltó todas las tremebundeces de un solo envión:

—Pues, sepa usted que soy doña Ana Montes y Feijóo, esposa legítima de don Luis Zeder con quien, a menos que no sea ésta su residencia, vive usted en contubernio. Más exactamente, en concubinato, dicho de otro modo, soy la esposa, por desgracia, del sacrilego que cometió en la persona de usted el pecado mortal de bigamia, por el que ambos arderán en los infiernos; y esto lo deduzco sin que me lo digan, pues no se da a una sirvienta ni a una querida una cama con tanto chisme y colgajo en la propia casa, ni se le hace con tal desparpajo un niño bastardo, porque aquel crío que le mama a usted ya con dientes y que ha llamado Luisito, tiene los mismos ojos con estrabismo y de desnudar mujeres que el que, presumo, se lo hizo a usted.

Existen tantas versiones de este arribo de doña Ana Montes a la residencia de su esposo bigamo, como hay hogares de nietos y bisnietos suyos de la mano derecha o de la mano izquierda. Versiones, además, que varían de una generación a otra al pasar de boca en boca. Antes de la aparición de los diarios de doña Florita se comentaba ya lo de la bigamia entre cuchicheos, esos de «cuidado que no lo oigan los niños». Pero, luego pasó a ser ésta una circunstancia más de la tribu, tan importante o tan poco importante como el que, por ejemplo, el abuelo Felipe tenía un ojo verde y otro ambarino, o que el Coronel en su tierna juventud hubiese matado a duelo a un conde en Cataluña.

Intercambiando datos, mi madre llegó a una versión como ésta: la irrupción de la esposa española de quien Genoveva ignoraba la existencia, le causó a ella tal pavor que, antes de que doña Ana terminara su discurso condenatorio, ya huía

con su niño y la blusa sin abrochar, envuelta en su rebozo, rogando al cielo que le durase el espanto hasta llegar a orillas del río Mapocho, para tener el valor de lanzarse a sus aguas con niño y todo, y no saber más de este mundo cruel.

Frente al puente de Cal y Canto se detuvo extenuada. Se quedó un instante largo mirando las aguas, llorando para que se le calmara un poco la angustia. A través de sus lágrimas divisó el color achocolatado del río que bajaba turbulento por los deshielos, arrastrando cadáveres de perros y gatos y otras inmundicias. Además de la repugnancia que aquello le inspiraba, empezó a echar sus cálculos: la profundidad del río no era suficiente para ahogarse. Podía, sí, morir aturdida contra las piedras del fondo. O matarse ella dejando al niño vivo, lo que no iba a permitir... Entonces, resignada a vivir, trató de imaginar qué tipo de desgracias tendría que enfrentar. Para esto, su único punto de referencia eran esas novelitas por entregas que le traducían don Luis de las revistas francesas. Así es que se vio perdiendo la memoria, o la razón —quizás ambas cosas— extraviando al crío sobre un banco callejero, el que sería recogido y criado en un hogar de pobres: los ricos no eran compasivos. Andando el tiempo, éste se iría a emplear como caballero en el hogar de don Luis, sin sospechar que era su padre. Luego se prendería de una de sus hijas. De la menorcita que entró siguiendo a la señora de las tremebundeces o de otra que nacería más tarde. Y a punto de cometer su hijo el incesto, aparecía ella, sanada ya de la amnesia, y lo reconocía por el lunar que tenía en la nalga. O por una medallita, ya que no se le ocurría cómo, siendo él mayor, podría verle su lunar en la nalga. Al revelarles su origen, lo rehabilitaba ante la familia Zeder. Pero, de paso, causaba una tragedia: ¡Luisito enamorado de su propia hermana! Entonces volvía a perder de inmediato al hijo recién hallado, pues no le cabía la menor duda de que huiría muy lejos; posiblemente se alistaría en esa Legión Extranjera creada por Napoleón que mencionaba don Luis. ¿Y qué compensación tendría entonces? Veinte años de amnesia, o de abandono buscando al hijo si se curaba antes, sola como un perro, y quizá perdida en las tinieblas de no recordar quién era. ¡Todo aquello, para que su Luisito huyera dejándola sola para siempre! Horrorizada ante el cuadro espantoso que había creado mientras apretaba al pequeño contra su pecho, suspiró con alivio, lo besó y le dijo: «Me consi-

dero dichosa de no haber perdido más que aquella casa, el hogar del que creí mi esposo legítimo, ¡porque a él no lo hemos perdido!» Así es que, totalmente repuesta de su angustia, se dirigió con paso ligero hacia el barrio de la Chimba, al otro lado del río, donde vivían sus padres y hermanos. Estaba segura que don Luis no tardaría en ir a visitarla. Y seguirían amándose, como hasta ahora, de todo corazón. Y, ¿había algo más lindo que el amor?

Mientras tanto, doña Ana abría y cerraba puertas con gestos de propietaria, preguntándose dónde se habría ocultado el sacrilego. Al fondo de la casa se desplazaba la vieja cocinera Domitila que, por sorda, no se enteró de que en aquel instante cambiaba de patrona.

Don Luis había optado por la táctica del avestruz. Buscó refugio en la casa-quinta de su amigo inglés, el capitán Flint. Se pasó el día bebiendo limonada y jugando con él a los dardos, y al lanzar la pequeña saeta contra los círculos concéntricos del blanco, le parecía que apuntaba al corazón de su dulce Genoveva, por más que trataba de ver allí el rostro de la española que estaba tan seguro de haber extraviado, al ir a esconderse en un país que creyó lejano y desconocido. Esta fidelidad a toda prueba de la esposa lo llenaba de ira y a la vez de desconcierto. Lloraba desconsolado sobre el hombro de su amigo inglés, repitiendo: «Se acabó mi paz, Flint, mi paz recién ganada...» Es que Genoveva era... ¡todo lo que No era doña Ana! Poseía apreciables virtudes: silenciosa, amante sumisa, respetuosa de sus canas, atenta a satisfacer sus menores deseos y caprichos, admiradora además de las hazañas guerreras que le contaba él por las tardes, en verano bajo el parrón, en invierno junto al brasero, siempre ocupada en encantadoras labores femeninas. El cuadro que a sí mismo se pintó, terminó por arrancarle lágrimas de ternura, y recriminaciones por su cobardía de escapar. «No puedo seguir huyendo de mis esposas toda la vida», le dijo al capitán Flint, y comprendió de golpe que tenía ya cuatro hijos. «Tres niñas y un bastardo» precisó Flint, compadeciéndose. Envidió la soltería de su amigo, lanzó el último dardo y se despidió del capitán con una frase solemne: «un hombre ha de asumir su destino, tanto en la guerra como en la paz».

Entró al caserón por la puerta de atrás, caracoleando entre el parrón y los limoneros en su yegua blanquinegra de presu-

mir de joven. Quería impresionar a sus hijas: debían ser ya hermosas damiselas, al menos las dos mayores que había engendrado sobre las tumbas durante la invasión de España.

Al oír los gritos de la Domitila que «no le pisotearan las cebollas de su huerta», acudieron las niñas. Las mellizas, en cuanto desmontó, le saltaron al cuello dándole la bienvenida en su jerga bilingüe: «*Que tu es beau* papaito, *pépère, laisse moi t'embrasser*, déjame que te vea, *tu es lindo...*» Mientras Isolda lo espiaba apoyada en una pilastra, con los ojos azules ensombrecidos por la desazón, preguntándose qué hace una niña educada cuando le «nace» un padre: ¿se le saluda con un beso o con un *bonjour Monsieur*? Se inclinó al fin haciendo una graciosa reverencia aprendida en los salones de París, y fue a dar aviso a su madre:

—Llegó —dijo—. Creo que es él.

—¡Vaya! ¡Librame Señor del demonio! —exclamó ella—. ¡Venid entonces y escuchad atentas, que se las voy a cantar todas juntas!

Avanzó erguida por el corredor, y se plantó ante don Luis con los brazos en jarras. Lo miró a los ojos, y por un brevísimo instante se llenó de amor. «Ese ligero estrabismo me mata cuando me mira fijo...», suspiró para sus adentros, y se rehizo como pudo de su flaqueza. Conteniendo el deseo de lanzarse a sus brazos, se centró en el discurso, el de las recriminaciones, que había estado ensayando por años. Pero, era tanto y tanto lo que tenía acumulado, quejas, culpas y reproches, que se le revolvieron las palabras y sintió un nudo en la garganta. Don Luis, incrédulo ante lo que tomó por el sosiego que trae la sabiduría de los años, le besó las manos lleno de agradecimiento. Y ella —más asombrada que nadie por ese quedarse muda— buscó un pretexto para alejarse. «Aún me quedan algunos chismes que sacar de esos baúles», dijo con una voz suave y cotidiana de haberse visto el día anterior. Y dando media vuelta se marchó por el corredor con un andar cimbrante, como si al ver a don Luis se hubiese acordado de golpe de su condición de hembra. Y ahí quedó «aquel sinvergüenza», retorciéndose el mostacho y diciéndose que lucía muy joven y atractiva, que quién lo iba a imaginar, que caderas como aquellas no se encuentran a menudo, que en fin, que quizá, que podría ser... Y en medio de su ensoñación, recordó a Genoveva. El rostro serio de la Domitila le reveló su ausencia. Así es que volvió a mon-

tar en su cabalgadura y se fue a la Chimba, dispuesto a arrastrarse a los pies de la ofendida y pedirle mil veces perdón por estar casado, por no avisarle la llegada de la esposa legítima. Pero ella no le dio tiempo. Se echó en sus brazos llorando de alegría y jurándole que lo amaba más que nunca, por el temor de perderlo, que ¡gracias por venir!, que ¡gracias por no abandonarla! Y no supo en qué momento quedó perdonado, con Genoveva desnuda entre sus brazos, en aquel lecho que había preparado ella de prisa en su cuarto de soltera.

De modo que don Luis se limitó a cambiar una rutina por otra: la del esposo ordenado y hogareño con una esposa gentil, por la de un bigamo ordenado y doblemente hogareño, con una esposa gentil y otra no tanto, y por supuesto con mayores responsabilidades, esto es, doble gasto para manutención de la familia. Por las noches dormía en su enorme camastro de baldaquines de las Monjas Rosas, pues doña Ana, una vez que se le soltó la lengua, había rematado su rosario de acusaciones con un: «Ni te sueñes, Luis, que te voy a perdonar mientras viva.» Frase que la haría derramar más tarde lágrimas de arrepentimiento en la soledad de su cuarto del segundo patio. Don Luis almorzaba con su familia legítima, charlaba con las niñas y soportaba las pullas agrias de doña Ana. Después de una breve siesta, se iba al consulado, pero montado esta vez, para correr a la Chimba por las tardes. Y fue en aquellos amores crepusculares en los que engendró una media docena de hijos varones, los Zeder de la mano izquierda, cuya descendencia estuvo sembrada de personalidades que asombraron a mi madre por su inteligencia. Pero regresaba al hogar con tal puntualidad, que el viejo Matías —el encargado de cantar la hora y anunciar el tiempo— podía entonar sin errores, en cuanto asomaba don Luis en su cabalgadura: «Las once han dado y sereno... las once han dado y nublado...»

El huésped a quien Laura le contaba las historias de los Zeder llegó al caserón poco después de partir Anatolio, y cuando ella iniciaba su lucha a muerte contra las termitas. Una mañana al abrir la ventana del comedor, su cuarto de estar, se le aflojó uno de los batientes. Quiso empujar el postigo entrapado, y la mano le pasó a través como si tuviera la consistencia del corcho viejo. Por último, al tantear la firmeza del alféizar, la ventana entera se desplomó sobre las baldosas. Entre una nube de polvo rubio como de aserrín molido, divisó a un joven que entraba por el zaguán.

—Debe ser mi mamá que quiere avisarme que me vaya de esta casa —le dijo Laura—. Quiero decir «el espíritu» de mi mamá.

—Son las termitas —dijo él, tomando en sus manos un trozo del postigo.

Luego le entregó de parte del anticuario el reloj del salón, el del péndulo de oro, y le transmitió su mensaje: que estaba andando, pero que debido al tipo de aceite no volvería a marcar la hora justa.

—No importa —dijo Laura—. Basta con que camine.

Por la noche consultó el diccionario de la Real Academia y leyó con extrañeza: «Termitas: mezcla de limaduras de aluminio y óxidos de diferentes metales, que por inflamación produce elevadísimas temperaturas.»

Así es que partió a buscar al joven donde el anticuario, y él le aseguró que, dijeran lo que dijeran los diccionarios, las termitas eran unas hormigas aladas y voraces que podían comerse toda la madera de una casa. Le explicó la forma de combatir las y le ofreció su ayuda.

—Y, gracias a las termitas, nació una linda amistad —nos decía mi madre—. Es un joven sumamente comedido.

Primero fumigaron y después fueron revisando los daños en los muebles, los postigos, arcones y marquetería antigua. Por todo lo temperamental que era Anatolio, este nuevo amigo de Laura era sosegado, calladito «y no hay cosa alguna que no sepa hacer —decía ella—, pero lo que más le celebro es su prolijidad». Mi madre dividía a las personas entre «mal hechas» y «prolijas». Parecía haber hallado a la persona justa, y en el momento más apropiado de su vida. No le leía él la Biblia ni le recitaba «A las cinco en punto de la tarde», posándole en cónsul romano como Anatolio, pero tenía sensibilidad y cultura suficiente como para convertirse en un buen acompañante para sus trabajos nocturnos. Por lo poco que le contó de su vida, Laura supo que era un provinciano pobre, estudioso del arte y muy necesitado de madre. Sufría como Anatolio de aquel hambre antigua de raspar fuentes y de aplaudir con entusiasmo sus guisos «creativos».

El trabajo de combatir las termitas no le pareció tan terrible gracias a la ayuda de este nuevo huésped. Además, dijo que su cuarto de estar ganaba mucho con los hermosos vitrales que le envió de regalo el anticuario. Ahí cortada en trocitos menudos por las huinchas de metal que ensamblaban los vidrios de color, se podía descubrir a Santa Catalina, desnuda en sus largos cabellos, azotada y martirizada en la rueda con su aureola de luz y su placidez beatífica, o vestida de blanco caminando sobre un mar de lapislázuli, sostenida por dos arcángeles con nimbos de oro. De día los rayos oblicuos del sol, y de noche las farolas del primer patio, jugaban con los colores dándole vida a la santa.

—Todo tiene un sentido —le decía Laura a su huésped.

Según ella, la abuela Teresa no le envió las termitas para avisarle que dejara el caserón como le pareció al comienzo, sino para recordarle que siempre ha de haber algo que mantenga vivo el misticismo en el cuarto donde uno pasa las más de sus horas. Y le contaba de aquellas lecturas piadosas de doña Teresa —la Leyenda Aurea del Bienaventurado Jacques de Voragine, con las vidas y martirios de los santos— que elevaban su espíritu, ahí reclinada en la *chaise-longue* bajo la ventana.

Y así transcurrían sus veladas, charlando sobre los abue-

los, sobre aquellas coincidencias milagrosas y las ondas sonoras que algún día rescatarían las voces de los que habían habitado el caserón. Y de mil recuerdos que se remontaban a su infancia y seguían retrocediendo hasta incluir al bisabuelo Cupper y a la bisabuela Isolda, mientras arreglaban sillas cojas, y reparaban figurillas y marcos roídos inyectándoles un líquido mortífero para las termitas.

Y en una de esas veladas de charlar y reparar, a Laura le dio eso que llamaba «un no sé qué», de ver a su amigo partir de madrugada hacia su barrio —barrio apartado de pobres— y lo invitó a alojar.

—Me sobran cuartos —le dijo—. Y la verdad es que siento escrúpulos por tener un caserón tan grande para mí sola, habiendo familias numerosas que viven apretujadas en una habitación. Me quitaría un cargo de conciencia, si ocupa una.

El respondió que sí, que muchas gracias, que sólo por aquella noche. Y poco a poco se fue quedando.

Su mirada de náufrago y su voz cálida animaron a Laura a contarle historias íntimas, historias de amor. La primera de éstas pareció salir de un espejo inmenso, que descolgaron del salón para reparar su marquetería dorada.

—Aquí se encontraron —dijo ella.

—¿Quiénes, señora Laura?

—Tendré que empezar la historia por el principio.

Y el principio había sido la fiesta de casar a las mellizas Zeder, cuando sus padres se dieron cuenta de lo vacío que estaba el salón grande, y salieron a rematar un espejo.

Y mientras preparaban la cola de pegar en esos coleros de doble fondo sobre la estufa, mientras revolvían el oro líquido y amasaban el papier-maché, Laura le estuvo hablando de los apuros que pasaba don Luis para llevar esa vida de caballero bígamo pero honorable, con un sueldo modesto que no le daba para mantener dos hogares, y de las ilusiones de sus hijas sobre la fiesta y los rezongos de su esposa, doña Ana.

—Y no me pregunte cómo estoy enterada de los detalles, tratándose de cosas tan antiguas —le dijo riendo—. ¡Capaz que estas historias se cuenten solas!

Y de pronto, ante los ojos asombrados del huésped, aquel cuarto de estar repleto de muebles de Laura parecía vaciarse y exhibir la austeridad del primitivo comedor, donde charlaban los antepasados:

—Hay que tapparle la boca a esta gente chismosa —decía doña Ana a la hora de los tormentos, como llamaban sus hijas la hora de almorzar—. Pues ya se comenta la mala vida de usted. Es decir, aquello que todos saben, pero que se supone, por decencia, que nosotras debemos ignorar. Y vosotras, niñas, sepáis lo que sepáis, ¡haced cuenta de que no lo sabéis!

Y don Luis desmigajando su pan, con los ojos bajos, pensaba en las dulzuras que Genoveva le brindaba en los crepúsculos, diciéndose que bien valían, como para soportar las avalanchas que se le venían encima con esto de la fiesta próxima.

Doña Ana hablaba en disertaciones concéntricas, saltando de una queja a un rezongo, de un rezongo a un reproche antiguo, de añejas culpas del esposo a descontentos actuales, y su discurso iba creciendo y ahogando a don Luis como aquellos círculos que se forman en las aguas quietas al lanzar un guijarro: «Que las manos eran una lástima como las tenía, de tanto que fregó y guisó en París, que la honra perdida, o casi, de no ser por el precipitado casorio, que el bochorno de tener que cantar en salones, por decentes que fuesen. Que el hambre pasado un lunes, porque no hubo zarzuelas un domingo de fiesta religiosa y, como si fuera poco, el viaje por debajo del mundo para encontrar a su llegada una mujerzuela en el lugar que a ella le correspondía por legítimo derecho, y esto, ¡por su heroica felicidad! Pero, aquel día, cuchareando en su plato de cazuela —y refunfuñando que, aunque tuviese iguales ingredientes que la olla podrida de su tierra, ¡ni qué comparar!— recordó de pronto lo que tenía que decirle a don Luis:

—Hay que pensar en la fiesta, el baile, el sarao o como aquí le llamen, porque las mellizas ya están en edad casadera. ¡Y no diga usted que es prematuro, pues los mismos tiernos años tenía, pobrecilla de mí, cuando usted...! —Y la frase la terminaba con ese gesto españolísimo, como de ahuyentar las palabras indiscretas con sus manos.

Y don Luis empezó a echar cuentas, de cuánto le iba a costar el baile-el-sarao-o-como-aquí-le-llamen, mientras las mellizas lo cubrían de besos y doña Ana enumeraba lo que había que comprar, para que la fiesta fuese una fiesta y no una de esas tertulias criollas que ofrecían las nativas con tarima y tapete, sentadas poco menos que en el piso, con esa horrible

bombilla, con el tubo de metal entre los dientes, para chupar de una calabaza un jugo sucio y maloliente.

Isolda era la que más ilusiones tenía de encontrar novio, a pesar de las «tremebundeces» que le recitó su madre, cuando la visitó «aquel flujo mensual tan odioso, que sólo nos aflige a las mujeres...».

—Ya eres púber, Isolda —le explicó—. Eso significa que puedes casarte ¡si permite Dios que encuentres marido con ese cuerpecillo sin desarrollar! Y podrás tener hijos ¡si te caben! En fin, es mi deber explicarte el lado oscuro de la vida.

Y entre mucho santiguarse y pedir perdón a Dios por manchar la inocencia, le habló de la semilla que el hombre ponía en el vientre de la mujer, una vez bendecido el matrimonio.

—Pero antes que aquello ocurra —continuaba, con mirada severa— ¡te prohíbo andar por ahí averiguando qué hay que hacer para que caiga en el vientre la dichosa semilla!

Y se quejó a Dios por no haber imaginado para la procreación algo más fácil de explicar a las niñas púberes.

Isolda apenas la escuchaba. Para ella, el amor nada tenía que ver con parir criaturas. Su instrucción provenía de las novelitas francesas leídas en París, y de las series por capítulos de las revistas de don Luis, las mismas que impidieron a Genoveva lanzarse con su niño al Mapocho. Las más de las veces tenía que leer relatos truncos cortados por unas tiras de papel —la censura de doña Ana— que interrumpían las escenas en cuanto se volvían emocionantes: «Amor, jamás dudé de ti, aun cuando... —espacio en blanco—. Y ella, con los ojos húmedos de pasión, exclamó: te juro que yo... —espacio en blanco—... así es que serás mía y... —espacio en blanco—. Y la niña entonces... —media página en blanco y el final de siempre—... y fueron muy felices, por lo que de rodillas dieron gracias a Dios.»

Cuando Isolda decidió leer los libros de su padre, limpios de toda censura, buscó un lugar donde no pudiera descubrirla doña Ana. Así es que la leyenda de Tristán la devoró encerrada en el excusado de acequia que había al fondo del tercer patio, disimulado entre enredaderas de jazmín y madre selvas. La pasión de los amantes, la audacia de aquella heroína que llevaba su mismo nombre, el filtro que la doncella les dio a beber por error enlazándolos para siempre en un amor tan bello y fatal,

los ardides de ambos amantes para abrazarse dónde y cuándo fuere, la llenaron poco a poco de un amor sin dueño, de ensañaciones que la mantenían flotando por los patios, construyendo historias dormida y despierta, musitando las frases de Isolda: «Sólo a ti me entregaré, mi bien amado.» Y cuando circulaba por el tercer patio, el aroma de las madreselvas y del jazmín mezclado al olor del carburo con el que desinfectaban el retrete, la sacaba en el acto de sus quehaceres y se iba a encerrar con el libro, para emprender aquellos deleitosos viajes al amor prohibido de Tristán e Isolda.

Y mientras ella esperaba a su galán de ensueños y las mellizas discutían de faldas y rebajes en el escote, doña Ana estremecía la casa con sus ajetreos y sus rezongos: Que la casa es grande ¡pero no hay de nada! Que cena sin pavo no es cena, y fiesta sin mozos de librea, no es fiesta.

Y allá partía don Luis a pedir de prestado sillas, platería, candelabros, mantelería para cubrir la mesa alargada del comedor. Y como los mozos no se conseguían en préstamo, salió a reclutar un par de soldados. Aquellos soldados impagos que vagaban hambrientos por las calles —los que inquietaron tanto al Coronel, tiempos de las asonadas— y que seguían a los caudillos o aceptaban servir de mozos, con tal de llenarse la barriga.

Cuando se habló de los vestidos, doña Ana dejó caer un misterioso «no os preocupéis» que inquietó a su esposo. Al día siguiente notó el saqueo de su dormitorio: desaparecieron los cortinajes de la ventana, la *chaise-longue* fue despojada de su terciopelo carmesí. Se fueron los tules y los cordones dorados del lecho, y el desparramo de cenefas y angelotes que adornaban el camastro le permitió imaginar las furias de doña Ana por su amancebamiento. Por último desaparecieron las sábanas con encaje de bolillo y la colcha de moaré color obispo.

Pero, el mayor trastorno lo causó un pavo gigante enviado por el capitán Flint. Los mozos, luego de perseguirlo a palos por los tres patios, lo ultimaron a balazos. Siguió con esteriores dentro de la tinaja del baño, donde lo sumergieron para que aflojara las plumas, en agua con bicarbonato.

—La bestia en trance de muerte —comentaba doña Ana— daba horrendas boqueadas, con la cabeza colgante y los ojos

en blanco como un Cristo en agonía, mientras le arrancaban a tirones esas enormes plumas. Así es que la próxima vez, me trae usted un marrano, ya hecho jamón, o uno de estos bichos ¡pero bien muerto!

Se lo estaba diciendo a don Luis, tras el abanico, la noche de la fiesta, sentada a la mesa y mirando con satisfacción el resultado de tantos afanes. Las arañas de luz arrancaban destellos a la ponchera de cristal y a las copas de alto pie donde las servilletas dobladas por doña Ana semejabán palomas a punto de emprender el vuelo. Los mozos patinaban trotando por los corredores con una tembladera de bandejas, incómodísimos por los zapatos estrechos prestados por don Luis, y torpes las manos por vez primera enguantadas, con una bulla de loza y platería que hacía santiguarse a doña Ana y echar cálculos a su esposo de lo que tendría que reponer «si las bestias resbalaban».

—¡Qué pensarán esas señoras de aquellos mozos palurdos que contrató usted! —lo regañaba con voz dulce, por el vino y por lo apuesto que lucía el capitán en su uniforme remozado.

Pero las señoras de nada se enteraron por lo atareadas que estaban estudiando los accesorios —los mismos que llegaron, algo mermados, hasta las vitrinas de Laura y que nuestro mozo aristócrata la obligó a usar, tiempos de la mansión—. Una de ellas creyendo imitar a los dueños de casa mojó con delicadeza sus dedos en el bol del consomé, y se bebió el agua tibia con rodajas de limón del aguamanil de plaqué.

—Exquisito el chancho asado —dijo otra, luego de saborear un trozo de pechuga de pavo, limpiándose la grasa de los labios con el reborde del mantel, tomando las servilletas voladoras por adornos.

Don Luis perdonó el saqueo de su dormitorio al ver lo soberbia que lucía su colcha de moaré en las caderas de la esposa, y lo linda que estaba Isolda vestida de *chaise-longue* carmesí. Se entretuvo ubicando el resto de sus pertenencias: tules en las mangas, filigranas de oro ciñendo la cintura, y encajes de bolillo en las enaguas que asomaban con el revolotear de faldas.

Laura saboreó los postres al ir describiéndoselos a su huésped, añorando las recetas perdidas de doña Teresa. Y le contó cómo las mellizas, vacilando ante tantísima variedad,

comieron de todos y tuvieron que correr a devolverlo en el retrete del tercer patio entre lastimeros: «Mira, ahí va el huevo mol... *domage*, la crema de chocolate...»

—Detalle, ya lo verá, muy importante por lo que iba a ocurrir después —le explicó.

Los caballeros entraron en la salita a servirse los licores, y doña Ana invitó a las damas y a la juventud a pasar al salón de baile. Prefirió llamarlo así para disimular su vacío. Sólo el enorme espejo que colocaron en un rincón sobre el clavicordio indicaba cierta alcurnia en la familia.

—Este mismo —dijo Laura, cuando el huésped terminó de acomodarlo sobre la alfombra. Y se quedó quieta, con la cabeza inclinada como oyendo voces secretas—. Lo que sigue no aparece en los diarios quemados. No sé de dónde lo saqué —dijo.

Al ver el espejo, esa mañana de la fiesta, Isolda se llevó la mano al pecho como si le faltara la respiración. Luego se olvidó del asunto con los ajetreos.

Los mozos llevaron con disimulo todas las sillas del comedor al salón grande, y las alinearon contra las paredes.

—El baile empezará cuando ataquen los violines —dijo doña Ana indicando hacia un costado, donde un par de jóvenes tímidos desenfundaban sus instrumentos—. Pero, antes les cantaremos unas cancioncillas de mi tierra.

Y buscó con la mirada a las mellizas.

—Están al fondo, devolviendo los postres —le dijo Isolda.

—¡Vaya malagradecidas! —se quejó—. ¡Afánese usted en la repostería! —Y arrastró a Isolda hacia el clavicordio—. Para ganar tiempo empezaremos con tu romanza.

Isolda revisó los rostros de los jóvenes pretendientes y se llenó de melancolía. Como no dejaba de atribuir poderes mágicos a su romanza luego de lo ocurrido en el Cabo de Hornos, empezó a cantar con desgano. «Ninguno me interesa...» se dijo.

Pero poco a poco y a pesar suyo fue quedando presa en el encantamiento de aquellas modulaciones primitivas.

Las damas, llenas de estupor, se acercaron hasta rodear el clavicordio, y los caballeros asomaron desde la salita. Pero el más asombrado con el cantar de Isolda fue su padre. Escuchó atento, y no supo por qué recordó sus campañas y el amor de las bretonas. Así es que cuando se acercaron sus

amigos a preguntarle de qué se trataba, dijo lo primero que se le ocurrió: «Es una canción tan antigua que el dialecto ya está olvidado. La misma que le cantó Isolda la Rubia al caballero Tristán, mientras le curaba las heridas después de que venciera al monstruo Morholt, el que devoraba a las doncellas», explicó, sin saber que rozaba de cerca la verdad: Isolda creía oír en su canto las palabras que leía en su escondite del tercer patio: «Isolda, amiga, y vos Tristán ¡en este filtro habéis bebido vuestra muerte!» Se dolía la doncella Brangien al descubrir su error sobre el filtro. «Herida estoy por una ternura más dolorosa que el odio...» «¡Que venga la muerte!», exclamaba Tristán en la nave que singlaba hacia el reino de Marés donde debía entregar a su amada. «No puedo traicionar al rey mi amigo, ni dejar de adorarte...», dijo Tristán, y tomando a Isolda en sus brazos ¡se dieron al amor!

Y en ese darse al amor que creía escuchar en las sílabas misteriosas de la romanza, Isolda cantó con tal pasión que doña Ana dejó de tocar el clavicordio, y el cantar, saliendo por las rendijas del balcón, se derramó en la calle de las Monjas Rosas.

—Siempre lo más inesperado ocurre —dijo Laura—: Acertó a pasar John Cupper montado en su blanco corcel. Iba hacia la plaza de Armas a presentarse de urgencia ante el coronel Beauchef.

Acercándose al balcón se quedó inmóvil, y pensó en los druidas, en los brujos de su isla natal.

—¡Quedó fulminado por su voz! —dijo Laura, limpiando sus manos llenas de oro líquido en su delantal de pintora. —¡Y olvidó la cita urgente!—. Y, sin transición, recordó que no había cenado—: Tengo hambre. ¿Usted no? Hay un guiso de cochayuyo en la olla, ahí en el anafre del repostero. Las algas son sabrosas y sumamente alimenticias.

—Por favor siga contando, señora Laura —rogó él.

—Por el volumen de la voz, John imaginó una valquiria inmensa, alta de pecho. Pero le inquietaba la pureza de las notas agudas.

—Es canto de salvajes —dijo John.

Dio la vuelta para entrar por la puerta cochera, y le entregó las riendas del corcel al campesino de pelo hirsuto que oficiaba de cuidador.

Fue bordeando la huerta y las albahacas de la Domitila,

el parrón y los limoneros, endilgó al fin por el corredor del segundo patio, alumbrado apenas por unas velas de cebo que confundió con las estrellas. Caminando, enajenado, sin tocar el suelo con las botas, se dejaba llevar por el hilo invisible de aquella voz embrujada que lo guiaría hasta su dueña. Cruzó la esquina de la galería vidriada y entró en el comedor. Pasó transparente y fantasmal por la superficie oscura y lisa con marquetería dorada, creyendo navegar. Al menos es lo que vio Laura. Con voz queda le señaló al huésped su altísima figura, le hizo admirar el uniforme albo con hojas bordadas de oro en el cuello, sus bucles castaños, el mentón viril, los dormidos ojos ambarinos y los labios sensuales que se entreabrían en una sonrisa extasiada.

—¿Puede verlo? —susurró.

El huésped asintió gentil, para no contrariarla.

John se detuvo en el umbral del salón grande y buscó a su valquiria. Su mirada se estrelló en el muro de espaldas rollizas de las matronas apiladas frente al clavicordio.

Las modulaciones partían de una nota aguda y se desgranaban en calideces de contralto. John se sintió bañado en esas cascadas de sonidos que le acariciaban el alma y lo hacían subir al paraíso para arrastrarlo luego hacia las prohibidas tinieblas de la lujuria, y nuevamente lo asombraba la pureza de las notas altas: «Son conjuros —se dijo—, estoy atrapado en un hechizo.» De pronto la atmósfera del salón se aquietó, y en el breve silencio todo quedó suspendido —hasta el tiempo que separaba a Laura de aquella «fiesta, baile, sarao, o como aquí lo llamen» de otro siglo—. Entonces resonó con fuerza una nota altísima. Vibraron enloquecidos los cristales, se estremeció la araña de cien bujías, titilaron las llamitas como si lo inanimado cobrara vida, y la voz prodigiosa se fue adelgazando más y más hasta terminar en un imperceptible silbido, como el escaparse del aire por una caña hueca.

«Canto de salvajes», repitió John, mientras estallaban frenéticos los aplausos. Fue entonces cuando divisó, entre el titilar de la lámpara en el espejo, la nuca de una niña que se inclinaba para recibir las ovaciones.

—Imposible. ¡No puede ser ella! —dijo John.

—En los umbrales del imposible ¡estalla el amor! —exclamó Laura, echando hacia atrás su melena aureolada de polvillo de oro.

Y en aquel preciso instante, Isolda se volvió para acomodar sus bucles en desorden y vio en el espejo la figura de su Tristán, más hermoso aún que como lo había soñado.

—No. No puede ser verdad —murmuró.

Y los ojos color de ámbar de John se engancharon en los ojos ultramarinos de Isolda, describiendo una curva inexplicable por sobre las cabezas de los invitados. Por un segundo, o por una eternidad, quedaron sumergidos en la luna del espejo, entrampados, como si hubieran bebido el filtro de amor de los amantes de la leyenda.

—Y aquí están todavía —dijo Laura, extendiendo las palmas de sus manos sobre el espejo.

—Cuando esas cosas ocurren —murmuró el huésped— vale la pena vivir.

John no supo que era el blanco de las miradas. Isolda no sintió los tironcitos que le daba doña Ana en su falda, urgiéndola para que fuera en busca de sus hermanas, ni oyó las preguntas de las señoras, que dónde estudió, que dígame qué quieren decir esas palabras, y, por último, sus comentarios sobre «qué falta de modales, qué niña tonta...». Los violines atacaron una contradanza y el salón se llenó de revuelos. John, empujado por las parejas que iniciaban el baile, empezó a desplazarse en dirección al espejo, cuidándose de no apartar sus ojos de los de Isolda. Cuando ella lo sintió muy cerca a sus espaldas, tuvo que echar hacia atrás la cabeza para no desprenderse de su mirada. Creyó oír su voz: «Me dice que me ama», alcanzó a pensar. Sólo al repetir él su frase, comprendió que la estaba invitando a bailar. Entonces, se dejó caer asustada sobre el taburete giratorio del clavicordio. No veía ella cómo podía bailar, tan pequeñita, con ese arcángel que doblaba su estatura.

Tomando su temor por fatiga, John fue a por un vaso de limonada. Regresó, trayendo en la otra mano una silla, y se sentó frente a ella a horcajadas, como quien cabalga. Le estuvo hablando con una voz tan cálida, que a ella le pareció que la iba envolviendo en una red tejida con finísimos hilos de niebla hasta dejarla inmóvil, presa en el capullo. Para darle tiempo de beber su limonada y reponerse de la fatiga del canto, John se explayó sobre sus nostalgias de la isla natal, de las playas de guijarro con eco de castañuelas por donde Laura caminaba en sueños, y de las voces secretas del mar que su canto le

había hecho recordar. Ella escuchaba atenta, con los ojos fijos en el junco dorado del respaldo de la silla, ahí donde él apoyaba sus manos. Cuando le oyó decir que se ausentaría de la capital por un par de meses, o quizá tres, ya que con las guerras nunca se estaba seguro, un sobresalto la trajo de vuelta a la realidad:

—¿De qué guerra me habla, Monsieur? —atinó a preguntar.

—Ah, la guerra... —suspiró él. Y con una amable sonrisa agregó—: Ya tendremos tiempo, mucho tiempo para hablar de eso.

«Quiere volver a visitarme», pensó ella volviendo a entrar en su letargo.

—Me llamo Isolda —creyó decir.

Pero no le llegó el sonido de sus palabras. Volvió a pronunciarlas, y tuvo que hacer el mismo esfuerzo para marcar las sílabas, que el que hacía, empantanada en esos sueños densos, para alzar una mano. «Tengo que romper éste hechizo que me tiene muda: si no logro decir mi nombre ¡se desvanecerá mi dicha!»

—Ella no podía entrar en su dicha —explicó Laura—. La realidad a menudo nos sobrepasa en el momento de vivirla.

—Es cierto —repuso el huésped, enjugando el oro líquido que escurría el pincel cuando Laura lo agitaba en el aire buscando palabras para expresar sus sentimientos.

—La dicha es loba, huidiza —dijo al fin—. Empezamos recién a saborearla en el recuerdo, ¿no le parece señora Laura? En cambio, el dolor nos llena la boca de palabras.

—Es muy lindo lo que acaba de decir —comentó ella.

Y por primera vez lo miró a los ojos.

—Extraordinario —murmuró—, tiene el mirar de dos colores de mi papá. Creo que son sus ojos los que me están mirando... ¡Qué misterioso! Se diría que las cosas siguen un ciclo y que todo vuelve a empezar, una y otra vez.

Él siguió puliendo la marquetería, aguardando por el relato.

—Isolda al fin pudo pronunciar su nombre, pero lo hizo en francés: *Je m'appelle Iseult* —dijo Laura—. Y comprendió que él también le había estado hablando en francés.

—*Iseult la belle* —sonrió John, allá entre los compases de una contradanza.

Ya estaba de pie. Se inclinó para besar su manita y rozó suavemente sus bucles al decirle al oído:

—Piense en mí. *Pensez à moi, demoiselle.*

Retrocedió algo para salir del salón y ella, casi sin darse cuenta, giró en el taburete para ver a su amado perderse en la luna del espejo.

—Aquí te encontré y aquí te quedarás para siempre, amor mío —dijo Isolda, con la inocencia con que se pronuncian los oráculos fatales.

Y ahí se quedó, rígida, envuelta en su capullo de niebla. El salón se fue vaciando poco a poco. Como si los sueños la hubieran hecho invisible, nadie se le acercó para la despedida. Oyó voces lejanas en el patio: su madre que rezongaba con feas palabras por la huida de don Luis, «que va donde su mujerzuela, hombre escandaloso... Dios me ayude...». Volvió en sí con el «perdone su merced» del campesino de pelo hirsuto. Entró con su varilla larga terminada en un cucurucho, y se dio a la tarea de apagar las velas de la lámpara del centro. Isolda vio extinguirse una a una las llamitas, hasta que el espejo fue un mar de tinieblas.

—Te amaré siempre —balbuceó. Y se alejó del salón con el andar sonámbulo de los súbitamente enamorados.

En el patio, la luz de la luna le rozó la piel. Se quedó quieta descubriendo la tibieza de la noche y la fragancia de los azahares.

Caminó lentamente hacia su cuarto, y fue dejando un reguero de amor tan grande, que la casona pareció flotar fuera del tiempo, llenándose de voces imperecederas que llegaron a inquietar a los habitantes futuros de las Monjas Rosas.

(DE PALMIRA A LORENZO)

«Mientras te aguardo en el caserón vacío pienso en ti, Lorenzo. Y maldigo el día en que me deslumbré contigo, cuando el amor era puro asombro, puertas que se abrían, y tú invitándome a cruzar el umbral.

»Sabes que hubo un antes y un después. Pero lo que no sabes es que todo empezó en un día preciso, en una hora precisa. Allá en tu cuarto de madera encaramado sobre los cedros del parque. Tu cuarto de tablas, barca de un pasajero solo y de no ir a ningún sitio. El sol de plata de tus antiguos dioses clavado sobre la puerta. ¿Recuerdas el azul de los cedros? ¿Y el azul flotando en la tibieza del cuarto, el que derramaban tus telas de galaxias?

»Aguárdame: ya salgo del estanque orillado de musgo, me abro paso apartando los largos dedos de los sauces. Voy subiéndome a la siga tuya las escaleras crujientes, oyendo tu risa y la mía. El agua deja un reguero oscuro, que beben los peladños sedientos.

»Ya estamos echados sobre la manta. Me miras y te miro. Tu rostro se recorta contra la luz de la ventana. La ventana con hiedra y con un trocito de cielo claro.

»Relumbró el sol de plata.

»Regresamos de los continentes sumergidos.

»Un ángel nos protege: ¡nadie lo supo!

»Bajamos sigilosamente las escaleras, las tablas resacas vuelven a sus crujidos en contrapunto. Cruzamos el vestíbulo con el piano sin cuerdas, mudo. En el campo nos reciben los

últimos resplandores del sol. Nos vio el perrazo negro echado sobre las matas de lavanda. Te sigo hasta el potrero, apartando las melosas que se adhieren a las piernas, tomando al pasar el fruto de la zarzamora, que deja en los dedos su huella violácea. Los dedales de oro y las teatinas brillan en la luz acrisolada de aquel trocito de campo. En el recuerdo no quedó el sonido: quedó tu sombra alargándose en el sendero, el vuelo de las abejas, el temblor de mariposas y mi dicha deslumbrada. Te volvías de trecho en trecho, para ver si te seguía, y te burlabas de mi andar vacilante (herida como Isolda por el filtro equivocado). Ibas comiendo moras dulces, gozando de las caricias de luz en la suavidad de la tarde, estudiando los verdes como mi madre. Y yo, dándote las gracias por dejar que te siguiera los pasos, por hacerme descubrir lo que se oculta detrás de las apariencias, por olvidarme de la muerte de las cosas..., ¿te acuerdas, Lorenzo?»

(DE LORENZO A PALMIRA)

«¿Qué podría decirte? No es fácil cargar con el peso de nuestros propios fantasmas, los que otros inventan a la medida de sus ansias. Cuídate Palmira. Y recibe tu propio recuerdo, porque de él me alimento. Te añoro.»

La noche del baile, Isolda se acostó vestida para mejor saborear aquel breve encuentro con la dicha. Palpando el terciopelo carmesí de su falda como quien toca un talismán, recordaba una a una las frases de su galán, veía su rostro —diferente de cuantos había conocido—, se llenaba de dulzura con su sonrisa, y su mirada en el espejo le causaba un estremecimiento de placer. Y tanto lo estuvo pensando y repensando, haciéndole repetir cada una de sus palabras, reconstituyendo sus movimientos, sus ademanes, repasando una y otra vez, una y otra vez, aquellas frases que habían deleitado sus oídos, que la imagen del apuesto capitán quedó rígida, sin vida, estancada en su imaginación como una marioneta a la que se le cortan los hilos.

—Se me gastó el recuerdo —dijo, melancólica—. Debo pensar en otra cosa para hacerlo revivir.

Se concentró entonces en los ruidos nocturnos del caserón.

Y pudo oír lo que Laura escuchaba en sus remiendos de trasnoche: el paso aterciopelado de los gatos sobre las tejas de arcilla, los crujidos del níspero cuando en la brisa nocturna se le adormecían sus pájaros, el paso cauteloso de los rezagados sobre los adoquines de la calle de las Monjas Rosas. Oyó los suspiros de doña Ana en el cuarto contiguo: se maldecía bajito por haberle dicho a don Luis aquella frase estúpida: «Y ni te sueñes que te voy a perdonar mientras viva.» ¡Cómo se arrepintió, luego de aquel rebrote de amor durante la cena! También pudo oír en el cuarto de enfrente, al otro lado del patio, el confuso parlotear de las mellizas que se preguntaban y se respondían dormidas en su lenguaje

bilingüe. El perro aulló a la luna llena, y la casona se sumió en una quietud tan grande que Isolda creyó oír el «ruido del silencio», como lo nombraba la Domitila. Fue un pequeño vacío antes de que resonaran, cerca de la caballeriza, los cascos de la yegua blanquinegra de don Luis. Lo imaginó calmando al perro que se retorció con gemidos de alegría. Contó sus pasos —apenas perceptibles— cuando cruzó los dos patios para entrar en el comedor. Se quedó atenta al gluglú del licor que se servía antes de ir a la cama, y lo oyó en seguida caminar por la galería vidriada y pisar el tablón suelto en el umbral del dormitorio. Aguardó anhelante, en un lapso de silencio, que se quitara las ropas y dejara sus botas en el cuarto contiguo que le servía de vestidor, aguzando el oído para percibir la nota musical que el peso de su cuerpo le arrancaba a las huinchas metálicas del catre. Su oído privilegiado le había hecho reconocer la nota como un si bemol. «Te quiero, papaíto», murmuró, agradecida por estos ritos que reconocía en los sonidos. Ritos predecibles que la mecían antes del sueño, sintiendo la cálida seguridad del nido. Como cuando, allá en el París de su infancia, doña Ana, tan tirana pero tan madre, le bordeaba las cobijas entre bendiciones: «Que descanses, hija.»

La embargó entonces una súbita tristeza por salirse de la infancia.

—Adiós —le dijo a la niña que había sido—. Te dejo para entrar en lo que desconozco, pero que presiento bello...

Y antes de dormir, saludó a su capitán besando la almohada:

—Buenas noches, amor. Ahora te pertenezco. Quiero que sólo de ti me venga toda alegría y todo dolor...

«Fue aquel año de nuestro viaje "Waggons-Lits Cook" cuando Fermín, siempre tan bondadoso, me permitió ir a despedirme de Boris en su casita de Cagnes-sur-mer. Él me aguardaría en Niza para seguir luego viaje a Marsella donde debíamos embarcar. Más que una alegría, fue un suplicio. Estuve en su taller, sin fuerzas para expresar lo que sentía. Algo muy dulce. Y muy desconcertante. El taller era un cuarto amplio, en medio de la huerta, que recibía la luz por las claraboyas. Alcé la cabeza y vi unas palomas: «Me miran cuando pinto», dijo Boris, y les habló cariñosamente en ruso. Dos de las paredes estaban enteramente cubiertas por sus trabajos, óleos, dibujos, sanguín, reproducciones de sus cuadros, ilustraciones de libros. ¡Un universo deslumbrante! Irradiaba fuerza, su fuerza de mujik como decía él, pero a la fuerza se mezclaba su calidez y su ternura. Miraba sobrecogida. Recuerdo uno de sus autorretratos: una figura sombría en medio de un trigal dorado, un alambre rodeaba su pecho ligándole los brazos. Dijo: «Soy yo.» Hubiera sido tonto preguntarle el porqué de las ataduras. Me llevó hacia un ventanuco que enmarcaba, como si fuera otra de sus telas, un bellísimo durazno en flor. Lo estuvimos contemplando largo rato. «Quiero morirme en primavera, ese durazno florido es lo último que desearía pintar, para llevármelo conmigo» dijo, simulando tristeza, y me preguntó: «Usted, querida amiga que conoce los secretos de los muertos, ¿cree que es posible llevarse algo de este mundo?» Me estremecí, con sólo pensar en su muerte. Y asentí: «Sí. Eso y mucho más...» Entonces tomó

mi mano entre las suyas, y me dio las gracias, mirándome de soslayo con su picardía infantil.

Al fondo de la huerta se movían unas gallinas grises, patos albos con el pico anaranjado, el gallo con su glorioso plumaje multicolor, garzas y gallinas de Guinea paseando y escarbando entre dos perros y un gato de un negro lustroso. El jardinero viejo con su sombrero pajizo podaba aquí y allí, amontonaba las ramas, o se detenía para liar un cigarrillo. ¡Todo parecía tan cotidiano y simple! Sin embargo, me sentía en otro planeta, en un mundo fascinante, pero... prohibido para mí. Como si respondiera a una pregunta, dijo: «Mi mujer anda en París vendiendo una de mis telas.»

No me atrevía a alzar los ojos para no encontrarme con los suyos. El silencio me dolía, quizá por todo lo que hubiera querido decirle. Boris había conservado mi mano en las suyas, y la acariciaba como consolándome y consolándose por esta segunda despedida. Pasó sus dedos por mis sienes y me preguntó sonriendo: «*Alors tu a mis du teint dans tes cheveux... cest pour moi?*» Sí, por él me había teñido las canas antes de viajar a Europa, y ya empezaban a asomar las raíces. Aquello era tan ajeno a mi modo de ser, que me avergoncé. Más aún por el color rojizo que había ido tomando la tintura. Me besó el cabello y comentó que así éramos los artistas, niños grandes. Estuvimos mirando mi retrato recién terminado: había apretado un poco el dibujo de mis facciones al estilo de los clásicos, y los grandes párpados bellamente trazados le imprimían sosiego a las pupilas de un verde azulado. El arco de las cejas era perfecto, el cabello negro brillante hacía resaltar los tonos claros, diría luminosos de la piel, y el moño bajo remataba la armonía de la cabeza y del cuello. Le dije que me había mejorado mucho. «Así te veo, Laura. Y así tienes que verte tú.» Intercambiamos frases breves: *C'est très gentil*, murmuré bajando los ojos. *Tu es belle*, dijo Boris. *Merci*. Entonces recordé que le traía el cheque de Fermín para llevarme mi retrato. Cuando quise dárselo, protestó: «De ninguna manera, querida Laura.» «Fue un encargo», insistí. «Pero me pienso quedar con tu retrato», amenazó burlón, mirándome con los ojos entornados. Le dejé el cheque sobre una mesa. Hacía gestos de cómica desesperación, que cómo podía él cobrar por algo que hizo con tanto amor. «Es darte algo mío, Laura. Es darme yo mismo, ¿comprendes?» Se puso serio, y de veras

temí que no fuera a aceptar el pago por su pintura. «Es que si no cobras por tus telas, no podrás seguir trabajando», le dije, y agregué que no valía la pena seguir hablando del asunto. «Tienes razón», dijo. Y nos quedamos largo rato en silencio. Recordé lo que me había dicho en Chile, cuando le acompañé a Valparaíso para tomar el barco, en el breve instante en que nos quedamos solos en el puente: «Nos entendemos tú y yo, de tu alma a la mía, *de ton âme à la mienne*.» Nunca me entendí con nadie como con Boris. Tanto, que a veces me venían escrúpulos pensando en Fermín. «Hay amores, querida amiga, que no traicionan a nadie —me decía—. Sólo nos enriquecen. Y el primero que se beneficiará con aquella riqueza es tu marido, hombre formidable por quien siento mucha admiración.» Y se echaba a reír luego, preguntándome si no me sonaba «equivoco» (él decía *louche*). Un *peu louche n'est-ce pas*? Porque es la típica frase de los amantes, cuando desean que una dama casada se les entregue sin escrúpulos. Y si yo insistía en que no dejaba de preocuparme por nuestra amistad tan estrecha, tan íntima, besaba mis manos: «Si sientes escrúpulos, es porque me quieres más de lo que yo creo», decía riéndose.

¡Maravilloso amigo y maestro! Mientras las ideas se atropellaban en mi mente, seguía allí, muda, pensando que con Boris junto a mí podía sobrevenir cualquier cataclismo, el fin del mundo, y me hubiera sentido igualmente segura. Seguíamos contemplando aquel durazno florido que flotaba sin peso, como un toque milagroso de blancura entre los marrones de los troncos y la tierra oscura. Inmóvil, sin saber qué decir, opté por fijar los ojos en el mismo punto en que Boris había fijado los suyos. Debieron engancharse nuestras miradas en la copa del arbolillo como se engancharon, un siglo antes, las miradas de Isolda y de John en el trasfondo del espejo.

Tengo conmigo la pequeña tela: su última tela, su adiós a la primavera para llevarse algo bueno de este mundo. Quizá floreció a tiempo aquel mismo durazno de su huerta. A tiempo para despedirlo. O quizá pintó sólo su recuerdo.

Mucho después de su muerte la tela llegó hasta mí en forma misteriosa, como un mensaje caído de las estrellas.

(DE PALMIRA A LORENZO)

«Todas las noches te recordaba, Lorenzo, y el resto del mundo dejaba de existir. No sé si pensaba en ti o en el gran vacío que me habías dejado. Eras como aquellas imágenes de los sueños que saltan la valla y nos persiguen en plena vigilia. Nos sorprenden al doblar una esquina con una puñalada que nos humedece los ojos. Se nos aparecen al mirar el cielo de rama en rama bajo un eucalipto junto al río, o las más de las veces en el bordonear de una guitarra, en las nostálgicas sambitas compartidas. Pero luego vuelven al ataque en los sueños nocturnos y simulan tanta realidad, que por la mañana alcanzamos a recoger un poco de dulzura sobre la almohada. Entonces, ¡qué deseos de llorar por haber perdido lo único que nos pareció digno de ser amado!

»La culpa es tuya, Lorenzo, que me pediste tan humildemente perdón el día en que me dejaste para siempre.»

(DE LORENZO A PALMIRA)

«Tus cartas las he recibido con increíble retraso. Sí, el arte puede ser una religión porque exige sacrificio y comunión. Es el don que nos hace adueñarnos del tiempo y de lo que el tiempo emana. Libertad de ser. Se modifican los límites entre la vida y la muerte, y aparece el mundo, que es magia en sus transformaciones. Es el hombre que busca y transmuta en el inabarcable campo de la creación. Canto de alegría. De fatalidad. Te extraño, Palmira. Nunca te he olvidado.»

«No sé por qué ahora, enferma, cuando apenas un hilito de vida me alienta, acuden a mi mente los recuerdos más antiguos... Mi John, ¡ni siquiera le sabía el nombre!, pasando ante mi balcón silbando esa difícil línea melódica de mi romanza, quizá para que lo identificara. Mi madre me tiraba de las faldas: ¡las niñas fisgonas cogen en seguida mala fama, cierra el balcón, y vete a dormir! Cierro a medias los batientes y ella se aleja, se distrae en el patio al regar las begonias en las altas jardineras de fierro y cubriendo la jaula de sus canarios. Y yo aguardo impaciente el retorno de mi jinete. Nada más pude divisarle el perfil y la capa oscura al doblar la esquina de la calle. Mi madre, agotada por la fiesta del día anterior, se fue a la cama. ¡Ay... que regrese mi jinete! Vuelvo a abrir el balcón creyendo escuchar los cascos del caballo. Estaba oscuro, alguien, quizás él mismo, había apagado la farola del portón. Sorprendida, saco medio cuerpo fuera... todo en mí cantaba cuando mi capitán (¡tan bello, se me antojó la estampa de San Jorge en lucha contra el dragón!) me alzó en vilo y me dejó delante de la montura, envuelta en su capa. Entré tan confiada en ese nido, pequeño universo que...»

Mi madre tenía abierto sobre su regazo el cuaderno de diario de su bisabuela Isolda, y trataba de descifrar los trazos desteñidos.

—Aquí ya no se entiende —le dijo a su huésped.

Las páginas estaban verdosas de humedad: habían rescatado el diario del entretecho, cuando hacían arreglos reparando los desastres de las termitas.

Era uno de esos cuadernos de anotar fechas de aniversarios

—de nacimiento, de muerte— para recordar y cumplir. Y de pronto, el desahogo de un lejano recuerdo de amor.

Laura se sacaba los ojos tratando de descifrar la escritura, adivinando un poco y reconstituyendo los vacíos como en los diarios de la tía Florita («siempre conviene dejar un espacio para los sueños», me susurra al oído Palmira).

«El paso suave del caballo en la tierra suelta... sobre el puente el trote sonoro... ¿dónde me lleva...? si debía golpearlo como mi madre al capitán... de poco sirven las lecturas o los consejos cuando... Un ulmo alto y florido a la luz de la luna, y John, con su uniforme blanco, alto y delgado semejante al ulmo... el instante más bello es el umbral de la dicha, cuando todo parece posible...»

Más adelante halló unas páginas intactas:
«Me abracé a un castaño y rompí a llorar. ¡Qué niña tonta! Él me acarició tan dulcemente... (Ay, mi John, ¡así me consolarías más tarde de tu propia muerte!) Pero entonces mi llanto era una delicia, un pretexto para recibir sus caricias. Recuerdo que me incomodé por unos golpecitos que me daba murmurando *there, there*, como cuando los ingleses tranquilizan a sus perros... No deseaba por nada en el mundo que mi galán me creyera una niña estúpida de aquellas que se duermen con el dedo en la boca, así es que junté fuerzas para decirle: "Sé de la vida *todo* lo que hay que saber" (en verdad, lo ignoraba todo...). Y él se disculpó por haberme sacado en vilo de mi balcón. Cuando pensé que mi ansiado romance terminaba de esta forma tan sin gracia, él dijo, sonriendo y sin ninguna emoción en la voz: "Es que cuando me enamoro pierdo la cabeza." ¡Qué decepción la mía! Sentí deseos de regañarlo: "¿Usted piensa que es la mejor manera de declararle su amor a una niña llena de sueños?" Pero él parecía más preocupado de que no cogiera frío, repetía algo sobre la humedad del pasto, de la noche fresca, de mi vestido ligero. Y yo, preguntándome con desesperación ¿para qué me raptó en la noche?, ¿para esto nada más? Deseaba morirme, y él quizá lo adivinó, porque me tomó en sus brazos. Pensé que esa vez me iba a besar. Fue tal mi frustración cuando vi que era sólo para llevarme hacia la cabalgadura, que se me escapó el amor en un grito: "¡No! ¡Por favor, todavía no!" Me había dejado sobre la grupa, envuelta en su capa, y estaba a punto de montar. Se detuvo, me miró a los ojos con una sonrisa muy tierna:

"Así es que tú también me amas..." ("pierdo la cabeza, cuando me enamoro, tú también me amas" ¡y yo esperando aquel apasionado te quiero, te amo, no puedo vivir sin ti de mis novelitas!) Trepó de un salto sobre la montura y me gritó: "Tente fuerte, que volveremos al galope. No quiero que en tu casa notes tu ausencia." Ay, John, no eras nada romántico. Y siempre me resultaste inesperado, quizá por eso te amé tanto. ¿No debería decir más bien "por eso nunca dejé de amarte"? Esperaba que al menos me ibas a dar un beso de despedida, y una promesa de regresar por mí. Sólo le alegró mucho ver que seguía abierto el balcón, dijo que eso probaba que nadie supo de su locura. Que no me iban a regañar por su culpa. Y luego esperé, esperé meses... Hasta que un día se dibujó su silueta en el zaguán, cuando regaba los naranjos. No importa, mi amor querido, siempre supe que entrarías cuando dejara un minuto de imaginar tu regreso.»

—No hay más —dijo Laura.

Puso el cuaderno cerca del tronco que ardía en la chimenea y atizó el fuego para que se le fuera la humedad al cuaderno.

—¿No es milagroso? —le preguntó a su huésped—. Vino a contarnos de su amor.

Él la miró sin disimular su admiración:

—Señora Laura, ¡es cierto entonces que hay historias que se cuentan solas!

Una llama más viva los iluminó de pronto: era el cuaderno abrazado por las llamas. Él quiso rescatarlo, pero mi madre lo retuvo: «Quiere llevarse su secreto», murmuró. Y estuvo mirando cómo las páginas se volvían inmateriales. Hasta que un reguero de pétalos grises partió hacia arriba por el cañón de la chimenea, en un leve batir de alas.

—Nos habló y regresó al silencio —dijo, extasiada.

(DE PALMIRA A LORENZO)

«¿Te acuerdas? Íbamos por la explanada de los veguinos a la hora de la canícula, entre los bostezos de los vendedores que cerraban sus puestos, las mujeres contando el dinero de las ventas de la mañana, las mangueras escurriendo la frescura del agua sobre el asfalto caliente. El patio grande donde el pueblo que se levanta de madrugada toma el descanso del mediodía, ¿te acuerdas?

»Ibas entre ellos como uno más y yo te seguía, dichosa, comiendo naranjas, restituyendo al tiempo la quietud del ocio, la anchura de nuestras vagancias. No me preocupaba el calor, ni los rostros impersonales y desprovistos de poesía de los transeúntes, ni su trajín por el senderito de sombra que marcaban los aleros, o el desparramo de coles aplastadas y el hedor de los tachos en las pescaderías. Mi horizonte terminaba en tus espaldas. Era feliz porque me dejabas seguirte en aquella luz irreal de la canícula.

»Me bastaba con amarte, Lorenzo, aunque tú no me amaras. Es que parecías poseer todo lo que no poseo. Eras el eslabón que me ataba a la cadena de la especie, para no estar sola, para ser multitud.

»No sé si me hiciste descubrir el orden del universo, o si me enseñaste a armonizar con el caos de la existencia. ¿Qué fue de ti, el que anunciaba la caída de los vidrios, el que percibía el olor de la lluvia? ¿Qué fue de nuestros sueños, Lorenzo? ¿Recuerdas nuestras pequeñas inauguraciones, allá en lo alto de la colina, o en tu pequeño cuarto de madera encastrado?»

(DE LORENZO A PALMIRA)

«Los recuerdos crecen enmarañados como las selvas. El tuyo, ya forma arcos sobre el lecho de los ríos.»

(DE PALMIRA A LORENZO)

«¡Qué cosas lindas me decías en tus cartas! Pero debo contentarme con releer las más antiguas. Ya no puedes responder a mis llamados de urgencia. ¿Dónde está ese Lorenzo que me escribía a menudo, diciéndome "te amo", o "te añoro"? Tal vez ya no exista.»

(DE LORENZO A PALMIRA)

«Cuidado. Tu falta de fe es lo que te pierde.»

—¿Será bueno o será malo que las cosas conserven las imágenes tan vivas? —le preguntó Laura a su huésped, mientras retocaban la *chaise* de junco dorado de los cantos de la Tatiana.

Y de la Tatiana pasó a las tertulias ruso-blancas, que la hicieron desbarrancarse de recuerdo en recuerdo hasta quedar muda de melancolía.

—¿Por qué lo ruso la emociona tanto, señora Laura?

La pregunta del huésped le llegó de lejos.

—Por eso —murmuró—, por Boris.

Y dejó que se le abrieran de par en par las compuertas de la nostalgia. Le estuvo contando cómo lo había conocido, cuando vino a dar clases a la Escuela de Bellas Artes, allá por los años... ¿creerá que no me acuerdo? Veintitantos. Isamitt, su maestro de dibujo y su amigo, acompañaba a Boris en el recorrido de los talleres.

—Se detuvo frente a mi caballete —dijo— y me miró a los ojos. Recibí su mirada sin pestañear.

Sentí que era alguien. Él comentó en francés: «*c'est très intéressant*».

Se lo describió muy ruso, como decía ella: alto y desgarrado, con el mechón rubio ceniciento siempre caído sobre la frente, los rasgos muy marcados, ojos tiernos, pícaros, de un azul claro, labios gruesos y siempre entreabiertos.

Se habían mirado en silencio. Él tomó su mano y la dejó un rato largo entre las suyas: era un modo de decirle que había visto algo especial en su dibujo. Cuando continuó el recorrido, ella dejó el lápiz para unirse a la comitiva. El taller

que le habían asignado a Boris quedaba en el tercer piso, y sus ventanas se abrían sobre los plátanos orientales del parque. «Soplaba un aire tibio, aunque estábamos ya en invierno, y él se había maravillado con los manchones amarillos en el campo de los aromos en flor, durante su viaje en tren desde el puerto.»

—Los llamaba «mimosa» —sonrió Laura, bañada en la luz tan clara de aquellos días.

Los alumnos aguardaban impacientes en el taller de Boris, deseosos de conocer sus telas que seguían embaladas.

—Fue extraordinario. Los muchachos quedaron deslumbrados con la fuerza y el colorido de cada uno de sus cuadros. Recogían los tornillos de las cajas, para conservarlas como una reliquia. Yo sentí deseos de llorar a mares...

Laura le estaba hablando a su huésped con los ojos fijos en un invisible *écran*, donde se proyectaban las telas de su maestro y las iba describiendo, dando trazos en el aire: «Rostros de Rusia», una franja con diversos tipos, retratos con una visión distanciada y algo irónica de la sociedad de aquel tiempo. «Las viejecitas de Bretaña», con sus marcadas arrugas de líneas precisas, sus rostros tan expresivos y tan mágicas las pinceladas blancas para las tocas de encaje. Retrato de su esposa, de su hijo de diez años, hermoso como un pequeño dios. La última tela que surgió del embalaje había terminado de agobiarla, ¡maravillosa!, el retrato de Máximo Gorki.

—Jamás había visto una técnica tan acabada y un trazo tan vigoroso. Era sobrecogedor —murmuraba, hablándole quizá desde aquel tercer piso de la Escuela de Bellas Artes, mirando los plátanos orientales desnudos del invierno.

Herida por el recuerdo, se apagó su voz. Luego retomando fuerzas prosiguió: «Boris me estaba espiando, para ver el efecto que me había hecho su pintura. Como me quedé muda, ¡pensó que no había entendido absolutamente nada!», exclamó, llenándose de risa al recordar su chasco.

Aquella tarde fue a visitarlos a la casa pensión donde los había instalado Isamitt. «*Le cher Isamitt*, como decía Boris —comentó— no sabía lo que era el confort. Se bañaba con agua helada, invierno y verano en el patio de su casa.» Y le contó que los había encontrado, a Boris, su mujer y su niño, encogidos de frío en un horrible cuarto de pensión. Sentados sobre la cama, ¡ni siquiera había muebles de asiento! Lo único que

deseaban era regresar a Francia.

—Imagínese —le dijo— lo que era para un artista tan refinado llegar a una de esas pensiones tan sórdidas: calendarios con mujeres desnudas, avisos de bebidas gaseosas, gatos y fotografías coloreadas de pésimo gusto en las paredes. Mesitas con pañitos calados, velador con orinal, y un florero con rosas de cera...

Laura lo había reconfortado, prometiendo que les buscaría cuanto antes una casa con jardín, y una cuidadora que supiera francés. Les habló del hermoso paisaje de Chile, del sur luminoso y de las alegres campiñas que estaban «ahí mismo», se llegaba en un minuto y Fermín los llevaría el fin de semana. Tan contento había quedado Boris que al despedirse, luego de besar su mano a la rusa, la abrazó y le preguntó con su voz cariñosa:

—*Chère Laura, voulez-vous que nous soyons terriblement amis?*

—Quiere que seamos terriblemente amigos —tradujo emocionada, segura ya de encontrarse en el umbral de ese cuartodepensión-horrible, entre los brazos de su maestro ruso.

Se levantó para traer su caja de recuerdos donde había un recorte de periódico: Boris posaba junto a Máximo Gorki, y entre ellos estaba, en el suelo y afirmado contra sus piernas, el retrato ya enmarcado de Gorki. Alzaba un brazo, entre saludando y bendiciendo, y su rostro curtido, con esos ojos rasgados de felino parecía reflejar el sentir de su alma: «Tan rusa, como la de Boris», comentó Laura. Boris de pie a su lado, se veía muy joven, «aún más desgarrado que cuando lo conocí», dijo ella. Gorki tenía los brazos cruzados sobre el pecho y Boris lo abrazaba con un gesto amistoso. En un costado del recorte, se leía la dedicatoria que había estampado Gorki en la fotografía: «Me arrodillo ante el arte de Boris Grigoriev», tradujo Laura del ruso. Y Boris al darle el recorte se lo había dedicado con un: *A ma chère Laura*. Y ella había marcado con una crucecita a lápiz las fechas de la muerte de uno y otro.

—Este retrato lloró —dijo, enseñándole la huella de una lágrima, algo como un rasguño en el papel del recorte.

No dijo cuándo ni por qué lloró. Pero, le contó una historia tierna, la que se leía en el periódico de donde reprodujeron la foto de los dos grandes hombres posando con el cuadro: Boris

había recibido una carta de Gorki desde Capri, rogándole que volviera a visitarle, para hacerle un nuevo retrato; sólo que deseaba que esta vez en lugar de orejas le pusiera un par de alitas. Y cuando el pintor respondió por carta desde Cagnes, preguntándole que para qué las alitas, él volvió a escribirle: «porque no veo otro modo de entrar en el cielo...»

—No creo que Dios haga cuestión por un par de alitas más o menos tratándose de dos personajes tan valiosos —comentó el huésped. Y después de un silencio, temeroso de haber roto algún encantamiento con su comentario, dijo—: ¿Sabe, señora Laura? La frase de su maestro «seamos terriblemente amigos» me recordó la de su bisabuelo en el baile, cuando se despidió con ese... «piense en mí, demoiselle».

—Siempre lo supe —sonrió Laura, y lo miró agradecida por su sensibilidad. Luego, preguntó—: ¿Siente su presencia? Es Boris.

—¿Cómo? Él... ¿está aquí? —balbuceó su amigo.

Y fue el maestro quien les respondió a los dos desde el más allá: se encendió sobre la repisa de la chimenea el autorretrato de Boris, como si de pronto el sol le diera de lleno en el rostro. «Vaya siempre a la luz, a la luz por el color. La luz no es otra cosa que el amor», murmuró Laura. Y cuando él la miró interrogante, explicó: «Eso nos dijo, cuando regresó a la tierra.»

Y antes de que el huésped terminara de asombrarse de esto y lo otro, todo quedó en sombras. Unas hebras de luna se filtraron por los postigos entreabiertos y, uniéndose al farolito encendido en el corredor, reflejaron, valiéndose de cristales y sombras de enredaderas, la figura de John con su estampa de San Jorge cabalgando en el espejo.

—Es el Coronel —susurró Laura con su voz dulce de no espantar visiones—. Está detenido en un puente. Vea, abajo, los reflejos de agua.

Él ni siquiera la oyó preocupado de estudiar los ardides de luz y sombra, del vidrio y las macetas, de la luna, en fin, de todo aquello que se había concertado para iluminar primero a Boris y dibujar luego a John Cupper cabalgando en el espejo.

Y mientras cambiaba la bombilla por una que tomó de otra lámpara, le explicó a Laura la razón lógica de aquella doble visión:

—Cuando usted se levantó —dijo— rozó el foco con el hombro: se unieron los filamentos y aumentó la luz, que da justamente de lleno sobre el autorretrato de su maestro. Pero, al recalentarse los filamentos, se quemaron. Vino el apagón. Entonces, la luz que entra por la ventana del patio...

—¡Lo sé! —sonrió ella—. Así son los milagros. Pero, ¿quién unió los filamentos? Fermín, que siempre me habla desde los relojes o desde los aparatos eléctricos. Él también estuvo aquí. Y me hubiera dicho exactamente lo que usted me acaba de decir. Esto es realmente... extraordinario —concluyó— los hechos reales a veces me parecen más prodigiosos que los milagros. ¿A usted no?

Y soltó una risa tan alegre, que el huésped se la quedó mirando desconcertado.

—Me río —dijo Laura— porque le vi la misma cara de estar chupando limón que ponía Fermín cuando me burlaba de sus «explicaciones lógicas...»

La estampa que Laura vio tan nítidamente dibujarse en el espejo, correspondía a una noche precisa, en la que John se había detenido en las medianías de un puente, acongojado por fúnebres premoniciones. El puente era el que estaba sobre el Mapocho y que marcaba en aquel tiempo uno de los accesos a Santiago.

En cuanto dejó a Isolda en el balcón, partió sacando chispas de los adoquines en demanda del campo abierto. Detuvo su caballo en la parte más alta del puente de arcadas de piedra, y se quedó mirando correr las aguas. Una súbita angustia le dificultaba la respiración. Pensó en su infancia. Las imágenes se sucedían fugaces, luminosas, como estallidos de fuegos fatuos: un combate naval, brumas espesas, nimbos de luz. La vieja hechicera que le había dicho a su madre, tocando sus bucles de niño: «No lo dejes ir. O morirá lejos. Tierra adentro, y antes de tiempo.»

Lo que John ignoraba, era que Laura lo había detenido desde el futuro, cazándolo como a una mariposa en la luna de su espejo. («Es a la inversa —me corrige mi hermana Palmira—. Son los espejos, los que fijan en su luna los momentos de angustia.»)

Y John se inquietaba sin saber por qué: quizá pensaba en el matrimonio, enamorado de la pequeña Isolda. Aquello sería el fin de su vida aventurera. Pero trató de imaginarse gordo y barrigón, rodeado de hijos en un hogar apacible. Le resultó tan falsa la imagen, que supo que no haría huesos viejos. Por un instante le afligió la visión de su madre enlutada siguiendo entierros de féretros vacíos, los hijos que habían muerto en

una guerra y en un naufragio. Recordó a su padre, de pie ante la altísima chimenea de piedra, y los retratos sombríos de los de Vic en los muros, orgullosos de una muerte guerrera. Buscando una visión menos dramática, salió de su casa de la infancia para recorrer en la memoria sus antiguos caminos. Los alegres *cottages* y sus jardines floridos al costado este, y la costa barrida por los huracanes, esas landas desoladas del costado oeste. Volvió entonces a sus temores. «Las cosas andan de mal en peor en este país, debo partir cuanto antes», resolvió. (Y por un momento los sueños de amor de la niña Isolda, allá en su lecho de la casona de las Monjas Rosas, temblaron en la noche.)

Pero John, hablándole a las estrellas, estaba diciendo: «Amo a Isolda, la amaré siempre, estoy hechizado...» Era como una flor rara, trasplantada antes de tiempo en una tierra primitiva en la que no iba a florecer, como su talento prodigioso lo anunciaba. «La llevaré conmigo a Inglaterra», dijo, desmontando junto al río. «Pero, ¿a cuál Inglaterra?», dudó. Ya no existía aquella de las verdes praderas. La que dejó, se estremecía con el estruendo de las máquinas a vapor de las fábricas. Y del subsuelo emergía una tétrica ralea: los obreros de la hulla, explotados y miserables. El poeta Byron había escrito: «Ni en las provincias de Turquía he hallado tan sórdida miseria como en el corazón de la Inglaterra cristiana.» Y preguntaba en sus escritos a quienes dictaban las leyes represivas, si aquellos obreros que ya habían desafiado sus bayonetas, cuando destrozaban las máquinas culpándolas de su pobreza, temerían sus horcas.

«Los mercaderes ingleses están llegando aquí con sus barcos cargados de mercadería —se decía melancólico—. Y los criollos aprendiendo la corrupción en las aduanas, venden lo importado a bajo precio, luego de eludir aranceles.» Las tiendas de Valparaíso estaban atestadas de mercadería extranjera, lo que venía a crear a los chilenos nuevas necesidades, mientras el país se empobrecía más y más.

—Vea usted cómo se rinde pleitesía al artículo importado —le decía su amigo don Manuel de Salas—, en perjuicio de nuestra artesanía. Pronto quedaremos atados a las naciones ricas. No se puede vivir fuera de la realidad nacional.

Detenido en medio del campo volvió a pensar en Isolda. Tendría que forjarse aquí el futuro, y subir de grado si deseaba

pedir su mano. Y a su patria no podía regresar. Había nacido cuando Napoleón iniciaba su vertiginoso ascenso, poniendo en jaque a las naciones europeas. «¿De qué le valieron sus triunfos y su gloria? La gloria termina siempre por pervertir al hombre», dijo, y lo invadió un gran desgano de vivir. Se luchaba por los grandes principios, por la libertad y la justicia. Pero los hombres fallaban tan lamentablemente. No supo entonces si seguía con fe en las grandes causas, o si sólo perseguía su conveniencia, su prestigio. Sus dudas tenían que ver con la confusa situación que se perfilaba en su país de adopción. No era lo mismo mirar desde Europa a estos pueblos en lucha por su liberación, que vivir sumido en sus contradicciones. Nada le quedaba de los sueños románticos que lo atrajeron al continente americano. Desarraigado de Inglaterra, tampoco pertenecía a esta tierra del Sur del mundo. No le quedaba ya más alternativa que ganar pronto galones de coronel. Aquí se golpeó la frente con un *hells, bells and buckets of blood*, al darse cuenta de que había olvidado decirle a su pequeña Isolda que volvería a pedirla en matrimonio. «Le enviaré un billete romántico antes de partir», se dijo, y emprendió el regreso.

Ya amanecía cuando entró al cuartel. El centinela dormía de pie, apoyado en el fusil. Se le acercó sigilosamente, y le disparó cerca de la oreja su pistolita de faltriquera. Él dio un salto con un mierda-carajo, luego se cuadró, y al hacer sonar los talones vio que estaba descalzo. Se puso las botas de prisa, y dijo un tímido «a la orden, míster, que diga Capitán. Disculpe, eché un sueñito». John rió con alivio, como si el soldadito indisciplinado, al enter necerlo, hubiera puesto fin a sus preocupaciones y melancolías. Se disponía a escribir el billete para Isolda, cuando recordó que no sabía el nombre de su padre, ni el de su calle.

«Tendrás que aguardar, pequeña —suspiró—. Pero no dudes de mi amor. Quizá seas tú el eslabón que me ata a la invisible cadena de la especie. Tú eres el amor. El amor que es capaz de hacernos olvidar la muerte. Te amo, y te amaré siempre... amén.»

Lorenzo había cubierto el espejo de las hechicerías con un deshilachado tapiz de Oriente: «Está saturado, por eso ningún Cupper cargó con él», decía. Después del desmantelamiento del caserón, el espejo fue a dar al cuarto de los trastos inservibles. Era bastante grande, entre el segundo y el tercer patio, como para recibir en vida de Laura sus muebles y tiliches de no tirar por-si-sirven. En tiempos de Palmira se llenó de cajas desfondadas y viejas maletas que contenían los papeles de varias generaciones. Canastos grandes que habían transportado la uva de Mallermo, estaban ahora desbordados de objetos, tules de los bailes de la década del veinte, lágrimas de la lámpara del salón, máquinas de escribir con la mitad de sus teclas, rimeros de fotografías —algunas con el sepia de comienzos de siglo, unidas unas con otras por los pegotes del colero de doble fondo de Laura, sus disfraces, sus chequeras (esas de no sé por qué siempre me equivoco en los saldos, que un día la llevaron hasta un calabozo), todo aquello en fin, que Lorenzo llamaba «residuos de existencia». Contrariamente a los acantilados que hablan en sus cortes de las edades ondulando en líneas superpuestas, allí los restos de la tribu se acumulaban en revolturas: un abanico de doña Ana Montes hermanado con los pinceles de Laura, el rosario de la abuela con las herramientas de Fermín y sus radios a galena y un zapatito de raso de los años veinte. Un califont vacío vomitaba bibelotes de la Pequeña, trozos de manguera, flores de organza marchita. Y las fotos pegadas, unían a un mariscal bigotudo de fin de siglo con Molly, carita de manzana en su andador, un paseo campestre al río Maipo con

mi madre y su Chabela Barros respirando oxígeno, sus esposos, Fermín y el tío Cucho, posando brazos en jarra ante sus respectivos automóviles, el «Chevrolet» y el «Essex», y, al fondo contra el río y los matorrales, el alboroto de chiquillos (en la dichosa infancia que «se nos muere sin dejar rastros»). Luego una serie de poses de Laura para su amiga fotógrafa, en Zarina, en dama flamenca, en Laura, y volando con velos en astral.

—Deja todo como está —recomendaba Lorenzo, pasando de prisa para no caer también en la tentación de hurgar en aquellos ríos de recuerdo—. Palmira, no perturbe el orden de los fantasmas...

«Estoy clasificando», se disculpaba ella. Pasaba horas revolviendo papeles, cartas, recortes de periódico, estampas de primera comunión y esos recordatorios de difuntos que atemorizaban a Lorenzo, guardados como en mazos de barajas en las cajitas de madera recubiertas de terciopelo de la abuela Teresa. Exhibían tétricos sepulcros, blanco sobre negro, ángeles de rostro pálido, leyendas que hablaban de sumirse en tinieblas, de reencuentros felices en el Juicio Final para el consuelo, y, abriendo el cuadernillo, la foto del difunto o la difunta, rostro apacible y satisfecho con las alabanzas que mandaron imprimir de prisa los parientes: vida intachable, generosidad a toda prueba, loable religiosidad, y una página completa de jaculatorias y cábalas de ganar indulgencias: tantas veces se repiten, tantos años salvados del purgatorio.

—Con el calendario inservible de los vivos —se burlaba Lorenzo.

Buscaban en esos conchales de los Cupper algún secreto de existencia dejado allí por los que cumplieron su ciclo del nacer al morir. Y cuando Lorenzo preguntaba y éste quién es, y esto a quién perteneció, Palmira respondía enumerando parientes, de generación en generación, hasta topar con don Luis Zeder y doña Ana Montes. Y sentía lástima de su Lorenzo, que no tenía dónde escarbar el pasado. Guardaba apenas uno que otro recuerdo de infancia, de los que le gustaba sacudirse en las vagancias por los caminos: un maizal maduro le recordaba la indita que derribó entre los surcos, y que se quejaba con unos ayes bajitos para que nadie acudiera a socorrerla. O eran los magros recuerdos de una infancia sin zapatos, un padre huido, vivir de allegados en un gallinero

conversándole a los pollos, y esperando a la madre que iba de casa en casa lavando ropa ajena para ganarse los centavitos. «Pero tengo los continentes sumergidos», decía él.

Los residuos de los Cupper ocupaban cada vez más lugar. Pronto empezaron a desbordar hacia los cuartos vecinos, y, creciendo como las guías de enredadera, cruzaron los corredores y se derramaron entre las matas de magnesia. Cuando pasaron hasta el cuarto de baño de los abuelos, Lorenzo se preocupó: «Seguramente copulan por las noches. Si nos descuidamos, nos invadirán los fantasmas, y tendremos que irnos de aquí», le dijo a Palmira.

—¿Dónde podríamos ir? —se inquietó ella— si hace tiempo que ya no estamos en ninguna parte.

—No se asuste, Palmira: la casa es grande y tardarán mucho en ocupar todas las habitaciones —la calmó Lorenzo.

A la hora del silencio dejaba su manguera de regar y llamaba a Palmira:

—Quédate quieta y cierra los ojos. Si aguzas el oído podrás percibir los trabajos del tiempo.

Y ella aprendió a distinguir entre el «ts-ts» de las polillas anidando en las telas, el «tctctc» de esos bichos que Lorenzo llamaba comejenes horadando puertas, y el «poc» de una teja de arcilla que caía blandamente y se desmigajaba entre los helechos del tercer patio. Y los «shjj shjj» del empapelado que se superponía sobre el adobe de los muros: se abría como las páginas de un álbum de recuerdos enseñando, bajo el papel color crema de Laura, los listados celestes de los abuelos y las guirnaldas de doña Isolda, y, por último, descubría esas heridas de clavo que escurrían una tierra negra y reseca con un ruido engañoso de brisa marina.

«Si logras horadar el silencio hasta lo más recóndito —decía Lorenzo— oirás la trizadura de un vidrio. Hay uno a punto de caer en la galería.» Agazapados en la sombra, aguardaban las señales: la trizadura ahondándose en un suspiro, la abertura de los labios del vidrio con silbidos apenas audibles y el jolgorio cristalino cuando caía sobre el piso embaldosado.

—Es lo mismo, pero a la inversa, que los milagros de la señora Irma en su campito del sur —le explicaba Palmira—. Sentada contra su estanque de concreto, con el sombrero pajizo y las piernas extendidas al sol, y la vista fija sobre los

terrones de su «trumao», aguardando que el primer brote rompiera el surco con un «pac» en su sembrío de lentejas para aplaudirlo alborozada.

Un día, Lorenzo se detuvo inquieto en el primer patio:

—Desertaron las palomas —se quejó.

Y con el corazón encogido, empezó a inventariar como Laura las decrepitudes del caserón, ahora irremediables.

—Las plantas siguen creciendo —le consolaba Palmira.

—Como las uñas de los muertos —decía él.

Decidió regalar el horno inconcluso a un amigo que podía sacarle provecho. Le apenaba verlo ahí arrumbado en el cuarto de los abuelos con ese aire de robot entristecido: macizo, cuadrado, parecía poco seguro con sus patas largas y delgadas. «Nos mira con rencor», decía Lorenzo señalando su ojo de cíclope en la frente, la abertura para espiarle el vientre, donde deberían cocerse los cacharros. Su nuevo dueño lo mandó buscar con unos cargadores de la Vega. Lo arrastraron con cuerdas por el primer patio hacia el zaguán entre gritos y maldiciones. El horno se les resistía como mula tozuda; clavaba sus pezuñas de hierro entre las baldosas rotas, se inclinaba como si se fuera a ir de bruces, y terminó volcado patas al aire como un animal muerto.

—Algún día tendremos un horno que funcione —decía Lorenzo con melancolía—. En este caserón, ni la gente ni las cosas prosperan.

—Así empiezan los grandes amores: se paralogiza uno —comentó Laura retomando sus trabajos de retoque en la marquetería del espejo, la noche siguiente de su visión de John cabalgando—. Se sabe cuando empiezan, pero no cuando terminan.

—Linda historia, la de ese encuentro. ¿La leyó en un diario de vida? Lo supongo, porque habla de detalles tan íntimos —dijo el huésped.

—Ya le dije que hay historias que se cuentan solas —murmuró Laura, mientras se llenaba de incertidumbre—. Hay cartas, algunos diarios, pero lo que le conté es un recuerdo.

Y arrodillada junto al espejo, retocando con el oro de su pincel, confesó que le preocupaban estos descalabros en su memoria. Olvidaba hechos cercanos, y en cambio se acordaba de estas cosas antiguas. «Bueno, no son recuerdos —se corrigió—, ¿cómo acordarme de lo que no viví? O estaba yo en la mente de mis abuelos, o están ellos en mi memoria...» Y riendo, le contó que, años atrás, cuando quiso consultar este fenómeno de sus falsos recuerdos, Fermín la retuvo. Le dijo que le pondrían camisa de fuerza si se ponía a hablar con tanta naturalidad de ese acordarse del siglo pasado, de sus teorías del tiempo dando vueltas y de las voces que retornan.

—Será un don —dijo el huésped, comprensivo—: es lo contrario de ver el porvenir.

—Pero, de una cosa estoy segura —dijo Laura, frotando la superficie del espejo para quitarle las salpicaduras de oro—, y es que Isolda amó a John hasta más allá de la muerte.

Y se quedó quieta, hurgando los abismos del espejo: estaba imaginando a Isolda abrazada a John, pero no pudo evitar ver al bisabuelo Blum remplazándolo en el abrazo, y, como si no bastara, le pareció que —sin su quitasol de encajes, pero con un par de alitas— pasaba allá en las honduras, entre luces celestiales, entregada a su romance con Théophile Gautier.

«Bueno —pensó, disculpándola— quizás el amor sea uno solo, siempre el mismo, que se va introduciendo en el próximo, y en otro y otro...» Y desvió los ojos hacia la chimenea para fijarlos en la mirada azul celeste de su maestro: «Querida, vive el presente, recuerda que siempre estamos a punto de volver a empezar.»

—Eso solía decirme —dijo en voz alta.

—¿Quién, señora Laura?

—Boris. Que no me hundiera tanto en el pasado. Pero ahora él sabe que el amor es lo único que derrota al tiempo.

Y él, desde la otra orilla del espejo, naufragando a pesar suyo en las aguas de nostalgia de Laura, se acordó de su herida de amor. Un amor inconfesable.

—Cada caso es distinto —comentó—. Y como dice Proust, los mejores paraísos son los paraísos perdidos. Porque la persona a quien yo amaba —balbuceó, sin precisar el sexo de la persona—, a quien todavía sigo amando... —Y su voz se perdió.

Laura ya no le escuchaba.

—Me va a creer loca —dijo—, pero sentí deseos de contarle algo... —Y partió en busca de unas cajas de cartón desbordantes de papeles.

—Nunca lo sentí tan cerca como cuando regresó a darnos sus clases póstumas —dijo, enseñándole unos cuadernos y hojas sueltas, garabateadas a lápiz por Vera en trance, con algunos croquis en los márgenes—. Es que vivimos siempre tan alejados por la geografía. Pero la muerte es una ausencia que borra las distancias.

Él la miraba sin entender. Alisaba las páginas como acariciándolas, y su sonrisa era doblemente dulce, por el secreto que estaba a punto de revelar.

Boris había muerto en su casita de Cagnes-sur-mer, luego de pintar su adiós a la primavera en un durazno en flor. Fue poco después de su segundo viaje a Chile —cuando se habían despedido en silencio oyendo a Mendelssohn en el sofá de

junco dorado—. «El que tengo en el salón», dijo Laura, y se quedó muda, preguntándose dónde andaría ya su maestro. Quizás escalando la vía láctea.

—Cuando alguien acaba de morir, no puede comunicarse con este mundo —le dijo a su huésped—. Ni tampoco una vez que ha llegado al séptimo cielo. Claro que con nuestra medida del tiempo son conceptos muy vagos. Nunca se puede saber.

Pero, de algún modo, durante aquel ciclo de los siete cielos, el maestro se había presentado en su taller para darle a ella y a algunas ex alumnas suyas de Bellas Artes, unas clases póstumas. Se hizo anunciar para no asustarla: «Mañana por la noche viene...», le advirtió Vera. Fueron varias las sesiones, y Vera, dormida en la *chaise-longue*, tomó sus dictados. Boris acarreó con algunos pintores para formar, les dijo, «una pequeña academia fantasmal». Uno se llamaba *La Escalera*, otro *Camisa blanca de los deseos pasados por ti*. Vino Juan Gris, Roger de la Fresnay y otros que Laura no recordaba.

—¡Grandes maestros de la pintura! —dijo. Y al notar la expresión de estupor de su huésped, lo reconfortó—: No es fácil acostumbrarse a lo extraordinario.

En seguida, le contó que Modigliani se había excusado de participar en la academia, pero que había venido en nombre suyo Jeanne Hubertot, su gran amor y su modelo. Le mostró en una de las páginas del cuaderno el croquis de Jeanne desnuda, tal como estaba en una de las telas de Modigliani, trazado por Vera a ojos cerrados y en trance, según las indicaciones de Jeanne, como si ella hubiese querido estampar ahí su firma.

—Lo conocí en Venecia, durante mis vacaciones. En esos años yo estudiaba pintura en la Escuela de Bellas Artes de París...

La voz de Laura, leyendo, se esfumó como cuando le asaltaban sus reminiscencias: se vio de pronto tan nítidamente en aquella Venecia de los años treinta, posando en la plaza San Marcos con Fermín enfocándola para las instantáneas, gritándole entre esa apretura de turistas: «hijita no frunza la boca, no arrisque la nariz, no hable pues, más natural, la boca cerrada, bueno ya, no me discuta, póngase como quiera», y el redoblar de campanas y el «clic, clic, clic», y ella agachada, asustada por el vuelo de las palomas. Dos gruesos lagrimones cayeron sobre el croquis de Jeanne Hubertot.

—¿Es por su maestro ruso? —preguntó tímidamente el huésped.

Ella tardó en responder. Luego dijo con una sonrisa pícaro:

—¿Conoce esos canastitos de crin que hacen las artesanas de Rari? Hay uno grande —indicó separando un poco las manos ahuecadas—. Usted lo destapa, y hay otro adentro. Vuelve a quitar la tapa y hay otro. Y otro, hasta uno diminuto en el centro. Bueno, ¡así son mis recuerdos!

Y le explicó que, por debajo de los amores de Isolda que había visto en el espejo, había recordado su amor por Boris, y más adentro, releyendo sus dictados póstumos, estaba Jeanne Hubertot amando a Modigliani, y con ella se había trasladado a Venecia, y allí se encontró con Fermín fotografiándola entre las palomas, lo que era, no sabía por qué razón, una imagen recurrente.

—¡Cómo quiere que sepa por quién derramo mis lágrimas! —concluyó, sonriendo y enjugándose las con el delantal manchado de oro—. Bueno, sigamos leyendo —le invitó.

«Lo vi en una góndola, pálido de frío y tan solitario... —decía la letra temblorosa de Vera-en-trance—. Le reconocí por habérmelo cruzado a menudo en Montmartre. Me acerqué, y le eché mi pelerina sobre los hombros. Alzó los ojos. ¡Era tan bello! Supe que nunca me iba a separar de él.»

—Lo quería entrañablemente —comentó Laura—. Ella lo llamaba su *Modí* y su *gran souffrant*, su gran sufriente. Decía que su muerte había sido un suicidio, y que ella no lo pudo soportar. Contaba: «El día de su entierro, había muchísima nieve. Yo seguía el cortejo, no había más de cuatro o cinco amigos, con un vestido rojo muy delgado que me dio él para una navidad. Al regresar del camposanto, entré en una farmacia a comprar veneno para las ratas...»

—En verdad, no se envenenó, dicen que se lanzó por la ventana del pisito donde vivía con él. A menos que lo de tomar además un veneno fuera una precaución, para no quedar «a medio morir saltando», como decía mi mamá *la Pequeña*.

—A medio morir saltando, ¡es un dicho de mi mamá! —dijo él y empezó a reír con una risa incontenible para aliviarse del asombro—. No lo tome a mal —le rogaba—, pero no me puedo detener.

Y Laura no se ofendió. Los difuntos que la visitaban, solían llegar envueltos en una atmósfera jovial. Y por creer en la

reencarnación, le daba a la muerte un carácter de ausencia transitoria. O el mismo contacto tan asiduo con los espíritus le quitaba a la muerte su connotación trágica.

(Lo que Laura no pudo contarle al huésped, porque aún no había ocurrido, es que tenía ya tan borrados los límites entre este mundo y el otro, que se equivocó en la hora de su tránsito: cuando antes de morir, se nos quedó postrada en su lecho días y días, inmóvil y ausente, le rogamos a Vera Lamor que de algún modo se comunicara con ella para saber si estaba sintiendo, o sufriendo en aquel remedo de vida. Vera la vio en sueños, y contó entre riendo y afligida: «Es tan distraída que se cree muerta antes de tiempo... La vi pasear por unas rocas con un vestido azul de lunares, del brazo de la querida Chabela Barros, que murió ya hace tanto. Se veían las dos muy felices. Pero, tuve que avisarle: «Laura, hija, si todavía no te has muerto...»)

El huésped, encaramado en un escaño, estaba en el salón martillando clavos para colgar el espejo, y Laura había ido de atrás con sus papeles. Entre golpe y golpe, él la acosaba a preguntas: que qué se siente al estar en contacto con los espíritus, que si alguna vez les ha preguntado qué ocurre en el otro mundo. Y ella que sí, pero «son muy reservados en ese punto, baje el espejo de este lado... un poquito más... O a lo mejor no saben explicarnos lo que pasa con la muerte, porque no hallan las palabras adecuadas en nuestro modo de hablar, enderece un poquito de este lado... una pizca, no tanto, ¡ya...!». Y le confesó que tampoco era tan extraordinario hablar con los espíritus, que a veces decían puras leseras, igual que los vivos.

—Pero, usted, ¿de veras cree que los muertos mueven la mesa? —preguntó.

—La mesa la mueve nuestro magnetismo —dijo Laura— y si los muertos se valen de ese medio para comunicarse con los vivos, ¡quién puede saberlo!

—Entonces, cuando vino su maestro ruso...

—Eso fue con Vera escribiendo en trance —corrigió ella—. Y estoy segura que vino cuando ya andaba en el otro mundo, porque nos dijo: «Boris Grigoriev, gran artista en la tierra, pequeño muerto en el cielo...» *Petit mort au ciel* —repitió con inmensa ternura—. Además, en sus clases se nota su evolución, la sabiduría de alguien que ya cruzó los umbrales —dijo al-

zando los brazos—. Y no ponga esa cara —agregó, viendo que él escuchaba con la boca abierta.

Laura no entendía que la gente fuera cayendo así de asombro en asombro con algo que para ella era la cosa más natural del mundo.

—Nadie en mi familia se sorprende cuando hablo de estas comunicaciones. Mis hijos, menos que nadie.

En verdad, desde que abrimos los ojos vimos a la mesa golpear mensajes, lo mismo que veíamos a Fermín transmitiendo en su aparato de alambritos el ce-e-ka, ce-e-jota, raya punto raya, cambio y fuera. Y cuando se nos aclararon las primeras nebulosas de la infancia, inventariamos: mesa de tres patas, mueble de hablar con los muertos. Muertos, los que conversan con la mamá y sus amigas. Así como por la afición que tenía Laura por los disfraces, habíamos inventariado: Beethoven, mi mamá cuando se sienta a tocar el piano con un abrigo del papá y los ojos cerrados. Quizá Laura había notado su parecido con la mascarilla mortuoria del músico, porque, siempre que lo imitaba, se cuidaba de despejarse la frente y bajar los párpados. También se transformaba en mitad de una tertulia en mendigo ruso, anudándose la melena bajo el mentón y cubriéndose de harapos, o en Leonardo con la barba y sus atuendos de pintor florentino. Pero Beethoven era el más frecuente, tanto que no nos llamaba la atención si sus amigas, al cruzarnos en la calle, en lugar de preguntar «cómo está tu mamacita», preguntaban con ojos maliciosos, «dime, niñita, tu mamá ¿se sigue disfrazando de Beethoven?» «Debe ser hereditario —decía Laura— porque mi mamá cada vez que tiene un poco de fiebre, recita enteras las comedias en francés que representaba con sus primos. Soy una actriz frustrada.»

—¿Cómo llegamos a hablar de los disfraces? —le preguntó al huésped, con el cuaderno de las clases póstumas en su falda. Y se acordó de sus hijos—: No es malo para los niños ese contacto con las cosas del más allá. Al contrario, les hace perder el miedo a la muerte.

Y cuando él le preguntó si ella temía a la muerte, porque él sí, y mucho, Laura le dijo que para qué asustarse por algo tan natural: «Aquí se entra en la existencia al nacer, y acá se sale al morir», dijo, trazando la ruta del hombre con gesto enfático sobre la cubierta de la mesa, y derramando el cafecito que se había servido el huésped con las raspaduras de una

lata de café instantáneo. Luego de secar con la manga los paños mojados, le leyó la primera clase póstuma de Boris:

«Mis queridas amigas, ahora me voy a referir a una pintura más espiritual, ya saben bastante de técnica. Simetría es algo perfecto, pero sin el movimiento no vale nada. Dios es movimiento, equilibrio. El equilibrio de las esferas, queridas mías, del universo y de los sentimientos está subordinado a una ley de unidad que es la ley del AMOR. Un gran artista pinta dentro de esa ley. Si no lo hace, es un cretino. No hay que hacer cosa alguna sin estar impregnados de esa poesía que es el amor. Cuando un pajarillo le canta a un rayo de sol que se abre paso entre las nubes, está dentro de esa ley. Cuando Carmen Lamor quiere llorar, pero sonríe para no entristecer a los demás, está bajo esa ley. Cuando Laura llora con un sentimiento profundo de piedad hacia un sinvergüenza que le ha hecho un daño, está bajo esa ley.»

Aquí, Laura, emocionada, acotó: de no haberme hecho notar que lloro por la gente que me ofende, ¡ni yo misma lo hubiera sabido! Tomó aliento y prosiguió: «Pinten lo que sea, y se les dará sólo el sentimiento: de las flores pinten el perfume, se da por la armonía del color. Hice en Chile unas Gouaches de montaña y cordillera. Era poético, era dulce, ¡por la dulzura de tenerte cerca, Laura!» Le tembló ligeramente la voz, pero no se detuvo. «Los primitivos pintaban telas profanas y hacían telas santas, pintaban por amor a Dios.» Y fue saltando páginas, leyendo a trozos: «Fabriquen sus colores, pinten con aceite, con tierra, con el azul del cielo, pero pinten siempre con sinceridad.» «El Cubismo es la tapa de una época. Los Impresionistas querían hacer instantáneas, detener el movimiento, ¡en lugar de entrar en el movimiento! Los cubistas creyeron que la eternidad era estática. El nuevo pintor Boris Grigoriev viene a decirle a sus discípulas: la eternidad es movimiento. El movimiento del alma, es el amor. ¡La primavera, qué belleza en Chile!, pinten las estaciones, las horas, pinten todo el tiempo, cuando despierten, cuando caminen, cuando miren los árboles: recojan todo y guárdenlo dentro del alma, para trabajarlo luego.»

Y entonces Laura añoró tanto la presencia de su maestro en este mundo, que fue por las cartas que le había escrito, de verdad, con su mano. Lo quiso, de carne y hueso, aunque fuera lejos y en el recuerdo.

Y le leyó a su huésped una de las cartas que le había escrito Boris desde Buenos Aires, a poco de dejar Chile, la segunda y la última vez que vino:

«Querida Laura, me dice mi mujer que escribe usted unas cartas muy tristes, que le parece que allá todo el mundo está muerto. ¡Son mis malas influencias, querida! Trabaje con fuerza o perderá a sus amigos, y no tendrá además ninguna satisfacción. Si quiere realizar cosas extraordinarias, debe trabajar mucho. Con los pinceles, con las cucharas, con los dedos si le parece, pero ¡pinte siempre!, día y noche. Y olvide el resto. Usted es muy valiente y siente de forma artística. Así es que no le queda otra alternativa que trabajar. Vaya siempre a la luz por el color. Olvídese de las sombras. Haga la materia por la diferencia de la técnica. Es todo, querida Laura. Escríbame.»

—A la luz, vayan siempre a la luz por el color —suspiró Laura, buscando otra carta en su nidal de recuerdos.

«Estoy en un café, tomo soda, no duermo, no como, pero pienso mucho. Pienso en Rusia. Hoy es un día gris, se ven bien los tonos, los colores del otoño. Aquí, en Buenos Aires, cada rincón es magnífico. Pero no puedo trabajar, porque estoy todo el tiempo ¡borracho! Caí bien en esta ciudad, me hacen recepciones, me llevan a las “peñas”. Pero estos negocios no me agradan. ¡Derramemos nuestras lágrimas por otros motivos! Lloro a menudo, porque la vida es tan dura en todas partes. Y para hacer algo por el bien público, hay que convertirse en un idiota, en un asesino de los sentimientos...»

Y siguió con los escritos póstumos, como buscando un contacto más estrecho con su maestro en el limbo del ser y del no ser, de estar tan lejos y tan cerca: «No estén inquietas, esperen el arco iris y él vendrá por la ventana abierta.»

—Es como si me lo estuviera diciendo ahora, para reconfortarme —murmuró.

«Hablemos de ser artistas o nada —decía en otra página—. ¡Vivir para pintar! ¿Pintar para vivir? ¡Un crimen! Prometimos jugar a Dios: crear. No hay nada grande mientras el hombre no pierde la razón. Rembrandt, Van Gogh: he ahí a los maestros. Uno construía con la luz, el otro con el color. Y Buonarrotti con las formas. Gran belleza, arquitectura del alma. Como la de los músicos. Y pueden ellos ser Wagner o Gluck, o un pastorcillo que silba en el Peloponeso. Todos ellos no

hacen sino estirar la mano hacia el centro del azur, y luego regresan a la tierra y cantan...»

Laura calló. Los papeles habían quedado esparcidos por todas partes. Se desplazó con gestos lentos, fijando la vista aquí y allá. «Andará vagando en astral, en compañía de su maestro ruso», pensó el huésped sin atreverse a abrir la boca.

Y cuando la vio pasar sus dedos por las junturas del sillón y del sofá, como si acariciara a un ser invisible, imaginó en su candidez, que Laura se entregaba a extraños ritos.

—¿Ha visto mis lentes? —preguntó ella—. Creo que los espíritus me los esconden para que no me envíe rumiando en estos papeles.

Y buscando en su caja de cartón, dio con una hoja delgada, tan lánguida y transparente como esos pétalos de rosa olvidados entre las páginas de un libro. «Debe ser una carta escrita en el otro siglo», dijo, tendiéndosela a su amigo para que leyera la fecha.

—Es de 1829 y está escrita en francés —dijo él tratando de sostenerla en sus manos, sin que se le esfumara.

La colocaron sobre una hoja en blanco y, frunciendo sus ojos fatigados por haber perdido los lentes, Laura leyó:

—*John, mon amour, je ne sais pas si...*

—Dejémosla para mañana, mis ojos ya no dan para más —suspiró.

(DE ISOLDA A JOHN)

«John, mi amor, no sé si tendré con quién enviarte estas letras, escritas en mi angustia al verte partir. Tus últimas palabras me llenaron de aflicción. Más que tus palabras, lo que leí en tus ojos: te ibas a la lucha sin fe, odiando esta guerra civil, sabiendo que nada tenía que ver ella con tus ideas. Ah... esa lealtad... Perdona, amor, pero pensé que también a tu familia se la debes, no sólo al General Freire. ¡Vámonos pronto de este país! Sé que a Inglaterra no deseas regresar, pero el mundo es ancho, y yo ¡te seguiría hasta los infiernos! Mi amor, estoy desesperada. Aún si tuviera con quién enviarte esta carta, creo que no me atrevería a hacerlo. Para qué perturbarte más aún con mis tribulaciones.

»Me duele pensar que llegaste a Chile deseando servir una causa noble: ya entregaste tu contribución a la independencia. Y ahora, ¿dónde podrías ir? Me ha dicho mi padre que el Libertador Bolívar, a quién siempre quisiste seguir, se encuentra confinado, lejos de su patria, repudiado y traicionado por sus propios generales. En fin, para qué hablar de eso, si me obsesiona una sola cosa: tu partida, hoy, de madrugada. Te veo saliendo del cuarto con aquella luz mortecina que acentuaba tu palidez, y escucho tus ruegos de no perder la confianza, que volverás pronto, sano y salvo. Me hace llorar tu última frase: "La muerte no existe, mi pequeña. Y si esta vez tardo en volver a tus brazos, sólo debes pensar que mi ausencia será más larga. Búscame entonces en las horas felices que tuvimos la dicha de compartir..."»

Cuando Laura, avanzada la noche, se hallaba sumergida en esos papeles suyos de recordar y sufrir flotando en un tiempo sin tiempo, quedó súbitamente a oscuras. El foco de aluminio con alto pie de las fotos de interior de Fermín se apagó por cansancio. Quizás un cortocircuito, pensó ella, de tanto usarlo así, con la pantalla colgando como una flor marchita doblada sobre su tallo.

—Y todas las ampolletas eléctricas de esta casa ¡quemadas! —dijo.

Buscó en los cajones del mueble del repostero un cabito de vela, ese del por-si-tiembla, para correr con algo de luz a quedarse bajo un dintel. En la oscuridad, sus dedos tropezaron con pitillas, migas de pan, cajas de fósforos vacías, cuchillos rotos (¡qué desorden, Dios mío!) Así es que a oscuras se metió en la cama.

—Mañana salgo a primera hora a comprar material eléctrico. ¡Ya nada funciona en esta casa! —suspiró.

Pero, al día siguiente, se «le fue pasando la hora». Finalmente, al salir a la calle se encontró en la puerta con un viejo en harapos que le preguntó con voz muy dulce, si la señorita linda tenía algún trabajito para él, «que a todo le hacía, a la construcción, a la albañilería, a la electricidad...» Laura abrió mucho los ojos («alguien me lo manda...»), Pero guardó silencio: «es un vagabundo, no inspira mucha confianza», pensó.

Y él, presintiéndolo, se tocó la ropa y le dijo: «No me juzgue por estas «pilchas». Sabido es que cuando al hombre le viene la mala, le cuesta mucho levantar cabeza. Sobre todo, porque, ¿cómo le dijera?, lo primero que se le descompone es el aspecto.»

Laura, compadecida de este decaer consciente, le dijo que no se preocupara, que el aspecto era lo de menos y que quizá,

buscando, hallaría una chaqueta vieja por ahí para dársela. Y que tenía un trabajo para él, de electricidad, sólo que los desperfectos estaban en altura, y no sabía si se iba a atrever a subir a los encatrados que tenía en lugar de la escalera ya inservible. Y rieron juntos de la decadencia de las cosas, «que envejecen con uno». Porque «el que ha tenido antes buen pasar, sabe lo que se necesita para mantener decentemente un hogar en... money», dijo, haciendo gala de cultura. Y animado por la voz cariñosa de la señorita linda, empezó a enseñarle unos papeles gastados y mugrosos como su ropa que llevaba consigo. Éste probaba que era casado por las dos leyes, este otro que había enterrado a su esposa «muy buena y muy sentida...» Luego, el papel que acreditaba su rehabilitación del alcoholismo. «Cosa de los vapores del alcohol etílico, que nos afecta a los carpinteros...» Otro contaba del encierro de un chiquillo, por aficionado a lo ajeno. Y por último uno que probaba que «él, era él», claro que la foto era antigua, de quizá cuando, «no se crea si en mis tiempos le hacía latir el corazón a las mujeres». Y como Laura escuchaba con atención sus historias, pero no se pronunciaba sobre el trabajo de electricidad, sacó de entre sus harapos el tarrito, una lata de conservas vacía, la de pedir «sobras». Laura se acordó entonces de ese eterno guiso de charquicán que le venía durando ya tres días. Pero, tendría que calentarlo, y eso significaba hacerlo pasar mientras iba hasta la cocina del tercer patio. No podía dejarlo afuera, ni estar segura de su honestidad, si lo invitaba a entrar. Pero él ya había cruzado el umbral y avanzaba por el zaguán rogándole que le mostrara el desperfecto. Sólo entonces Laura le notó el brillo en los ojos, el andar vacilante, y recibió en pleno rostro el vaho a vino agrio y revenido que despedían sus «pilchas».

—Espérese... —le rogó—. Si quiere ayudarme, tendrá que volver mañana. Y vuelva «sano», o se caerá del encatrado al cambiar las bombillas de los corredores. ¡Están muy altas!

Y él agradeció la confianza, por eso de «sano», y volvió a su sitio entre la puerta y la mampara. Le dijo que para qué le iba a decir una cosa por otra, que en verdad se había mandado al cuerpo sus buenos «cañonazos», afligido por la muerte de un amigo. Y, besándose el pulgar, juró que regresaría sano al día siguiente, que era... Por diferentes razones ni él ni ella sabían cuál era ese día siguiente. Olvidada ya de sus pudores,

Laura le invitó a esperar, ahí sentado en las gradas y entró en la casa con el tarrito, cerrando la puerta con suavidad para no ofenderle. Mientras calentaba el charquicán —que no le notara lo rancio— buscó entre las ropas y halló un abrigo del abuelo Felipe. Le vio alejarse contento por la calle de las Monjas Rosas. Pero, se dio cuenta que ya era tarde para ir de compras. Y ese día siguiente resultó ser domingo. No lo hubiera notado de no ver cerradas las tiendas y mucha gente saliendo de la misa en la plazoleta de Santa Ana. A punto de volver a la casa, divisó una campesina de trenzas que lloraba a mares sobre un precioso ramo de ranúnculos. Más que compadecida por las lágrimas, se le acercó atraída por aquellas flores. Al verlas, se le había encogido el corazón, no sabía por qué.

—¿No estará regando las flores con sus lágrimas? —le preguntó a modo de consuelo.

Y nuevamente tuvo que escuchar una larga historia de mala suerte y abandono, que no estaba casada sino «así no más», que el hombre que tenía era tan «idiático» que por un disgusto la dejó de a pie, volviendo en la carretela a Talagante, y sin un cinco. Que si la señorita quería comprarle las flores que traía para una comadre, pero que ya no podía llevárselas al cementerio, que necesitaba el dinero para irse a Talagante... Laura tenía ya abierta la cartera, y se apoderó ansiosa del ramo, sintiendo que aquellos ranúnculos le habían pertenecido desde siempre. Al tomarlos, se llenó de dulzura. Caminó con paso ligero, comiéndose unos quesillos frescos que compró para no tener que guisar el almuerzo, componiendo mentalmente el bodegón con ranúnculos. Al llegar fue por un jarrón de porcelana para disponer las flores, y las puso sobre una mesa verde, «de un verde horrible», como decía ella. La cubrió con un tapiz mapuche, viejo y desteñido, cuyos tonos armonizaban bien con los pétalos de los ranúnculos. Llenó de agua el jarrón mientras gozaban mirándole su albura y la elegancia de su forma. No cupieron todas las flores a pesar de la boca ancha, así es que dejó caer algunas sobre la fuente china color crema —uno de sus objetos heredados de Misia Luisa, recibidos por ella «del Micado en persona». Armó el caballete mientras juzgaba la composición, y fue a buscar un trapo oscuro, «neutro», para el fondo. Al arreglar las flores en el jarrón, se esparcieron algunos pétalos sobre el tapiz, y

tuvo nuevamente un encogimiento del corazón. Un destello fugaz que le mostró el cuadro ya terminado la llenó de inexplicable nostalgia:

—Vaya, me estoy adelantando a los hechos —dijo— en lugar de sumergirme como siempre en el pasado...

Y consciente de que algo amargo y dulce la rondaba hizo el trazado a carboncillo. Aplastó sus tubos de óleo en la paleta, el vermellón, el tierra de Siena, el amarillo, tonos que iría degradando según la gama delicada de los pétalos. De pronto, se quedó inmóvil, con el pincel en el aire, asaltada por uno de aquellos recuerdos tan vivos que remedaban la realidad y se confundían con el presente: como un film de la Pathé Baby de sus hijos, con el movimiento mal ligado, y en blanco y negro, se vio entrando en un salón de pintura, un vernissage, seguramente, porque iba elegante con un traje oscuro y sombrero con velito. Estaba llegando gente a mirar la exposición, y ella se afanaba con unos cartelitos para sus telas. En uno escribió con letra inclinada: «Jarrón con renúnculos» (ella siempre los llamó renúnculos). Alzó los ojos y vio el cuadro, enmarcado ya, y su visión se llenó de colorido. «No puede ser, ¡me disponía a pintar la misma, exacta, naturaleza muerta!», exclamó desconcertada, admirando el ramo esplendoroso, la blancura del jarrón de porcelana, el tapiz mapuche, los pétalos esparcidos y la fuente que contenía los renúnculos sobrantes, y ella misma, desdoblada en su recuerdo, fijando el cartelito al lado de la tela. Aunque el hecho de haber olvidado por completo que había pintado aquella misma composición le pareció insólito, la impactó más aún la viveza de aquel recuerdo: «Algo funciona mal en mi memoria», murmuró dejándose caer sobre la *chaise-longue*. Trató de acordarse, dónde estaba aquella tela: «¿La regalé para una boda? ¿La cambié por sombreros a las mellizas Bombal? ¿Cuánto hace que la pinté? Entonces, como succionada por el tiempo, empezó a retroceder de año en año hasta aterrizar en el taller de altillo de la casa contigua: el que tuvo en una época tan linda, cuando todo era esperanza y nadie se había muerto. Era uno de los cuartos de la construcción en altura del tercer patio donde estaban los dormitorios para la servidumbre. La habitación era amplia y Fermín había hecho abrir un ventanal de lado a lado, para que tuviera buena luz. Suspirando y sabiendo que iba a sufrir se dejó arrastrar hacia aquellos días. Su taller era un nidito

lleno de sol, visitado por las abejas, sonoro del trinar de los pájaros. El ventanal se abría sobre un pequeño patio empedrado, destinado a lavar y colgar la ropa. A un costado, el muro verde de altos bambúes; y al fondo, el gallinero enrejado, el que servía para sus vaciados en yeso, preparación de telas, batick, títeres de papel maché, todo lo que ensuciaba el piso, que para criar pollos estaban la abuela en el jardín de al lado.

Demoró de intento la entrada al taller, temiendo que se desvaneciera aquel espejismo de estar ahí, tan de veras. Empujó la puertecita crujiente que se atascaba en invierno con la humedad de las lluvias y se detuvo temblorosa en el umbral: recibió una ráfaga de aromas: trementina, pintura al óleo, tibieza de sol recalentando el cuarto, o de la estufa a parafina donde ronroneaba la tetera, se calentaba la cola para preparar sus telas, y algo de olor a agua rancia de sus flores para los modelos, de la fruta a medio podrir de las naturalezas muertas sin terminar. Fuera lo que fuera, reconocía ese racimo de olores, que no era igual al de sus otros talleres. Y la luz, era la luz de entonces, tan limpia, tan tierna por el amor que ponía en su pintura. Avanzó, siempre asustada de dar ese paso en falso que la sacaría de allí para devolverla a una *chaise-longue*, donde estaría una Laura de cabello cano, desdoblada o dormida. Miró un óleo antiguo, el árbol de la chacra de Renca, sombrío, acusando la técnica primera, la de su don Juan Francisco. Y el más lindo de sus trabajos: una niña, casi de cuerpo entero, su pequeña Lola con un delantal rosa-coral, esos del canesú siempre mojado: «Señora Mima, delantal chupado, calzones abajo, zapatos pisados...» Sus grandes ojos oscuros, bordeados de románticas ojeras, le daban un aire de señora de comienzos de siglo. La vio posar con el lirio morado entre las manos, y revolviendo esos grandes ojos sin atreverse a pedir tregua. Sabía que dentro de un instante empezaría a desmoronarse: «Endérecese, señora Mima, señora Mimicho...» Pero ella seguía deslizándose hasta quedar hecha un ovillo en el suelo. «Habíamos quedado en que me posaría un ratito esta mañana...» Entonces, ella estallaba en llanto, y no cesaba de hipar hasta que Laura la sacaba del cuarto del suplicio y la iba a dejar al jardín. Y ahí se quedaba quieta, chupando el canesú de su delantal en señal de protesta. Y, ¡ay del que se atreviera a hacerle una broma! Se engrifaba como gato, y su llanto se trans-

formaba en una de sus famosas «pataletas», aquellas que no tenían fin hasta que la niñera se decidía a sumergirla en una tina de agua fría. Descartada la señora Mima, Laura fue en busca de Palmira. Le había dado permiso para faltar al colegio siempre que estudiara su lección de piano y le posara después del almuerzo. «Ya sé, se le derrumbó la señora Mima», dijo dejando sus escalas. Y fue en busca de su libro, *Le Journal de Marguerite*. «Es que en todos los retratos, aparece leyendo», se quejó Laura. Y decidió que avanzaría en el retrato de Molly. «Entreténgala para que se esté quieta», le dijo. Y llegó saltando la pequeña Molly, con sus tules color cielo desgarrados de trepar con ellos al limonero. Sus tules y collares de princesa de Vilma. «Es seguramente una princesa rusa reencarnada» decía Laura, luego de ubicar a Vilma en el mapa. Molly posando con una manzana y las mejillas relucientes, el pelo rubio y lacio lleno de cachirulos de papel.

Se detuvo finalmente ante su antiguo caballete de madera rústica, contra el ventanal. Ahí estaba, el jarrón con renúnculos, inconcluso, cuando aún no tenía nombre. Tomando la paleta, se miró de reojo en un espejo sin marco, el de los autorretratos. Se complació un momento ante su piel tersa, su hermoso cabello castaño recogido en ese moño siempre a medio caer, los ojos de un verde limpio y la boca bien dibujada y sin cansancio en las comisuras. Le agradó la mirada segura y determinada de «mañana empiezo esto, pasado, tal cosa, el año próximo, veremos...»

Oyó crujir la escalera enclenque y reconoció los pasos fatigados de la cocinera, la flaca María Luisa. «Viene a incomodarme, a que le disponga el almuerzo...» Apareció en la puerta y dijo: «¿Qué vamos a hacer al fin de segundo?» Era muy orgullosa, nunca le decía señora al terminar sus preguntas. «El patrón ha de estar por llegar.»

—Haga tallarines, eso es rápido —respondió ella sin apartar los ojos de su paleta.

—No quedan fideos —dijo la voz agresiva—. Tampoco hay harina, y azúcar queda un pichintún. Va a tener que hacer el pedido.

Notó ese tono triunfante de «usted sabrá hacer cuadros, pero de llevar una casa no sabe ná. Mejor el patrón».

—Bueno. Haga arroz graneado —dijo Laura, mezclando los ocre y los amarillos.

—¿Dónde se ha visto? —respondió la voz rencorosa—. El arroz no es guiso, es acompañamiento.

—Acompañe el arroz con una tortilla de zanahoria.

—¿No se acuerda que hoy no es ná miércoles?

(«Miércoles»: el día en que Fermín que odiaba las zanahorias —y las beterragas y las acelgas, todo lo que resplandecía de color en las fuentes de Laura— iba a almorzar a casa de su madre. Vio a la abuela Errázuriz, con sus pelos colorines ya encaneciendo, chiquita y sonriente, saltándole al cuello a su negrito adorado, el que reemplazó al esposo perdido prematuramente. Fermín a los veinte años lo había acompañado a París a operarse de bocio, y allí se le había muerto. Se quedó un momento en la casa de altos de la calle Ejército, sonriéndole a la adorable Lucha, una de sus cuñadas, y oyó el piano, ese estudio de Chopin, *La Revolución*. Las escalas musicales la trasladaron al saloncito oscuro y fresco del sol de la Concordia, en Cauquenes de Maule, y más allá, las vegas soleadas, las viñas, y todo lo que fijó en sus telas: la casita de los pavos, la Paulita con su maraña de arrugas, la Lucrecia con una sola trenza gruesa color caoba, el tontito, las lomitas suaves y ondulantes sin las cimas de la cordillera, los álamos del camino... el del paseo en los atardeceres con ese rito de campo, y ese olor a verde... ¿O era Mallerme? Todo es lo mismo. Un paisaje va entrando en otro, lo mismo que las personas, lo mismo que los amores... Se detuvo en seco, y llamó en su auxilio a la María Luisa.

—¿Entonces qué quiere que haga de segundo? —preguntó la voz.

—Haga lo que quiera.

Oyó crujir la escalera con los pasos fatigados en las zapatillas de franela escocesa. Sintió piedad y le gritó, adelgazando la voz: «Póngale al arroz unos huevos fritos...» Y se quedó frente al caballete rezongando por esa diaria esclavitud, tan sin asunto, de disponer las comidas. Y eso que decía Fermín de que anotara en un cuaderno un menú para cada día de la semana, no servía porque luego se presentaba la María Luisa a decir que hoy no se puede hacer alcachofas porque no las venden en este tiempo. Mientras retocaba los pétalos con el tono justo, un vermellón recién comprado, sonó la campanilla de la iglesia en el tercer patio. Era Fermín, que recorría la casa anunciando el almuerzo, y con una campanilla bien rui-

dosa, «que no diga hijita que no la escuchó».

«Qué barbaridad cómo se me pasa el tiempo», iba diciendo ahora por las escaleras, limpiándose los dedos sucios de pintura en su delantal color arco iris. Cuando entró en el comedor, se dio cuenta de lo que había tardado en desprenderse de los pétalos de los renúnculos: ya estaba frente a su puesto, junto a la cabecera donde presidía Fermín, con la torre blanca de platos apilados, unos sobre otros, tapados para que no se le enfriara el almuerzo.

—No diga, hijita, que se le pasó la hora porque nadie lo va a creer —decía él, sonriendo de muy buen humor.

—Otra vez comida blanca —suspiró al destapar la torre de platos—: sopa de sémola, arroz con huevos cubiertos de salsa de leche, y de postre, ¡leche nevada!

—Tome, póngale a todo un poco de salsa de tomate —reía Fermín—. Y no le pida imaginación a una cocinera. De tenerla, estaría pintando cuadros o tecleando en una oficina. Y no le ponga salsa de tomate al postre.

De Laura se podía esperar cualquier cosa. Pero ahí estaba Fermín, el ecuánime, en la cabecera de la mesa, a petición expresa de sus hijos. Si servía Laura, le daba todo al primero, o se servía ella la mitad del postre.

—Tengo un problema, hijita, y quiero que me dé unas ideas —estaba diciendo Fermín en su recuerdo.

El exponía un problema —doméstico, de ingeniería, de salir de vacaciones, de comprar ropa, de lo que fuera— y ella se lanzaba a dar ideas, alternando las buenas con las malas, las lógicas con las disparatadas, hasta que él agobiado por la avalancha, gritaba alzando las manos: «Basta, basta, ya me dio la solución, ¡y no siga, que capaz que se me olvida!» Para eso servía ella, para dar rienda suelta a su imaginación, y para eso servía él, para poner en todo la medida, el sentido común, el calor de hogar. Ahora Fermín estaba de pie junto a Lola, la empecinada en no comer. Le iba introduciendo las cucharadas de arroz con huevo, indicando a la prole que dijeran, al compás de su mano: «Coma, Lola, coma, Lola.» Ella no se inmutaba, porque ya se había acostumbrado al rito. Si se resistía mucho, quedándose con la boca llena de comida, Fermín con paciencia le accionaba las mandíbulas para que masticara. Sentía debilidad por su pequeña Lola, quizá porque mostraba esa dificultad para vivir, la que Laura llamaba

«la neura de Fermín». Lola de pronto se decidió a tragar su arroz, y Fermín salió a buscar un paquete de la farmacia. Lo agitó contento ante sus hijos, anunciando un tónico infalible para crecer. Lo abrieron y gritaron a una: «ni muertos». Tenía la consistencia de la cola de pegar, era negro y olía a pescado podrido. Entonces Palmira, la edípica, probó una cucharada. No se alteró la expresión de su rostro. «No es malo —dijo—. Me lo tomaré yo sola.» Lo hacía sólo para ver la linda sonrisa de Fermín iluminándole el rostro. Había entre ellos una mirada cómplice, de entendimiento y admiración mutua, que hubiera despertado los celos de Laura, de no estar ella tan absorta en el tono verde oscuro de las hojas del palto, preguntándose si una pizca de verde-palto no amarraría las gamas de sus renúnculos. Vio pasar al bebé Chumito en el andador por las baldosas del segundo patio, siguiendo a su niñera gorda, inmensa, cara de ogro que el niño nombraba su mononita chiquitita. Chumito se detuvo ante la puerta, y le sonrió. Chumito pecoso, mechass de clavo, patita chueca, sonrisa pícara, se enterneció Laura. Lola seguía con la boca llena de arroz. Fermín Segundo entró a besar a la mamá, a mostrarle un cuaderno al papá con la nota buena, escondiendo la nota mala, sacó una cucharada del postre intocado de Lola, y salió de prisa. «Joven, no se descuide con las matemáticas», le estaba diciendo Fermín. Molly trataba de bajar de la silla alta, enredándose en sus tules color cielo: «A vel shi puedo shola.» Chumita, ahora gateando, entró en el comedor, y le tendió los brazos a Laura. Fermín Segundo regresó a pedir unas monedas y se quedó ahí sonriendo, no supo por qué. (Palmira me arrastra hacia allá: «Vamos, de prisa, tomemos el puesto para el recuerdo de Laura.»)

La mesa ovalada del comedor era un barquito de nostalgias, y Fermín su capitán.

Estaba a punto de levar anclas. Empezó a vacilar, y los contornos se volvieron ligeramente borrosos. Como una cuerda que se gasta con el uso, el recuerdo empezó a debilitarse. La imagen se le desteñía. Fermín, inexplicablemente, alzó en su mano el trinchante de trozar pavos navideños, y Laura le vio esa sonrisa alegre, la cabeza un poco echada hacia atrás, su manzana de Adán prominente apareciendo por sobre la corbata con nudo de mariposa: la misma que tenía en el retrato enmarcado de plata sobre la cómoda. Un retrato ovalado, como

la mesa navegante del comedor de la juventud de Laura.

El barquito crujió apenas y se hizo a la mar. La sonrisa de Fermín quedó fija un instante, y se apagó.

Laura se despertó en la *chaise-longue*. También la luz del día se había ido apagando. Laura tardó en recordar que carecía de material eléctrico, de que era un domingo y que... «¡Otra noche en tinieblas!»

Se puso el chascalito con las últimas luces de la tarde —el chascalito como llamaba a sus sombreros su yerno español—. Y salió a la calle sin saber mucho dónde podía ir. ¡La Anita Cortés! Ella y sus hermanas siempre bien dispuestas, con la risa de cascabeles, tan encantadoras, sacudidas como las mariposas entre la hierba, puro cariño. «Querida Laura, vaya siempre a la luz, a la luz por el color... a la luz...» Sonrió, escuchando las erres rusas de su maestro, mientras se internaba en esas oscuridades de su calle de las Monjas Rosas, cada vez más venida a menos...

(DE PALMIRA A LORENZO)

«Muda al igual que mi madre en el sofá de junco dorado y herida en pleno sentimiento por los violines de Mendelsohn, escucho el apagado bordonear de tu guitarra, como si te hubieras muerto.

»¿Dónde te fuiste? Sólo diviso tus manos punteando en las cuerdas, y escucho, lejano, un aire triste.

»¿Recuerdas cuando juntaba sílabas para decirte que te amaba, pero sólo pronunciaba palabras tontas? Sobre el barniz gastado de la mesa, ahí en el viejo "Café Torres", iban cayendo sonidos lamentables, palabras huecas. Y tú burlándote.

»No te he contado que cuando derribaron el caserón de las Monjas Rosas, quedó abajo un zanjón negro, como de cataclismo, y arriba nuestros sueños formaron una nube azulosa habitada por un pavo real. Como aquellos del parque de Renca que me perseguían en la infancia. Despliega su cola en abanico, lentamente, exhibiendo en cada pluma un círculo color turquesa y una pupila de azabache. ¡La belleza, Lorenzo, la belleza!»

(DE LORENZO A PALMIRA)

«No sé qué decirte, cada vez me cuesta más encontrar las palabras. Me agradan tus cartas. Pero tardan, y llegan fatigadas de tantas vueltas. Te añoro.»

(DE PALMIRA A LORENZO)

«Exagerando como mi madre... te nombro "viajero de lo inaccesible". Es que tenía una sola meta: alcanzarte. Y tú, sepa Dios qué ibas persiguiendo... Quizá la gastada quimera del hombre. Su tarea de encontrar, aprender, descubrir, perder, olvidar, volver a encontrar... tarea que siempre deja inconclusa, porque un minuto antes de resolver el enigma, le llega la muerte. (¿Por qué nunca me decías te quiero? Y por favor no respondas, ¿cómo saber lo que siento si apenas sé lo que soy? Dime más bien, que me añoras.)»

(DE JOHN A ISOLDA)

«Me quedaba, en fin, este compromiso con el general Freire. Sé que llevo demasiado lejos mi delicadeza, en todo caso no seré por ello sino más digno de ti...»

(DE ISOLDA A JOHN)

«¡Más digno de ti! ¿Qué puedo hacer yo relejendo este párrafo de tu carta que te llevó a la muerte? ¿Qué quieres que haga con ese ser más digno de mí, que escribiste de prisa, ya montado, y con la muerte a la grupa de tu caballo? ¿Qué puedo hacer ahora, mi amor, con este sin-ti que empieza y no termina? Es la tercera vez que muero de tu muerte, mi amor, mi dulce John... ¡No! No lo voy a creer. Pero repito en vano ese no lo voy a creer: el abismo inexorable del nunca más crece y se agranda como una zanja negra, como un hundimiento de cataclismo. El horror del nunca más, nunca más verte, nunca más tocar tus manos, nunca más oír tu voz, nunca más abrazarme a ti, nunca más oír tus pasos por el zaguán, y en el patio entre revuelos de palomas, nunca más tu voz llamándome... Mi amor, ésta es una carta que te escribo hacia el infinito, hacia tu «siempre» que es mi «¡nunca!», y, mientras escribo, las letras bailan y se mojan como si lloviera... lloro, lloro y lloro... y tu voz dulcísima repite en un rincón del cuarto aquella frase, que hoy me parece, más que un consuelo, un dardo en el corazón: «si tardo, piensa que será una ausencia más larga, ¡y búscame en los días felices que compartimos...!».

(DE LAURA A FERMÍN)

«Negrito querido: hoy terminé de leer el diario de Marie Baskestseff, y sentí una pena muy grande como si hubiera perdido a una amiga. ¡Cuántos momentos de su vida no los identifico con los míos! Daría cualquier cosa por haber conocido su pintura, y también a ella, esa muchacha rusa tan sensible que vivió en París.

»Ayer estuve copiando un retrato, la pintura de la bisabuela Isolda. Usé acuarela sobre tela para darle un aire de miniatura sobre porcelana. Siento veneración por ella, y a veces hasta siento que vive en mí. Le agradezco a mis abuelos la sangre que me legaron, y espero transmitirla a nuestros hijos. A propósito vi en una vitrina el anuncio de una exposición de dibujos infantiles, esos soldaditos que envió nuestro Fermín pequeño. De cuántos vicios y aburrimientos se libraría a los niños, si se les inculca desde chicos la afición al dibujo. Un niño con un lápiz en la mano es un niño feliz.

»Hoy continuó esta carta-diario, Negrito, para mandársela a esos encierros de las lluvias del sur. Estuve empastando libros en el taller de Millán. ¡Cómo me gustaría instalar uno —no es tan costoso— aquí en la casa! Sería un lindo entretenimiento para usted también. El libro que empasté es *Les Montparnons*, que narra la vida de Modigliani. Se lo llevé de regalo a mi pobre amiga Henriette. ¡Está tristísima porque no la dejan casarse con su Lucho Vargas, todo porque es un pintor «pobre y que no tiene porvenir». ¿No es una gran injusticia? Imagínese que los padres de Henriette habrán paseado por

Europa, recorrido los museos de pintura admirando a los grandes maestros. ¿No habrán pensado que tampoco los hubieran aceptado a ellos como maridos de sus hijas? Se consideran mucho las obras de arte, pero no se toma en cuenta al ser humano que las creó. Lo ideal sería que el fisco proveyera a los artistas pobres, ya que pasó el tiempo de los grandes mecenas. Los del Renacimiento. Le decía a mi amiga Henriette, pensando en los sacrificios que exige una vocación, que quizá las personas sensibles dotadas de talento y que aman mucho su vocación, se van haciendo a sí mismas no en una vida, sino en muchas existencias. De lo contrario ¿cómo se explica que haya diferencias tan grandes en cuanto a la evolución de unas personas y de otras? Es justo que así sea, hijito, y no se ría de mis teorías. Por eso creo en la reencarnación con sus leyes misteriosas, y la posibilidad de ir perfeccionándose a través de muchas pasadas por este mundo: y es un motivo más para no desalentarme. Pienso que así me queda la esperanza de cumplir en otra etapa lo que me he propuesto, porque es una meta demasiado ambiciosa para cumplirla en el lapso de una sola vida. Le hablo de mi meta en el arte.

»Hoy es otro día.

»Le estoy haciendo un retrato a Vera Lamor. Guarda cama por una ligera dolencia, y allá estuve con mi caballete. Su blusa es color turquesa; el fondo, una almohada con cuadros blancos y azules, un icono ruso sobre la peana de caoba que parece cantar una melodía en sordina. Un fino encuadre para ella, con su melena corta de paje del rey Arturo, y esos ojos extraordinarios, tan grandes, rasgados y de un azul claro, pero muy intenso, velados por sus largas pestañas oscuras. Son ojos llenos de misterio y de sentimientos místicos. Junto a ella está su mamá vieja, la Celinda, casi ciega. Le acaricia a Vera la mano con sus dedos largos y huesudos. Empieza la pose, y Vera parte con uno de sus relatos, contándome que Celinda se murió y alcanzó a vislumbrar los prodigios del más allá...

»Vuelva pronto, Negrito, los dos chicos y la madre lo echan muchísimo de menos.»

Las noticias eran confusas, pero todos se habían rendido ya a la evidencia de la muerte de John. El coronel Amunátegui, su amigo y compañero de armas, había estado presente y dejó un testimonio escrito: una carta que atravesó un siglo para venir a posarse en las manos de Laura, como una enlutada paloma.

«El encuentro fue terrible por el odio que había en el bando enemigo, una vez que quedó al descubierto la traición de Prieto en Ochagavía...» Amunátegui contaba en su carta cómo John había salvado a los oficiales que Prieto encarceló en las casas de Ochagavía, engañándolos al llamarlos para parlamentar y reteniéndolos como rehenes. Cupper le hizo saber que atacaría de no liberarlos en el acto, y que él sería el primero en sucumbir a este ataque. Prieto accedió, pero luego había roto lo pactado entrando en la capital.

—Prieto tenía sobradas razones para odiar a John y mandarlo matar si caía prisionero —dijo una voz gruesa y dolida, en la galería vidriada.

Isolda que espiaba por entre los visillos de la puerta de su dormitorio, le lanzó a la carta una mirada de odio: había quedado abierta sobre la cubierta de mármol de la mesa como si reposara sobre un mausoleo. Las palabras escritas eran más irremediables que los gritos que anunciaban la muerte de John —en aquellas muertes falsas, cuando sus enemigos venían a proclamarla bajo su balcón—. Volvió hacia la cama y se aferró a los barrotes. Estaba próxima a dar a luz y sentía una pesadez en su cuerpo, y un vértigo que la hacía aferrarse para no hundirse, como si la criatura bajara,

cayera, arrastrándola en su caída hacia el abismo de su desconsuelo. («¿Por qué me dejas sola, amor, sin ti, en este desamparo?», decía, de rodillas, apoyada en el lecho. «Me habías jurado que esta vez sostendrías mi mano durante el alumbramiento.») Y clamaba por los dolores que vendrían a aliviarle esta angustia sin remedio. («Aléjate de mí, de este cuarto, no soporto más este suplicio de ver tu rostro, tu silueta, de sentir tu calor en el lecho... ¿Qué puedo hacer para borrar tu imagen, amor mío?») El cuarto cerrado, con postigos juntos por el luto, estaba caliente, el aire pesado, impregnado de sus lágrimas. Se había desplazado gimiendo entre el lecho y la ventana, entre la ventana y el sillón donde trabajaba John frente a su escritorio. Sollozando, hundía el rostro en los cojines de la *chaise-longue* donde se tendía él a veces para leerle en voz alta los escritos de Lord Byron. Deambuló con los pies descalzos para no hacer ruido y para que la creyeran dormida y no entraran a cada instante a preguntarle si estaba mejor. ¿Cómo podía estar mejor? Les preocupaba el parto, seguramente. «No, todavía no siento los dolores», les gritaba de mala manera, como si le incomodara que hubiera en la casa otra preocupación que... «¡la muerte de John!, ¡el vil asesinato de John!». Miró la infusión de yerbas que le había preparado la buena de la Domitila para que durmiera. ¡Dormir! Ya nunca más podría dormir.

Al fin la venció el cansancio y se echó sobre las cobijas revueltas. Ahí tendida, cerró los ojos y perdió pie en la realidad: John entró, retrocediendo, por la puerta del primer patio, por donde salió aquella mañana, y le anunció que por tercera vez se había salvado de la muerte. Luego entró vestido en el lecho y la abrazó bajo las sábanas. Entonces vio que su uniforme estaba lleno de sangre y de lodo y dejó escapar un grito en el sueño. Despertó sollozando, sintiendo todavía la tibieza de su cuerpo, las caricias de sus manos... La vigilia era aún más inexorable. Estuvo recordando la noche en que John vino a abrazarla cuando una de sus falsas muertes, después de la batalla de Ochagavía —lo mismo que esa vez de la toma del *Aquiles*— esos «bastardos» corrieron a gritar bajo el balcón del obispo, sabiendo que había buscado refugio allí. No hacía tanto, estaba con su gravidez avanzada. Un desmayo largo la sacó entonces de su dolor. El obispo tuvo que salir con el crucifijo en alto a espantar a esos demonios. Y John había

vuelto aquella vez decidido a retirarse de una contienda que no le concernía, y que le causaba a ella tanta angustia. Se presentó ante el general Freire vestido de civil:

—Renuncio al mando de mi regimiento —le había dicho— y me niego a servir bajo tales jefes y por semejante causa.

Freire comprendió que era inútil disuadirle, así es que le dio un nombramiento que correspondía a su rango, pero lejos de los disturbios, en la ciudad nortina de Coquimbo, donde Isolda anhelaba trasladarse, para que John aceptara el ofrecimiento que le había hecho en uno de sus viajes, su compatriota, el señor Edwards. Ella lo seguiría en cuanto diera a luz. Pero ¡qué breve había sido su ilusión! John estaba a punto de embarcarse rumbo a Coquimbo, cuando fue detenido por un mensajero de Freire. Éste le suplicaba que, por última vez, se pusiera al mando de su regimiento y se le reuniera, porque el general Prieto había roto el pacto de Ochagavía y corría el rumor de que se preparaba para entrar a la capital con sus tropas. Y ella había odiado a Freire por aquel mensaje. Lo supo por John, en aquella carta que le llegó después de la noticia de su muerte, y que le había arrancado tantísimas lágrimas: «Llevo demasiado lejos mi delicadeza... No seré por eso sino más digno de ti... *Plus digne de toi...*»

Sin embargo, no podía culpar al general Freire: John hubiera ido al combate sin vacilar al enterarse de la traición del jefe pelucón. Lo sabía ella por la proclama inflada que había escrito John para devolver a sus hombres la fe en el general Freire, desprestigiado ya por muchos errores:

«Su excelencia el capitán general don Ramón Freire —les decía— electriza el corazón de los valientes y es una garantía para el empleo de la fuerza, ya que vosotros, pacíficos ciudadanos, habéis sido traicionados y violentados por el infame Prieto. Debemos responder al ataque del general Prieto, sin piedad, como si se tratara de defender la patria de un asalto extranjero, pues pretende derrocar con un golpe de astucia y violencia al gobierno legítimo de este país, al que la ciudadanía acepta como suyo. ¡A la lucha, entonces, para defender nuestra libertad de ser gobernados por quien hayamos elegido, y ¡no por quien intenta imponerse por la violencia de las armas!»

Isolda decidió vestirse. Se puso con gestos de desgano el traje negro que le arreglaron de prisa para su gravidez, y

salió al primer patio. Su familia y los pocos visitantes se habían retirado al fondo de la casa para dejarla descansar. Ahí estarían, bajo el parrón, hablando bajo, tomando la limonada que servía la Domitila. Y su madre preocupada preparándolo todo para su alumbramiento: «Estás pasada en la fecha», le había dicho antes de enterarse de lo de John.

La regadera estaba junto a la pileta. La cogió pensando: tengo que cumplir el rito. Además, aún no empezaban las lluvias, la tierra bajo los naranjos estaba reseca. John la había abandonado en un otoño engañoso, podía sentir la tibieza de las baldosas: se dio cuenta de que seguía descalza. Es que desde que John se había ausentado para siempre, ya nada tenía sentido, ni aquel pequeño gesto de buscar un par de zapatos, o unas medias... sólo lo esencial, cubrirse el cuerpo con sus lutos. Se sentó en el borde de la pileta y apoyó la frente contra uno de los angelotes de piedra. La carta volvía a su memoria:

«La posición que escogió Freire no pudo ser más funesta —escribió Amunátegui—. Entre el río Lircay y Talca se apostó el enemigo. Nuestros cañones iban arrastrados por bueyes, los de Prieto, por caballos. En todos los sentidos, nuestra desventaja era evidente. Pronto nuestra caballería se dispersó, dejando la artillería abandonada a su suerte... La situación de los regimientos 7 y 8 era desesperada...»

Se golpeó la frente contra la piedra, para no gemir: su John bien amado, con el regimiento 7, en situación desesperada, y ella aquí, impotente, sin poder brindarle ayuda, ni siquiera correr a Lircay a sufrir con él...

«... La situación de los regimientos 7 y 8 era desesperada. Puede sentirse orgullosa, señora mía: su esposo demostró además de su valentía tal perspicacia, que de haber estado él al mando y dirigiéndonos, quizás hubiera salvado la situación: pero no fue escuchado. Sabiendo que no había esperanza, su proverbial valentía se transformó en heroísmo...» (Ah, los heroísmos... De haber quedado inválido, nadie lo hubiese socorrido —como a esos compatriotas suyos, víctimas de la ingratitud—, pero era fácil felicitar a la viuda cuando un oficial caía en la batalla..., malditos, malditos todos...)

Estaba ahora de pie, la regadera en sus manos, «aquí me tienes, amor» diría John entrando por el zaguán. O notaría

su presencia cuando se detuviera frente a ella, haciéndole sombra con su cuerpo, y ella otra vez se regaría los zapatos presa de estupor. Y no diría «aquí me tienes, amor», sino que la tomaría en sus brazos y le quitaría los zapatos, diciendo «puedes coger frío, pequeña», eludiendo siempre ese romántico te quiero que había estado soñando desde que su galán la dejó en el balcón olvidando anunciarle que volvería por ella. (¿Qué puedo hacer, amor querido, sino dejarme ir en los recuerdos para recoger unas migajas de tu presencia? Imaginar que es cierto que me tomas en brazos y me llevas al salón...). La dejó sobre el escaño del clavicordio y le hizo poner sus manos sobre el teclado, rogándole con una sonrisa que cantara un trozo de la romanza que lo había hechizado. «No, no puedo, vendrían todos... los de la casa. Y no quiero que venga nadie.» La besó por esa frase, en el cuello, en la nuca, su caricia era tan dulce, sus labios tan suaves, que creyó sentir una lluvia de pétalos. En seguida se había alejado; «mis impulsos —le había dicho más tarde— eran demasiado ardientes para demostrárselos a una niña inocente», y la había espiado en la luna del espejo. El cuarto seguía en sombras, con los postigos cerrados. Los ojos volvieron a relumbrar, los de ámbar que la miraban fijo. Entonces John colocó sus manos extendidas sobre la superficie, como rodeándole el rostro en el reflejo, y pronunció una cábala, tanto más bella que los insulsos te amo de los enamorados, una frase que hubiera dicho Tristán a Isolda de estar mirándola en ese espejo: «Aquí te encontré, en las aguas mansas, y por tus ojos marinos entré hasta el fondo de tu alma.» Se sentía, verdaderamente, junto a John, ahí sentada en el borde de la pileta, pero tuvo que reconocer que él jamás dijo aquella frase, con sus manos sobre el espejo, que había empezado nuevamente a falsear sus recuerdos, a mezclar lo que ocurrió con lo que ella imaginaba que pudo haber ocurrido, y como si John se resintiera, se alejó, y un estremecimiento de frío recorrió su cuerpo recordándole la muerte. (¿Qué pueden mis sueños contra algo tan horriblemente real? ¿En qué forma podría rescatarte de esta ausencia larga y sin fin? Quizá, más adelante me contente con aquellos pálidos remedos de la dicha que son los recuerdos. «De los momentos más bellos que compartimos», como me lo pediste, amor, pero ahora no pueden saciar el hambre que tengo de tocarte, de palpar tu rostro,

con los ojos cerrados, para sentir que vives, que respiras junto a mí, que no te has muerto... «Nos amaremos para siempre con la fidelidad que le guarda el palomo a su paloma...», esa frase sí la dijiste, aquí, en este patio, no hace mucho, y yo te pregunté «¿Y si el palomo muere?» Me besaste largamente, anticipando tu despedida y respondiste: «La paloma conoce los poderes, me atrajo con su canto, tendrá que usar algún hechizo. Puede volver el tiempo del revés, revolverlo de tal modo que no sepa qué es presente y qué es pasado, qué es sueño y qué es realidad...» Y sin creer él mismo en su cábala, me miró serio y dijo: «Amar y ser amado es una bendición muy alta, no pidas además que dure para siempre...»)

—Quiero morirme, quiero morirme... —murmuró, y un dolor agudo en la cadera le recordó al hijo—. Tengo que resucitarte, amor mío.

«¿No es lo que estás haciendo?», preguntó la voz sin voz del ausente. «Ahora puedo, porque no te has terminado de morir..., vagas aún por el patio, por mis ojos, por las cosas que quedaron impregnadas de tu presencia, pero ¿y después?» «Después llegará, suavemente, el olvido», dijo la voz. Y ella le dio las gracias. Aún le quedaba aquella esperanza. En medio de su dolor, una luz, el olvido. Pero no tenía que buscarlo ahora, vendría cuando ya hubiera agotado sus sufrimientos y usado hasta el desgaste los recuerdos. Prometió creer en los milagros y, sentada sobre la piedra de la piletta, inclinó la regadera y dejó caer un hilo de agua al pie de los naranjos. No supo cuánto tiempo estuvo así, dejando escurrir el agua, empapando la tierra. Se sentía exhausta, confundía los dolores que anunciaban el parto con su dolor de perder a John. Resbaló lentamente sobre la tierra mojada y se revolcó en el barro negro como las antiguas plañideras, gimiendo como un animal herido. Desmigajó un terrón y se lo llevó a los labios, probando el sabor de esa tierra, la misma tierra —quién sabe a cuántas millas de allí— donde yacía su hermoso cuerpo. O quizá a orillas del río Lircay, esa tierra húmeda se había tragado a su John, sangrando por mil heridas, con las ropas desgarradas por los lanzazos. ¡Lo ultimaron con una lanza! Una puntada la hirió en el vientre («déjame compartir tu herida, déjame morir de tu muerte...»).

(Te enterraron bajo un ulmo delgado que florecerá en octubre, blanco como una novia... entre los rayos lunares.)

(Novia. Voy entrando a la iglesia con el ramito de azahares que cogiste tú mismo de estos naranjos. La gente sonríe al ver lo menuda que luce la novia junto al altísimo oficial inglés. Regresamos a casa. No importa la fiesta, ni la gente encopetada, la fiesta es demasiado ostentosa para nuestra sencillez, el fasto, los adornos, la música, las luces..., todo palidece y se ve tan inútil y artificial junto a la fuerza de nuestro amor, junto al desborde de mi dicha. Dices que la fiesta es para los demás, y me llevas al birlocho que aguarda en la puerta. Huimos como dos bandoleros, y yo con mi traje de novia: «Será mi privilegio quitártelo, allá en el lecho que espera en El Almendral...» Viajamos sin detenernos. Sólo para el relevo de los caballos. Dormía a ratos apoyada en tu pecho. ¡Así quisiera viajar rumbo a la eternidad, amor mío! Mecida en el birlocho, viendo la falda de mi traje blanco con adornos de macramé y tus botas altas; recostada contra ti, oyendo latir tu sangre, tu corazón, sintiéndote vivir...)

—Sintiéndote vivir.

Se había vuelto a tender sobre la tierra: pero no era la tumba de John, era el lecho nupcial. Él la besaba. Con esa ternura y esa suavidad de pétalos. En la frente, en las mejillas, en los labios, en el cuello, en los hombros. Tenía que traspasar aquella nube espesa de sueños de amor y despertar sus ardores, aguardar que el deseo animal se le derramara bajo la piel y quedara ahí, anhelante, urgiéndolo para que se apoderara de ella en cuerpo y alma. (Me hablabas quedamente, meciéndome con tus palabras, descubriéndome para que yo me descubriera, marcando con tus manos el contorno de mis caderas, la delgadez de mi cintura, diciendo lo que veían tus ojos, lo que hallaban tus manos, hasta que mis labios no pudieran desprenderse de los tuyos y una locura me entrara por la boca y te pidiera con mi abrazo que nos fundiéramos ya, más y más, hasta olvidar mi nombre y el tuyo, hasta que pudiera entrar contigo al paraíso de los amantes, hasta que supiera que el paraíso eras tú..., mi amor querido.)

—Ay, mi John... ¿Crearás que no recuerdo lo que sentí cuando tu cuerpo se fundió con el mío? Sólo logro rescatar del olvido ese ser enteramente feliz, el resto me lo invento para llenar los vacíos de mi recuerdo.)

Miró el agua, incorporándose, y divisó su rostro sucio de barro reflejado entre la tenue respiración de las aguas, in-

quietadas por el hilito que caía de uno de los angelotes de piedra. Sus ojos se movían entre los pétalos de azahar desprendidos de los naranjos. Quiso lavarse la tierra del rostro, y cogió agua entre sus manos. Lo hizo sin prisa. Tenía el resto de sus días para quitarse la tierra del rostro, de las manos, el resto de su existencia se abría ante ella para ejecutar sus acciones. Casi sintió alivio por ese privilegio. Ya nada urgía. ¿Prisa para qué, si no podía correr al encuentro de John, ni preparar la casa para recibirlo de regreso de sus campañas? Creyó que de ese modo se alcanzaba la paz, la serenidad del sabio. Terminadas por fin esas angustias de no tener noticias de John, de suponer que estaba herido, de suponer que estaba muerto, de inventar disculpas por su retraso, de por qué no llegaban sus cartas. Había tomado en sus manos los pétalos de azahar que flotaban en la pileta, y los estaba triturando con los dedos. La fragancia la llevó de regreso al lecho de El Almendral.

(Cuando me tuviste desnuda, tomaste la camisa de noche —tan primorosamente bordada por las monjitas— y la lanzaste con fuerza por el aire, para que quedara ridículamente colgando de la cenefa de la ventana, ¡vaya, de eso sí me acuerdo!, y de la risa que nos causó verla allí, tan alto, como burlándose de mi imposibilidad de rescatarla. También me acuerdo de los cupidos bordados en los cojines, y las guirlandas, y de mi cabello que soltaste con tus manos, para «mirar esa cascada oscura que se derramó sobre la almohada...». Y nada más. Es que lo que llenaba aquel cuarto y llena ahora mi recuerdo es algo más grande que tus palabras y tus gestos: ¡tu amor y el mío! Un amor que llenaba el mundo y que ahora cuelga como un despojo, como la camisa de noche en la cenefa, tan alto y tan fuera de mi alcance... y aquí estoy repitiendo, como si aún tuvieran esas palabras un sentido, que te quiero, que te quiero, que te...)

(Que... ¿te quería?)

El modo verbal en pasado la arrancó bruscamente de su ensoñación. Le llegó el eco de unas voces, lejanas, confusas... «Pobrecita, está traspuesta.»

(Te quiero, te quise, te querré, te quería, te quie...)

—Pronto, dense prisa —decía alguien—, dense prisa. ¡Ya va a alumbrar!

Ahora sí, perdió toda noción del tiempo.

Un llanto de niño le llegó desde muy lejos.

—¡Loado sea Dios, es un varoncito!

(¿Quién había dicho aquello? Quizá su madre, que rezonaba por la condición de ser hembra: de desgarrarse de dolor pariendo hijos para que ellos luego vayan a matarse en las guerras. Su madre había sufrido las guerras en Europa, y decía con su gracejo español: «Las guerras, ellos se las buscan, pues, que las sufran...», que las sufran. ¡Su padre se había retirado a tiempo! Y su John...)

—Se llamará Felipe —creyó oír su voz sin poder abrirse paso en una nube blanca, como esas nieblas de leche que logró disipar allá, al sur de los tiempos, en el extremo del mundo, cuando cantó su romanza doblando el Cabo de Hornos, sostenida por los marinos como un mascarón de proa.

—Él quería llamarlo Felipe, *Philip*. —Ahora reconoció la voz de su padre. Le estaba acariciando su mano.

Su padre, los ritos de la infancia, el nido seguro. ¡No todo estaba perdido! Tenía razón su John cuando le decía: «Podemos tomar el destino en nuestras manos, y jugar con él, decirlo, aprender la gran libertad de ser, de vivir. ¿Y sabes, pequeña, cuál es el secreto? Adaptarse a lo que venga, armonizar con nuestro destino. No debes desesperar y tratar de oponerte a lo inevitable. Recuerda el junco que se inclina, flexible, sin quebrarse. Estamos siempre empezando. Cualquiera día es bueno para nacer...» Se preguntó por qué le había hablado así todo ese tiempo. «¡Tuviste el anuncio de tu muerte!»

—Se llamará Felipe —logró balbucear en una semi inconsciencia.

Abrió los ojos y divisó la sonrisa del padre. Allá lejos se movía la comadrona. Y su madre. Todos venían hacia ella y le sonreían. Estaba, entonces, fuera de peligro. Cerró los ojos.

—Déjenla descansar.

Era su padre. Le estaba acariciando el cabello. Es John, es mi padre, es John. «Quédate conmigo.»

Se fueron todos sin hacer ruido.

Pero pudo escuchar sus voces en la galería. Alguien venía llegando a la casa, muy alterado por la noticia de la muerte

de John, y la voz del padre daba algunas explicaciones. Seguros ya de que ella dormía, leyeron una vez más la carta de Amunátegui. No podía cubrirse los oídos, ni tenía fuerzas para gritarles que no deseaba escuchar una vez más...

«... Cuando nos vimos derrotados, yo traté de escapar con Cupper, pero fuimos capturados por el capitán García y sus hombres. Era éste, capitán del regimiento de Baquedano. Nos dejó a los dos a cargo de un cabo, alejándose en seguida al galope, supongo que a recibir órdenes...»

«SUPONGO QUE A RECIBIR ÓRDENES»

La frase le causó un estremecimiento: órdenes. ¡La muerte de John! SU MUERTE...

Se incorporó en el lecho. Estaba bañada en sudor. Prefirió apurar de una vez aquel trago doloroso. Alzó la voz cuanto pudo:

—¡Quiero esa carta! ¡Por favor... la carta!

No la escucharon, y tuvo que seguir atenta, esperando el instante en que callaran para volver a gritarles. Sólo consiguió oír la voz del padre que, luego de interrumpirse, ahora continuaba la lectura:

«Durante ese tiempo, Cupper trató de inducir al cabo que nos vigilaba a conducirnos hasta la ciudad de Talca, ya que éramos ambos oficiales prisioneros, y él tenía la obligación de hacerlo. Pero todo fue en vano. El capitán García volvió de inmediato. Lo acompañaban algunos indios y otros individuos que no portaban uniforme. Cayeron con gran ferocidad sobre nosotros. Recibí una herida grave en el cuello, pero me salvó el mismo García. Mi infortunado compañero fue derribado por una lanza...»

La voz de su padre se quebró. Se quedó anhelante. Después de una pausa, prosiguió, más bajo, pero a ella le pareció que se lo estaba susurrando ahí, cerca de su oído:

«... pero fui salvado por el mismo García. Mi infortunado compañero fue derribado por una lanza y sableado... hasta que expiró.»

Isolda se quedó quieta, espionando sus sensaciones: quizá había agotado su capacidad de sufrimiento. «Hasta que expiró.» Con un gran suspiro, se dejó ir, blandamente: se durmió

con un sueño profundo, sin imágenes, sin angustia.

Despertó con el piar de los canarios en sus jaulas. Y vio filtrarse el primer rayo de luz: le pareció que el sol se acercaba a saludarla.

(En la luz me llegas, amor. Obedeceré tus órdenes: te buscaré en los días felices, hasta que tu recuerdo deje de causarme angustia y dolor. ¿Acaso no nos pertenece lo ya vivido?)

Se quedó un largo instante meditando su frase, y murmuró: «No. En verdad, nada nos pertenece realmente: ni lo vivido ni lo soñado. La vida no es más que una larga ilusión. ¡Quizá ni tú, mi amor, ni yo hayamos existido nunca! Quizá sea otra persona la que nos está pensando.» (Entonces —concluyó—, tu muerte no es real, ¡ni mi sufrimiento!)

Esta última cábala pareció confortarla. Tomó una de las cartas de John —ahora bendecía aquellas largas ausencias—, ¡le quedaban sus cartas! Desdobló el papel celeste, y leyó un párrafo. Solamente al leerlo, se dio cuenta de que acababa de repetir una a una sus palabras.

—Gracias, amor —dijo. Y llamó para que le trajeran al bebé.

Sus dos niñas entraron con trajes de fiesta para celebrar el nacimiento. Venían alborotando a la siga de la Domitila que traía al pequeño —un atadito de lanas lleno de cintas y encajes—, su Felipe de los ojos tristes. Las hijas se atropellaban haciendo preguntas en su gracioso lenguaje, verbos mal conjugados, palabras inventadas. Le pareció que el cuarto se llenaba de mariposas y de gorjeos de pájaros. Rozó con sus dedos las mejillas del recién nacido: suaves como pétalos, olorosas como pétalos... «Mi John, tus labios, el primer beso... Hasta mañana, amor.»

Ya la Domitila le humedecía los pezones con sus agüitas de yerba. Cumplió con alegría el rito de dar el pecho a su criatura.

(DE PALMIRA A LORENZO)

«Voy caminando contigo por el Boulevard de Sebastopol, y te señalo —como antes me señalabas los azules de la cordillera— la aguja de la torre Saint Jacques, y te pregunto por qué razón vamos juntos por donde en verdad jamás anduvimos. Te ríes, y se te aclara el rostro. Me invitas a entrar en el museo del Louvre. Nos quedamos largo rato (en memoria de mi madre) ante la Gioconda, enmarcada tras un vidrio grueso y con un letrero: «No fotografiar con flash ni mirar fijo que se gasta la sonrisa.» Entonces siento deseos de llorar, porque te alejas por los aires a grandes zancadas. Te me pierdes más allá de la torre de Notre Dame. Ni siquiera me haces una seña de despedida.

»Y me duele lo inexorable haberte dejado escapar. No haberte seguido, dispuesta a todo, sumisa. No haber luchado por ti desafiando al mundo, porque eras mi único cómplice posible ante lo desconocido... Me duele una vez más haber perdido tus manos que derramaban sortilegios. Me hiere también saber que, aunque llene los aires de clamores y de llamados de urgencia, aunque te escriba páginas y más páginas, me estrellaré contra el muro de tu silencio.

(DE LORENZO A PALMIRA)

«No puedo responderte: estoy hecho de una antigua filosofía de barro. Por eso estoy mudo.»

(DE PALMIRA A LORENZO)

«Y me acerco al Sena. Mirando los antiguos contrafuertes de piedra, siento pasar los siglos. Pero me olvido pronto de la historia de los reyes de Francia, y me instalo en las graderías

con mi caña de pescar fantasmas. Recojo la nostalgia de los chilenos que venían a París y se iban quedando hasta morir del vino-triste. Los pintores de la juventud de Laura enamorados de Cézanne. Los que no comían con tal de caminar por las calles de Montmartre. Camilo Mori gastando los últimos céntimos en rosas para Maruja. Y surge Henry Miller pedaleando, cegatón, en su bicicleta para visitar a su Anaïs Nin, llevando una vida sobria y formal mientras desbordaba de erotismo y escatología en sus novelas. Desaparece Miller y se muestra la tía Flora —nieta de doña Florita de los diarios quemados— paseando su juventud de languideces, de hija de millonario deportado, apartamentos de lujo, cenas en restaurantes con violinistas gitanos —los rusos blancos de las tertulias de Laura— va rodando en un “Crysler” por toda Europa y tras ella, la farándula de turistas que visitaron la ciudad luz de entre dos guerras. Y está Modigliani con Jeanne Hubertot vendiendo sus croquis en un café de Montparnasse, y Lucho Vargas por fin casado con Henriette, y Cortázar entrampado en sus jeroglíficos filósofo-político-amatorios. Todo superpuesto a las locuras de Buñuel y de Cocteau, y en una fila, listos para la foto como un esperanzado equipo de futbolistas, los del dadá diciendo que no a esto, que no a lo otro, que no a todo, con Picasso —muy joven— en el centro. Y se muestra entonces mi padre con su alegre sonrisa de labios finos, caminando rápido y dando por vista hasta la Victoria de Samotracia y la Venus de Milo, y de atrás, Laura rogándole y suplicándole que por favor, no tan a prisa, hijito...

»Y pasan las peniches con sus bocinas rompiendo la niebla y dejando estelas claras en las aguas, que me llevan de pronto a otros ríos, otras aguas llenas de sol, sin los contrafuertes, sin honduras, sin gente. Desde la altura del puente, en mitad de la campiña, veo correr el río Maipo. Y apareces tú en tu corre caminos color lengua de perro resoplándole el motor. Vienes a rescatarme de ese partir sin rumbo por el tiempo y el espacio, y a decirme: “No llore tanto por mí, mire que este Lorenzo que usted inventó no existe.” Y a rogarme que cuando cite sus palabras, las cite en forma correcta, porque lo que escribió, por ejemplo, en una de sus cartas de ausencia, sobre la memoria que crece, era así: “La memoria es como una selva: todo lo que se corta vuelve a nacer. Y tú muchas veces has sido cortada y cada vez creces más, y ya tus raíces hacen

arco sobre el curso de los ríos y tu altura vegetal es cada vez más joven..." Y que me deje ya de hurgar en sus viejas cartas y de dolerme, porque en ellas me llamaba "amor", o más bien, doliéndome porque una sola vez pronunció ese te-quiero, por el que me moría. En fin, que no escribió nunca "te añoro", sino "te extraño", que si no lo creo, que lo confirme, que para eso debo tener, como mi madre, cajas y cajas con niales de cartas para retorcerme el alma recordando. Y también que para qué me quejo tanto, si innumerables veces me dijo o me escribió: "Te guardo en mi mundo y siempre te llevaré conmigo, porque te he querido y te quiero por encima de la tierra que nos escupe..." Y aquí duda y se pregunta, si quien nos escupe es la geografía.

»Y me acuerdo entonces de nuestras correrías por los bosques en pendiente, en las cercanías de las nieves. De los caminos con sol y los retamos como dardos amarillos, de la bandera blanca que anuncia el pan y la bandera roja que anuncia el buey, de las ropas tendidas despidiéndose al viento en los alambres, de los hornos de cocer pan, del sauce empollando patos lustrosos en las acequias, de los letreros ufanos que "BENDEN" flores, del trigal maduro y del cielo que nos vio reír y abrazarnos tantas veces, hasta fundirnos en un peculiar modo de ser y de vivir que perdura siempre, porque era único, porque era nada más nuestro.

Y me indicas la muralla rocallosa de la que nos separa un acantilado, con las antiguas edades que ondulan en sus franjas de pedernales, y en la cima, la estatua de sal de un caballo blanco. Me haces escuchar los tambores a lo lejos: "El hacha derribando troncos", dices. Luego rodamos en un abrazo, tan alegre, llenándonos las ropas de aquellos diminutos soles de la tierra que nombran "amores secos".

»Sí, tienes razón. No debo seguir hurgando en tus cartas. Pero, ¡qué quieres! Tengo que reinventarme cada cierto tiempo para soportar las muertes terribles y los descalabros. La negrura de los días de hoy. La impotencia de no saber cómo librarnos de los fusiles. Tú que huiste a tiempo, ¡préstame tus ojos limpios...! Y basta. De veras no pensaba mencionarte nada de esto, pero te confieso, finalmente, que TÚ eres mis tiempos míticos. (Y será lo último que te diga, porque ya está gritándome mi hermana: "¡Quedamos en que NO HABLARÍAMOS DEL PRESENTE, Palmira!"»)

(DE JOHN A ISOLDA — Alta mar, julio de 1827)

«Mi adorada huri: tengo tu última carta bajo la casaca como un escudo de protección (no tanto de los peligros como del hastío de la inacción, y del no saber cuándo nos volveremos a ver...). Todos los días parecen iguales y se alargan hasta lo increíble. Pienso en tus ojos cuando miro el mar. Me cuentas que has leído a Walter Scott; no te lo recomiendo. Gusta sumergirse en el pasado de las historias románticas, de castillos, amores, aventuras, para emborrachar a la juventud de hoy y distraerla de los graves problemas que deben afrontar. Lee a Byron, querida niña, su poesía y su prosa. En mi país es mal visto por su lucidez. Y porque escribe lo que piensa, lo que siente, y, para desgracia de todos, describe sin tapujos lo que ve. Mañana vuelvo a escribirte, aunque sea yo mismo quien llegue con las cartas... Hoy no estoy nada bien, cogí frío por quedarme con las ropas mojadas después de una lluvia copiosa. Me dieron infusión de yerba mate con licor fuerte. Estoy ausente pero junto a ti, mi amor, mi esposa bien amada, ahora y siempre, amén... en la vida y en la muerte, porque, en estas ausencias largas, comprendo que nuestro amor es de los que empiezan... pero no terminan. Tuyo, John.»

(DE FERMÍN A LAURA)

Traiguén, 7 de julio de 1915

Natita querida:

Hoy pude llegar a tiempo, para recibir dos cartitas tuyas cuando pasó el tren del correo.

Me hablas de cartas de tu bisabuelo Cupper a doña Isolda, cuando estaban de novios y siempre distanciados, igual que nosotros, ñatita. Espero leerlas algún día contigo, a ver si me inspiro, porque ya te habrás dado cuenta de que carezco por completo de dotes epistolares. Los trabajos del puente avanzan con desesperante lentitud por culpa de estas lluvias torrenciales del sur.

Las últimas placas fotográficas, que desarrollé yo mismo en compañía del fotógrafo de Traiguén, demuestran un pequeño progreso, pero no estoy aún satisfecho. Habrá que repetir ese grupo familiar en el fundo de tus tías Cupper, tanto el de las casas como el del estero (ojalá que antes del verano pueda volver a pasar allá un fin de semana en tu compañía, «Mallermo» tiene para mí bellísimos recuerdos...) Te ves bien en la fotografía, pero estarías mejor si hubieras mirado hacia la cámara para que se destacaran más tus ojos.

Terminé de leer «Sombra Inquieta». Es en verdad un drama, pero no se puede negar que entretiene. Me gustaría que leyeras el libro de Anatole France que te dejé; es denso, pero hay mucho que escarbar, podríamos comentarlo en mi próximo viaje. Ruega a tus santos, creo que es san Lorenzo, para que

cese esta lluvia, ñatita: estamos literalmente nadando en barro. Las aguas, aquí en el Sur, circulan por todas partes menos por donde deberían, es decir, por los canales.

Volviendo a lo del puente, vamos en el punto 4X, que te marqué en el gráfico. Puedes darte cuenta que falta poco: ojalá vinieras a la inauguración, aunque quizá tus nervios no lo resistirían. Bueno, no te aburro más, no estoy inspirado, tengo un resfriado caballuno, los estornudos no me dejan escribir. No te acerques demasiado al papel, podría contagiarte. Hasta pronto ñatita querida. Tuyo,

FERMÍN

El día en que Laura cumplió setenta y cinco años, se pasó la tarde fuera de casa, yendo donde las hermanas Lamor, donde la Anita Cortés, donde la Blanca Merino y ninguna de sus amigas recordó que era su cumpleaños.

—Sé que es un siete de julio, pero jamás sé cuándo es siete de julio —solía decirnos. Cuando llegó, ya entrada la noche, encontró varias tarjetas de saludos y papelitos con recados echados por debajo de la puerta—. Vaya —suspiró— me perdí la visita de mis hijos y de mis nietos, pero ya volverán.

Pensó, leyendo en los papelitos, que el regalo no se lo podían tirar por debajo de la puerta de la calle.

Le había hablado a Vera de las cartas del Coronel a doña Isolda, y empezó a buscarlas en sus guardaderos. Parecían estar definitivamente perdidas. Recordó que había puesto una entre las páginas de su biblia, y quedó sorprendida al hallar dos, una del Coronel y otra de Fermín, muy antigua, de cuando eran novios.

Las dejó sobre el velador y se desvistió, dispuesta a saborear esas y otras cartas que tenía en su dichosa caja de cartón, ya a medio defondar.

Puso las dos cartas juntas, la del Coronel y la de Fermín, y se preguntó quién jugaba con ella en esto de las coincidencias: las dos habían sido escritas a un siglo de distancia, en las lluvias del Sur, en un mes de julio. La de Fermín precisaba el día, ese 7 de julio de su santo. ¿Tan nueva era su relación que no lo había anotado, o ni siquiera sabía de su cumpleaños? Y por buscar las demás cartas del Coronel, se hundió en un

pantano de nostalgias. Reencontró gente olvidada, amigos, parientes, que en sus cartas arrastraban un cúmulo de años y circunstancias perdidas. Sus cartas eran un mazo de ver la suerte, que en lugar de anunciar cosas del porvenir, al barajarlas la llevaban en viajes relámpagos hacia el pasado. Le dolía la luz tan pura de esos días lejanos, irremediablementeidos, que se habían tragado tanta gente y edades de la gente, y las suyas también. El tiempo se volvía tan ancho hacia atrás y tan poblado. Un lugar, una frase, una fecha de esas cartas antiguas la trasladaban a un punto preciso del recuerdo, un recuerdo que irradiaba una luz insoportable, y luego se apagaba haciéndola sentir con más nitidez los despojos del presente.

—Soy una estúpida, me enfermo rumiando lo vivido y lo embellezco de intento para sufrir, ¡esto es puro masoquismo! —decía, pero no sacaba sus manos de las cajas ni los ojos de los encabezamientos de las cartas—. Quizá esos momentos que hoy me parecen tan atractivos, ¡no eran nada del otro mundo! Cada edad tiene sus encantos y también sus problemas y sus dolores —suspiraba—. Esto de internarse en las añoranzas, es igual a la urticaria: mientras más se rasca uno, ¡más pica!

Había cartas de gente importante, de la Mistral, de Neruda, de Berdiaev, de Ebreinov (vio sus ojos de loco hablando del teatro en la vida, de la máscara que nos ponemos), de prelados que le habían escrito cuando ella se propuso trabajar en la unión de las iglesias, alentada por los mensajes de los espíritus. Pero esas cartas no estaban en su caja. «Bueno, pensaba legárselas a mis hijos, aunque, después de todo, ¿para qué transmitirle este vicio de archivar papeles...?»

Se puso a ordenar las cartas por las fechas. Empezó por las escritas en un papel celeste, y las tarjetas postales que recibía la abuela Teresa, cuando sus cuñadas Cupper visitaban Europa. «Muy emocionante, Teresita, la inauguración de la torre Eiffel... No puedes imaginarte qué prodigio es este de los globos cautivos...» «Alta Mar», decía junto a la fecha, y hablaban de los mareos, de la belleza de los puertos. Las primas Zeder contaban de las brumas londinenses y de las catedrales que impresionaban por su mística y religiosa belleza... Otras cartas se referían al Danubio, a la anchura del Támesis, a los castillos del Rin.

Desde hacía un momento, lanzaba unas miradas oblicuas hacia un atadito de cartas que lucía muy ordenado. No estaban encintadas, las unía una gomita color café, los dichosos elásticos de Fermín. Le sorprendió no hallar ahí sus cartas, sino nada más las suyas, desde distintos puntos, a lo largo de muchos años. Porque Fermín se preciaba de no guardar «papeles» viejos, para no sufrir como ella hurgando en el pasado. Tenía su archivo de fotografías, pero se había prohibido mirarlas con sentimentalismo: «Nada más estudio los progresos, reviso si están bien puestas las fechas», mentía, cuando se encerraba a mirar sus plaquitas de vidrio con la infancia de los hijos.

Tomó el atadito donde se perfilaba la letra inconfundible de Fermín, y suspiró, resignada «a morirse de pena». Quién sabe en qué época las había ordenado, para que le llegaran como un saludo de aniversario al cumplir... ¡tres cuartos de siglo!, murmuró echando cuentas.

Las primeras cartas, las de «Ñatita querida», le llegaban de cuando construía puentes en el Sur. Antes de partir le dejaba a ella un gráfico con puntos de referencia marcados con letras, de manera que pudiera seguir a distancia los progresos de su trabajo. Y la inauguración del puente —esa que «iba a ser demasiado para tus nervios, ñatita»— era la prueba de fuego para el ingeniero recién recibido. Tenía que aguardar el paso del primer tren abrazado, abajo, a los fierros, no tanto para sentir las vibraciones en las distintas velocidades del paso del ferrocarril, como para «morir con honor —confesaba— como había gritado O'Higgins en Rancagua, aplastado por los fierros, si el tren se desbarrancaba por un error en sus cálculos...» Y todos en casa de la abuela Errázuriz se arrodillaban aquel día ante la Virgen, rogando a gritos que le «hubiera quedado firme el puente al negrito adorado».

—Maravilloso Fermín —suspiró Laura—. Buen hijo, buen esposo, buen padre: un eslabón seguro en la cadena tribal.

Laura respondía a sus cartas hablándole de paisajes, de pintura, de pensamientos filosóficos sobre la existencia, y él comentaba sus escritos con mal disimulada admiración. («Me admiraba —sonrió Laura— por las mismas cosas que después le iban a traer tantos disgustos, mi afición a la pintura, mis distracciones y mi desorden de artista...»)

«Por mi parte, ñatita —decía Fermín en sus cartas— qué te

puedo contar de mí que ya no lo sepas. Tengo un corazón pobre en novedades y de sensaciones simples. Eso sí, muy adaptable a las fantasías de los demás.» Le hablaba de sus entusiasmos de ingeniero: «Quiero llegar a conocer todas las especialidades, llegar a convertirme en un feroz ingeniero...» Le preocupaban las discriminaciones que se hacía con su profesión: «¿Por qué vamos a marcar diferencias entre un buen poeta y un buen ingeniero? La única ventaja que acepto, para el poeta, es que es más fácilmente comprendido.» Se referían ambos en las cartas al crítico literario Omer Emeth, leían a distancia los mismos libros, les parecía exagerado el catolicismo de un Blasco Ibáñez, no entendían del todo a Claude Farrère, se dolían por la muerte de Rubén Darío. Fermín agradecía las noticias de «su casa»; su madre, aunque lo adoraba, «no escribía cartas por principio». Pedía informaciones del conflicto bélico en Europa, de la pierna del abuelo Felipe después de su caída por la escalera, y terminaba siempre disculpándose porque sus cartas parecían «comunicados oficiales» más que misivas de novio. Y entre las disertaciones sobre el puente o sobre sus progresos en fotografía, se le escapaba su impaciencia: «Es terrible, ñatita, tener que vernos siempre así a traguitos cortos. ¡No veo la hora en que el idiota del contratista concluya su trabajo para volar a tu lado!» O se burlaba de los cómicos de mala muerte, una compañía de zarzuelas que se alojaba en su mismo hotel: «retenidos como yo por las lluvias, tienen aquí una zalagarda que no te imaginas, inventando juegos para pasar el tiempo». Le hablaba de sus resfríos, de un orzuelo que le sanó con un día de galope por el campo visitando obras de regadío.

De pronto hay un vacío de cartas entre tal y tal fecha, la pausa de casarse y vivir juntos. Y retornar con un posesivo «Mijita» de recién casados. Le habla de traslados a Chillán, de los ferrocarriles, y saltando unos años las cartas llegan del Norte y mandan cariños al «gordito». Le recomienda que lleve todo lo necesario, porque allá en Gatico «no hay de nada». Las cartas se vuelven más escuetas y más organizadas, cada tema con un encabezamiento: clima, altos hornos, servicios domésticos, viaje. Al borde del llanto, leyó: «tendrán que venirse pronto, me trasladan de nuevo al Sur, pero no te preocupes, me encargo de la mudanza; iré a buscarlos, saludos a todos y besos a la «prole». «¡Dios mío! —suspiró Laura— crece la

familia...» y dejó caer dos lagrimones sobre el besos a la prole. Otra pausa, ahora más larga, y las cartas se inician con un breve «hijita», el que le conocimos desde siempre, el que les duró años, un cariño ya implícito y no manifestado que no mellaban las discusiones de la hora de almorzar. Un trato menos romántico y más seguro, como si los hijos hubieran convertido a los novios en padres de familia. Otros vacíos de fecha, y las cartas se asemejan mucho a los telegramas. Son de enviar dinero, de preguntar si está cancelada tal cuenta, que no olvide esto, de cuando iba a visitarnos los fines de semana. En otra, anuncia que ya está lista la instalación del teléfono; y así sucesivamente, habla de llegar un viernes a la costa y que salgan al camino porque llegará en un auto nuevo. En otra escribe que instalarán el teléfono en la casa de veraneo. ¡Y se acabaron las cartas! Volvió desconcertada a las cartas antiguas, como si lo del teléfono la hubiera dejado al borde de un precipicio. «Las leí con tanta ansiedad, que no alcancé a saborearlas» se disculpó. Y secándose unas lágrimas de rencor por el teléfono con el dorso de la mano, leyó sobre las fotografías tomadas en el estero de Mallermo. Lo imaginó delgado, detrás del trípode, con la cabeza cubierta por un paño negro haciendo señas con la mano y pidiendo que se «juntén un poquito, que no se muevan, que el quitasol hace sombra...». Y vio a sus tías Cupper, alegres y gorditas con sus moños altos y sus vestidos de principios de siglo. «Estás bien, ñatita, pero mejor estarías si hubieras mirado hacia la cámara, para que se destaquen tus ojos.» Era su manera pudorosa de piroppearla por los grandes ojos verdes. Y partió de prisa con su trípode al hombre: «Por poco perdí el tren, ñatita, con el caballo viejo y lerdo que me dieron.» ¡Siglos entre el caballo lerdo y esas «cabritas», que llevaban a la estación, los trenes lentos, los barcos, y el avión que lo transportaba a Bolivia en sus últimos viajes. «El viaje en el tren fue regular, pero me entretuve leyendo *Sombra inquieta*. Insisto en que me gustaría repetir el grupo del estero, con más exposición y más luz...»

«¡Más luz!» Laura soltó el llanto que venía reteniendo desde la primera carta de Fermín. Y quedó asombrada con el ruido que hacían sus sollozos en la soledad nocturna del caserón. Es que acababa de comprender, que no sólo había perdido al Fermín que murió en la clínica, ¡sino a tantos otros! Primero al novio encantador que la llamaba «ñatita querida», al ingenie-

ro heroico que se abrazaba a los fierros bajo sus puentes, y cuyo corazón se adaptaba a las fantasías de los demás. Luego, perdió al joven padre que amaba a sus críos, al compañero responsable, el muro que la protegía. Y al marido que rezongaba, pero sabía tolerar sus excentricidades, al que puso siempre el calor de hogar y la seguridad de su pequeña tribu. Al hombre que nunca le cortó las alas.

«Con razón cuando me dejó viuda, sentí que se me derrumbaba la mitad del mundo», suspiró.

Se vio de pronto en el espejo del tocador. Tenía los ojos irritados, el pelo revuelto, la camisa descosida —para variar, pensó, recordando sus pudores de salir en astral con la camisa rota—. «Para mis años, no estoy tan vieja», suspiró, volviendo a recordar sus tres cuartos de siglo.

Estaba acariciando sin darse cuenta el atado ya deshecho de las cartas de Fermín.

—¡Qué manera de vivir distraídos de lo mucho que nos dan! —exclamó.

—Un poco tarde para darse cuenta —parecía burlarse Fermín.

Le hacía falta su sentido del humor, sus pullas siempre oportunas que le borraban las tristezas. Si hasta en la clínica, sabiendo que se moría, no dejó de hacer chistes. Y los de su familia, celebrándoselos, aliviados de ver que se le hacía menos difícil una hora tan negra. «Cómo pueden reírse a gritos en ese cuarto, si el caballero se está muriendo», comentaban escandalizadas las enfermeras. Y luego, aquel chiste póstumo de Fermín: un amigo de sus hijos lo vio salir de la clínica, bajando con paso ágil las escaleras, con su abrigo de campana y su calañé, y hasta le había hecho una seña de adiós con la mano, muy sonriente. Entró en la pieza tartamudeando que se mejoró al fin don Fermín, y se dio cuenta que terminaban de amortajarlo.

—Típico suyo —dijo Laura sin inmutarse—. Quería avisarme que yo tenía razón, que los muertos pueden manifestarse.

Las cartas se habían desparramado sobre la alfombra al pie del lecho. Miró esa revoltura de «impresionada, Teresita con la torre Eiffel... la Elisita fue la única que se mareó... Alta Mar, 1905, ... la unión de la iglesia ortodoxa... en Gatico no hay de nada... viajando hacia Liverpool —contaba su querida Chabela Barros— me desdoblé muy inoportunamente...

La casita de Chillán es bien soleada...»

El reloj de la galería dio una campanada.

—Usted, hijito, siempre hablándome en los relojes. ¿Cree que nos volveremos a encontrar? Resulta terrible no saber. Porque no voy a creer en el cielo y en el purgatorio, y el infierno hace tiempo que se lo regalé al Dante... ¡Me oyera mi mamá! —exclamó— recobrando su buen humor.

Y entonces, por si la abuela Teresa también la oía, le contó que sobrevolaban la tierra —cada vez con más frecuencia— unos vehículos extraterrestres tripulados por arcángeles, al decir de Vera Lamor, y que había rumores de que el propio Jesucristo era un habitante de otro planeta. Que los arcángeles venían de parte de Dios a aconsejarnos que tuviéramos cuidado con la bomba de hidrógeno, y con ese afán autodestructivo, que pensáramos más en el espíritu que en la materia. Que en lo posible volviéramos a la vida sencilla, plantando el triguito que nos comíamos, gozando del buen aire y con tiempo para pensar en las cosas bellas. Así se lo dijo a la abuela, y le pareció verla pasar con su moñito gris y su sonrisa de resolana cabalgando en una nube, allá entre las galaxias, y gritándole que se dejara ella y su amiga Lamor de hablar leseras, y que por supuesto, el cielo existía.

—Habrán fabricado uno de prisa, especial para usted —le dijo Laura. Y se quedó pensando que tal vez cada cual volaba al cielo que era capaz de concebir.

Y mientras caminaba descalza pisando cartas, se filtró la luz por los postigos de la puerta. Apagó su lámpara de traspasnoche, y la abrió de par en par. Tenía que respirar a todo pulmón ese aire tan puro de la mañana, aspirando y expulsando en tres tiempos, como le había enseñado un huésped yoga que tuvo un tiempo en los cuartos del fondo. Alzó los ojos, y el cielo sobre la copa del nispero se le antojó de un azul líquido. «Hundir las manos en el centro del azur y cantar...»

—¿Se le ofrece alguna cosita, señora Laurita?

Era la Emita-Chíquitita, la de los diminutivos que se acercaba. No le oyó los pasos con esas zapatillas silenciosas. La miraba bostezando y alisándose el cabello con unos tiritones de frío. No le extrañaban ya «las cosas de la señora Laurita», respirar tan raro y caminar descalza por el rocío arriesgando el reumatismo.

—¿No va a querer su desayunito? —preguntó cariñosa.

Laura le dijo que mejor viniera a despertarla dentro de un par de horas, porque no había dormido nada y tenía que viajar a la costa. Y se metió entre las sábanas arrugadas y calientes de la reciente debacle. «Qué lata tener que ir a pagar las contribuciones y las cuentas de luz y de agua, ¡ni siquiera me acuerdo dónde dejé los avisos...!» Miró las cartas esparcidas, sacudió la colcha para que cayeran las que quedaban en la cama, y se prometió quemarlas todas. «No, le pediré a la Emita que las meta en una bolsa de nylon... ¿cómo voy a quemar esas palabras tan tiernas?» Y estuvo regañando bajito a Fermín por morirse y dejarla envuelta en ese galimatías, el oscuro lenguaje de los impuestos y contribuciones, «que falta una estampilla, que en la otra ventanilla, que no llenó bien el formulario, que es tarde y vuelva el lunes». Despertó entrada la mañana, y no supo cómo se le pasó el día. Y estuvo un par de jornadas perdiendo trenes y buses, hasta que logró subir a un taxi colectivo que la dejó en el puerto. Ahí tomó el bus que iba bordeando los cerros a la orilla del mar. Dejó que se le remojaran los ojos en el azul de las aguas y en el cielo limpio, lleno de «esos puntitos que tiene el sol», como decía su nieta Carole explicándole sus dibujos.

Cuando, al cabo de innumerables curvas se le apareció la casita blanca con dos chimeneas allá a lo lejos, empezó otra vez a afligirse: es que podía imaginar en la terraza la mesa pintada de amarillo donde ella y Fermín se habían despedido, en cierto modo, comiendo mariscos y brindando con vino blanco poco antes de que le viniera el tercer infarto. Ahí estaba, con su ridículo sombrero de brin blanco y la sonrisa gozadora chupando las patas de una jaiva gigante, y diciendo que era tan sabrosa como una langosta y mucho más barata. Habían hecho un balance de su vida en común, mitad en broma, mitad en serio, y llegaron a la conclusión de que las cosas no les salieron tan mal después de todo. Recordó el pudor que sentía Fermín para referirse a los sentimientos:

—Si algo echo de menos, hijito —le había dicho ella esta vez— son las palabras de cariño de cuando éramos novios. No me gusta que sea tan parco para demostrar lo que siente.

—El movimiento se demuestra andando.

—Pero qué le costaría decir de vez en cuando que me quiere...

—¿Hace falta?

—Bueno, por lo menos ahora, dígame algo dulce, hijito.

—Dulce de membrillo —había dicho Fermín alzando su copa con una encantadora sonrisa.

(Es que en lugar de decir te-quiero le regalaba un taller, la llevaba a conocer Europa, le compraba una casita de veraneo, le tenía auto con chófer a la puerta, y un cerro pelado para que se sacara las ganas plantando... y no se molestaba si llenaba los recibos de la mansión de refugiados. «Está bien, gana usted.»)

—No sé si fuimos felices —había dicho Fermín brindando— pero estoy seguro de que no hemos sido desgraciados. Y si quiere escuchar cosas bonitas, dígalas usted, hijita, porque en este matrimonio le tocó toda la imaginación.

Un bache que sacudió el autobús la trajo de vuelta a su viaje de pagar contribuciones. La casita se había perdido entre los cerros, pero no tardaría en estar ahí, frente a la playa, y debía preocuparse de juntar sus bártulos.

—Nunca comprendí el privilegio que era tener siempre cerca a una persona como Fermín. No había quien no lo quisiera —dijo, y recordó el rebaño de gente agradecida que llenó el primer patio de las Monjas Rosas, cuando lo velaron en el salón de la abuela Teresa. En ese último tiempo andaban de pensión en hotel buscando un apartamento pequeño para vivir—. La muerte lo cogió deambulando, hijito —dijo apenada. Y lloró con ganas. Luego le sorprendió tener tantísimas lágrimas, sentía la falda empapada. Entonces vio que la vecina le hacía señas. Le estaba indicando el frasco de piñas al jugo que se le había destapado y se le venía derramando sobre el vestido—. ¡Qué barbaridad! —exclamó, dejando de llorar y riendo de su chasco—. ¡Con razón venía asombrada de lo pegajosas que eran mis lágrimas!

—¡Aquí tiene que bajarse, señora Laurita! —le estaba diciendo el chófer, temeroso de que se pasara como de costumbre, porque tenía que traerla de vuelta desde el terminal.

—Usted me debe creer loca —dijo ella, bajándose con sus bolsos.

—¡Cómo se le ocurre!

Los pasajeros terminaban de tenderle paquetes.

Se quedó un instante frente a su puerta, recibiendo el sol en la cara con una sonrisa y gozando del olor a mar. El perro vago de las playas la recibía alborozado, mientras ella buscaba las

llaves en su bolso de mano.

No las encontró, pero no era problema.

—Como siempre me pasa lo mismo tomo precauciones —le dijo al perro, acariciándolo.

Dejaba sin pestillo una ventana de la cocina que daba al cerro, una piedra para subir, y adentro un escaño para bajar. «Ojalá no se enteren de esto los ladrones.» En cuanto abrió, recibió en la nariz un olor a guiso rancio. ¡Otra vez olvidé vaciar las ollas.» Entró arremangándose la falda y tuvo que saltar, porque también había olvidado dejar abajo el escaño. «No estoy mal para mi edad...» Salió en el acto por la puerta de entrada. «Después oreo la casa, lo primero es inspeccionar mis plantitas.» Y empezó a escalar el cerro. La higuera nueva parecía disculparse por sus ramas desnudas, grises y afiladas como colitas de ratón. El damasco le enseñó sus brotes promisorios. Los matorrales habían crecido enmarañados, allí donde corría un hilito de agua. De pronto, se quedó sin aliento ante una rosa encarnada, única entre el verde, una rosa de invierno (*magnifique*, hubiera dicho Boris), que la saludaba con su vermellón, sus granates de terciopelo, sus perlas de rocío, de mar, de llovizna, de lágrimas...

—¿Qué importa nada de nada, si existe el milagro de una rosa? —le dijo devolviéndole el saludo—. ¿Qué pueden importar los pagos de contribuciones, los espejismos del pasado, las lágrimas pegajosas de jugo de piña recordando ausentes? ¡Todo es efímero y todo es eterno como la belleza de una rosa encarnada!

(Cierre-paréntesis)

«Cuidate de no contar el final de nada. Así todo puede recomenzar.» Es mi hermana Palmira la que habla. O más bien, su imagen en el espejo.

Quizás este relato pueda detenerse en la fascinación de Laura ante su rosa encarnada, después de llorar tantos esposos como los que perdió en una sola noche. O en las cábalas de su bisabuela Isolda para resucitar al Coronel. O en los clamores de mi hermana Palmira rescatando los tiempos míticos de su amor por Lorenzo.

«Como siempre lo más importante queda por decir —me grita, ya lejana, desde la luna de su espejo. Y después de reflexionar, añade—: Porque lo más importante es que...•

Su imagen, ya borrosa, se extingue. Y la voz de Laura, navegando en una bola de atmósfera, surge con esos agudos cantarinos de proyectarse lejos: «¡Demos por ganado todo lo perdido... y por recibido todo lo esperado...!»

Últimas obras publicadas en esta colección:

LA RUTA

Arturo Barea

GARITO DE HOSPICIANOS

Camilo José Cela

LA GUERRA DE LA COCHINCHINA

Juan Perucho

MUNDO MACHO

Terenci Moix

LA HABANA PARA UN INFANTE DIFUNTO

Guillermo Cabrera Infante

OUTSIDE

Marguerite Duras

QUE SOLOS SE QUEDAN LOS MUERTOS

Mempo Giardinelli

ARDIENTE PACIENCIA

Antonio Skármeta

EL EXPERTO EN FINANZAS

R. K. Narayan

HISTORIA DE LA DAMA / EL CORAZON DE UNA CIUDAD

Jesús Fernández Santos

LA LLAMA

Arturo Barea

JERUSALEN. UNA HISTORIA DE AMOR

Leopoldo Azancot

EL QUE CABALGA UN TIGRE...

Bhabani Bhattacharya

BELVER YIN

Jesús Ferrero

LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO

Mario Vargas Llosa

MAGDALENA PERUANA Y OTROS CUENTOS

Alfredo Bryce Echenique

EL ASALTO DEL CIELO

Rafael Argullol

OPIUM

Jesús Ferrero

BALADA DEL MANZANARES

Daniel Sueiro

DOY POR VIVIDO TODO LO SONADO

Isidora Aguirre

Soñando o ensoñando el tiempo ido, Laura Cupper accede a una existencia mítica a la luz de las figuras legendarias de los Cupper y de los Blum, sus antepasados. Un existir en lo extraordinario que se refuerza mediante una historia de amor, como en el caso de su hija Palmira. La mirada evocadora y vigorosa de Laura Cupper revive un período apasionante de la historia chilena en la primera mitad de este siglo. Miembro de una familia extravagante y excepcional, las peripecias de esta familia hacen aflorar el trato con figuras insignes de las artes y las ciencias europeas. *Doy por vivido todo lo soñado* es una historia al margen del tiempo: por eso mismo, una reencarnación del tiempo en la que aflora todo el amor por una época, por unos personajes siempre vueltos a nacer. La sensibilidad evocadora de Isidora Aguirre ha escrito páginas de una belleza exquisita en este libro.

